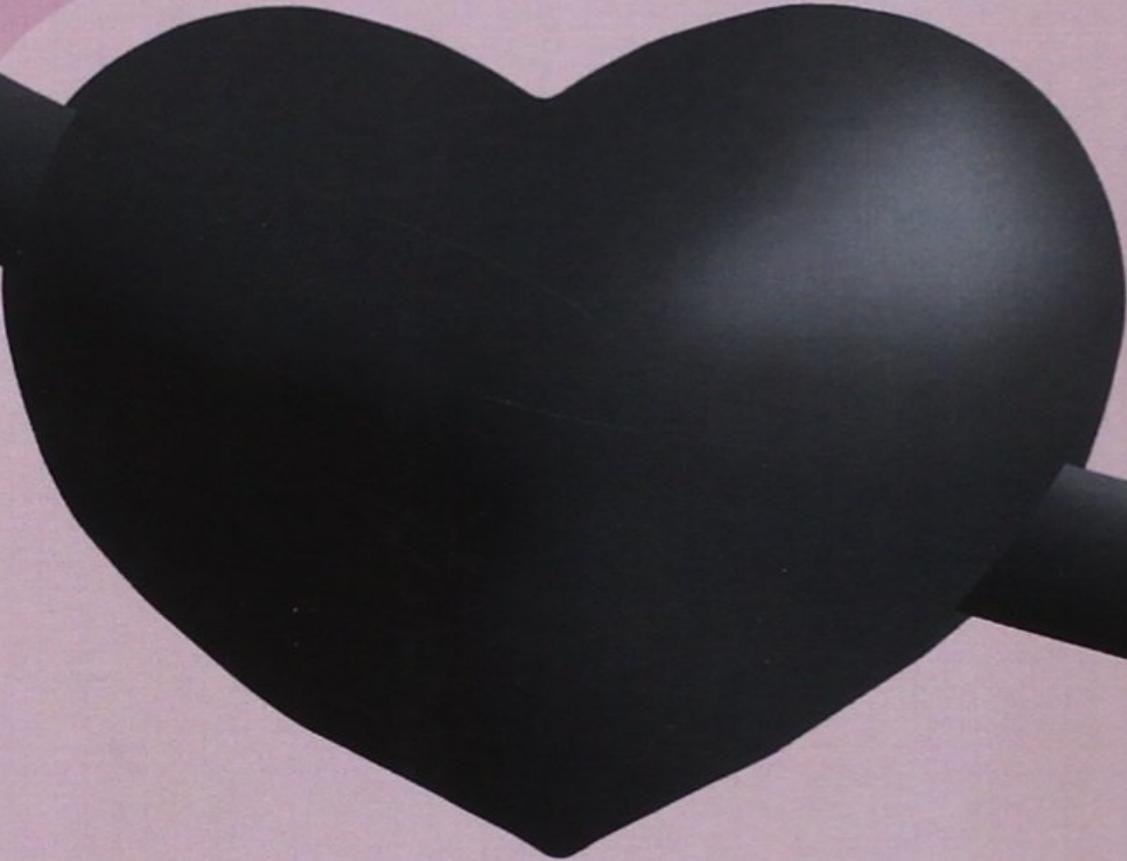


*Deborah F. Muñoz*



AMIGOS o  
ALGO MÁS



DIVALENTIS *Romántica*

# AMIGOS O ALGO MÁS

de Déborah F. Muñoz

# AMIGOS O ALGO MÁS

1ª edición papel: noviembre 2015

1ª edición kindle: diciembre 2016

© **2016 Divalentis S.L.**

[www.divalentis.es](http://www.divalentis.es)

[divalentis@divalentis.es](mailto:divalentis@divalentis.es)

Telf. +34 964 838 863

Texto: **Déborah F. Muñoz**

Ilustración de cubiertas: **Divalentis S.L.**

Diseño de edición: **Divalentis S.L.**

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna manera o mediante ningún medio, ya sea electrónico, fotocopia, por registro o por otros medios, sin el permiso previo o por escrito de los titulares de los derechos.

## Capítulo 1

### El favorazo

El teléfono móvil sonó en mitad de la noche y Ana, que había dado tantas vueltas en sueños que se había quedado enredada en las sábanas, se cayó de la cama al intentar levantarse a toda prisa para cogerlo. Tenía por costumbre olvidar el *smartphone* en los lugares más inverosímiles, así que no se sorprendió cuando, al tantear desde el suelo la mesita donde se suponía que debía estar, no lo encontró. Como la bombilla de la lámpara de noche seguía fundida, no le quedó más remedio que levantarse, dolorida, y atravesar la desordenada habitación para dar la luz y comenzar a buscarlo. Nada más pulsar el interruptor, el dichoso aparato dejó de sonar. La perspectiva de desvelarse intentando dar con él en semejante leonera y perder horas de sueño no era nada tentadora, así que Ana decidió dejar la búsqueda para la mañana siguiente, apagó la luz y volvió a envolverse entre las sábanas. Aún no había conseguido coger una pose cómoda cuando la melodía volvió a sonar, como burlándose de ella. Esta vez, ya más espabilada, consiguió localizar el brillo del móvil bajo una montaña de ropa y llegó al segundo toque. Nada más ver en la pantalla quién era la persona que había osado despertarla, a pesar de sus instrucciones de que nadie interrumpiera su merecido descanso, contestó malhumorada:

—Son las cuatro de la mañana, Tam —le gruñó a su compañera de piso—. Te juro que, como te hayas vuelto a olvidar las llaves, no te abro la puerta. Más vale que te estés muriendo, porque estoy agotada.

—Bueno, es que resulta que estoy muriéndome. Me he caído por las escaleras y estoy aquí, tirada en el descansillo del piso de abajo, ¡no puedo moverme!

—¿Has llamado a la ambulancia? —preguntó Ana, preocupada, mientras buscaba sus zapatillas.

—Estoy demasiado borracha como para acordarme del teléfono —respondió la herida con una risa que acabó en un gemido de dolor.

—Mierda, Tam, ¡son solo tres números! ¿Cómo que no te acuerdas? Da lo mismo, ¡ahora les llamo yo! —le gritó al aparato, segundos antes de envolverse en un albornoz, salir de la casa y dar la luz del descansillo con una mano mientras marcaba el número de Emergencias con la otra.

Horas después, una enfermera despertó a Ana para decirle que ya podía visitar a la paciente. La joven, que a pesar de lo incómodas que eran las sillas de la sala de espera se había dejado vencer por el cansancio, se levantó con un sonoro bostezo y sintió cómo todas y cada una de sus vértebras crujían en protesta por la pose antinatural que su cuerpo sufría desde hacía tanto rato. Se frotó la espalda para paliar un poco el dolor y se dirigió renqueando hacia la habitación de Tam.

—¡Vaya, estás horrible! —dijo su amiga desde la cama en cuanto la vio aparecer.

Ana olvidó de inmediato su intención de echarle la bronca nada más verla y la miró interrogante. Tenía una expresión alegre que resultaba de lo más desconcertante en alguien que acababa de ingresar en el hospital, pero el motivo quedó claro cuando el médico guaperas que la había atendido entró para revisar la dosis de calmantes que le habían dado a Tam y comprobar que todo estaba en orden.

Ana dio un respingo al verlo y, con el mayor disimulo posible, se pasó una mano por el pelo mientras con la otra intentaba arreglar su aspecto: no había tenido tiempo de cambiarse antes de que la ambulancia se llevara a su amiga al hospital y seguía en albornoz y zapatillas. Avergonzada, en cuanto el bombón salió, fulminó con la mirada a Tam y la regañó:

—¿Sabes?, creo que estabas decidida a arruinarme el primer día de vacaciones. No conseguiste llevarme de juerga, así que tenías que evitar a toda costa que yo durmiera hasta hartarme.

La mirada culpable de su amiga la puso alerta.

—Anita... —dijo Tam, con la cara que ponía cuando lo peor aún estaba por llegar—. Necesito un favorazo.

—Depende del favor —respondió Ana, casi asustada—. Miedo me das cuando me llamas «Anita».

—El bombón ha dicho que tengo que estar al menos quince días de baja. Yo no puedo estar quince días de baja. En ese tiempo podrían encontrar a otra que les caiga mejor que yo y no quiero que nadie me pise el puesto.

—Ah, no. Por ahí sí que no paso. Estoy de vacaciones.

—Ana, es el mejor curro que he encontrado en años. Lo necesito. Las gemelas son encantadoras, no te darán ningún problema y te daré el doble de lo que me pagan normalmente.

—De eso nada, Tam. Los niños son niños y yo no voy a hacerme responsable de dos mocosas durante quince días en mi único mes de

vacaciones. Además, no creo que los padres acepten semejante arreglo. Yo soy correctora editorial, no niñera.

—Anita, por favor, por favor, por favor. Si me pudiera poner de rodillas, te juro que lo haría. ¡Por favor! —suplicó Tam con ojos de cordero degollado. Una mirada a la que sabía que Ana no se podía resistir.

Un minuto después, Ana claudicó:

—De acuerdo. ¡Pero me deberás un favor enorme! Ya hay que tener cara para pedirme esto en mi primer día de vacaciones. —Tam pegó un grito y se lo agradeció todo lo efusivamente que se lo permitía su inmovilidad—. Llama a tus jefes y, si aceptan, iré.

Tam la miró con un gesto de falso arrepentimiento y dijo:

—Ya los he llamado. Como les he dicho que no habías tenido tiempo de nada, tienes la mañana libre. Te esperan esta tarde.

Si las miradas mataran, sin duda la de Ana habría acabado con Tam allí mismo.

Dado que su amiga no le había dado apenas margen de maniobra, solo tuvieron unos minutos para que Tam le diese las instrucciones básicas sobre el cuidado de las niñas. Luego comenzaron las prisas, así que Ana anotó en un papel la dirección a la que tenía que acudir, se despidió y volvió a casa para arreglarse un poco y tomar algo antes de irse a hacer de niñera.

No lo pudo evitar: se quedó dormida en el sofá mientras esperaba a que el microondas calentara su comida. Por suerte, la despertó el ruido del portazo que acostumbraba a dar el vecino cada vez que llegaba a casa y, tras echar al cubo de la basura la masa pastosa en la que se había convertido su lasaña, engulló un tentempié frío, se dio una ducha y se vistió con lo primero que encontró en el armario, todo lo rápido que pudo. Pasaban de las tres de la tarde cuando salió corriendo del apartamento, pero tuvo que volver a entrar minutos después, al darse cuenta de que se había olvidado la dirección y las llaves de la moto. Ya era muy tarde por entonces, así que aceleró todo lo posible sin saltarse las normas de circulación.

Durante todo el trayecto no paró de preguntarse por qué caía una y otra vez en las manipulaciones de su amiga. Iba a pasar la mitad de sus vacaciones trabajando de niñera solo por una efectiva mirada manipuladora y encima iba tan apurada de tiempo que no podía ni descansar lo suficiente para compensar la falta de sueño. Perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que se había saltado la salida que tenía que tomar y tuvo que dar la vuelta de nuevo, solo para encontrarse con que, según las instrucciones de Tam, tenía que

seguir por un camino bloqueado por una enorme reja.

—Perfecto. Lo que faltaba —se dijo a sí misma en voz alta mientras cogía el móvil para llamar a Tam—. ¡Me he perdido! —se quejó en cuanto su amiga descolgó.

—No me lo puedo creer. ¿No has llegado todavía? ¡Tu primer día y llegas tarde! —gritó Tam a través del auricular, pero cambio de tono al oír el gruñido de Ana—. ¿Dónde estás?

—Enfrente de una inmensa verja verde.

—¡Si es ahí! Toca el timbre y diles quién eres.

—Pero... —protestó Ana inútilmente. Como de costumbre, su amiga había colgado nada más acabar la frase, sin dar opción a réplica. Maldijo entre dientes a Tam y su manía de interrumpir la conversación sin previo aviso, buscó el timbre y, cuando por fin una voz metalizada contestó al telefonillo, le explicó que era la nueva niñera.

La verja se abrió sin un solo chirrido y Ana volvió a montarse en su *scooter*. Avanzó despacio por un camino empedrado, y tan amplio que por él podían cruzarse dos coches sin rozarse, mientras se maravillaba con los árboles centenarios que lo flanqueaban. El camino parecía interminable, pero finalmente llegó hasta la rotonda frente a la entrada principal. Esa zona tenía plantadas todo tipo de flores delicadas, que parecían requerir cuidados constantes, y el jardinero se había permitido el lujo de crear dibujos combinando los distintos colores de las mismas.

Ana se sintió fuera de lugar y se le planteó entonces un nuevo problema: no veía ningún sitio donde aparcar y no tenía ni idea de dónde hacerlo. Al final, se fijó en un camino más pequeño y discreto que conducía a una bonita caseta de piedra. Aunque parecía sacada de un cuento de hadas, sospechó que la utilizaban para guardar los útiles de jardinería, así que dejó su moto en esa zona, lo más escondida posible, convencida de que allí no molestaría a nadie. Luego, se armó de valor y, con un gran suspiro, subió unas cortas escaleras para llamar a la puerta.

—¿Y bien, cómo fue? —preguntó Tom, amiga de ambas, cuando Ana, agotada, apareció por la habitación del hospital poco antes de que acabara el horario de visitas.

—¿Que cómo fue? —Ana fulminó a Tam con la mirada—. Pues bien, te

diré cómo fue. Me dormí y tuve que salir a toda leche. Nuestra queridísima Tam olvidó mencionar que sus empleadores son increíblemente ricos y para colmo debí de parecer una imbécil, delante de la verja durante tanto rato, si es que doy crédito a la insinuación de su insoportable mayordomo.

—¡No me digas que tienen mayordomo! —exclamó Tom.

—¡Ya te dije que eran ricos! —dijo Tam a la vez.

—Pues sí, tienen mayordomo. Y no, me dijiste que tienen pasta. «Tienen pasta» solo puede interpretarse como: «son una familia de clase media alta con un chalecito a las afueras», no como «poseen una mansión más grande que nuestra manzana y su jardín parece casi una campiña».

—¡Menuda exagerada! —protestó Tam.

Ana se limitó a sacar su móvil y a enseñar a Tom una foto de la casa, tomada a hurtadillas mientras llevaba a las niñas a dar una vuelta por el jardín.

—¡Guau! —exclamó Tom.

—Guau —repitió Ana—. A lo que iba: el mayordomo me miró como si fuera una colgada pidiendo limosna y no me extrañó nada, porque la casa parecía salida de un anuncio de productos de limpieza, de tanto que brillaba, y yo estaba toda sudada, con el kohl corrido y un montón de arrugas en la ropa porque llegaba demasiado tarde como para ponerme a planchar antes de salir de casa. Cuando conseguí convencerle de que yo era la niñera sustituta, fue a llamar a la señora y aproveché para escabullirme al cuarto de baño. Entonces fue cuando me vi en ese inmenso y carísimo espejo. ¡Demonios, si parecía una drogadicta! Me arreglé como pude, solo para salir y encontrarme con la mirada horrorizada de la señora, que iba hecha un pincel y parecía sacada de una revista. Como era de esperar, se puso nerviosa nada más verme. Menos mal que cuando hablé con ella y le aseguré, con mi tono más correcto y sosegado, que había tenido un incidente y que por eso iba tan desarreglada, pareció calmarse un poco y me llevó a conocer a las mocosas.

—¿A que son monísimas? —preguntó Tam, con tono ñoño.

—Oh, sí, monísimas. Parecen dos muñecas de porcelana, sí, pero, ¿sabes cómo lo serían más? ¡Con un esparadrapo en la boca! Porque el resto de la tarde se la pasaron hablando a una velocidad increíble y, lo que es peor, a la vez.

—Es que estarían nerviosas, pobrecillas —las defendió la inválida.

—Y la señora se limitó a dejarme sola con ellas, sin indicaciones de ningún tipo, con la excepción de que no molestaran al tío de las niñas, un tal

Leo, que está enfermo. No cuela. No entendí la mitad de lo que dijeron las gemelas, pero no me sonó para nada a una enfermedad. ¿Un accidente? — acabó preguntando a Tam.

—Ah, así que ahora sientes curiosidad, ¿verdad, doña quejica?

—Oh, déjate de pinchar a Ana y cuéntanoslo —la increpó Tom.

—¡De acuerdo, de acuerdo! No os lo he dicho antes porque mis jefes me lo prohibieron expresamente, pero su hermano es uno de los Tres Ángeles.

—¿En serio? ¿Y realmente merece todos los calificativos que le dan? — exclamó Tom.

—¿Quiénes diablos son los Tres Ángeles? —preguntó a la par Ana.

Tom la miró como si fuera un bicho raro y le gritó:

—Pero bueno, Ana. ¿Es que vives en otro mundo? —Un «shhhhhhh» de una enfermera que pasaba por allí le hizo bajar la voz—. Es el trío de solteros más codiciado entre la alta sociedad. Son asquerosamente ricos y se dice de ellos que son tan guapos que solo pueden tener naturaleza divina. No suelen salir en las revistas del corazón, pero vi una foto de ellos en un artículo de una revista de economía y hasta a mí me parecen guapos, aunque ya sabéis que prefiero a las beldades que llevan siempre del brazo.

Ana y Tam se echaron a reír, y la última añadió:

—Pues bien, se rumorea que Leo ya no es un «Ángel». Una de sus amantes se volvió loca y le atacó con un cuchillo. Nadie sabe hasta dónde llegan los daños porque, desde entonces, está encerrado en casa de su hermana para huir de la prensa. Aunque yo no le he visto nunca, porque cuando estoy en la casa, con las gemelas, él está siempre metido en su habitación y no deja entrar a nadie.

—¿En serio? ¿Y cuándo ocurrió eso? —preguntó Ana, dominada por la curiosidad.

—¡Parece mentira que trabajes en un periódico! ¡Salió durante días en la sección de sucesos!

—Yo me encargo de internacional, economía y política, no sucesos. Los sucesos solo le interesan a las cotillas como vosotras —dijo mientras movía la cabeza en señal de desaprobación, provocando una nueva carcajada de sus amigas.

—Cotillas seremos, pero tú no te quedas corta. ¡Estás fascinada con la historia! Además, deberías saber quiénes son, porque son los herederos de grandísimos conglomerados económicos y pertenecen a algunas de las familias más influyentes del país. Se dice que en las universidades privadas,

las chicas forran sus carpetas con sus fotos —se burló Tam, y lanzó un gritito—. ¡Mira, Tom, ese es mi Médico Pibón!

Las tres giraron la cabeza para ver pasar al bombón que había atendido a Tam las primeras horas.

—Es mono —dijo Tom. Esa afirmación satisfizo a Tam, que no esperaba mucho más entusiasmo por parte de su amiga, pues desde siempre se había declarado abiertamente lesbiana, hasta que añadió—: Aunque creo que le pega más a Ana.

—De eso nada, ¿me lo he pedido para mí! ¿A que sí, Ana? —preguntó Tam.

—Todo tuyo. Yo bastante tengo con estar obligada a trabajar de canguro en mis vacaciones. Lo que me faltaba, ¡un hombre! —Miró el reloj y suspiró—. Creo que debería irme a descansar o mañana no habrá quien me levante.

—Ah, no. Llegar tarde dos veces seguidas sí que no —dijo la inválida, con cara de pánico—. Me pondré el despertador para llamarte una y otra vez hasta asegurarme de que estás en camino y, si es necesario, me escaparé del hospital y me arrastraré con mi pierna inválida hasta el apartamento para echarte un cubo de agua helada en plena cara.

—¡Hala, exagerada! De todos modos, para cuando lograras llevar a cabo esa hazaña, ya llegaría escandalosamente tarde —rió Ana. Acto seguido se despidió de sus amigas y se dirigió al aparcamiento exterior.

No había llegado a la salida cuando oyó a Tom gritando que la esperara:

—Se ha acabado el horario de visitas y la enfermera me ha echado —explicó entre jadeos, cuando la alcanzó—. ¿Me acercas a casa?

—Claro, como no está en dirección contraria a la mía... —replicó Ana.

—Anita, por favor, por favor, por favor —suplicó su amiga, con una actitud demasiado parecida a la de Tam—. Son solo diez minutos y el taxi es muy caro.

—Está bien, sube —claudicó.

Sacó el casco de reserva del baúl de la moto y se lo tendió a su amiga. Por supuesto, los diez minutos de trayecto extra se alargaron cuando Tom se empeñó en invitarla a cenar y, tras los postres, en mostrarle su nuevo modelito. Al final, llegó a casa bastante tarde y se durmió antes de que su cabeza tocara la almohada. Por suerte, se había puesto el despertador y se levantó con tiempo suficiente para realizar sus abluciones con tranquilidad, antes incluso de que Tam, en cumplimiento de su promesa, llamara para asegurarse de que fuera puntual.

El segundo día con las gemelas fue un no parar: entre su incesante cháchara y que tenían demasiada energía como para estarse quietas, Ana creyó que acabaría por volverse loca. Durante toda la jornada se vio obligada a correr detrás de las niñas de un lado para otro, recogiendo a su paso todo lo que desordenaban, y ninguno de sus intentos desesperados por hacer que se calmasen y callasen, aunque fuera solo un rato, dio sus frutos. Cuando por fin acabó el trabajo, salió de la casa a toda prisa, como si acabara de pasar el día con dos demonios en vez de con dos niñas adorables.

Ni siquiera pasó por casa. Fue directa al hospital y estuvo toda la visita quejándose a Tam y pidiéndole consejos. Poco pudo sacar en claro, no obstante, porque su amiga tenía tanta energía como las niñas y nunca se había molestado en intentar que se relajaran un poco. En cualquier caso, ella no parecía ser capaz de centrarse en ninguna otra cosa que no fueran las idas y venidas de Médico Pibón, el doctor que la había atendido el primer día.

Fue Tom quien sugirió la que podía convertirse en su salvación: enseñar a las niñas a cocinar. La teoría era sencilla; si las niñas tenían que centrarse en seguir los pasos de las recetas correctamente, no hablarían tanto ni tendrían oportunidad de corretear de un lado para otro.

Al día siguiente, Ana siguió ese consejo e intentó enseñarles algo de repostería, aunque a la cocinera no le hizo ninguna gracia la invasión de su santuario. Tenía toda la razón del mundo para adoptar esa actitud, pues a pesar de los intentos de la niñera por ayudar a limpiar y recoger, la modernísima y elegante cocina siempre acababa desordenada y hecha un estropicio. Además, todo intento de preparar algo comestible acababa en desastre: las niñas confundían unos ingredientes con otros al menor descuido de Ana, o se olvidaban de poner la tapa de la batidora, o se equivocaban con la temperatura de cocción. Sin embargo, las miradas fulminantes de la mujer, que tampoco le caía demasiado bien, eran un precio muy bajo a pagar por mantener cierto nivel de tranquilidad. Había encontrado la forma de sobrevivir a su experiencia como niñera y no pensaba renunciar a ella tan fácilmente.

Habían pasado ya tres días en la cocina cuando las gemelas sacaron del horno la primera bandeja de dulces con aspecto comestible. Las niñas comenzaron a alborotar y Ana le guiñó un ojo a la cocinera, que se puso a refunfuñar por lo bajo sin compartir en lo más mínimo la alegría por el éxito de las hijas de su jefa.

—¿Podemos llevarle los pasteles al tío Leo? —preguntó Lily cuando

estuvieron algo más calmadas. Era la más charlatana de las dos, si es que se podía decir que una lo era más que la otra. Jasmina, que solo se diferenciaba de su hermana por su manía de jugar con el pelo, miró a Ana con una cara que ya conocía muy bien y que no presagiaba nada bueno.

—Ya sabéis que no debéis incordiarle—respondió Ana, cansada de decir siempre lo mismo y de presenciar la decepción de las niñas una y otra vez.

—Pues ayer, cuando te fuiste, subimos a su habitación y le dimos las galletas que preparamos. Dijo que estaban muy ricas y seguro que estos pasteles le animan también —afirmó Lily en tono inocente.

Ana recordó esas galletas y se estremeció. Se quemaron cuando las gemelas se confundieron y pusieron el horno a doscientos setenta grados en vez de a ciento setenta. El resultado final había sido una especie de bolitas de carbón que deberían haber tirado a la basura en el acto.

«Si el tal Leo se las comió y mintió tan descaradamente al decir que le gustó semejante bazofia, para no disgustar a las pequeñas, desde luego tiene buen fondo», pensó Ana, intrigada por el misterioso habitante de la casa, al que todavía no había visto aunque las gemelas no paraban de hablar de él.

—Vuestra madre me dijo que no podéis molestarle mientras estéis bajo mi supervisión. Dadle los pasteles luego, cuando me vaya.

—Pero iremos a la feria, ¿no? —preguntó Jasmina.

—¿A la feria? —se extrañó Ana.

—Tam nos prometió que hoy nos llevaría en su coche a la feria —explicó la pequeña.

—A mí no me dijo nada.

—¡Pues lo dijo, lo dijo! —empezaron a protestar las gemelas con voz chillona, hasta que Ana levantó las manos en señal de rendición.

—Yo no tengo coche ni sé conducir, pero hablaré con el mayordomo para ver si hay una solución.

—¡Nos puede llevar Leo! —exclamó Jasmina. Su hermana estuvo de acuerdo en que debían preguntárselo y de paso llevarle los pasteles.

Ana comenzó una negativa pero, antes de que pudiera acabar la frase, las niñas ya habían salido corriendo y tuvo que apresurarse escaleras arriba en un desesperado intento por alcanzarlas.

—¡Quietas! —jadeó a medio camino—. ¿Por qué dejaría de ir al gimnasio? —añadió para sí, intentando recordar cuándo había pisado uno por última vez. Que ella supiera, habían pasado varios meses, puede que más de un año, desde su última visita. De hecho, el gimnasio al que se había

apuntado, en un vano intento de cumplir su propósito de año nuevo de llevar una vida más sana, ya no existía y ahora ocupaba su lugar una tienda de *cupcakes* que sí que visitaba con frecuencia.

Cuando llegó al último tramo de las escaleras, las niñas ya estaban demasiado lejos como para evitar el desastre. Aun así, continuó la carrera, que le estaba dejando para el arrastre: tenía flato y apenas podía respirar, por lo que su grito para regañar a las gemelas y evitar que abrieran la puerta se pareció más bien a un gemido lastimoso. Las pequeñas diablillas se colaron en la habitación de su tío sin molestarse siquiera en llamar antes y Ana, al ver que el daño estaba hecho de todos modos, se detuvo para recuperar el aliento unos instantes, antes de ir en su busca para sacarlas del cuarto.

—¡He dicho mil veces que me dejéis tranquilo mientras estoy trabajando!  
—oyó gritar a una voz masculina, justo cuando se había decidido a hacer una nueva pausa al borde de la escalera—. ¡No tengo tiempo ni ganas para llevaros a ferias, ni para tonterías parecidas!

Ana, indignada por el trato que su tío, al que tanto adoraban, estaba dando a las niñas irrumpió en la habitación y exclamó:

—¡Pero, ¿quién te crees que eres?! ¡No tienes derecho a hablarles así!

Justo entonces se dio cuenta de que a las gemelas se les habían caído algunos pasteles al suelo, probablemente gracias al sobresalto que les había causado su brusca entrada y, mientras las ayudaba a recogerlos, la vista de Ana se adaptó a la penumbra. La habitación era tan espaciosa como las del resto de la casa y estaba sorprendentemente ordenada. No obstante, la niñera provisional pasó por alto esos detalles, porque por fin podía observar por primera vez al famoso Leo. Estaba sentado, teléfono en mano, en un sillón junto a un escritorio lleno de papeles amontonados con mucha precisión, que apenas quedaban iluminados por el pequeño resquicio de luz que entraba por la ventana. Se trataba de un joven que rozaba la treintena, como ella. Tenía el pelo por los hombros y, a pesar de la barba descuidada que se había dejado crecer, y que no le favorecía mucho, se percibía que tenía un rostro hermoso cuya armonía quedaba rota por una fea cicatriz que cruzaba su cara desde el centro de la frente hasta debajo de la oreja. A pesar de todo, ni la espantosa barba ni la cicatriz le restaban un ápice de atractivo.

—¿Perdón? —dijo él al fin, con una mueca de desagrado.

—¡Serás bruto! Puede que hayan cometido un error, pero te han traído los dulces con buena intención y no se merecen ese trato. ¡Vámonos, niñas!

Desconcertadas, las gemelas dejaron todos los pasteles encima de la cama

de su tío y la acompañaron fuera de la habitación. Ana, incapaz de creerse lo que acababa de hacer y con ganas de huir lo más lejos posible, empezó a bajar las escaleras a toda prisa seguida por las niñas.

A mitad de camino, escuchó a su espalda un grito airado:

—¡Espera!

Ana se giró con la intención de no dejarse amedrentar, pero se le olvidaron sus intenciones en cuanto clavó su mirada en él. Tal y como había adivinado en la penumbra, la cicatriz no hacía más que aumentar el atractivo del que fue un bello rostro, casi femenino, para darle un aire increíblemente sexy y masculino. Incluso en esas condiciones, mal vestido, sin afeitar y despeinado, hizo que las rodillas de Ana se aflojaran y tuvo que esforzarse por permanecer firme y no suspirar.

—¿Quién te crees que eres tú? —le preguntó, acercándose con aire amenazante.

—¡La niñera! ¿Quién si no?

—¿Ah, sí? Pues cualquiera lo diría, dado que ignoras las órdenes de mi hermana, dejas que mis sobrinas se cuelen en mi habitación mientras estoy ocupado y encima tienes la desfachatez de entrar y regañarme a mí. ¡Eres tú quien no tiene derecho a hablar así!

Ana había estado medio distraída por la camisa semitransparente de Leo, a través de la cual se intuía un amplio pecho que le daba deseos de tocar para comprobar si era tan musculoso como parecía desde esa distancia, pero en cuanto escuchó su última frase, el enfado volvió a imponerse y respondió:

—Oh, claro, no tengo derecho. Como si yo tuviera la culpa de que hayan salido corriendo, o de que tengan ganas de que las lleves a la feria porque, aunque vivís en la misma casa, apenas te ven el pelo. Lo que me extraña es que no se me hayan escapado antes, todo el día «que si el tío Leo esto, que si el tío Leo lo otro», preocupadas por ti. ¿Qué culpa tendrán ellas de que te pases el día escondido solo porque ahora tu cara no es perfecta? ¡No se merecen ese trato, agorafóbico pretencioso!

Se llevó la mano a la boca, sabiendo que realmente no tenía derecho a decir semejante cosa. «Tam, lo siento, me da que al final te despiden por mi culpa», pensó mientras un tenso silencio caía sobre ellos. Poco a poco, él comenzó a salir de su estupefacción y se puso tenso, como si estuviera conteniendo un tremendo ataque de furia que crecía por momentos y no tardaría en desbordarse. No obstante, para su sorpresa, cuando por fin estalló no gritó ni la despidió, sino que comenzó a reírse a carcajadas.

—De acuerdo, voy con vosotras —dijo finalmente, aún riendo. Las pequeñas chillaron de alegría y abrazaron a su tío, que las achuchó con cariño.

—No, de eso nada —respondió Ana sin pensar y con los brazos en jarra, pero al notar la mirada dolida de las pequeñas, añadió—: ¿Te has parado a pensar en cuánto tiempo llevas ahí encerrado? Vuelve a tu cueva y cámbiate de ropa. Nosotras te esperamos abajo. Y, por lo que más quieras, no olvides darte una ducha.

—¡Vosotras estáis tan sucias como yo! —protestó él.

—La harina se va con sacudirse la ropa. La roña y el mal olor, no — señaló Ana, con tranquilidad.

Con una nueva carcajada, Leo subió las escaleras para cambiarse y Ana condujo a las gemelas a la entrada para esperarle, incómoda con las miradas de admiración de las niñas.

## Capítulo 2

### No eres un hombre gamba

Pocos minutos después, Leo reapareció con unos vaqueros, una camisa recién planchada y el pelo aún húmedo. Empezó a bajar los escalones y alzó una ceja, extrañado, cuando la niñera levantó la vista y asintió con aprobación; no detectaba en ella ni el más mínimo rastro de compasión por su cicatriz, una reacción a la que había llegado a acostumbrarse.

—Mejor —dijo la joven.

Inmediatamente las gemelas se percataron de la presencia de su tío y, con un grito de alegría, se lanzaron escaleras arriba.

—¡Eh! ¡Ni se os ocurra correr por esos escalones tan resbaladizos! ¿Es que queréis romperos la crisma y perderos la feria?

Las niñas se detuvieron nada más escuchar la última parte de la regañina y esperaron a Leo a mitad de camino dando saltitos de impaciencia. Una vez llegó a su altura, le abrazaron y bajaron las escaleras sin despegarse de él.

—Entonces, ¿por dónde vamos? Esta casa es tan grande que todavía no sé dónde está el garaje —explicó la niñera.

Leo, fiel a su costumbre, le ofreció el brazo. Ante el caballeroso gesto a ella se le escapó una carcajada y, al advertir su metedura de pata, intentó disimular fingiendo que, en realidad, la risa era un ataque de tos, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué tiene de gracioso? —preguntó Leo, con el codo todavía levantado—. Por lo general, ese gesto provoca un sonrojo o como mucho una sonrisa coqueta, no una carcajada.

—Eh, pues..., es que no sabía que siguiera habiendo tipos que hicieran esto. Parece como de principios del siglo pasado. Además, no tiene sentido caminar así con alguien que no sea tu pareja, salvo que lleves tacones altos y necesites un punto de apoyo, que no es el caso... —Leo bajó el brazo con gran lentitud. Ana se dio cuenta de que sus comentarios no estaban, ni mucho menos, mejorando la situación, así que cambió su argumento—. Y además es muy poco práctico si tienes que estar alerta por si esos dos terremotos hacen de las tuyas...

—Comprendido —la cortó Leo bastante molesto—. Es por aquí. —Señaló un largo pasillo bellamente decorado con una pintura mural que representaba varios coches de caballos paseando por un parque.

La niñera, asombrada, se adelantó unos pasos, pendiente a partes iguales de las niñas y de la pintura, y Leo la estudió con detenimiento. No le pareció demasiado hermosa, pero tenía facciones agradables. Bajo su ropa ancha, su cuerpo no parecía espectacular, aunque no se la veía ni demasiado robusta ni demasiado delgada. Carecía de la elegancia y el refinamiento propios de las mujeres con las que se relacionaba normalmente, pero había en sus gestos una naturalidad y una frescura poco comunes. No era, en definitiva, su tipo, pero su exceso de sinceridad y su actitud, como si no le importara lo más mínimo lo que pensarán de ella, habían logrado que, por primera vez desde el ataque, se sintiera cómodo con otra persona que no fueran sus dos mejores amigos o su familia.

Ana, por su parte, se percató del escrutinio de Leo, pero decidió que lo mejor para no soltar alguna inconveniencia era no cambiar su actitud y pasarlo por alto en la medida de lo posible. Así lo hizo hasta que accedieron al garaje, reluciente y ordenado, más parecido a una exposición de automóviles de lujo que a un lugar de uso común. Una docena de vehículos se alineaban en la estancia, así que la joven se quedó en la puerta, a la espera de que le indicara a cuál iban a subirse. Él se dirigió a su precioso deportivo blanco y, orgulloso de su posesión, lo señaló:

—Este es el mío. ¿Qué te parece?

—Que en el recinto ferial no hay ni un solo parking de pago, así que te lo van a robar en cuanto nos apeemos —respondió Ana con un alzamiento de ceja. La expresión de Leo indicaba que estaba a la espera del halago habitual pero para ella, en lo que a coches se refería, siempre había primado la practicidad sobre el diseño—. ¿No tienes nada más discreto? Vamos a una feria que está más cerca de la parte chunga de la ciudad que del distrito financiero.

La sorprendente reacción de ella ante un coche que solía hacer que hasta los menos entendidos soltaran suspiros de envidia hizo sonreír a Leo, aunque una pequeña parte de él se sentía un poco defraudada por su fría reacción ante su tesoro. En cualquier caso, decidió fiarse del criterio de la niñera.

—Este es el único coche que tengo aquí, el resto son de mi cuñado y de mi hermana. Aunque no se molestarán si cojo prestado alguno de los suyos.

—¿Seguro? Mira que no quiero líos...

—Ya he cogido alguno con anterioridad y nunca han protestado. Además, aun en el caso de que hubiera líos, la responsabilidad sería mía —la tranquilizó Leo. Luego se dirigió a el armario donde estaban las llaves, cogió

una y apretó el mando. Las luces de un coche alemán de último modelo se activaron—. ¿Ese te parece mejor?

La niñera le miró como si estuviera loco y le dijo:

—También parece de los caros. ¿No hay ningún coche que no sea de alta gama? No sé, uno para ir de incógnito cuando os apetezca ir al fútbol, o algo así.

Leo se echó a reír de nuevo y le abrió la puerta del copiloto.

—Es el más discreto del garaje. Vamos, subid.

Ella se encogió de hombros y, mientras entraba, dijo:

—Tú mismo.

Nada más ponerse el cinturón cogió su móvil y mandó un rápido mensaje instantáneo. Justo entonces, las gemelas se tiraron en el asiento trasero y a la niñera no le quedó más remedio que dejar el teléfono y regañarlas de nuevo, esta vez para que no pusieran los pies en la tapicería de cuero. Por suerte, estaban tan ansiosas por ir a la feria que la amenaza de interrumpir la excursión si no se comportaban fue suficiente para que se pusieran el cinturón y se quedaran quietas. Ana se relajó un poco, pero siguió sentada de una forma bastante rígida.

—No te sientes muy cómoda en este coche, ¿verdad? —le preguntó Leo. Las gemelas, al no tener una distracción mejor, se inclinaron hacia adelante en silencio para escuchar la conversación de los adultos sin llamar mucho la atención.

—Estoy en una mansión más larga que el trayecto de mi casa al trabajo, llena de objetos únicos y de incalculable valor. Voy curada de espanto, supongo —mintió ella. En realidad sí que se sentía incómoda y no quería relajarse contra el asiento por si alguna hebilla o pieza de bisutería arañaba la sin duda carísima tapicería—. Simplemente, prefiero tener cuidado para no cargarme algo irremplazable.

—Todo está asegurado —intentó tranquilizarla Leo—. No hay necesidad de tener tanto cuidado.

—Gracias, pero prefiero seguir como hasta ahora y procurar no estropear nada —respondió ella. Luego, una vez más, sin darse cuenta de que en vez de pensar estaba hablando en susurros, añadió—: Ya, todo asegurado pero a la niñera seguro que la echan si se carga algo. No, gracias.

—¿Cómo dices? —preguntó Leo, desconcertado.

—¿Yo? Yo no he dicho nada —mintió la joven, al darse cuenta de su nueva metedura de pata.

Tras esta última declaración, el tema pareció quedar zanjado y Ana, sin saber qué más decir, aprovechó el sonido de mensaje entrante para volver a centrarse en el teléfono. Leo se esforzó por pensar en algo que comentar para evitar que se acabara la conversación:

—¿Siempre dices lo que se te pasa por la cabeza?

Ella le miró de reojo y, sin dejar de teclear, respondió:

—Es mi cruz. Hablo siempre sin pensar, o más bien digo en voz alta lo que pienso aunque sea inconveniente, así que la gente tiende a enfadarse conmigo o a huir de mí.

—Ya veo. No me extraña, cuando entraste en mi habitación casi me diste miedo.

—¡Tampoco es para decir que doy miedo! —Se giró hacia él, iracunda.

—Irrumpiste en mi habitación y me regañaste —siguió chinchando Leo. Por lo poco que había podido percibir hasta el momento, intuía que era una de esas personas que, cuando sale a la luz su carácter, también sacan a relucir lo que se están guardando para sí. Esta vez, sin embargo, no acertó con su pulla.

—En el fondo, tienes que reconocer que te lo merecías. De hecho, todavía no has pedido perdón a las niñas por tu comportamiento. —Ana le miró fijamente, alzando ambas cejas, e hizo un gesto en dirección a la parte de atrás del coche.

Leo, que no se había divertido tanto en mucho tiempo, miró a las pequeñas por el retrovisor y se disculpó:

—Mil perdones por haberos gritado antes, perlitas.

Las gemelas le miraron con adoración y sonrieron de oreja a oreja.

—No importa, tío Leo. Nosotras nos portamos mal entrando sin permiso, pero al final ha sido bueno porque te has puesto contento —dijo Jasmina muy rápido.

Lily asintió y, para sorpresa de Ana, que temía que al estar ya de camino a la feria se olvidaran de que debían comportarse, volvieron a quedarse calladas y tranquilas. Leo les guiñó un ojo y se dirigió de nuevo a Ana:

—¿Satisfecha?

Ella sonrió y levantó el pulgar.

Luego, al ver la sonrisa de satisfacción de su interlocutor, puso los ojos en blanco y decidió volver a sus mensajes telefónicos; quería detener sus excesos de sinceridad antes de que él se acabara ofendiendo. Leo hizo una mueca al darse cuenta de ello y preguntó:

—¿Qué te estás callando?

—Nada. —Respondió ella, con la evidente intención de dejarlo ahí. No obstante, no logró contenerse y solo tardó un par de segundos en añadir—: Solo pensaba que eres la clase de tipo que está acostumbrado a que el mundo le dé la razón como a los locos y a que todos hagan lo que quieres.

—Sí, supongo que lo soy —estuvo de acuerdo y se quedó pensativo unos instantes antes de decir—: Quizás por eso me caes bien.

—Pues eres raro —afirmó Ana, de forma automática.

—¿Y eso?

—Porque la gente como tú suele enfadarse cuando hablo y le bajo los humos, no se ríe a carcajadas y acepta las críticas —explicó ella.

—Pero eso está bien, ¿no?

—Jod... Jolín, claro que sí —exclamó Ana, alegre—. Estar todo el tiempo en guardia para no decir algo inconveniente es agotador. Es un alivio saber que no me vas a echar a los leones por lo que te he dicho. Es lo que pensé que harías en cuanto abrí la boca por primera vez.

—Si mi ego fuera incapaz de aceptar unas cuantas verdades, mal asunto —respondió él.

—Hasta hace menos de una hora tu ego te impedía salir de la habitación —apuntó Ana—. Tu forma de ser no es, precisamente, predecible.

—Procuraré mejorar eso —rió Leo.

—Lo dicho. Eres raro —repitió ella. Mandó otro mensaje y Leo frunció el ceño.

—¿Sabes? Es muy molesto intentar tener una conversación con alguien si está más pendiente del teléfono que de ti.

—No suelo hacerlo, pero hoy las circunstancias me obligan —respondió ella, misteriosa. De pronto, cayó en que no se había presentado—. A propósito, me llamo Ana.

—Leo.

—Ya lo sabía, no hacía falta que me lo dijeras. Como te he dicho antes, las peques no han parado de hablar de ti desde que llegué.

—¿Y qué te han contado, exactamente? —quiso saber él, tenso de repente.

—Lo que cualquier niña cuenta a un extraño sobre un familiar al que quiere mucho. No temas, tu intimidad está a salvo, al menos que consideres una invasión que me digan lo mucho que se divierten contigo, cuánto te gustaron sus galletas o las ganas que tenían de que te recuperaras de tu

enfermedad. —Remarcó la última palabra, dándole un ligero tono irónico.

—Y no sentiste curiosidad —dijo Leo, con un tono más sarcástico que interrogativo y cada vez más rígido. De pronto, todos esos mensajes que había estado mandando se le hacían muy sospechosos.

—No la suficiente como para arriesgar el puesto de mi amiga haciendo preguntas inconvenientes y metiéndome en lo que no me incumbe —respondió Ana.

—¿El puesto de tu amiga?

—Ajá, fue Tam quien me recomendó para el puesto. Es una trabajadora muy seria y no quería causar inconvenientes mientras estuviera de baja, así que aprovechó que yo estaba de vacaciones para proponer una solución rápida —explicó la joven, alabando en la medida de lo posible a Tam y evitando desvelar que el verdadero motivo para elegirla como sustituta era que no había riesgo de que le acabara pisando el puesto.

—Pero, ¿eres niñera, como ella? —Quiso saber Leo.

—Claro que no, trabajo en un periódico, como correctora.

—Y supongo que esta es tu oportunidad para ascender —concluyó él—. No puedo creer que haya sido tan estúpido. Yo hablándote de mis intimidades y tú dándoles información a tiempo real. Tienes suerte de que estén las niñas delante y de que no quiera montar una escena delante de ellas, porque si no...

—Oye, no sé qué parte de «tu intimidad está a salvo» es la que no has comprendido —se molestó Ana—. De hecho, por si no lo sabes, los correctores no nos dedicamos a buscar historias, sino a corregir las historias de otros. Y aunque se diera el caso de que quisiera convertirme en periodista, me buscaría un pelotazo de verdad y no sería tan miserable como para infiltrarme en una casa como niñera solo para añadir información irrelevante a un cotilleo pasado de moda.

Leo intentó percibir la mentira en sus palabras, pero justo en ese momento ella recibió otro mensaje y, aprovechando que estaban parados frente a un semáforo en rojo, se lo mostró. Ni el nombre del destinatario, «Primo Toño», ni la ininteligible conversación compuesta por un extraño jeroglífico de palabras abreviadas y emoticonos invitaban a pensar que Ana estuviera compartiendo lo que estaban hablando con la redacción de ningún periódico. Además, tanto el tono como la pose de ella le indicaron que se había equivocado y decidió concederle el beneficio de la duda.

—Te pido disculpas pero tengo por norma no confiar en nadie que tenga una relación, aunque sea remota, con la prensa. Además, ¿qué querías que

pensara?

—Ahí está la clave, en pensar. ¿Acaso te diría tranquilamente que trabajo en un periódico si estuviera intentando sacarte información? —bufó Ana. Por supuesto, estaba algo molesta y eso le impidió quedarse ahí—. Además, creo que soy bastante transparente. Como ya te he dicho antes, eres tú el que no paras de cambiar de humor: de pronto hablas con normalidad conmigo y de pronto te comportas como un paranoico. Y en las escaleras hiciste lo mismo: estabas furioso, con razón, lo reconozco, y de pronto te reíste y dijiste que nos acompañabas, aunque llevabas semanas encerrado en una habitación, como si fueras incapaz de enfrentarse al mundo.

—Supongo que para darme cuenta de que quedarme encerrado y aislado en mi habitación no es la solución a mis problemas necesitaba que alguien me gritara que soy un agorafóbico pretencioso —bromeó él.

—¿Qué problemas puedes tener tú? —replicó Ana.

—¿Acaso no es evidente? —Levantó una mano del volante brevemente para señalar su cara.

—Pues no, no lo es. Ya te he dicho que trabajo en un periódico, conozco muchos casos de gente con problemas de verdad. «Problemas» es que te desahucien, no tener trabajo para mantener a tu familia, estar solo en el mundo, que te estafen, que te quieran meter en la cárcel por un crimen que no has cometido... Hasta donde yo sé, tú tienes tu economía asegurada, tu familia te quiere y no tienes problemas con la ley —finalizó.

—Supongo que, viéndolo desde esa perspectiva, lo mío es poca cosa. Pero, aun así, me cuesta enfrentarme a las miradas de la gente.

—Pues deberías ir acostumbrándote, porque te van a mirar, y mucho. —Al ver que Leo la miraba con una nota de pánico en el rostro y ella se explicó—: La gente se preguntará cómo te has hecho la herida, eso es inevitable. Probablemente, muchos deduzcan que eres un tipo peligroso, de esos que se pelean a navajazos. De hecho, como llevas ropa cara y tienes esos aires de tipo con pasta, lo más probable es que piensen que perteneces a alguna mafia.

—Eso es ridículo.

—Claro que lo es, pero la mayoría de las personas tienden a etiquetar a los demás en cuestión de segundos. De todos modos, ¿qué importancia tiene? Tú y tu gente sabéis lo que eres, y eso es lo único que importa. —Ana se encogió de hombros y continuó con su exposición—: Por otra parte, si lo que te preocupa es el tema de las mujeres, te diré que los aires de malote atraen a muchísimas. Y creo que la cicatriz te hace bien, porque, no te ofendas, me da

la sensación de que tenías una cara un poco afeminada. Ahora tienes un aire a pirata de portada de novela romántica y, créeme, si en las portadas de novela romántica salen tipos con tu aspecto es porque a las mujeres les gusta. Además, aunque no fuera así y la cicatriz te hiciera feo, seguirías siendo un hombre gamba. Hay pocos de esos también, por lo que seguirías por encima de la media.

—¿Un hombre gamba?

—Un hombre del que se aprovecha todo menos la cabeza —recitó.

Leo empezó a reír de nuevo y esta vez no paró en un buen rato.

—¿Sabes? Tienes unos puntos de vista de lo más peculiares y una forma muy extraña pero muy eficaz de expresarlos. Después de escucharte, todo lo que me parecía tan terrible ha perdido mucha fuerza.

—Eso está bien, y más siendo el tío de dos niñas. Esa obsesión con tu cicatriz lo único que iba a conseguir era reforzar unos valores muy negativos, en vez de enseñarles que lo importante de las personas es lo que tienen dentro y no su apariencia. —En cuanto Leo giró y entró en la larga avenida que finalizaba en el recinto ferial, añadió—: Sigue adelante, hacia la feria.

—Creo que será mejor buscar un aparcamiento de pago en esta zona —respondió él.

—Que ya te he dicho que no hay ninguno, hombre. Además, es un buen paseo. ¿Quieres que las niñas se cansen antes siquiera de llegar y que tengan menos tiempo de diversión? Tú hazme caso y métete en el recinto, que está todo controlado. Las gemelas, como era de esperar, intervinieron y le suplicaron que hiciera caso a Ana porque querían llegar cuanto antes, así que se rindió y siguió las instrucciones de la niñera, que seguía mandando mensajes a la par que le daba indicaciones.

—Mira, ahí tenemos nuestro sitio —dijo ella por fin.

Leo vio un hueco libre que todo el mundo pasaba por alto porque estaba invadido por un quinteto de jóvenes adornados con joyas vistosas como cordones y sellos de oro, vestidos con gorras casi sin calar, camisetas ajustadas y sin mangas, pantalones de chándal tan bajos que asomaba gran parte de su ropa interior y deportivas de marca. Se movían al son de la música electrónica que salía a todo volumen de los altavoces del auto tuneado que había instalado en la plaza de aparcamiento de al lado y daba la impresión de que se pondrían violentos con cualquiera que se atreviese a estropear su diversión.

—¿Y este es el sitio donde pretendías traer a las niñas? ¿No ves que es peligroso?

—Anda, anda, no seas paranoico. Espera un momento.

Para estupefacción de Leo, Ana se bajó del coche, se dirigió hacia los jóvenes y comenzó a charlar con ellos con toda naturalidad. No tardaron en echarse a un lado y la niñera volvió a subirse al coche.

—Venga, aparca —le dijo ella, de lo más calmada.

—¿Estás loca? No pienso aparcar cerca de esos..., quinquis. Solo hay que ver con qué avaricia miran este coche y, desde luego, da la impresión de que tienen habilidades suficientes para robarlo —replicó Leo, con una ligera nota de preocupación en el rostro, que se acrecentó cuando les hicieron gestos y les gritaron que aparcaran de una vez.

Ana soltó la carcajada que había estado conteniendo y le tranquilizó:

—Primero, los quinquis son marginados y delincuentes, y estos no son ni lo uno ni lo otro. Vale que tienen una pinta un poco rara, pero todos los *pokers*, la tribu urbana a la que pertenecen, llevan ese estilo. Y segundo, son inofensivos. El de la chaqueta azul es mi primo pequeño, Toño, el de los mensajes. Siempre vienen a estas fiestas, y a todas las que tienen un buen ambiente, así que antes de salir del garaje le he pedido que nos guarde un sitio para que no tengamos que dar mil vueltas. Además, por veinte euros él y sus amigos vigilarán tu coche toda la tarde. De todas formas, no creo que se fueran a mover de aquí.

—¿Estás segura? —preguntó Leo, no del todo convencido. Aun así, comenzó a maniobrar para aparcar el vehículo.

—Completamente —afirmó la niñera con una sonrisa.

—De acuerdo. Pero mejor que sean cien euros.

—¿Estás seguro? ¿Cien euros por cuidarte el coche durante un par de horas? —Ana le miró como si fuera un alien y puso los brazos en jarras.

—Veinte para cada uno. Más vale prevenir... —dijo mientras apagaba el motor.

—Los ricos estáis locos —gruñó ella. Puso los ojos en blanco y salió del vehículo para decírselo a los chicos que, al oír la oferta, montaron un escándalo con sus gritos de alegría.

Leo salió del coche y sacó a las gemelas por el lado contrario al que estaban los *pokers* y, manteniéndolas todo el rato tras él, se acercó un poco para agradecerles amablemente que les hubieran guardado el sitio.

—No te rayes, pavo, que cuando vuelvas tu buga va estar aquí sin un rasguño —dijo el primo Toño—. ¡Pero mira a ver cómo te portas con mi prima, que te destruyo!

Sin saber muy bien cómo reaccionar, el joven hizo un gesto de asentimiento, sin soltar a sus sobrinas ni un segundo, y se encaminó hacia la feria precedido por Ana. No obstante, nada más entrar se sintió incómodo por la gran cantidad de gente que había, así como por la música estridente. Además, el olor a fritanga que dominaba el ambiente y los papeles que había por el suelo contribuían a una sensación de caos y suciedad que le horrorizaron.

—Creo que esto no ha sido una buena idea —le dijo a Ana con mala cara—. Deberíamos marcharnos.

—¡No, Leo, por favor! ¡Queremos montarnos en las atracciones! —protestaron las gemelas haciendo pucheros.

—Sí que eres un poco gallina, ¿eh? Primero te asustas de mí, luego de unos *pokers* y ahora de una inofensiva feria... Vaya pirata estás hecho, qué decepción —se burló la niñera—. ¿Qué es lo que te da miedo, no ser capaz de conseguir ningún premio?

—Más bien..., que las peques pillen alguna enfermedad. ¿Te has fijado en la cantidad de suciedad que hay? —Hizo un gesto abarcando todo lo que había a su alrededor, como si fuera evidente.

—¡Venga ya! ¿Coger una enfermedad? —Ana soltó una carcajada—. Nunca he oído una tontería tan grande. ¡Como si nunca hubieran estado en una feria!

—Yo, desde luego, nunca he estado en una. Y, que yo sepa, ellas tampoco.

—¡No hablas en serio! ¿No habéis estado nunca en una feria? —preguntó ella a las pequeñas, estupefacta.

—No, y no queremos irnos, ¡nos lo prometisteis! —exclamaron las niñas, mirando hacia el recinto con gran anhelo.

—Claro que sí y, además, si nunca habíais venido, ¡razón de más para quedarnos! —les dijo Ana. Al ver el fruncimiento de ceño de Leo, añadió—: No seas así, ¿acaso vas a decepcionarlas de esa forma porque de repente se te han quitado las ganas de entrar? No temas, lo peor que te puede pasar es que te manches esa ropa tan cara que llevas. ¿O es que aún estás preocupado por el coche?

Leo alzó las manos en señal de rendición, incapaz de resistirse al tono sarcástico de la niñera y a las gemelas, que seguían mirándole suplicantes y parecían a punto de echarse a llorar.

—Claro que me preocupa el coche. No es mío y no me gustaría que le

pasara nada. Pero supongo que me fío de tu palabra de que esos... *pokers* mantendrán mi coche intacto hasta que yo llegue. —Suspiró y echó a andar hacia las atracciones, con las gemelas revoloteando alegremente a su alrededor.

—¡No os alejéis mucho, peques! —ordenó Ana a las niñas, que, temerosas de acabar pronto su visita, decidieron hacerle caso. La niñera asintió satisfecha y volvió a tranquilizar al preocupado tío de las pequeñas—. No temas, Toño es un tío legal. Un macarra, pero legal.

—¡Menuda familia!

—Dijo el tío que no ha estado nunca en una feria y que vive con su hermana —respondió Ana, en tono mordaz.

—¡No vivo con mi hermana! —se ofendió Leo—. Tengo casa propia, ¿sabes? Simplemente, me escondo de los curiosos y de la prensa por una temporada.

—Tampoco te dan tanta importancia. Yo no me había enterado de lo que pasó hasta el día en que tuve que ponerme a cuidar de tus sobrinas.

—¿Es que vives en otra galaxia? ¿No trabajas en un periódico? —preguntó él, de nuevo algo desconfiado. No parecía que ella estuviera mintiendo pero, a pesar de que se había desconectado del mundo, sabía que el asunto fue el tema principal de todos los medios durante un par de días y que se seguía comentando el incidente y especulando sobre él, aun después de varias semanas.

—Qué curioso. Eso fue más o menos lo que me dijo Tom —dijo ella.

—¿Tom?

—Mi mejor amiga, junto con Tam —explicó Ana, sin entrar en detalles.

—¿Tam y Tom? —se burló Leo, con deseos de terminar de alejar la conversación del tema de su cicatriz—. Suena a serie de dibujos animados.

—Bueno, tampoco es que Leo sea un gran nombre. A todo esto, ¿de dónde viene, de Leonardo o de Leopoldo?

—De Leónidas —respondió Leo por lo bajo, pero Ana lo escuchó y empezó a reír a carcajadas.

—¿Leónidas, como el espartano? —preguntó entre risas—. ¡Dios mío, y yo que creía que ya era malo llamarse Leopoldo! ¿Cómo se les ocurrió a tus padres?

—Mi madre estaba justo delante de un cuadro sobre la batalla de las Termópilas cuando empezaron las contracciones. Creyó que era una señal.

—¡Menos mal que no estaba en el cuarto de baño! De ser así, ahora

tendrías nombre de marca de papel higiénico —siguió la niñera con una risa casi histérica. Hasta a Leo se le contagió un poco, aunque no por ello dejó de estar sonrojado.

—¿De qué os reís? —preguntó Lily.

—Oíd, niñas. ¿Sabíais que vuestro tío se llama Leónidas?

—Es un nombre muy bonito —dijo Jasmina, inocente—. Pero me gusta más Leo, porque ruge como un león cuando se enfada, pero luego es muy bueno.

—Me parece que te creo —respondió la niñera, aún con las lágrimas de risa en los ojos—. ¿A quién le apetece un poco de algodón de azúcar?

—Ah, no, de eso nada. No me fío de ese color tan raro que tiene —se negó Leo, que miraba con suspicacia hacia el puesto.

—Oh, vamos, cualquiera que haya sobrevivido a las galletas de tus sobrinas puede sobrevivir a esto —le animó ella.

Leo volvió a negarse, aunque acabó cediendo a la insistencia de las gemelas y aceptó comprar uno pequeño para cada uno. No obstante, ni él ni sus protegidas quisieron saber nada de los perritos calientes que les ofreció Ana. La niñera, con el dulce en una mano y un cargado perrito en la otra, miró interrogante a Leo cuando le dio el primer mordisco a su algodón de azúcar.

—De acuerdo, está rico. —Ana puso los ojos en blanco y él la observó dar un gran bocado al perrito caliente—. ¿Cómo puedes meterte eso en el cuerpo, si es solo media tarde?

—Es mi merienda. —Se encogió de hombros—. ¿Seguro que no quieres un poco?

—No, gracias. Eso va directamente a la barriga.

—Bah, ni que tus abdominales o tu trasero se fuesen a estropear por un perrito caliente —bufó la niñera.

—Mis abdominales y mi trasero se mantienen en forma precisamente porque los cuido —le respondió Leo. Por la reacción de la niñera, se dio cuenta de que ella había pensado de nuevo en voz alta sin querer. Soltó una carcajada y acompañó a las niñas hasta el puesto de la pesca del patito.

Ana les acompañó y refunfuñó, convencida de que no la oía:

—Mi trasero tampoco está nada mal y nunca he tenido que renunciar a los perritos calientes para mantenerlo así.

—Vuelves a hablar en voz alta —señaló Leo.

—Era mi intención —mintió la niñera. Luego volvió a ofrecerle el perrito

—. Venga, unas pocas calorías de más no te harán daño. Y, con tus sobrinas sueltas por una feria, créeme, las vamos a necesitar.

Leo sonrió, le quitó el perrito caliente de la mano y le pegó un buen bocado. No dijo nada, aunque tuvo que reconocer para sus adentros que no sabía mal.

—¡Bravo! Comienzas a comportarte más como un ser humano normal y menos como un esnob —bromeó la joven.

—Preocuparme por lo que comemos las niñas y yo no es esnobismo, sino simple sentido común. Cuando no hay costumbre de comer porquería a deshoras...

—Ya, ya... —Ana le sonrió sarcástica al recuperar lo que quedaba de su perrito; sabía que le había gustado. Luego dirigió su atención a las gemelas, ya que estas no eran demasiado habilidosas pescando patitos de goma—. Déjame probar a mí, Lily.

Tras dos rondas de pesca, premiadas por sendos peluches para las gemelas, la niñera miró traviesa a Leo y siguió pescando patitos hasta conseguir un nuevo premio. Esta vez eligió un parche negro de pirata con una calavera blanca mal dibujada y se lo ofreció:

—Un parche para un pirata llamado Leónidas.

—No pienso ponérmelo —se negó él.

—¡Vamos, tito Leo, pónselo! ¡Te quedará muy bonito! —le suplicó Lily, coreada por su hermana. Al final, Leo cedió, pero no pudo ponérselo.

—No me entra —dijo, con falsa decepción.

—Porque eres muy cabezón, tito Leo —se rió Jasmina.

—Porque está hecho para los niños pequeños —explicó él. Solo faltaba que sus sobrinas le pusieran un mote por no poder encajarse el dichoso parche.

—Cierto. Su cabeza está bien proporcionada, pero esa goma es muy corta. Habrá que solucionarlo, ¿no?

Les dirigió a un puesto de atracciones que consistía en llenar un globo de agua apuntando a la boca de un payaso y se pusieron los cuatro a la vez a intentarlo. Al acabar, todos menos Lily habían conseguido un premio, así que Leo le dio su peluche a la niña mientras que Ana cogía una máscara veneciana de plástico. En cuestión de segundos le quitó la cinta de goma a la máscara y la ató al parche de pirata. Una vez hecho el apaño, se dispuso a ajustarlo en la cabeza de Leo.

—Madre mía, vaya pelo más suave, ¿qué champú usas?

El joven empezó a desternillarse de risa. Sus sobrinas le miraron sin entender el motivo de su diversión, pero Ana, que lo había preguntado sin pensar, se había sonrojado mucho.

—¿Sabes, Ana? Creo que es la primera vez en mucho tiempo que me río tanto, lo que tiene mucho mérito por tu parte —afirmó él.

—Bueno, tampoco es para tanto —le quitó importancia la niñera, aunque enrojó un poco más, si es que eso era posible—. Solo te he preguntado por tu marca de champú. Creo que estabas tan aburrido en esa habitación después de tanto tiempo de encierro que ahora te hace gracia cualquier cosa.

El resto de la tarde fue muy divertido para todos, una vez eliminadas las reticencias de Leo, que en un principio no quería que las niñas subieran a las atracciones. Tal y como le había adelantado la niñera, no recibió ninguna mirada compasiva, pero sí algunas de desconfianza y unas cuantas más de deseo por parte de las mujeres, alguna de las cuales aprovechó una aglomeración para colarle en el bolsillo una nota con su teléfono. Eso molestó a Leo tanto como le halagó, de modo que Ana se acercó un poco más a él y comenzó a actuar como si fuera una novia celosa, lo que refrenó un poco a las más atrevidas, que no volvieron a molestarle. El único mal rato, aparte del incidente de la nota, fue cuando las gemelas montaron un espectáculo de llanto y chillidos porque ni él ni Ana les permitieron montarse en una atracción llamada «El vaquero rompedientes», de aspecto realmente amenazador, pero pronto se calmaron y encontraron otras cosas que llamaron su atención.

Después de subirse en todas las atracciones no peligrosas de la feria, participar en todos los puestos de habilidad con los que se cruzaban, cargarse de peluches y regalos tontos e hincharse a comer golosinas, decidieron volver al coche, a pesar de que las gemelas, cansadas pero felices, no querían marcharse.

—Al final no ha resultado ser tan mala idea, ¿verdad? —preguntó Ana, cargada de trastos. Aún con el parche en el ojo, Leo sonrió y asintió en silencio. Se detuvo un momento porque cargaba a cuestas con sus sobrinas, que se habían quedado dormidas, y Jasmina se le estaba escurriendo—. Así que esos músculos son de hacer deporte, no químicos.

Leo rió por lo bajo y Ana pegó un bote al darse cuenta de lo que acababa de decir.

—No te rías tanto, eso sí es un halago —se justificó Ana. Solo faltaba que el ego de Leo, que ya se había inflado un poco con la actitud de ciertas

adolescentes en la feria, creciera más con sus comentarios—. Al menos no estás tan obsesionado con tu apariencia como para llegar a esos niveles, simplemente haces deporte para mantenerte en forma.

—Claro —asintió Leo, aunque omitió que algunos de los ejercicios que practicaba regularmente estaban pensados para moldear sus músculos a su gusto.

Ella hizo un gesto de aprobación y caminaron en silencio hasta llegar al coche, celosamente custodiado por Toño y sus amigos. Tras pagarles lo acordado, el joven metió a las gemelas en el coche y les puso el cinturón sin despertarlas mientras escuchaba a Ana hablar con su primo. Le divirtió la extraña forma de hablar del muchacho, con una jerga que casi parecía un idioma distinto, y las pullas que se lanzaban el uno a la otra sin perder en ningún momento el tono cariñoso.

Al ver Ana que Leo ya había acabado de guardar los trastos en el maletero y que la estaba esperando, se despidió de su primo y se metió en el coche, pero luego bajó la ventanilla y se asomó para gritarle:

—Pero mira a ver en qué te lo gastas, ¿eh?

—¿Pero qué ladras, pava? No me rayes y vete ya con el pijo ese.

—Ya, pues como me entere de que te lo gastas en litronas, como ya has hecho otras veces, te juro que se lo digo a tu madre.

—Que sí, que sí. No se lo dirás, ¿verdad?

Leo se echó a reír y, tras quitarse el parche para tener buena visibilidad al conducir, arrancó y salió del aparcamiento, dejando con la duda al primo *pokero* de su acompañante.

### Capítulo 3

#### Dos heteros de distinto sexo no pueden ser amigos

—Señorito Leo. Sus amigos, Charles y David, están esperándole en el hall —dijo el mayordomo, tras llamar a la puerta del salón. Él sonrió y le indicó que podían pasar, pero no se molestó en corregir lo de «señorito». Antes de trabajar para su hermana Samantha, había sido el mayordomo de sus padres y le conocía desde siempre, pero ni su hermana ni él habían logrado que abandonara sus aires de formalidad cuando se dirigía a ellos.

—¡Cuánto me alegro de veros, no esperábamos vuestra visita tan tarde! —exclamó Samantha cuando los dos mejores amigos de su hermano entraron en la estancia—. ¿Habéis cenado ya? Nosotros ya lo hemos hecho, pero puedo pedirle a la cocinera que prepare algo rápido...

Los dos se apresuraron a rechazar educadamente el ofrecimiento y a demostrar su extrañeza porque, desde el accidente, Leo solía pedir que le llevaran todas las comidas a su habitación. Samantha se comportó como la perfecta anfitriona y se aseguró de que estuvieran cómodos y no les faltaran bebidas ni algún que otro aperitivo, por si su negativa a cenar era debida a que, por consideración, no querían causar molestias.

Mientras lo organizaba todo, observó al trío con atención. Una vez había oído comentar a un grupo de mujeres que, si solo con tener a uno de ellos delante las chicas suspiraban con anhelo, cuando estaban los «Tres Ángeles» juntos, las mujeres no podían dejar de preguntarse si no eran una visión del cielo. Samantha les conocía desde que eran unas criaturillas desgarradas y, a pesar de que se trataba de su hermano y sus amigos, que para el caso eran casi como su familia, tenía que reconocer que, objetivamente, esos comentarios tenían su razón de ser.

Charles era rubio con los ojos verdes y llevaba el pelo siempre cortado según las últimas tendencias, enmarcando sus rasgos clásicos. Su familia poseía un gran imperio relacionado con el mundo de la moda y, al haberse criado en un entorno tan especial, en el que la mayor parte de los referentes masculinos eran grandes diseñadores o modelos, tenía un gusto exquisito en todo lo referente a su imagen y poseía un cierto amaneramiento que podía llevar a pensar erróneamente que era homosexual. No obstante, era pública su heterosexualidad y eso le convertía en un soltero muy cotizado por las féminas. Además, su mirada distante y su actitud, que le hacían parecer

siempre perdido en mundos lejanos, llevaban a las mujeres a soñar con que serían ellas las que llegarían al fondo de su corazón, enterrado bajo una capa de hielo y una forma de ser introvertida. Nunca bajaba la guardia y solo se preocupaba de cuidar su relación con su familia y con sus amigos.

Luego estaba David, siempre con una sonrisa capaz de derretir a cualquiera y un carácter espontáneo y abierto que le convertía en el alma de toda fiesta. Era el más bajo de todos, pero eso no menguaba su atractivo en absoluto. Tenía el pelo negro, siempre peinado para que pareciera ligeramente desordenado, y unos increíbles ojos azules que recordaban a una tempestad marina.

Y por último su hermano Leo, con un fuerte carácter con el que ocultaba su buen fondo, al igual que su cicatriz había tapado su bello rostro.

Todo el que les conocía por primera vez era incapaz de comprender cómo era posible que tres personas tan diferentes en todos los aspectos, pudieran tener una relación tan estrecha. Ella sabía que su unión, al principio, había estado motivada y forzada por sus padres, que habían buscado a hijos de personas de su misma posición para jugar con sus herederos, pero lo cierto era que los tres se complementaban a la perfección y su amistad inquebrantable había superado todos los obstáculos desde hacía más de veinte años. Samantha se alegraba por ellos, pero no podía evitar sentir cierta envidia, porque las amigas que intentaron imponerle sus padres en su momento nunca habían tenido por ella más interés que el de la pura conveniencia.

—Bueno, será mejor que vaya a comprobar que las niñas están durmiendo y no jugueteando. Yo ya le he sonsacado durante la cena todos los motivos que me ha querido contar para su estupendo cambio de actitud. Para lo que queda por sacarle, le dejo en vuestras manos —dijo ella. Podía percibir la curiosidad de Charles y David, deseosos de que su hermano los pusiera al día. Tras darles dos besos a cada uno, se despidió de ellos y abandonó la habitación.

—¿Y bien? —preguntó David en cuanto ella cerró la puerta.

—¿Y bien qué?

—No te hagas el loco, amigo. Te llamamos, como cada tarde, y nos encontramos con que no estás confinado en tu habitación, ¡sino que has salido por ahí con una mujer y te has dejado el móvil en casa! —David alzó la ceja—. A propósito, ¿eso que llevas colgado al cuello es un parche pirata?

—¡No digas tonterías! —exclamó Leo, sonrojándose. Se quitó el extravagante parche, que se había quedado ahí cuando se lo apartó para

conducir, sin que a nadie se le ocurriera mencionar que lo seguía llevando, y lo guardó en el bolsillo antes de sentarse y continuar—: No he salido con ninguna mujer, he acompañado a las niñas y a su niñera a una feria.

—No te quedaría mal un parche de diseño, a decir verdad —afirmó Charles, que se tumbó en el sofá y puso cara de estar tramando algo.

—¿Es guapa? —preguntó David a la par.

—¿Perdón?

—La niñera. Tiene que serlo, para hacer que cambies tu actitud tan de repente.

—Oh, por favor, ¿no puedes pensar en otra cosa? —protestó Leo.

—Eso es que sí —concluyó su amigo.

—Pues no está mal, David, pero no es mi tipo.

—¿Y es mi tipo?

—Todas son tu tipo —señaló Charles desde el sofá, y los tres sonrieron.

—En cualquier caso, mi cambio de actitud no se debe a que sea o no guapa, sino a su forma de ser —explicó Leo.

—¿Qué quieres decir exactamente? —preguntó Charles.

—Me ha dicho cuatro verdades. Y me he reído. Mucho.

—Pues eso sí que es raro en ti, incluso antes de tu pequeño accidente.

—¡Lo que pasó con Emma, David, fue de todo menos un accidente! —replicó Leo frunciendo el ceño.

—Venga ya, hombre. ¡Siento haber sacado ese asunto! No vayas a enfadarte ahora, con lo animado que se te veía —se disculpó. No quería discutir y, además, le interesaba seguir con el interrogatorio. Un cambio de actitud tan radical, sin duda, merecía una indagación en profundidad, y esta se prolongaría hasta altas horas de la noche—. Anda, cuéntanos algo más de lo que has hecho esta tarde, que nos tienes en ascuas.

Leo se encogió de hombros y les hizo un breve resumen de la tarde, desde que la furiosa niñera había irrumpido en su habitación hasta que se había marchado, acabada su jornada, en su minúscula moto.

—¿No será esa tan rarita, de pelo corto, que vimos el otro día por la ventana cuando jugaba con las niñas en la piscina?

—No, esa está de baja —explicó Leo—. Ana es amiga suya y la está sustituyendo unos días.

—Ahhh, ¿y la vas a volver a ver?

—No veo por qué no. Ahora que «doy por finalizado mi aislamiento», aprovecharé para pasar unos cuantos ratos agradables con mis sobrinas y con

ella. Me cae bien. Creo que podríamos llegar a ser amigos, incluso.

—Imposible —dijo con rotundidad Charles.

—¿Y por qué iba a ser imposible?

—Dos heteros de distinto sexo no pueden ser amigos —le apoyó David—. No puede funcionar.

—Bueno, pues si me apetece y me lo propongo, yo puedo hacer que funcione, —afirmó Leo, con una expresión característica en el rostro que sus amigos captaron al vuelo.

Cuando Leo Donovan se empeñaba en algo, rara era la vez que no lo conseguía, y su cabezonería era un rasgo tan dominante de su carácter que cualquiera que le conocía aprendía a no insistir en sus objeciones cuando se le metía algo en la cabeza. De lo contrario, lo único que se lograba era que se enfadara, que pusiera más empeño en lo que se había propuesto y que tardara más en reconocer que no tenía razón.

—Y dime, ¿has traído algo de la feria? —preguntó Charles, para salir de ese terreno tan peligroso.

—¿Y qué iba a traer, un oso de peluche? —se burló David.

—Algodón de azúcar o algunas golosinas —respondió él. Quizás era un acto de rebeldía hacia la industria de la moda, en la que ese tipo de productos estaban vetados, pero lo cierto era que el joven consumía muchos más dulces de los que eran recomendables, tanto cuando estaba a solas como en compañía de sus amigos, y nunca desaprovechaba la ocasión de aprovisionarse.

—No fastidies, Charles, ¡pareces un niño pequeño, siempre pensando en chucherías! Si las quieres, ve a la dichosa feria y cómpratelos tú —se quejó David—. Aquí estamos hablando de cosas serias.

—¿Como si es guapa o no la niñera de las criaturas? —ironizó Charles. Le aburrían las interminables conversaciones sobre mujeres que su amigo siempre se empeñaba en tener, así que siempre buscaba una forma de desviar la conversación a otros derroteros. Además, en este caso corrían el riesgo de volver a caer en el tema que había tratado de evitar, así que tenía doble motivo para insistir en ello—. De todas formas, ya fui ayer y hoy no me apetece volver.

—¿Tú en una feria? Habría que verte —se burló David.

—Pues sí, mi niñera no era tan estricta como las vuestras y me llevaba todos los años a esa feria en concreto. Aunque hace tiempo que no la veo, yo he mantenido la costumbre: voy siempre que la instalan en la ciudad. Es un

buen sitio para tener una cita, a las mujeres les chifla la noria. Y me encanta el algodón de azúcar, estoy pensando en comprarme una máquina para tenerla en casa...

—Así que un buen sitio para tener una cita... Habrá que probar — reflexionó David, ignorando los desvaríos sobre el algodón de azúcar de su amigo y volviendo a lo que le interesaba. Luego, por supuesto, retomó el tema candente—: Así que, al final, sí que fue una cita lo tuyo con la niñera.

—No fue una cita.

—Pues ahora mismo Charles ha dicho que...

—Sí, un buen sitio si estás a solas, pero no cargando con dos mocosas — le interrumpió Charles, que volvió a centrarse en la conversación, resignado.

—Bueno, tampoco se puede decir que fuera una salida de amigos en toda regla —siguió insistiendo David.

Charles le fulminó con la mirada y volvió a buscar una forma de desviar la conversación antes de que Leo se obsesionara con el tema.

—Vaya, fijaos, nos hemos comido todos los aperitivos que nos ha dejado Samantha —dijo cuando Leo estaba a punto de soltar un pequeño discurso para reafirmarse en su convicción de que él y Ana podían ser buenos amigos si se empeñaba en ello. Sin embargo, la interrupción no era suficiente para distraer a su amigo así que añadió—: No te sería mucha molestia ir a la cocina a por unas galletas, ¿verdad, Leo? Iría yo mismo, pero me temo que no conozco esta casa lo suficiente como para encontrarlas por mí mismo.

Leo no podía decir que no sin parecer un mal anfitrión, de modo que se dirigió hacia la cocina, pero antes de llegar tuvo una idea mejor y subió corriendo hasta su habitación, donde las gemelas habían dejado olvidados sus famosos pasteles. Luego bajó y se los ofreció a su amigo, que no percibió el esfuerzo de Leo por no reírse y le pegó un buen bocado a uno de ellos. David y Leo soltaron una carcajada cuando vieron la cara de Charles, demasiado bien educado como para escupir la pasta a pesar del sabor espantoso, esforzándose por masticarla y tragarla cuanto antes. Luego bebió una abundante cantidad de refresco y no volvió a mencionar su deseo de tomar algo dulce en lo que quedaba de noche, lo cual fue un pequeño triunfo para Leo y David que, desde hacía algunos años, habían decidido no contribuir a la adicción de Charles.

Afortunadamente, durante los minutos en que se ausentó Leo, el joven había recordado a David que, por muy divertido que le resultara el asunto, no podía conducir a nada bueno, así que el resto de la noche el tema de la

amistad entre su amigo y la niñera quedó vetado.

No obstante, Leo no paró de darle vueltas, así que al día siguiente buscó un hueco en su apretada agenda para pasar un rato con las niñas y Ana. Las pequeñas le recibieron con mucho entusiasmo y, aunque estuvieron todo el rato en la cocina haciendo dulces y pronto quedó claro que no estaba hecho para esa actividad –ni las gemelas tampoco, si bien era cierto que a ellas, por lo menos, les encantaba–, lo pasó estupendamente gracias a los comentarios de la niñera.

Esto le confirmó su intuición de que una relación de amistad con Ana era posible, así que decidió acompañarlas todas las tardes a partir de entonces. Para su desgracia, las gemelas estaban obsesionadas con la repostería y no era nada fácil encontrar una actividad diferente: las niñas odiaban los juegos de mesa y se negaron siquiera a ver de qué iban los que compró al día siguiente, así que pasaron otra tarde haciendo galletas.

Su intento por hacer que construyeran un castillo por piezas para jugar luego con las figuras tampoco dio sus frutos, porque las gemelas no estaban dispuestas a montar todos esos bloques y, de todas formas, ya tenían una preciosa casita de muñecas de la que se habían hartado hacía meses. A falta de una alternativa mejor, tuvo que resignarse a hacer *brownies*.

También se le ocurrió que ver películas infantiles las mantendría entretenidas y que además podría conversar con Ana sin necesidad de medir tanto sus palabras mientras estuvieran atentas a la pantalla. Sin embargo, la niñera no tenía ni idea de dónde estaban los DVD y, cuando Leo llamó a Samantha para preguntarle, su hermana no solo no se lo dijo, sino que además vetó la actividad: consideraba que la televisión era una pérdida de tiempo y que las gemelas debían verla lo menos posible, así que solo les permitía disfrutarla un par de horas los días no lectivos. Por supuesto, esa tarde no hubo más remedio que aprender a hacer un bizcocho.

Su propuesta de llevar a las niñas al museo de arte contemporáneo tuvo una mejor acogida y las niñas se entusiasmaron con la excursión, pero una vez allí no tardaron en cansarse de ver obras de arte y en menos de una hora no quedó más remedio que dar por finalizada la visita. Ana tuvo entonces la feliz idea de llevarlas a un centro comercial cercano y las niñas se lo pasaron de fábula, pero para Leo fue aun peor que las clases de repostería.

Finalmente, le llegó la inspiración al acordarse de que, al igual que las gemelas, sus amigos y él también se habían obsesionado con una actividad a esa edad. Así pues, se encargó de que le enviaran todo el material, olvidado

hacía años en el sótano de la mansión de sus padres, y comentó el plan del día siguiente a Ana.

—Ni lo sueñes —le dijo la niñera, nada más ver lo que tenía preparado Leo—. Ni te imaginas la cantidad de problemas que puede causar tu maravillosa idea, mejor seguimos con los pasteles.

Fue escuchar la palabra «pasteles» y no querer oír nada más, así que interrumpió la lista de objeciones de Ana sacando su as en la manga:

—Samantha ha dado su aprobación.

—Vosotros mismos —claudicó la niñera—. Pero yo no me hago responsable de los destrozos.

—Anda, anda, no seas agorera. ¿Qué destrozos va a haber?

—No has escuchado nada de lo que he dicho, ¿verdad? —Ana suspiró—. Tú solo di: «Me hago completamente responsable de los destrozos y arreglaré yo solo todo el caos que provocaré».

—Me hago completamente responsable de los destrozos y arreglaré yo solo todo el caos que provocaré —repitió Leo, riendo—. ¿Contenta?

—El que va a acabar contento vas a ser tú —vaticinó Ana.

Al día siguiente, la niñera se ausentó un momento en cuanto le vio aparecer y regresó vestida con ropa horrible y desgastada, el pelo recogido con una pañoleta y un enorme mandil. Leo no pudo evitar reírse a carcajadas, pero Ana le miró de arriba a abajo y, al verle hecho un pincel, le advirtió:

—Si eres inteligente, tú harás lo mismo. Y encontrarás un par de mandiles para Jasmina y Lily. Les he dicho que se pongan ropa vieja, pero aun así...

—Anda, anda. Solo es arcilla y un poco de pintura, ¡ni que fueran compuestos químicos peligrosos! —se burló Leo, tras lo cual llevó a las niñas al comedor.

Había colocado un gran plástico en la mesa y sobre él descansaban tres tornos de alfarero infantiles, que solo se diferenciaban en los nombres que tenían escritos con colores: Leo, Charles y David. Los tres se habían entusiasmado tanto con las posibilidades de la arcilla cuando Leo estrenó el suyo que, como era complicado compartirlo, el joven había insistido a sus progenitores para que compraran otros dos idénticos para sus amigos y pudieran jugar los tres juntos. Habían tardado meses en aburrirse de la actividad y, de hecho, de vez en cuando Leo todavía hacía alguna pieza en su propio torno profesional cuando quería librarse del estrés.

Sin embargo, a pesar del discurso cargado de entusiasmo y nostalgia, y de la demostración de cómo funcionaba, las gemelas no parecían demasiado

impacientes por empezar.

—Pero tío Leo..., eso parece caca —confesó Lily finalmente, cuando él intentó que las niñas probaran a hacer algo sencillo.

Ana soltó una carcajada y casi pareció aliviada de que a las niñas no les hiciera ninguna gracia, pero Leo se había anticipado a esa reacción y dijo:

—Todo lo contrario. De hecho, muchas de las mascarillas que se ponen las modelos para estar más guapas están hechas de arcilla.

Las niñas no necesitaron escuchar más. Se sentaron ante los tornos, cogieron un pegote y se lo restregaron por la cara porque querían «ser guapas como las modelos». Esto provocó más risas por parte de Ana, pero Leo, una vez que las niñas tuvieron la cara bien embadurnada, logró su objetivo: que encendieran el torno e intentaran hacer un cuenco. Se sentó en el del medio para que pudieran ver cómo se hacía paso a paso y dedicó una mirada triunfal a la niñera, pero esta se limitó a mover los labios, sin llegar a pronunciar las palabras:

—Tiempo al tiempo.

Una hora después, el joven comprendía a la perfección todo el alcance de esa frase. A pesar de que los tornos tenían una velocidad de lo más lenta, Jasmina y Lily se las habían arreglado para ponerse perdidas y, de paso, salpicar de arcilla todo cuanto había en varios metros alrededor. Eso tampoco hubiera sido tan malo, pero la cosa fue a peor: cuando lograron hacer algo remotamente parecido a un cuenco. Lily se burló del de Jasmina porque estaba torcido y Jasmina se burló del de Lily porque había quedado aplastado. Las burlas derivaron en una discusión que finalizó en un intercambio de torpedos de arcilla, más de la mitad de los cuales impactaron en Leo por estar en medio. Por fin, el tío de las pequeñas consiguió calmarlas y decidió dejar la alfarería por el momento, animándolas a pintar sus obras aunque la arcilla aún estaba húmeda. Pero solo había una ténpera de color rosa, que ambas querían utilizar, y esto condujo otra vez a una guerra, esta vez de pintura.

Ana, que se había puesto en el extremo opuesto de la larga mesa, lo cual no impedía que le alcanzaran algunas gotas de arcilla y pintura de vez en cuando, no paraba de reír.

—¡No te rías tanto y haz algo! —exclamó Leo, incapaz de hacer que las gemelas soltaran el bote de pintura rosa, que tenían agarrado una de cada lado.

—Dijiste que arreglarías tú solo el caos que provocarías, ¿recuerdas? —se burló Ana. Justo entonces Lily soltó el bote y Jasmina, que había estado

tirando con fuerza, no pudo detener el impulso de su brazo, haciendo que parte de la pintura saliera disparada hacia las cortinas—. Y, por suerte para mí, también aseguraste que te hacías responsable de los destrozos.

—¡Ana! —exclamó con voz suplicante.

—De acuerdo, de acuerdo —rió ella. Cogió lo que quedaba de pintura rosa y lo volcó sobre dos tapas, que tendió a las gemelas. Luego, anticipando que no sería suficiente, aprovechó el bote vacío para mezclar pintura roja con pintura blanca y crear más rosa—. Anda, vete haciendo más cuencos de los tuyos para que tengan algo que pintar cuando acaben con estos. Creo que han tenido suficiente arcilla por hoy.

Aunque las niñas siguieron arreglándose para pringarlo todo de rosa, al menos no iniciaron nuevas guerras. Según se les iba acabando la pintura de las tapas, Ana reponía con la nueva mezcla. Cuando incluso esta se acabó, montaron un pequeño escándalo, pero la joven supo convencerlas de que tenían que pintar cuencos de distintos colores para su tío y para su padre, porque a ellos no les gustaba mucho el rosa.

Ya cerca de la finalización de la jornada de Ana, esta mandó a las pequeñas a la ducha y le dijo a Leo:

—Anda, vamos a recoger un poco este estropicio.

—¿No vas a decir «Te lo dije»? —preguntó Leo.

—Toda esta habitación lo está diciendo a gritos. ¿Para qué repetirlo yo? —rió ella.

—Que conste que no recuerdo que nosotros causáramos semejante estropicio —se excusó Leo, recogiendo los tornos.

—Seguramente lo causasteis, pero como nadie os regañó solo os acordáis de lo bien que lo pasabais. Y a ellas les pasará igual —le aseguró ella, mientras recogía las pinturas.

—Bueno, sigue siendo mejor que hacer pasteles. Tienes que reconocer que hacía falta un cambio de aires. Y la cocinera tenía ganas de recobrar sus dominios.

—No, si todavía querrá repetir la experiencia —murmuró ella entre dientes—. Iba a ser mucho pedir que el ricachón se resignara a pasar un ratito por las tardes en la cocina haciendo pasteles incomedibles.

Leo contuvo una sonrisa para no alertar a la niñera de que había escuchado sus comentarios. Se había dado cuenta de que solo los hacía cuando bajaba la guardia y, si se reía, lo único que conseguía era que volviera a alzar sus barreras y tardara un buen rato en pensar en voz alta de nuevo. Era

una costumbre fascinante para él, que estaba acostumbrado a todo tipo de subterfugios por parte de las mujeres que querían conquistarle. No obstante, aunque por algunos de sus comentarios quedaba claro que Ana le consideraba atractivo, no había hecho ningún movimiento en ese sentido y eso en parte le irritaba, así que decidió ser directo y preguntar:

—Dime, Ana, ¿cómo es que no has intentado todavía seducirme?

—¿Y qué te hace pensar que no lo he intentado? —respondió ella con una sonrisa pícaro, mientras retiraba el plástico de la mesa con cuidado de no manchar todavía más.

—No lo has hecho. Si hubieses intentado conquistarme me habría dado cuenta.

—Bueno, a lo mejor intento conquistarte fingiendo que no quiero conquistarte —dijo Ana con intención de confundirle—. Se llama psicología inversa, ¿sabes?

—Eso solo funcionaría si no hablaras en voz alta cada dos por tres —rió Leo—. Está claro que te gusto.

—Bueno, de una forma objetiva, tengo que reconocer que tienes un físico estupendo, sí, pero no eres mi tipo en lo que se refiere al carácter. No te lo tomes a mal, me caes bien, pero tú y yo no pegamos ni con cola, no haríamos buena pareja, así que ni me lo he planteado. Además, eres demasiado adinerado para mi gusto.

Leo se echó a reír ante la inesperada respuesta y dijo estupefacto:

—No me lo creo. Serías la primera mujer que conozco a la que el dinero la echa para atrás en vez de incentivarla a atacar.

—Bueno... —Ana se removió un poco incómoda y luego le miró con decisión—. No se trata del dinero en sí, sino de tu actitud. Corrígeme si me equivoco: siempre invitas, tenga la mujer o no dinero. Siempre sales con diosas despampanantes, con clase, bien vestidas, y te gusta ir con ellas a lugares frecuentados por gente de tu nivel social, seguramente para alardear de tus conquistas. Haces regalos muy caros tanto en fechas señaladas como cuando quieres conseguir algo, pero son regalos premeditados, nunca espontáneos, y a veces ni siquiera los eliges tú, sino tu ayudante o alguien a quien mandas. ¿No es así? —acabó ella. Leo lo pensó unos instantes y tuvo que reconocer que esa descripción se acercaba bastante a la realidad, así que alzó los hombros e hizo un gesto de asentimiento—. Pues bien, no eres mi tipo. Me gusta pagar mi parte, ir a cualquier sitio sin importarme quién va a estar también o qué van a pensar de mí, incluso como en la calle si es

necesario y, desde luego, cuando me hacen un regalo quiero que sea espontáneo o pensando en mí. No hace falta ni decir que no me gusta que me traten como un objeto de conquista con el que fardar, ni ser solo una más en una interminable lista de amantes. Y tampoco es que yo sea la clase de tía con la que tú sueles ir... Soy mona, pero no especialmente sexy. Así que ya ves, no merece la pena ni plantearse la posibilidad de que tú y yo seamos algo más de lo que ya somos. Y a todo esto..., ¿a santo de qué viene esa pregunta tan tonta?

—Me extrañaba, eso es todo. Además, tú me gustas —replicó Leo.

—Te gusto, sí, pero de un modo asexual porque te he hecho reír un par de veces y te gusta charlar conmigo. Como si fuera...

—Una amiga.

—Sí, exacto.

—Salgamos como amigos, pues. Sin ese par de diablillos, quiero decir —sugirió Leo—. Tengo ganas de conocerte fuera de este papel de niñera que te has visto obligada a interpretar. —Ana se quedó inmóvil un momento y Leo pensó que no iba a responder—. Venga, mujer, no pretendo ser el sustituto de tus amigos con nombre de dibujos animados, pero tienes que reconocer que nos lo pasamos bien juntos.

—De acuerdo —aceptó por fin ella—. ¿Por qué no?

—¡Cielo santo! —les interrumpió entonces una voz a sus espaldas.

Se giraron al unísono para encontrar a Samantha mirando horrorizada el estropicio de su precioso comedor. Ana miró a Leo para que fuera él quien diera las explicaciones. Había esperado no estar presente cuando la jefa se encontrara con la escena, porque casi nunca llegaba a casa antes de que ella finalizara su jornada y su hora de salida estaba próxima, pero ese día había aparecido un poco antes.

—Culpa mía —se apresuró a decir Leo—. No ha salido tan bien como habíamos planeado, Sammy.

La hermana de Leo siguió mirando con ojos desorbitados las manchas y Ana comenzó a sentir una tensión creciente hasta que, para su sorpresa, la mujer se echó a reír.

—¡Menos mal que esta semana no he invitado a cenar a nadie! ¿Cómo han podido acabar mis cortinas de color rosa?

Leo se dispuso a explicárselo y Ana, más relajada, aprovechó para volver a ponerse su ropa de calle. Luego, sin querer hacer notar su presencia, se dirigió hacia su moto.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó Leo a su espalda, cuando ya estaba arrancando su *scooter*—. Todavía no hemos acordado dónde vamos a quedar.

—Tampoco tiene que ser ya—respondió ella. De pronto no le parecía tan buena idea.

—Yo diría que sí. Empieza el fin de semana y ya no nos veremos hasta el lunes, lo que implicaría retrasarlo una semana más. ¿O es que estás ocupada estos días?

—En realidad no —tuvo que reconocer ella.

—¿Nos vemos el domingo a eso de las cinco, entonces?

—De acuerdo —aceptó Ana—. ¿Dónde nos vemos? No esperarás que venga hasta aquí...

Leo se lo pensó un momento.

—¿Qué tal en el principio del paseo marítimo?

—Vale, está cerca de casa, así que me viene bien.

—Estupendo. —Leo sonrió y miró hacia la casa—. Será mejor que vaya a acabar de quitar de en medio todo lo que pueda antes de la cena. Samantha se lo ha tomado bien, pero será mejor no tentar a la suerte. —Sacó una de sus tarjetas, que había cogido antes de salir de la casa para entregársela a Ana, y se la tendió—. Mi número de teléfono, por si al final no te viene bien. ¡No llegues tarde!

—Claro que no, ¿tú que te crees? —respondió ella, algo enfadada, pero él ya estaba camino de la casa y no pareció escucharla.

Fue directa a casa, donde encontró repantingadas en el sofá a Tom y a Tam, esta última aún con la escayola puesta. Se acomodó en su hueco e hizo las delicias de sus amigas al narrarles los incidentes de la tarde. Luego, casi como de pasada, comentó que había quedado con Leo el domingo, lo que volvió a sus amigas locas de la emoción.

—¿Me estás diciendo que vas a tener una cita con Leo Donovan? ¿El mismo Leo Donovan distante, rico e inaccesible que fue atacado por su amante delante de todo el mundo y que ha desaparecido de la escena pública desde entonces? —repitió Tam, medio histérica. A pesar de la escayola, parecía incapaz de dejar de moverse.

—No es una cita, Tam —aseguró Ana.

—¿No has quedado con él a solas? —preguntó Tom.

—Sí, pero...

—¡Pues es una cita! —exclamaron las dos a la vez.

—¡Que no es una cita! Es como si saliera a solas con alguna de vosotras.

—¿Es que Leo Donovan es gay? —preguntó Tam, con seriedad.

—¡Qué va! Es el tío más hetero que he conocido nunca —bufó Ana. Esa posibilidad estaba descartada desde el primer momento.

—Pues siento decepcionarte, querida, pero ese hombre quiere marcha —rió Tom.

—Si quisiera marcha habría dicho «no me gustas de un modo asexuado, preciosa, me pones mucho y quiero salir contigo» —dijo, intentando imitar, sin mucho éxito, la voz de Leo—, en vez de «salgamos como amigos, no tengo nombre de dibujo animado pero reconoce que lo pasamos bien juntos».

—¿Nombre de dibujo animado? ¿Pero qué se ha creído el muy cretino? —se enfadó Tom. Siempre se había sentido acomplejada por llamarse Tomana, la forma femenina de Tomás en Noruega, un nombre que ni siquiera los noruegos usaban ya y que sus padres habían removido cielo y tierra para encontrar porque habían hecho la promesa a un santo de que su primogénito se llamaría Tomás.

—Cielo, un ricachón como ese puede permitirse burlarse de los nombres ajenos —la consoló Tam, retorciéndose para darle un achuchón.

—No te creas. Leo no es de Leopoldo ni de Leonardo, sino de Leónidas —cotilleó Ana.

Los tres soltaron una carcajada y Tom dijo:

—Y yo que creía que mi nombre era lo peor. Ahí tenemos su defecto número dos, junto a la cicatriz.

—Oh, no, la cicatriz no le afea en absoluto. Es mucho más sexy así que sin ella, estoy convencida —se apresuró a decir Ana.

—Uy, uy, uy, aquí hay peligro. ¿Cómo que es sexy? Llevas unos cuantos días viéndole todos los días y siempre nos cuentas lo que habéis hecho pero nunca, jamás, has mencionado que sea sexy —dijo Tam.

—Nunca he dicho que no lo sea, y habéis visto fotos suyas.

—Sí, pero de antes del incidente. Tiene una horrible cicatriz y no has dicho nada sobre su aspecto, ¿qué querías que pensáramos, salvo que te comportabas como de costumbre y te limitabas a no hablar de los defectos de apariencia de los demás? —preguntó Tom.

—Eso, ¡no tienes derecho a ocultarnos ese tipo de información! A ver, ¿cómo es en persona? —quiso saber Tam.

—¿Te acuerdas de la portada de novela romántica que te regalamos hace dos o tres navidades?

—¿La del pirata rubio? —recordó Tom. Se había burlado mucho de esa

portada, como de la mayor parte de las cubiertas de novela romántica antiguas. Por suerte, habían mejorado mucho en los últimos tiempos.

—La misma. —Ana asintió—. Él es parecido, solo que está mucho más proporcionado y tiene el pelo castaño. El parche le da mucho morbo.

—¿Pero no le habías puesto un parche de juguete con una calavera cutre? ¿Cómo puede dar morbo eso?

—Hay que ver la poca imaginación que tienes, Tom.

—¡Y hay que ver la que te sobra a ti! —exclamó la aludida—. Creo recordar que tus historias favoritas son aquellas en las que hay bandoleros y piratas...

—¡Cierto! De pronto todas esas historias de camaradería entre vosotros tienen otro sentido... ¡Has estado coqueteando con ese «ángel» y nosotras pensando que tú simplemente eras amable con él porque es un chico majo y te daba pena! ¿No pretenderás hacernos creer que saldréis solo como amigos?

—Sí. No es mi tipo —dijo Ana, con convicción.

—Pues no lo entiendo —afirmó Tom—. Yo soy mucho más directa. En cuanto conozco a una mujer que me gusta y me aseguro de que es lesbiana, no acepto nunca que la palabra amistad surja en las conversaciones.

—¿Qué es lo que hay que entender? No tenemos nada en común: es mujeriego, rico y apuesto. Yo soy una correctora que se ha acostado con la friolera de cuatro tíos, que comparte piso porque su sueldo no le llega para tener casa propia y que es incapaz de mantener la boca cerrada.

—No me puedo creer que le dijeras eso —dijo Tam tras un momento de silencio compartido.

—¿A cuál de mis meteduras de pata te refieres?

—¡A todas! —rió Tam—. De todas formas, volviendo al tema, aceptar ser su amiga no tiene sentido. Dices que no tenéis nada en común, justo lo necesario para que una amistad no funcione, y decides renunciar a la mejor parte: el sexo con un semental que es capaz de enloquecer a una mujer hasta el punto de atacarle en un restaurante delante de todo el mundo. ¡Y que a pesar de su cicatriz sigue resultando sexy!

—Además, todo el mundo sabe que si existe la más mínima posibilidad de atracción por una de las partes, la amistad no funciona. Siempre hay uno que acaba por enamorarse y hay impedimentos constantes —añadió Tom.

—Tú te sientes atraída por las mujeres y eres amiga nuestra —respondió Ana.

—Vosotras sois como hermanas. No existe la más remota posibilidad de

que me enamore de ninguna —fue la tajante respuesta Tom, frunciendo el ceño.

—¿Y qué hay de tú y Sandra?

—Sandra y yo no somos amigas, solo nos acostamos juntas de vez en cuando. Hazme caso, acuéstate con él ahora que estás a tiempo, antes de que os canséis el uno del otro, él recupere la confianza en sí mismo y empiece otra vez a enrollarse con todas las diosas que se le pongan a tiro.

—Creo que paso —se empecinó Ana.

—Estás como una cabra. ¡Menudo desperdicio! —exclamó Tam.

—Lo peor no es eso, Tam. Lo peor es que es ella la que lleva las de perder. Apuesto a que ya está medio enamorada de sus pintas de pirata, y no tardará mucho en estarlo de todo lo demás. Y luego vendrá aquí a que nosotras aguantemos sus lagrimones y encima se enfadará cuando le digamos «¡Te lo dije!».

—Oh, venga ya, Tom —protestó Ana—. Yo nunca he hecho eso.

—¿Y qué hay de ese camarero gilipollas con el que saliste? —intervino Tam, poniéndose de parte de Tom.

—A Camarero Gilipollas me lo presentaste tú para que saliéramos en plan parejitas contigo y su amigo.

—Pero te avisé de que era gilipollas —intentó salvarse Tam.

—No. —Ana la fulminó con la mirada—. Dijiste que parecía un poco imbécil pero que en el fondo era un encanto.

—Bueno, pero yo le calé en el apto.

—Tom, a ti no te conocíamos cuando eso pasó —le recordó Ana.

—¿No estáis hablando de Julián? —insistió Tom, acordándose de que el tal Julián trabajaba en un bar.

—No, Julián no es Camarero Gilipollas, es Melenudo Egocéntrico. Trabajaba en hostelería también, pero de gorila en la puerta, no de camarero.

—Bueno, bueno, lo que sea —le quitó importancia Tom—. El caso es que sabes que tenemos razón. Ese Leo está muy bien como rollo de una noche, o incluso como aventura ocasional y esporádica, pero si salís juntos acabarás perdidamente enamorada de él..., y mira que te conocemos.

—Pero qué manía... —Ana puso los ojos en blanco—. ¿Y qué os hace pensar que no va a ser él el que acabe perdidamente enamorado de mí?

Tam y Tom la miraron con intensidad, sin decir palabra, como si esa pregunta no fuera siquiera digna de respuesta, pero como Ana seguía en sus trece, Tam dijo:

—Cielo, has leído demasiados novelones románticos y has visto demasiadas telenovelas y películas de Hollywood. Los tipos como él no se enamoran de las tías como nosotras, pero las tías como nosotras tendemos a enamorarnos de los tipos como él. ¡Y las amistades entre distintos sexos son un fracaso! Definitivamente, tengo que volver al trabajo ya mismo, antes de que sea demasiado tarde.

—¡Pero si ni siquiera puedes maniobrar bien de aquí a la nevera! ¿Qué vas a volver al trabajo? —dijo ella—. Además, yo me conozco y creo que he calado a Leo bastante bien. Lo repito: no es mi tipo. Os puedo asegurar que ese hombre y yo no nos vamos a enamorar el uno del otro y que podemos ser amigos, sin ninguna complicación.

Tam y Tom sabían que cuando a su amiga se le metía algo entre ceja y ceja era mejor renunciar a los intentos de hacerla entrar en razón, así que se miraron, se encogieron de hombros y exclamaron al unísono:

—Tiempo al tiempo. —Cruzaron una mirada, estudiaron a Ana de arriba a abajo y añadieron—: ¿Qué piensas ponerte?

Acto seguido se pusieron a desvariar sobre la vestimenta más apropiada para la ocasión, conversación que se alargó a lo largo de la mañana siguiente, hasta el punto en que Ana anunció que se iba a pasar el resto del día a la biblioteca municipal. Ambas sabían que Ana no soportaba el opresivo silencio de las bibliotecas y que solo amenazaba con ir allí cuando la agobiaban mucho, así que captaron la indirecta y la dejaron tranquila durante el resto del día. Sin embargo, no por ello dejaron de hablarlo entre ellas y, durante la mañana del domingo, le dieron instrucciones detalladas sobre qué ponerse. Por supuesto, Ana ignoró dichas instrucciones: se encerró en su habitación, se puso lo primero que pilló, se arregló lo mínimo para no parecer descuidada y salió corriendo hacia el paseo marítimo antes de que la escayolada Tam, encargada de supervisar su vestimenta antes de que se marchara, pudiera detenerla. Llegó justo a la hora, pero no vio ni rastro de Leo.

—«No llegues tarde» —le imitó, con ironía—. Menos mal que yo no tenía que llegar tarde —dijo para sí. Esperó cinco minutos, sacó la tarjeta que le había dado Leo y le mandó un mensaje de texto para preguntarle dónde estaba. Él contestó de inmediato que ya estaba en el paseo y no tardaron en darse cuenta de que cada uno pensaba que el inicio del mismo estaba en un extremo distinto.

—Hola —dijo Ana cuando se encontraron a medio camino.

—Hola —respondió Leo, algo incómodo—. Llevaba un rato esperando, pero como no sabía tu número...

—No caí en eso, lo siento. —Ana había pensado en mandarle algún mensaje el día anterior, pero no estaba segura de que fuera una buena idea y al final había decidido no usar el teléfono hasta que no fuera estrictamente necesario—. Pero vamos, para tu información, el inicio del paseo marítimo está en esa dirección —añadió, señalando hacia donde había venido.

—Al contrario, hay una placa al inicio y dicha placa está allí —replicó Leo, haciendo un gesto hacia donde había venido él.

—Vale, lo que tú digas. A todo esto, bonito complemento —comentó ella, al fijarse en el extraño parche decorado que se había puesto en el lado donde tenía la cicatriz.

Leo sonrió. Ese mismo día, Charles le había mandado por mensajero una caja llena de parches pirata creados por los diseñadores más exclusivos y, para su sorpresa, no le había disgustado el resultado. Así pues, había decidido seguir con la broma y convertir los parches en su nueva seña de identidad.

El tema de los parches dio para un rato pero, una vez acabado, la conversación fue volviendo cada vez más incómoda y superficial.

—Esto no funciona —suspiró Ana. Leo la miró inquisitivo. Sabía que ella había vuelto a pensar en voz alta, pero sentía lo mismo.

—Tienes razón. Algo falla —reconoció.

—¿Sabes? Creo que por mi parte sé lo que es, pero no te rías.

—De acuerdo —aceptó Leo, ya sonriendo antes siquiera de que ella dijera nada.

—Verás, es por mis amigas —explicó Ana—. Tengo tendencia a encabezonarme cuando me dicen que no puedo hacer algo y, cuando les dije que habíamos quedado en plan amigos, ellas me dijeron que no iba a salir bien. Así que me estoy esforzando tanto para que salga bien que creo que resulta un poco forzado. Me pasó lo mismo con una planta exótica que me compré. Ellas dijeron que se me iba a morir y la cuidé tanto que se murió ahogada. —Leo se echó a reír a carcajadas y Ana frunció el ceño—. Oye, que dijiste que no te ibas a reír de mí.

—No me río de ti, Ana —la calmó—. Al margen de que nadie me había comparado nunca con una planta, creo que es exactamente lo que creo que me pasa a mí. Estoy demasiado empeñado en que funcione como para sentirme a gusto.

—Pues habrá que demostrar que están equivocados, pero tenemos que

relajarnos antes. —Miró a su alrededor—. De todas formas, creo que lo hemos enfocado mal.

—¿Por qué lo dices?

—Leo, estamos en un paseo marítimo. No hay nada que dos personas puedan hacer en un paseo marítimo durante horas, salvo que sean una parejita de enamorados sin otro pensamiento que hacerse carantoñas y darse besos delante de todo el mundo. No es un lugar donde queden dos amigos.

—¿Y dónde quedan los amigos? —preguntó Leo, divertido.

—Por curiosidad, ¿qué haces tú con tus amigos aparte de ir a fiestas elegantes?

—Pues lo típico, supongo. —Leo se encogió de hombros—. Quedamos en la casa de uno, nos entretenemos y hablamos de nuestras cosas o salimos a buscar mujeres.

—Eso no nos vale. No nos conocemos lo suficiente como para apalancarnos en una casa y hablar. Además, sería un poco raro hacerlo a solas, ¿no crees? Y salir a ligar tú y yo solos no funcionaría: todo el mundo pensaría que estamos juntos y no conseguiríamos nada.

—¿Y qué propones, entonces?

—Pues no sé, así de golpe... —dudó Ana. De pronto, se le ocurrió una idea—: ¿Qué te parece ir al cine?

—No sabría decirte, no he ido nunca.

—Jo, Leo, me lo pones muy fácil —dijo ella, alegre—. ¡Al cine se ha dicho!

Leo sonrió y la siguió hasta el cine más cercano; la tensión se había aflojado notablemente. Había una poca de cola, pero al menos tuvieron la suerte de comprar la entrada justo cuando empezaba el pase de la película de superhéroes que habían elegido. Compraron las palomitas y las bebidas con calma, porque Ana no quería entrar pronto para no tragarse la publicidad, y luego se acomodaron en el centro de la sala.

—Genial, tenemos las mejores butacas —afirmó Ana, metiéndose una palomita en la boca y haciendo un gesto a Leo para que probara las suyas.

Él comió un par de mala gana, pero prefirió no decir nada y se concentró en la película. Eso le gustó mucho a la joven, que prefería ver las cintas sin tener que conversar con sus acompañantes, y más le gustó que Leo le permitiera robarle palomitas cuando se le acabaron las suyas. Sin embargo, cuando acabó y él continuó en silencio, no puedo evitar preguntar:

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —replicó Leo. No parecía especialmente contento con la experiencia.

—¿Qué te ha parecido ir al cine?

—¿Quieres que sea sincero?

—Claro.

—Pues una bobada, eso me ha parecido. Prefiero ver las películas en mi casa.

—Pero en tu casa no hay gente, ni pantallas gigantes.

—Precisamente, hace poco compré una pantalla solo un poco más pequeña que esta. Y el que haya gente es una desventaja, no una ventaja —gruñó.

—Mírate, ya salió tu vena esnob —se burló Ana—. ¡Hay que ver qué poco te gustan las personas!

—Ah, ahora me dirás que se puede ver una película tranquilo con un montón de ruidos molestos, una anciana que no paraba de levantarse al baño, una pandilla de charlatanes un poco más allá y una pareja de adolescentes detrás dándose el lote. Por no hablar de que el refresco no es refresco, sino agua sucia, y de que no le veo la gracia a esas palomitas. Montan mucho escándalo y solo saben a sal —finalizó.

—¡Pero con tu pantalla enorme no puedes ver los estrenos! —se le ocurrió a Ana.

—Pobre ilusa —sonrió—. Es la cosa más sencilla del mundo.

—Así que, si te apetece ver una película de estreno, simplemente la ves y ya está.

—Se lo digo a mi ayudante y él se encarga de conseguírmela. Además, no tengo que soportar tanta publicidad. ¡Y eso que hemos llegado tarde!

—Vale, tienes razón. El cine es un asco. ¡Quién fuera rico! Si yo tuviera una pantalla gigante en casa y un ayudante que me consiguiera todos mis caprichos, tampoco vendría. —Aun así, Ana no se dio por vencida—. ¡Pero tienes que reconocer que siempre es bueno probar nuevas experiencias!

Leo se echó a reír y preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Siempre que salgo del cine, me entran unas ganas locas de comerme una hamburguesa.

—No creo que me gusten las hamburguesas —dijo él, convencido.

—¿Acaso las has probado?

—Una vez, en Londres, probé la *Glamburguer* de carne de kobe Wagyu y

no me pareció nada del otro mundo. Y si una de más de mil euros no me dijo nada, poco puedo esperar de una que no llega a los cinco.

—¿Has dicho mil euros? ¿Por una hamburguesa? ¿Estás loco?

—Tiene ingredientes muy selectos...

—¿Qué ingredientes selectos ni qué niño muerto? ¡Con eso come una familia varios meses! —exclamó, un poco indignada, Ana—. Ese tipo de excentricidades me sacan un poco de quicio. Anda, vamos para allá. Y, si no te apetece hamburguesa, siempre puedes pedirte una ensalada, que también tienen. ¿O es que las ensaladas también deben llevar ingredientes superexclusivos?

Él acabó por ceder y se dirigieron a un restaurante de comida rápida cercano, donde Ana pidió una ensalada y dos menús infantiles completos y Leo solo la ensalada más simple que había. Se sentaron en la única mesa libre, justo al lado de dos niños maleducados que berreaban porque no les había tocado la figurita que querían. Ella ni siquiera les prestó atención y empezó a comer con ansia, pero Leo ni siquiera hizo amago de tocar su ensalada y miró con suspicacia a sus vecinos.

—No creo que pueda comer nada en este sitio —dijo.

Ana hizo una mueca, tragó su comida y preguntó:

—¿Y ahora por qué?

—¡La palabra educación parece no estar en el diccionario de ciertas personas!

—Oye —se ofendió Ana—, que yo como con la boca cerrada y sin engullir.

—No me refiero a ti —se apresuró a contestar Leo, que señaló sin disimulo a los niños, cuya rabieta iba *in crescendo*—, sino a ellos. Y los padres tan tranquilos —añadió en un tono más alto, en un intento de que los adultos captaran la indirecta—. ¿Por qué no hacen nada por calmarlos? A mí me daría tanta vergüenza ajena que mis sobrinas se comportaran así en público que me iría de inmediato del local, pidiendo disculpas a todo el mundo.

—Sí que son unos maleducados, pero no les hagas caso.

—Es imposible no hacerles caso: prácticamente estoy espalda contra espalda con ellos y los gritos de los niños se me clavan en el tímpano —replicó Leo. A pesar de que sus comentarios tenían un tono bastante alto y audible, los padres no parecieron darse por enterados. Solo reaccionaron cuando una caja de patatas, lanzada por uno de los mocosos maleducados,

impactó en el hombro de Leo, pero los niños recibieron una regañina poco entusiasta y ni siquiera les obligaron a pedir disculpas.

—Bueno, se acabó —se hartó Ana.

La joven se dirigió al mostrador y habló con la cajera, que le tendió un par de bolsas de papel, servilletas y unos cuantos sobres de aliño y salsas extra. Luego, volvió y metió toda comida en las bolsas, salvo los sobres que había pedido: estos los vació sobre sus manos y restregó la asquerosa mezcla sobre el pelo de los padres de los mocosos mientras les cantaba las cuarenta sobre su falta de educación. Antes de que se recuperaran de la sorpresa, Ana hizo un gesto a Leo y ambos huyeron del restaurante.

—¿Y ahora qué? —preguntó Leo, cuando ya estaban a un par de calles de distancia.

—Comeremos en la calle —propuso Ana mientras se limpiaba los restos de pringue de las manos con un puñado de servilletas.

—Estás de broma.

—Por supuesto que no lo estoy. —Ana le miró, traviesa. Antes de que Leo pudiera contestar, se puso rígida y le imitó—: «Nunca he comido en la calle».

Los dos se echaron a reír. Al final, Leo decidió probar la experiencia y la acompañó de vuelta al paseo marítimo, donde por fin encontraron un banco libre y se sentaron con la comida entre ellos.

—Parecemos indigentes —protestó él, después de pegar el primer bocado a su ensalada, manejando con torpeza el pequeño tenedor de plástico.

—¿Y qué más da lo que parezcamos? No me digas que no es bonito cenar mientras miras el atardecer y sientes la brisa marina en tu piel...

—Supongo. Aunque conozco un restaurante... —Se interrumpió, frunciendo el ceño, y se llevó una mano a la cicatriz con un gesto de sufrimiento.

—¿Donde te atacaron? —preguntó Ana, indiscreta.

—Sí. Creo que no voy a volver por allí —suspiró Leo, con un toque nostálgico.

—¿Y por qué no? No creo que haya una amante loca esperándote cada vez que vayas a comer allí. Si te gustaba...

—Pero ya no será lo mismo. —Negó con la cabeza—. En cualquier caso, en ese restaurante solía comer solo. Únicamente llevaba allí a algunas mujeres para seducirlas o para cortar con ellas.

—Dios, ¡será burro! Lo que no sé es cómo no le atacaron antes —pensó

en voz alta Ana, tapándose la boca al ver la mirada fulminante de Leo—. Quiero decir..., pues que eres un poco insensible, hombre. ¡No puedes llevar a una mujer al mismo restaurante donde la sedujiste para cortar con ella! ¿Y siempre lo hacías con todas en el mismo restaurante? —Él asintió—. Venga ya, no tiene sentido, Leo. Si solo haces eso para seducirlas y para cortar, a la larga se correrá la voz y las pobres chicas se acabarán enterando. ¡Es de sentido común!

—Siempre les dejo bien claro lo que pueden esperar de mí —gruñó Leo, algo enfadado con Ana.

—Si no te lo niego, hombre, pero a las mujeres nos gusta sentirnos especiales, aunque tengamos una aventura y no algo serio. No sé, deberías currártelo un poco más. ¡Menudo casanova estás hecho! ¡Pues anda que no hay tácticas para cortar una relación! —Empezó a enumerar—. Tienes el «no eres tú, soy yo», el «en estos momentos de mi vida necesito un cambio», el...

La risa de Leo la interrumpió y se quedó mirándole sin entender muy bien ese cambio de humor.

—Esta sí que es buena, Ana. ¡Estás intentando enseñarme cómo cortar una relación! —exclamó él entre risas, reaccionando a tiempo para evitar tirar lo que quedaba de su ensalada al suelo.

—Pues, visto lo visto, quizás necesites unas lecciones, sí. Si un tío me hace eso, lo mínimo que se lleva es una bofetada.

—¿Y le intentarías matar con un cuchillo? —preguntó Leo, de nuevo con tono de enfado.

Ana se dio cuenta de que no podía seguir por ahí y contestó:

—Pues no, no estoy tan desequilibrada como para hacer eso. Pero una vez, cuando me enteré de que mi novio, conocido desde entonces como Camarero Gilipollas, me la pegaba con otra, mi amiga Tam y yo nos pasamos por una tienda de *tunning* no muy legal en un polígono de las afueras. Luego, fuimos hasta su reluciente deportivo rojo de segunda mano, del que estaba tan orgulloso, le pintamos la chapa de color rosa chicle y dejamos roja solo una parte del capó en la que ponía: «Flower power» con margaritas alrededor.

Leo comenzó a reírse a carcajadas y, sin darse cuenta, acabó por tirar lo que quedaba de su ensalada. Mientras recogía los pedazos caídos, servilleta de por medio, preguntó:

—¿Y qué hizo él?

—Nunca pudo demostrar que fuimos nosotras y no se atrevió a vengarse.

—El recuerdo hizo sonreír a Ana—. Se convirtió en el hazmerreír de todo el mundo y no volvió a aparecer por nuestros dominios.

—Vaya par —dijo Leo, fascinado. Luego recordó su reacción cuando le mostró su coche y comentó—: Parece que no te gustan mucho los deportivos.

—No me disgustan los deportivos. Los que no me gustan son los que los conducen. Aunque tú no me caes mal del todo. —Leo volvió a reír y, mirando a Ana pegar un gran bocado a su hamburguesa con cara de placer, le rugieron las tripas—. Mmmm. Veo que te has quedado con hambre —le provocó—. ¿A que te arrepientes de no haberte pedido una deliciosa hamburguesa en estos momentos, aunque no cueste un riñón y no esté hecha con ingredientes superexclusivos?

—Pues sí, un poco —reconoció él—. A pesar de todo, no tiene mala pinta. —Sonriendo, Ana le tendió el otro menú que había comprado—. No, no quiero dejarte a ti con hambre.

—Con la ensalada y un menú infantil tengo suficiente —insistió Ana—. Lo compré para ti, sabía que acabarías por caer en la tentación.

Mirándola con incredulidad, Leo abrió la bolsa con una sonrisa y, tras envolver cuidadosamente la hamburguesa con las servilletas, le pegó un buen bocado. La saboreó, hizo un gesto de asentimiento a su acompañante y no tardó en dar cuenta de todo el menú.

—¿Sabes? —dijo al terminar—. Creo que esto puede funcionar.

—Pues claro que sí. Además, fíjate tú, desde que me conoces has ido por primera vez a una feria y al cine, y has probado exóticas comidas como el algodón de azúcar, los perritos calientes, las palomitas, las patatas fritas y las hamburguesas de carne normal. Estás experimentando cosas nuevas.

—Sí, hay que reconocer que salir contigo siempre es una experiencia extraña —sonrió él, pensativo, mientras se estiraba en el banco sin levantarse.

Ambos se quedaron un rato en silencio, contemplando el magnífico atardecer, hasta que Ana habló de nuevo:

—Bueno, creo que va siendo hora de que nos larguemos. Tengo intención de dormir doce o trece horas seguidas y pasar el resto del día vagueando.

—¿Entras más tarde a cuidar a mis sobrinas? —preguntó Leo.

—No, Tam me ha dicho hoy que ya está lo bastante recuperada como para volver al trabajo, aunque el médico le recomendó que se tomara un poco más de tiempo. —A pesar de las objeciones de Ana y de que no estaba recuperada, su amiga había tomado esa decisión convencida de que si dejaba que Ana siguiera trabajando de niñera en la misma casa que Leo y pasando

tanto tiempo con él acabaría perdidamente enamorada—. Así que yo voy a dedicarme a disfrutar de los pocos días de vacaciones que me quedan por delante. A propósito, dales a las gemelas los regalitos de los menús infantiles, seguro que los disfrutan más que nosotros.

Mientras se levantaban y recogían todos los desperdicios para tirarlos en un cubo de basura, Leo se dirigió a Ana, pensativo:

—¿Sabes? He estado pensando en lo que dijiste y creo que ya va siendo hora de que vuelva a ese maravilloso restaurante.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, contenta por ver que le había animado a dar el paso.

—Creo que sí, pero necesito apoyo moral. ¿Me acompañas mañana a mediodía?

Ana dudó un rato, insegura de que fuera buena idea, pero finalmente aceptó:

—¿Por qué no? Tam y Tom estarán trabajando y no tenía pensado hacer nada especial.

—¡Estupendo! —exclamó Leo—. Dame tu dirección y pasaré a recogerte.

—Mejor nos vemos allí —se apresuró a contestar Ana.

—¿Y eso?

—Es una manía que tengo —explicó, sonrojándose un poco—. Así, si me apetece marcharme antes que la otra persona, puedo hacerlo sin tener que andar pidiendo que me lleven.

—Eres una chica extraña —dijo él, tras unos segundos mirándola pensativo.

—Quizás por eso tú y yo nos llevamos tan bien, Leo.

## Capítulo 4

### Salir en las revistas rosas no mola nada

—O sea, que ahora vas a quedar con Leo sin dejar siquiera veinticuatro horas de por medio. Y justo en el restaurante en el que, según él mismo ha confesado, se dedica a seducir a todos sus ligues —dijo Tam con rintintín, cuando Ana contó cómo había ido la tarde anterior.

—Necesita apoyo moral.

—Ya. Seguro, preciosa. ¿De veras has nacido en el planeta Tierra? —preguntó Tom, desde dentro del armario de Tam. Había acudido a casa de sus amigas en cuanto Ana había comunicado su intención de volver a salir con Leo y, de paso, aprovechaba para invadir sus armarios en busca de un modelito apropiado para la cita que tenía unas horas más tarde.

—Ese conjunto te quedará horrible y no es apropiado para salir con alguien «a tomar un café» —comentó Ana al ver lo que tenía en sus manos.

—No te me vayas por las ramas, Ana, que nos conocemos —la ignoró Tom—. ¿Has pensado tú qué vas a ponerte?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Cualquier cosa valdrá.

—Tam, dale un capón, que la tienes más cerca. ¡Pero serás burra! —exclamó la invasora de armarios—. No puedes ir a esos restaurantes elegantes llevando cualquier trapo, no te dejarán entrar.

—Tom, creo que, por Leo Donovan, dejarían entrar hasta a una choni. Pero será mejor que intervengamos o todos mirarán a esta pasota como el alien que sospechamos que es —bromeó Tam.

Le dio un golpecito a Ana en el trasero con su muleta para indicarle que saliera de su habitación, pero ella se hizo la loca; no tenía ninguna intención de moverse. Sin embargo, sus amigas no se dieron por vencidas y prácticamente la arrastraron hasta su cuarto para ver qué tenía.

—Vale, ahora recuerdo por qué, cuando me canso de mi ropa, nunca registro tu armario y siempre voy directa al de Tam —dijo Tom, con una mueca de disgusto. Empezó a lanzar a la cama las prendas que parecían más aceptables, sin hacer caso de las protestas de Ana.

—Esto es un desastre —suspiró la escayolada, que se había sentado sobre el colchón, con la pierna en alto, para revisar lo que caía cerca de ella. Lo único que podía valer era un soso traje gris que Ana usaba para las entrevistas de trabajo, y no iba a permitir que su amiga fuera con eso

—Vamos a mi casa —propuso Tom, con un tono que más bien parecía una orden, una vez examinadas todas las prendas—. En el armario de Tam tampoco hay nada apropiado para un sitio tan formal, pero yo tengo un par de modelitos que podrían servirte.

—¿Y tu cita? —preguntó Ana, en un desesperado intento por librarse. No le apetecía en lo más mínimo buscar un modelito. No le gustaba perder el tiempo eligiendo su ropa y tampoco quería que pareciera que estar despampanante para la ocasión le importaba más de lo apropiado. Además, colocar todo lo que sus amigas habían desordenado en un momento le llevaría un buen rato y sabía que, si lo dejaba así, así se quedaría durante demasiado tiempo. El suficiente como para que la ropa se arrugara y le tocara pasar por una sesión de plancha, una de las tareas que más odiaba.

—Bah. Sandra ya me dejó tirada una vez, así que ahora me toca devolvérsela —le quitó importancia Tom—. Hace años que tenemos relaciones intermitentes, la conozco muy bien y sé que no se lo va a tomar mal. —Le hizo un gesto decidido a Tam y, antes de poder reaccionar, Ana se vio escoltada hacia la puerta.

—Al menos, no daré mucho el cante —se rindió. Cuando se ponían así, era mejor seguirles la corriente.

Pocos minutos después, llegaban a casa de Tom, que fue directa a su armario para buscar los dos famosos modelitos que ella consideraba apropiados para la ocasión. Uno de ellos le quedaba fatal a Ana, pero el otro no estaba mal, así que la joven suspiró aliviada, convencida de que, por una vez, iban a dejar el tema de la ropa pronto. Había temido que, si ninguno le valía, sus amigas acabarían llevándola de compras. No obstante, su alivio duró poco.

—Anda, pues ya que estáis aquí..., ¿qué tal si aprovechamos y hago limpieza? —se le ocurrió a Tom—. Yo ya no uso algunas prendas, pero están perfectas y me daría pena tirarlas.

—Creo que paso —se apresuró a decir Ana.

—No te preocupes, Tom, que van a encontrar un nuevo hogar en nuestros armarios —dijo entonces su compañera de piso.

Por supuesto, a pesar de sus protestas, al final la decisión de Tam prevaleció sobre la suya y Ana tuvo que pasar el resto de la mañana probándose un sinfín de prendas extremadamente ajustadas y sexys que no se pondría nunca.

—¡Tenemos que repetir esto más a menudo! —exclamó Tam, encantada,

cuando dieron por finalizada la sesión de vestuario. Su pierna escayolada no la había detenido a la hora de probarse todo lo que llamó su atención y había acumulado una pequeña montaña de prendas cedidas por su amiga.

—Ni de coña —respondió Ana. Además del modelito prestado, solo se había quedado con unas pocas camisetas básicas y un vestido veraniego que no estaba segura de querer llevar puesto nunca—. Anda, vamos a casa. Antes de irme tengo que recoger el desorden que habéis montado en mi cuarto.

—De eso nada. ¡Tenemos que arreglarte un poco! —dijo Tom. Sacó un maletín de maquillaje y una plancha del pelo, con los que se acercó a ella, amenazante.

—Ah, no. Por ahí sí que no paso, que al final se va a creer lo que no es —se plantó Ana.

Por más que las dos insistieron, no lograron que cambiara de opinión y, tras muchos ruegos, lograron que les dejara darle un poco de base de maquillaje y hacerle un recogido sencillo. Sabían que, si no se limitaban a algo discreto, Ana se lavaría la cara y se haría un estropicio en cuanto la perdieran de vista.

Acabaron con peluquería y maquillaje apenas unos minutos antes de que sonara la alarma del móvil de Ana, indicando que debía salir ya si no quería llegar tarde. Eso la libró de otra tediosa sesión de elección de complementos y pudo, por fin, acabar con la tortura. Por supuesto, como de costumbre, fue incapaz de mantener su imagen impoluta: ir en moto con un vestido de tela fina, y además con viento, era una invitación al desastre. El casco de la moto, por su parte, aunque evitó que el aire arruinara del todo el peinado, lo aplastó un poco. También tuvo que parar en un atasco cercano a una obra, lo que dejó sus zapatos hechos una pena, pero aun así llegó pronto a las inmediaciones del restaurante, lo que le dio oportunidad de estirar en la medida de lo posible las arrugas de la ropa, desaplantar un poco su pelo y deshacerse de buena parte del polvo que se había quedado adosado a sus zapatos.

Tras decidir que estaba todo lo bien que podía estar, entró en el restaurante, donde Leo ya estaba esperándola, apoyado despreocupadamente en una pared lateral y luciendo un parche de diseño nuevo.

—Qué elegante —dijo Ana.

Siempre le había visto bien vestido, pero informal, y se le hacía raro. No obstante, cuando echó un vistazo al interior del local, no pudo sino sentirse agradecida con sus amigas por haberla obligado a vestirse con un traje chaqueta que Tom había usado tiempo atrás para una boda elegante. Aun con

eso puesto, se sentía fuera de lugar; no encajaba con los elegantísimos conjuntos que llevaban las mujeres del establecimiento. Su ropa era más o menos formal y de corte sencillo, pero se notaba que no era de marca, que la tela no tenía gran calidad y que no resultaba, ni con mucho, del todo apropiado para la ocasión.

—No te preocupes por eso, Ana. Estás perfecta —le aseguró Leo, intuyendo qué era lo que estaba pensando.

Justo entonces hizo aparición el *maitre*, que les condujo a lo largo de todo el restaurante en dirección a la mesa con mejores vistas.

—¡Ay, madre! Al lado de toda esta gente parezco un monstruo de circo, no me extraña que todos me miren raro. ¿Es que no hay un reservado o algo así? —susurró, sin darse cuenta, en voz alta.

—El reservado está ocupado, *madame* —apuntó el *maitre*, con tacto, a la par que hacía un gesto con la mano para indicarles que esa era su mesa.

Ana se sonrojó y se sintió un poco ridícula por haber hablado en voz alta otra vez, delante de tanta gente que la miraba. Leo empezó a reír por lo bajo y la tranquilizó mientras retiraba la silla caballerosamente para que ella se sentara:

—No has hablado lo bastante alto como para que entiendan lo que dices y no te miran por eso.

—¿Y por qué me miran, entonces? —preguntó ella, incómoda.

—De entrada, porque estás conmigo, y todo el que está conmigo es estudiado con atención. Y porque no esperaban que yo volviera por aquí otra vez, tanto menos con una mujer.

—Oh, por Dios. ¡Piensan que soy tu nueva amante! —se horrorizó la joven.

—Pues que lo piensen, Ana. ¿Qué más da? Nosotros tenemos claro lo que somos. Lo que imaginen otras personas de nuestra relación es irrelevante —afirmó Leo, e hizo un gesto al *maitre* para que trajera las cartas.

—Supongo que tienes razón —suspiró ella. Calló mientras el *maitre* les entregaba las cartas pero, cuando puso sobre la mesa unos aperitivos y abrió una botella de vino «cortesía de la casa», se apresuró a decirle—: Oh, no, vino no, por favor. Lo detesto. ¿Le importa traerme una botella de agua?

—¿No bebes tinto? —se asombró Leo, una vez que el hombre se alejó lo suficiente como para no escuchar su conversación.

—No bebo vino, en general. No me gusta.

—Nunca he conocido a nadie a quien no le gustara el vino.

—Pues ya ves, aquí tienes una —dijo. Ana hizo un gesto de agradecimiento cuando le trajeron la botella de agua y se sirvió un poco. Luego bebió un trago mientras abría la carta y casi se atragantó cuando vio los precios. —¿Estás de broma? ¡Yo no puedo pagar esto!

—Invito yo.

—¿No te dije que me gusta pagar mi parte, Leo? —Le miró, algo enfadada, hasta que él se removió un poco por la incomodidad.

—Bueno —se excusó él—, es que ayer me invitaste tú, así que es lo justo que yo, en compensación, invite hoy.

—Te invité a un menú de hamburguesa infantil. Y ni siquiera era toda la cena, porque tu bebida y tu ensalada los pagaste tú.

—Ya, pero no dejó de ser una invitación —se empeñó Leo.

—Está bien —cedió ella—, pero solo a condición de que yo te invite otra vez a algo decente.

—¡Hecho! —Leo le tendió la mano, sonriendo y satisfecho.

—Siempre te sales con la tuya ¿verdad? —Ana arqueó una ceja y probó uno de los aperitivos, sin dejar de hojear la carta.

—Pues, por lo general, sí.

Justo entonces apareció un camarero para tomarles nota y ella hizo su pedido cuidadosamente.

—Eh, espera, espera —la interrumpió Leo. Dirigiéndose al camarero, le dijo—: ¿Nos puede dejar solos un segundo?

—¿Qué, qué pasa? —preguntó ella. No frecuentaba esos ambientes, pero desde luego despedir a la persona que tomaba nota antes de acabar de pedir no era un comportamiento normal.

—Ana, estás pidiendo lo más barato.

—No es cierto —mintió ella, sonrojándose.

—Sí que lo es. Pide lo que te apetezca, no lo más barato. —Leo estiró el brazo y en un rápido movimiento le robó la carta—. Ahora, sin ver los precios, dime qué te apetece.

—La ensalada esa.

—Que es la más barata, ya. —Leo dio por perdida esa batalla, pero no la guerra—. ¿Y de segundo?

—Si no me das la carta, no sé qué es lo que hay.

—Tendrán lo que nosotros queramos que tengan, Ana. Dime lo que te apetece.

—Pues... —se quedó pensativa unos instantes y finalmente soltó lo

primero que se le ocurrió—: Unos tallarines a la boloñesa con bolitas de carne y una *mousse* de chocolate de postre.

—¿A que no ha sido tan difícil? —preguntó Leo, satisfecho. Hizo una una seña al camarero y le comunicó lo que querían mientras Ana miraba la carta.

—No hay tallarines en la lista, ¿ves? —se quejó cuando el camarero se había alejado lo suficiente—. Ahora le hemos complicado la vida al pobre muchacho.

—Para eso está.

—¿Sabes? Eres la clase de imbécil por el que dejé mi trabajo de camarera a las dos semanas de empezarlo —dijo Ana entrecerrando los ojos.

—¿En serio? No sé qué responder a eso. No tengo ni idea de cómo es eso de trabajar en el sector servicios.

—Pues, por mi experiencia, un asco, pero si no queda más remedio y es el único puesto de trabajo disponible, todo el mundo tiene que tragar con lo que sea hasta encontrar algo mejor. Aunque imagino que tú no tienes esa clase de problemas. ¿Te dedicas a algo o vives de las rentas?

Leo se echó a reír y respondió:

—Trabajo como directivo, mujer. Aunque no me quita demasiado tiempo y solo tengo que aparecer por la oficina cuando hay una crisis importante.

—Ya veo..., en la empresa de mamá y papá, supongo.

—Pues no, te equivocas —replicó, molesto—. Monté la empresa de la nada y va bastante bien.

—¿Y de dónde sacaste el dinero para montarla? —preguntó Ana en un fingido tono inocente.

—Mis ahorros venían de la paga que me daban, pero... es complicado.

—Jaque mate.

—De acuerdo, de acuerdo. —Levantó las manos en señal de rendición—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Vale. Volvamos al tema de las miradas. Llevas muy bien que todo el mundo nos observe sin esconder su curiosidad.

—Y al parecer tú no las toleras mucho —la provocó Leo, evitando una respuesta directa.

Justo entonces apareció el camarero con el primer plato y ambos se callaron mientras lo servía. Leo esperaba que eso distrajera la atención de Ana, pero ella continuó la conversación justo donde la habían dejado:

—No puedes culparme por querer ser discreta. Pero estábamos hablando de ti y de lo bien que llevas las miradas de la gente.

—Es que estoy acostumbrado a que me admiren —bromeó Leo. Ana alzó ambas cejas y le observó, llevándose a la boca de vez en cuando un bocado de su ensalada, hasta que él suspiró y se sinceró—: Una vez aquí, no entiendo por qué no quería volver. Supongo que el mal recuerdo me lo impedía. Estoy acostumbrado a que las mujeres se me echen encima para otras cosas, no para rajarme la cara.

—Estoy convencida de que, al margen de la cicatriz, lo que te hizo encerrarte en ti mismo de esa forma no fue tanto lo que pasó como el hecho de que pasara.

—Seguramente —suspiró, removiendo la comida de su plato—. Hay que reconocer que nadie se espera eso.

—Por curiosidad, Leo. ¿Cuánto tiempo saliste con ella? Una persona no se vuelve una desequilibrada de la noche a la mañana.

—Apenas unos meses. Con ella no duró mucho, algo no funcionaba, era demasiado pegajosa y dependiente. Aunque generalmente me gusta tomarme mi tiempo antes de cortar, porque no soy hombre de muchas mujeres.

—Venga ya, eso sí que no me lo creo, ¿con cuántas has estado?

—Un caballero no habla de esas cosas —dijo él, evasivo.

—De eso nada. Somos amigos, ¿no? —siguió insistiendo Ana—. Ahora me ha picado la curiosidad.

—Tú primero.

—De acuerdo. Tenemos a Camarero Gilipollas, del que ya te he hablado. Luego estaba Melenudo Egocéntrico, que era el «puerta» de una discoteca. Tenía muchos músculos, pero cuando empezó a meterse mierda en serio le dejé.

—¿Mierda?

—Esteroides y esas cosas. Pero vamos, tampoco es que estuviera demasiado enamorada de él, pero nos dejaba entrar gratis a su disco. Luego está Italiano Cachondo, con el que duré las tres semanas que pasé de vacaciones en Italia. El sexo con él era divino, pero la barrera del idioma nos impidió continuar nuestra relación después de que me fuera, aunque una vez lo intentamos con las *webcams*. —Hizo un gesto rápido con la cabeza, como intentando borrar el recuerdo—. Fue patético. Y, por último, tenemos a Adicto a las Tecnologías, que es el que menos me duró. Cuando sonó su móvil poco antes de que llegara al orgasmo y me dejó a medias, le mandé a paseo tirando todos sus cacharros por la ventana.

—Venga ya, ¿has terminado? ¿Estás de broma? —preguntó Leo,

incrédulo.

—Pues sí.

—Tu vida sexual es prácticamente inexistente —empezó a reírse sin parar, justo cuando el camarero aparecía con el segundo plato.

—¿Pero cómo te atreves? —respondió Ana cuando el camarero, tan profesional que ni siquiera se notaba en él una mal disimulada curiosidad, se alejó—. Tú, que eres un picha brava. Si supieras lo difícil que es encontrar a un tío que no va a lo que va o que al menos finja no hacerlo; con unos requisitos mínimos de higiene, aspecto y conversación; y que además no sea un gorrón, un alcohólico o un patán de cuidado, ¿no te reirías tanto!

—Pero ¿solo cuatro hombres en la vida?

—Bueno, más vale sola que mal acompañada —se defendió ella, mientras pinchaba una de las albóndigas—. Puedo cubrir todas mis necesidades yo solita, ¿para qué cargar con un tipo que no merece la pena solo para no estar soltera?

La risa de Leo se hizo aún más intensa y resonó por todo el restaurante. Todas las miradas que no habían estado clavadas en ellos lo hicieron ahora, para bochorno de Ana, que no podía contestar de inmediato porque estaba masticando la bola de carne.

—Ahora te toca a ti —dijo cuando acabó.

—De acuerdo —aceptó Leo cuando se calmó un poco—. Calculo que he salido con unas veinte, más o menos. No me dedico a enumerar a mis conquistas, ¿sabes?

—¿Y te parecen pocas? —preguntó Ana—. Menos mal que te gusta «tomarte tu tiempo...».

—Si las comparas en número con las que han pasado por la cama de mi amigo David, te darías cuenta de que no son tantas —afirmó Leo, probando su salmón por fin.

—Así que tu amigo David triunfa más que tú. —Ana decidió que ahora le tocaba a ella burlarse.

—Es menos selectivo.

—Ya. He oído que tus amigos son también de esos hombres que quitan el hipo.

—En realidad, Charles, David y yo tenemos un éxito con las mujeres..., más o menos equitativo —explicó Leo—. Y, como tenemos gustos tan distintos, no nos hacemos la competencia.

—Si tú lo dices... —dijo Ana, que de pronto se daba cuenta de que no

había forma elegante de comerse los tallarines. Sin embargo, echarse atrás con el tenedor a medio camino de su boca hubiera sido un poco extraño, así que los probó procurando no mancharse—. Vale —comentó cuando acabó de masticar y tragar—, ya entiendo por qué no tienen este plato en el menú...

—¡Porque aquí la gente viene a probar exquisiteces! —la interrumpió Leo, comiendo un poco más de salmón.

—...todo está pensado para dar bocaditos pequeños...

—Es que así la comida se disfruta más.

—...y para que sea imposible que parezca que estás muerto de hambre aunque lo estés.

—Si quieres repetir, estás a tiempo.

—¡No, gracias! Si con esto estoy bien... —Enrolló por segunda vez los tallarines en el tenedor, lo cual dejó el plato casi vacío, y se los llevó a la boca con cuidado.

Leo no quedó muy convencido, pero sabía que ella se quedaría con hambre antes que reconocer que quería más y acabó su salmón en silencio mientras la observaba vaciar su plato y atacar el pan con ansia. Él hizo un gesto al camarero para que trajera los postres y Ana apenas pudo contenerse hasta que se hubo retirado para lanzarse a por el suyo.

—¡Vaya, esta *mousse* de chocolate es la mejor que he probado nunca!

—Nunca la he pedido, así que no puedo decírtelo.

—Toma, prueba un poco. —Le puso la cuchara llena delante de la boca. Leo, por no discutir, se la metió en la boca y la saboreó en silencio—. Ahora es cuando tú me ofreces un cacho de esa maravillosa tarta de queso que tienes delante.

Leo la miró divertido y le dio un trozo de tarta.

—Sabes, Ana, me vas a contagiar tu pasión por la comida —bromeó.

—Qué pena. Si te pones gordo ya no ligarás tanto y a lo mejor te vuelves un poco más modesto. Aunque claro, siempre te queda la posibilidad de quemar las calorías sobrantes con una noche de sexo salvaje, ya que atraes a tantas mujeres.

—No suena tan mal —le siguió el juego Leo.

Robó otra cucharada de la *mousse* de Ana, que a su vez le quitó otro trozo de tarta, y al final tomaron más del postre del plato del otro que del suyo. Eso le dio la excusa perfecta a Leo para llamar a un camarero y pedir dos nuevos postres. Ana protestó un poco, pero dejó que la tentación que suponían esas deliciosas *mousses* la venciera. Se negó, eso sí, a tomar café

después. Había visto los precios de reojo y una taza casi costaba lo que un menú del día en un restaurante normal. Así pues, dieron por finalizada la comida y, tras pagar Leo con su tarjeta de crédito, salieron del restaurante.

—Gracias por todo, Ana —dijo él, ya al lado de la moto de Ana.

—No hay por qué darlas. Lo he pasado bien. Pero la próxima vez invito yo —le advirtió ella.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó Leo—, pero no entiendo el porqué de esa obsesión por pagar tu parte.

—Y yo no comprendo tu obsesión por pagar la de los dos —replicó ella, sonriendo—. Por cierto, ¿tienes planes para mañana? Hace mucho que no voy al museo y es más divertido si vas acompañada.

—Estaba pensando en volver a trasladarme a mi casa. Ahora que ya me he vuelto a mostrar en público, no tiene sentido seguir escondiéndome.

—Supongo que no. ¿Quieres que te eche una mano con la mudanza?

—No tengo muchas cosas que llevar, a decir verdad. Además, Charles y David ya se han ofrecido a echarme una mano, aunque si quieres venir a comer con nosotros...

—Que no, que a la próxima invito yo —se apresuró a decir ella. No tenía muchas ganas de conocer a los mejores amigos de Leo tan pronto, de todas formas.

—En tal caso, podemos vernos pasado mañana —propuso él.

—Pasado mañana me toca ir a celebrar el cumpleaños de mi primo.

—¿De tu primo Toño?

—No, de su hermano mayor. Él te daría más miedo, es *heavy* —bromeó Ana—. ¿Qué tal al día siguiente?

—Deja que consulte la agenda...

Leo sacó su *smartphone*, pero justo en ese momento un coche se paró frente a ellos y le preguntó a Ana por gestos si iba a salir.

—Bueno, tampoco tienes que mirarlo ahora, ya me mandarás un mensaje con lo que sea —le dijo Ana, e hizo un gesto afirmativo al hombre. Luego se puso el casco de la moto y encendió el motor, pero antes de iniciar la marcha añadió—: Pero que sea esta semana, ¡que yo dentro de nada tengo que volver al trabajo!

—No lo dudes —respondió él, con un guiño. Ella le saludó con la mano y salió de la plaza, desde donde Leo la observó perderse en la distancia hasta que el conductor que quería aparcar tocó la bocina y le sacó de su ensimismamiento. Se apartó y se dirigió hasta su coche, donde

consultó su agenda y se encontró con que tenía una reunión para tres días más tarde. No le apetecía pasar tanto tiempo sin verla, de modo que hizo un par de llamadas para hacer coincidir la cita con la fiesta del primo *heavy* de Ana y le mandó un mensaje para decirle que estaba disponible.

Al final, solo pudieron verse ese día para visitar el museo, porque diversos planes por ambas partes impidieron que pudieran coordinarse para quedar. No obstante, intercambiaron infinidad de mensajes y conversaron varias veces por teléfono, por lo que tuvieron oportunidad de seguir cogiendo confianza y de conocerse un poco mejor. Así, Leo pasó a formar parte de la vida de Ana y, aunque sus amigas intercambiaban miradas serias cuando se intercambiaba mensajes con él, hasta ellas acabaron por acostumbrarse.

El día antes de empezar de nuevo en su trabajo en el periódico, Ana también tuvo que anular sus planes con Leo porque Tam insistió en hacer limpieza general, aprovechando que ninguna tenía que ir a trabajar aquel día. Esa misma mañana, el telefonillo sonó insistentemente, a la manera de Tom, y las dos amigas le abrieron extrañadas. Sabía en qué iban a ocupar el día y no era muy de ayudar a limpiar, así que era raro verla por allí, salvo que hubiera pasado algo importante.

—¿Habéis leído la revista *Famosos*? —preguntó la recién llegada, sin haber recuperado todavía el aliento tras haber subido corriendo las escaleras.

—Oh, Tom, no me puedo creer que leas esa bazofia —rió Ana, coreada por Tam.

—Era lo único que había a mano en la peluquería. Y esta bazofia te interesa, monina, porque sales en ella —dijo Tom agitando la revista ante sus ojos. Tam se la arrebató de las manos y buscó entre las páginas hasta encontrarse una imagen de Ana y Leo en actitud acaramelada.

—¡Lo han sacado de contexto! —protestó Ana—. ¡Solo me estaba dando a probar un trozo de tarta!

—Cielo, parecen los preludios de una noche de sexo salvaje.

—Oh, venga ya, Tom. ¡Era mediodía!

—«Algunos no aprenden» —Tam leyó en voz alta—: «El lunes pasado, Leo Donovan, con un interesante parche de diseño en el ojo, que seguramente se convertirá en moda muy pronto, fue visto junto a una nueva conquista en el mismo restaurante donde fue atacado por su última amante. Según nuestras fuentes, se trata de Ana Aguado, correctora de un periódico local. Testigos presenciales nos cuentan que la parejita estuvo toda la velada en actitud acaramelada, y la mujer en cuestión hizo reír a nuestro Ángel favorito. Sin duda

esa es la cualidad que atrajo al donjuán, ya que si por algo destaca esta nueva amante es por no tener ningún rasgo físico destacable y por su desastroso vestuario, no del todo apropiado para la categoría del restaurante. Al parecer, tras su reciente experiencia, Leo ha decidido apostar por mujeres de menor belleza y estilo, pero graciosas e inteligentes, en lugar de las diosas a las que nos tenía acostumbrados hasta el momento».

—Dios mío. Dios mío, Dios mío..., ¡Dios mío! —comenzó a repetir Ana, a punto de hiperventilar.

—Bueno, dicen que eres inteligente y graciosa —intentó consolarla Tam, tendiéndole una bolsa de papel.

—Sí, y también me han llamado zorrón feucho y sin estilo —casi lloriqueó Ana, intentando calmarse sin éxito.

—Cielo, tú misma lo has dicho antes, son bazofia. No deberías hacer caso de lo que dicen.

—Mi madre lee esa revista, Tom. Y todas sus amigas también. Y mis compañeras de trabajo. Y mi peluquera, y las del súper y...

—Oh, seguro que a tu madre le encanta ver a su hija en una revista de famoseo, mujer, con lo que mola eso de salir en los medios —intentó animarla Tam.

—Demonios, Tam, salir en las revistas rosas no mola nada, es más bien digno de lástima —se enfadó Ana.

—Cierto. —Tam sabía que cuando se ponía así lo mejor era darle la razón —. ¿Y qué piensas hacer?

—De entrada, llamar a Leo —gruñó cogiendo el teléfono y marcando su número. Una vez que se le pasó el shock inicial, la ira comenzaba a inundarla.

—Anda, no te pases con él, que...

Ana la interrumpió con un gesto de la mano y una mirada furibunda. En cuanto Leo contestó, bramó:

—¡Restaurante con vistas al mar y grandes ventanales! ¡Te juro que le mato!

—¿Perdón? —preguntó la voz de Leo a través del auricular.

—¿Me quieres explicar por qué diablos aparecemos en una revista del corazón tú y yo? —dijo ella, exaltada. Sus amigas intercambiaron una mirada pesarosa. Si Ana no conseguía calmarse, acabaría por decir o hacer cosas de las que más tarde se arrepentiría.

—¿De qué estás hablando?

—De que ahora mismo todas las marujas del país están leyendo lo fea y lo mal vestida que es tu nueva amante, ¡que al parecer soy yo!

—Cálmate un poco, Ana.

—¿Que me calme? —las palabras de Leo no hicieron más que exaltarla más—. ¿Por qué no me avisaste de que podía haber fotógrafos por ahí, Leo? ¡Esta foto horrible la han tenido que hacer desde el mar, por el amor de Dios!

—Ana, escucha...

—¡Voy a demandarles! —decidió de pronto ella. Apartó a Tam, que se interponía entre la guía telefónica y ella, y se puso a buscar el teléfono de un abogado.

—Si les demandas será peor, Ana —intentó hacerla entrar en razón Leo—. Escucha, no suelo salir en las revistas, pero al parecer mi accidente me ha convertido en el objetivo de esos parásitos. Tú déjame a mí.

—¿Y qué vas a hacer tú, si no podemos demandarles, Leo? —preguntó Ana—. No sé si es buena idea confiarte la resolución del problema, en especial cuando lo has causado tú. Aunque quizás, precisamente por eso, deberías ser quien lo solucione.

—Conozco a todos los peces gordos del mundillo. Una sola llamada y no solo no volverán a hacerlo sino que además se disculparán.

—¿Y si eso no funciona? —quiso saber Ana, haciendo una seña a Tam para que cogiera el teléfono fijo, que sonaba insistentemente.

—Compraré la revista y les dejaré a todos en la calle. O moveré algunos hilos para hacer que quiebren. ¿Te parece bien? —El tono de Leo le dio algo de confianza.

—Ana, es tu madre —le dijo Tam a la vez.

—Oh, diablos, me llama mi madre. Seguro que ya ha leído esa basura. ¡Dile que no estoy! —pidió a Tam, y se volvió a centrar en Leo—. ¿Y ahora qué le digo a mi madre?

—Oye, Ana, tú no te preocupes, ¿de acuerdo? Dile la verdad y punto.

—Ana, tu madre dice que te ha oído decir que no estás y que te pongas al teléfono —insistió Tam.

—¡Pues dile que estoy en el baño o algo así, Tam! ¡Ahora no puedo hablar con ella! —La risa de Leo resonó por el auricular y Ana le gritó enfadada—: ¡No tiene gracia, Leo! ¿No decías que lo ibas a solucionar? ¡Pues no sé a qué esperas!

—Vale, vale —respondió él con una carcajada—. No te pongas así. Ahora mismo empiezo a tirar de mis contactos.

Leo colgó y ella tuvo que hablar con su madre, a la que intentó convencer de que no estaba saliendo con Leo Donovan y de que tenía que dejar de comprar esa odiosa revista en el acto porque, por si no se había dado cuenta, habían insultado a su única hija en ella. Su madre, desilusionada, prometió sin mucha convicción que así lo haría y la dejó tranquila, pero nada más colgar se había visto obligada a tener la misma conversación con sus tías. También recibió numerosas llamadas y mensajes, desde sus primos prometiendo que iban a encontrar a quien había escrito el artículo y a «destruirle», hasta varios contactos que sentían curiosidad. Cuando recibió una llamada de un medio de comunicación que se interesaba por escuchar su versión de la historia, la paciencia de Ana llegó a su límite y, sin siquiera contestar, colgó y desconectó el teléfono. Intentó distraerse con la limpieza general e hizo más que Tam y Tom juntas, así que terminaron pronto. Sin embargo, Ana decidió encender el teléfono para ver si Leo tenía noticias y, tras decirle él que todavía no había novedades, volvió a ser asediada por curiosos varios, por lo que desconectó de nuevo el aparato y buscó otras cosas que hacer para mantenerse ocupada.

Al día siguiente, cuando llegó al periódico, la joven estaba agotada. Nada más entrar en la oficina, Ana sintió las miradas de todos posadas en ella y se metió en su cubículo a toda prisa, solo para ser llamada por su jefe poco después.

—¡Ana! ¡Qué alegría verte por aquí! ¿Has disfrutado de tus vacaciones? Pero, ¿qué haces de pie? ¡Siéntate, mujer! —Ana, desconcertada, se sentó en la silla y esperó a que su jefe, que hasta hacía bien poco apenas se acordaba de su nombre, dejara las amabilidades a un lado y fuera al grano—. ¿Sabes por qué te he hecho venir?

—Pues no, la verdad es que no. Hoy es mi primer día después de las vacaciones y todavía no he tenido tiempo de meter la pata —bromeó ella.

—Verás, no nos ha pasado desapercibida tu reciente aparición en *Famosos* junto a Leo Donovan y pensamos que eso podría ser el trampolín que dará impulso a tu carrera con nosotros.

—¿Perdón? —preguntó Ana, un poco preocupada por el camino que estaba tomando esa conversación.

—Tienes que saber lo mucho que cuesta entrar en esos círculos, y la cantidad de información que se puede conseguir en ellos. Y tú has entrado catapultada nada menos que por uno de los Tres Ángeles...

—Lo siento, señor, pero no —le cortó ella.

—¿Cómo?

—Ya me ha oído. No pienso hacer nada semejante. Soy correctora, me gusta serlo. Y aunque quisiera ascender, o algo similar, le aseguro que no lo haría con unos métodos tan poco éticos.

Se hizo el silencio y comenzó una batalla de miradas hasta que su jefe bajó los ojos y, poniéndose a jugar con un bolígrafo, dijo:

—No ha podido pasarle desapercibido, Ana, que la empresa no está en sus mejores momentos y que se están haciendo recortes de personal...

—¿Me está amenazando? —preguntó Ana, sintiendo crecer de nuevo la ira.

—¿Amenazando? No, querida, amenazar es una palabra muy fea —respondió él en un tono que indicaba todo lo contrario—. Me limito a exponer un hecho.

—Entonces no se preocupe, que ya sé lo que hay que hacer. —Ana se levantó bruscamente y salió dando un portazo.

Apenas diez minutos más tarde, se metió en una cafetería, pidió más bollos de chocolate de los que debería y llamó a Leo.

—¿Te puedes creer que mi jefe me ha llamado a su despacho y ha insinuado que si no le paso información sobre lo que he estado haciendo contigo me despedirán en cuanto puedan? —preguntó Ana iracunda, en cuanto Leo descolgó el teléfono.

—¿Ana? ¿Eres tú?

—Pues claro que soy yo, Leo, ¿quién si no? —respondió ella, cada vez más irritada—. Lo que faltaba, que no me reconozcas.

—Lo siento. Me acabo de despertar y aún estoy espeso.

—¿Es que te pasas el día durmiendo o qué? —Ana se dio cuenta de que estaba pagando su mal humor con quien no debía y cambió el tono—. Bueno, ¿escuchaste lo que te dije o tengo que repetírtelo?

—Lo escuché.

—¿Y? —insistió.

—¿Y qué?

—¿Qué piensas?

—Pues que adelante, Ana. —El tono de Leo no le sonó nada bien.

—¿Qué adelante qué?

—Que le cuentes lo que te de la gana. ¿Quién soy yo para impedírtelo? No pierdas tu trabajo por eso, tampoco hacía falta llamar para pedirme permiso —gruñó Leo, molesto.

—¡Se acabó, pijo engreído! Acabas de soltar el comentario que pone fin a nuestra amistad definitivamente —exclamó Ana, medio llorando.

—¿Pero qué he dicho?

—¿Cómo puedes pensar eso de mí, pedazo de egocéntrico? ¡No te he llamado para pedirte permiso, sino en busca de apoyo moral! ¡Me he despedido! —le gritó antes de colgar y desconectar el teléfono, furiosa.

Se comió todos los bollos y deambuló por el paseo marítimo antes de irse, más o menos a la hora de comer, a casa, donde llamó a sus amigas desde el fijo para contarles lo ocurrido. Ellas, que estaban trabajando y no podían escabullirse, le recomendaron que encargara un poco de comida basura y las esperara dándose un largo y relajante baño de espuma. Tom salió un poco antes del trabajo y fue la primera en llegar, aunque Tam tampoco tardó mucho en aparecer y minutos después estaban las tres en su pastelería-cafetería favorita celebrando una reunión de emergencia.

—De todas formas, no te gustaba ese trabajo —la consoló Tom, en un intento de ser optimista. Tam asintió y le tendió a Ana uno de los muchos productos de chocolate de los que se habían rodeado.

—Me molesta más lo de Leo que lo del trabajo —suspiró ella—. Al final, tenéis razón vosotras. No se puede mantener una relación de amistad con un hombre que no sea gay.

—No, cielo —repuso Tam—. La cosa no iba nada mal, para qué engañarnos. La culpa no la ha tenido el que él sea un hombre, sino simplemente que es un insensible.

—¡Exacto! Además, tiene el dinero subido a la cabeza —añadió Tom—. ¿Cómo pudo pensar que le estabas pidiendo permiso para hacer algo tan horrible? ¡Porque se relaciona con gentuza, por eso! Y cuando uno se relaciona con gentuza..., todo se pega.

Ana sonrió, y sus amigas se dieron cuenta.

—¡Buena señal! Parece que esta vez no te va a costar nada superarlo. — Tam hizo una indicación a la pastelera—. ¡Esto se merece otra ronda de pastelitos de chocolate!

—Sí, pero estoy en el paro. Soy imbécil, tendría que haber esperado a que me despidieran para llevarme el finiquito. —Ana volvió a caer en el pozo de la depresión.

—¿Y habrías soportado seguir trabajando para esos cretinos? —preguntó Tom.

—No.

—Pues eso —dijeron Tam y Tom al unísono.

—Sí, ¡pues a ver quién paga ahora el alquiler y quién encuentra trabajo con los tiempos que corren! —se lamentó Ana.

—El alquiler de este mes lo pagas con lo que te den, porque te deben un sueldo —reflexionó Tam—. Y el del mes que viene, con lo que te di yo por sustituirme con las gemelas.

—Ya. ¿Y después?

—En dos meses tienes trabajo seguro, y si no para eso has trabajado como una esclava toda tu vida, para que los del paro te ayuden a colocarte en caso de imprevisto. —Ana bufó. Solo había que ver las noticias para saber que los del paro rara vez colocaban a nadie, tanto menos a gente que se había despedido por iniciativa propia—. Si no, te enchufo yo como *babysitter* provisionalmente en algún sitio.

—Y así aprovechas y tienes unas vacaciones de verdad —añadió Tom—. Por lo menos, no has vuelto a recibir ninguna llamada de la prensa hoy, ¿verdad?

—Las pocas veces que he encendido el *smartphone*, solo había llamadas de Leo y mensajes de cotillas varios a los que nunca debí dar mi número de teléfono. Pero ya me he encargado de bloquear a la mayoría y la cosa se ha calmado.

—Pues un problema menos. Leo tiene que tener mucho poder para haber metido a los medios en cintura tan pronto.

—En fin, menos es nada —suspiró Ana, pegándole un bocado a otro pastelillo.

Después de cerrar la pastelería y apalancarse un buen rato en el sofá de Tom —cuya casa era la más cercana—, ver una película romántica y darse un banquete de helado de chocolate, Ana y Tam volvieron a casa dando un paseo y, al subir las escaleras, se encontraron a Leo durmiendo en el descansillo abrazado a un ramo de rosas de todos los colores.

—Oh, cielos, ¡en persona es más guapo de lo que pensaba! —exclamó Tam en voz baja para que no se despertara. Ana le miró nerviosa.

—¿Qué hacemos? —preguntó, indecisa.

—¿Cómo que qué hacemos? ¡Despertarle!

—¡No quiero hablar con él!

—¿Pero eres tonta o qué? —Tam hizo amago de darle un capón—. Está claro que ha venido a disculparse, y hay que tener agallas para quedarse aquí dormido con lo sucio que está el suelo.

—No sé.

—De todas formas, no podríamos entrar en casa sin despertarle.

—Tienes razón. —Se acercó a Leo y le dio unos golpecitos con el pie. Leo se despertó y por un momento miró de un lado a otro, desconcertado y sin saber dónde estaba. Luego, vio a Ana y se desperezó.

—Hola.

—Hola —respondió Ana, cruzándose de brazos, para mostrarle que estaba aún enfadada.

—¡Hola, soy Tam! Encantada de conocerte personalmente por fin. Ana me ha hablado mucho de ti, y también las gemelas, claro —exclamó su amiga, que se metió por medio, le dio un beso en cada mejilla y se giró para abrir la puerta antes de darle tiempo a reaccionar—. ¿Quieres pasar? —Leo miró inquisitivo a Ana, que le hizo un gesto de asentimiento—. ¿Algo de beber, o de picar? ¿Zumo, café, chocolate, leche?

—¡Tam! —la cortó Ana.

—¡Es que estoy nerviosa! ¡Es el tío más sexy que pisa esta casa!

—Ya. ¿Y no sería mucho pedir que nos dejaras a solas un momento? —preguntó Ana, pero más bien era una orden.

—¿Y qué más da, si sabes que voy a escuchar tras la puerta?

—¡Tam!

—Vale, vale... —dijo, guiñando con picardía un ojo a Leo y cerrando la puerta del salón tras de sí.

Una vez se quedaron a solas, ninguno de los dos sabía muy bien cómo empezar, pero al final Leo dijo:

—Lo siento. No debí haber pensado eso de ti, pero me han hecho lo mismo tantas veces que ya es complicado confiar en nadie.

—Ya, pero te lo habrán hecho tus amantes, y yo no soy tu amante.

—No solo mis amantes, Ana. —Leo suspiró—. Todos los que alguna vez se han hecho llamar amigos míos, excepto Charles y David, lo han hecho para conseguir algo de mí. ¿Qué querías que pensara después de recibir una llamada como esa?

—Pues, desde luego, eso no.

—No me lo estás poniendo fácil.

—Creo que estás demasiado acostumbrado a que te lo pongan todo fácil. —Aunque seguía de brazos cruzados, su tono se había suavizado.

—De acuerdo —sonrió Leo—. Supongo que tienes razón. No debí haberte juzgado mal y eres una buena amiga. Además, siento mucho todo lo

que ha pasado. Ha sido culpa mía, por no prever que los fisgones estarían tan interesados en mí después del incidente con Emma que no tendrían miedo a las consecuencias de meterse donde no les llaman. Si te sirve de consuelo, después de hablar yo con los peces gordos han despedido a la bruja que redactó ese artículo y tienen intención de pagarte una generosa suma para evitar que les demandes.

—¡No quiero su sucio dinero!

—Teniendo en cuenta que lo han ganado a tu costa, y que has perdido tu trabajo por su culpa, creo que no sería inmoral aceptarlo, Ana —intentó convencerla Leo.

—¿Qué demonios? Tienes razón —dijo la joven—, aunque sigue sin hacerme gracia la idea... Ya veré qué hago. ¿Y el que hizo la foto?

—Ese trabaja por libre, pero ya me encargaré yo de hacerle la vida imposible. —La mirada de Leo se hizo más sombría, y su tono se volvió más solemne—. Con mis amigos no se mete nadie.

—¡Bien dicho! —Se oyó la voz de Tam al otro lado de la puerta.

—¡Tam!

—¡Lo siento! Estaré en silencio —contestó su amiga.

Poniendo los ojos en blanco mientras Leo se reía, Ana cogió las rosas y las metió en un vaso alto.

—De acuerdo. Creo que te podré perdonarte —dijo mientras arreglaba las flores—. No llevamos tanto tiempo siendo amigos, así que no me conoces lo suficiente.

—Uf, por un momento pensé que no ibas a aceptar mis disculpas.

—No me mereces —bromeó Ana, y con eso acabó con los restos de tirantez que quedaban entre ellos.

—Apuesto a que no. Tú no te preocupes por nada, Ana. Mañana moveré algunos hilos y te aseguro que en menos que canta un gallo tendrás un trabajo mucho mejor que el de ese periódico.

—Ah, no, de eso nada.

—¿Por qué? —se extrañó Leo.

—Porque quiero apañármelas sola. Y no quiero aprovecharme de ti para conseguir nada.

—¡Pero si fue culpa mía que perdieras tu trabajo! No te aprovecharías de mí —insistió él.

—Perdí mi trabajo porque mis jefes son unos tiburones amorales, no por ser amiga tuya. De todas formas no me gustaba currar allí.

—Pero Ana, tal y como están las cosas...

—Aun así, creo que puedo valerme por mí misma —le cortó, decidida.

El reloj de cuco del salón marcó entonces la hora.

—Debo marcharme. Mañana tengo una reunión temprano —dijo Leo mientras se dirigía a la puerta. Luego, añadió pensativo—: Tienes un espíritu increíblemente independiente.

—Apuesto a que eso te pone de los nervios.

—No te haces una idea —se rió antes de cerrar la puerta a sus espaldas. Nada más hacerlo, Tam se apresuró a entrar en la habitación, teléfono en mano.

—Ahora sí que no tengo ninguna duda, Ana. Vas a acabar enamorada hasta las trancas de ese hombre. Yo creo que ya lo estoy, y solo le conozco desde hace unos pocos minutos —le dijo. Escuchó lo que decían al otro lado de la línea y añadió—: Tom me ha pedido que te diga que ella piensa lo mismo.

## Capítulo 5

### Hora de conocer a los amigos

Las siguientes dos semanas fueron de mucho ajeteo para Ana. Cuando no estaba en internet buscando empleo en paginas especializadas, recorría la ciudad empresa por empresa para dejar su currículum en mano. Ocupaba en todo esto más de diez horas cada jornada, lo que confirmaba el dicho de que «buscar un trabajo es un trabajo en sí mismo», de modo que no le quedó mucho tiempo para tener vida social, salvo un par de tardes entre semana y el segundo domingo, en que Leo la llevó a su casa para mostrarle «cómo disfrutar de verdad de una película» en su magnífica pantalla de cine.

Sin embargo, el martes siguiente, después de una entrevista de trabajo muy esperanzadora, decidió tomarse el resto del día libre. Como sabía que Leo estaba en casa, se plantó en su portal con un montón de bolsas de papel y llamó al telefonillo. Él le abrió la puerta, encantado por la sorpresa, y Ana entró a un vestíbulo tan grande como su apartamento, donde un conserje con cara de malas pulgas le señaló el ascensor. Leo la esperaba nada más abrirse las puertas, aunque su casa no tenía pérdida porque ocupaba toda la planta.

—¿Y eso? —preguntó Leo al ver las bolsas.

—Bueno, todavía tengo que invitarte a comer y, como no tengo suficiente dinero para que vayamos a un súper restaurante carísimo, ideal para *paparazzis* acechadores, he decidido que voy a hacer la comida yo misma —respondió con una sonrisa. En ese momento, se dio cuenta de que Leo llevaba el parche sobre el ojo contrario al habitual—. ¿Y eso?

—Me han advertido que tapar siempre el mismo ojo, aunque sea para bromear, podría perjudicar mi visión. ¡Ups! Por cierto —dijo Leo—, siento decepcionarte, pero en mi cocina no hay nada para cocinar.

—No te preocupes —rió Ana. Alzó su carga como si fuera un trofeo—. Como había imaginado que tu cocina sería de adorno, he traído en estas bolsas todos los cacharros que necesitamos.

Leo aceptó con una sonrisa el comentario sobre su cocina, e hizo un gesto galante para invitarla a su morada.

—Esta casa es el sueño de cualquier revista de decoración —comentó Ana, fascinada y con ojos como platos. Se trataba de un ático espacioso, muy luminoso gracias a unos grandes ventanales y decorado con un gusto exquisito.

—Poco después de estrenarlo salió en una —anotó Leo sin darle importancia—. Aunque, aparte de darle el visto bueno a lo que me proponían, yo no hice nada y la decoradora acabó harta de mí.

—Es inmenso. No sabía que pudiera haber un piso tan grande en pleno centro de la ciudad. Mi casa entera cabe en este salón.

—Pues cuando me vine a vivir aquí lo pasé mal por la falta de espacio —rió Leo, divertido por la reacción de su amiga.

—¡Serás pijo! —bromeó ella—. Yo me sentiría incómoda viviendo aquí, justo por lo contrario. ¿Te has dado cuenta de que seguramente en este salón hay eco?

—Venga ya, eres una exagerada.

—Pruébalo. Grita «¡Hola!».

—Hola —pronunció Leo en voz alta, sin llegar a chillar—. ¿Lo ves? No hay eco.

—Porque no has gritado. ¡HOLA! —El grito de Ana resonó débilmente por la estancia y Leo se echó a reír—. ¿Ves? Ahora tú.

—No pienso ponerme a gritar.

—¿Por qué no? Es tu casa y puedes hacerlo si te apetece. Y como estamos en horario diurno no te pueden decir que superas los niveles permitidos de ruido.

—Los vecinos pensarán que me he vuelto loco —intentó zanjarlo el joven, pero eso no parecía ser suficiente para amedrentar a su amiga.

—Pues que piensen lo que quieran, Leo. ¿Qué más da? Nosotros sabemos que no lo estás y eso es lo que importa —le parafraseó Ana.

—*Touché*. —Sonrió e hizo lo que ella le pedía—: ¡HOLA! —El grito resonó en la estancia y Ana dio un par de palmadas—. ¿Contenta?

—¿A que te sientes liberado?

—Más bien un poco ridículo.

—Bah, no sabes divertirte. Enséñame la cocina. —Leo la condujo hasta una inmensa cocina de última tecnología y Ana soltó las bolsas en la encimera—. Este sitio es el sueño de todo chef.

—Apuesto a que sí. —No quería darse importancia, así que cambió de tema—: ¿Y cuál es el menú, chef?

—Crema de espinacas y pollo al curry. ¿Te parece bien? —preguntó Ana—. Al salir del súper me he dado cuenta de que olvidé preguntarte si eres alérgico a algún alimento, pero, como ya estaba todo comprado, he decidido correr el riesgo.

—Toda una exquisitez. Y no temas, hasta donde yo sé no soy alérgico a ningún alimento —respondió él.

—Espero que lo digas en serio y no por mera cortesía.

—Por supuesto que lo digo en serio. ¿Y qué hay de postre, por cierto?

—¡Diablos, ya sabía que se me olvidaba algo! —exclamó ella, y añadió un par de palabrotas por lo bajo.

Leo rió y, con un encogimiento de hombros, le dijo:

—No pasa nada, chef. Te dejo con tus recetas.

—¿Dónde crees que vas?

—A revisar unos papeles.

—De eso nada. Necesito un pinche.

—¿Estás de broma? —preguntó Leo—. Nunca me han obligado a cocinar mi comida, y menos si yo soy el invitado.

—Para nada. Va siendo hora de que aprendas a cocinar sin tener a tus dos sobrinas a tu alrededor, que no paran de incordiar. Ya verás, es divertido.

—Cada vez que dices eso acabo pringado o me veo obligado a comer en la calle, o a gritar «hola» en un salón vacío —se quejó él.

—Ya, pero te lo pasas bien —respondió Ana.

—Por eso me gusta quedar contigo —afirmó Leo con una sonrisa, y se quitó el parche para ver mejor.

Una hora después, Ana levantó al aire su última cucharada y dijo:

—Al final, el arroz con pollo al curry estaba algo seco y ha sido culpa tuya.

—Pues yo creo que tú también tienes parte de responsabilidad. Si no me hubieras dejado al cargo de vigilar la cacerola mientras bajabas a toda prisa a buscar un sitio donde comprar el postre...

—¡Solo tenías que hacer lo que te había dicho! —interrumpió Ana.

—...y no hubieses tardado tanto en volver...

—En esta zona no hay supermercados y he tenido que coger la moto para encontrar uno.

—...y me hubieses dado las instrucciones bien...

—Te lo había detallado todo. Solo tenías que remover y apagar la vitrocerámica cuando sonase el huevo-timbre de cocina que he traído.

—Y lo hice. Pero a ti se te olvidó decirme que debía quitar la comida del fuego porque la vitro aún desprende calor.

—Eso sí, aunque es algo obvio no debí dar por supuesto que lo pensarías —reconoció ella—, pero aun así la comida no estaba mal.

Ana se levantó entonces a por el postre, una tarta de chocolate con forma de pechos que había encontrado en una tienda de pasteles eróticos.

—¿Esto es lo único que encontraste? —rió Leo.

—Era el único negocio abierto en varias calles a la redonda y, bueno, también los había en forma de pene, pero la dependienta me dijo que estos estaban mucho más ricos. —Probó un bocado—. La verdad es que no está nada mal. Venga, prueba.

Leo rió y tomó un poco.

—Le doy un diez en aspecto y un siete en sabor.

—¿Ves? La comida ha sido todo un triunfo.

—Desde luego... —Leo se quedó pensativo unos instantes—. Creo que es hora de que conozcas a mis amigos.

—¿Es necesario? —preguntó Ana. La verdad era que, ahora que tenía más confianza con Leo, el encuentro parecía inevitable.

—Lo están deseando —afirmó Leo—. No han parado de insistir desde ese primer día en la feria. Dicen que tienen ganas de conocer a la persona con la que hablo casi a diario.

—Tom también quiere conocerte por eso mismo —reconoció Ana—. Todavía no nos ha perdonado del todo, a Tam y a mí, por no retenerte el otro día en casa hasta que ella llegara.

—Esa Tom tiene que ser todo un personaje —dijo Leo con una carcajada—. Mañana tengo una reunión que durará todo el día, pero pasado mañana estoy libre. ¿Qué te parece si os invito a ti y a tus amigos a tomar algo?

—Imposible. Mañana por la tarde se va por trabajo a Estados Unidos y no vuelve hasta dentro de dos semanas. —Ana suspiró—. A ninguna de las tres nos hace gracia ese viaje, pero es necesario para que Tom consiga ascender de una vez en la empresa en la que trabaja.

—Ya veremos más adelante, entonces. —Leo volvió al ataque—: Pero no nos desviemos. Hablábamos de que conocieses a mis amigos. Este domingo los tres tenemos que ir a una aburrida cena y creo que tú eres el ingrediente que nos hace falta para animar la velada un poco. ¿Qué te parece?

—¿Tengo que ir elegante? —preguntó Ana, suspicaz. Ya había quedado claro que no había nada en su armario ni en el de sus amigas que pudiera llevar a los ambientes en los que se movía Leo.

—Sí, pero no te preocupes —la tranquilizó él—. Yo me encargo de comprarte un vestido.

—No, de eso nada —afirmó ella, saltando como un resorte.

—Sí, tú hazme caso. A mí me interesa que vengas y a ti..., bueno, no te interesa tanto ir, porque puedes conocer a Charles y David otro día, así que, como mi interés es mayor que el tuyo, es lo justo que yo te pague el traje —argumentó Leo.

—De acuerdo. Pero que no tenga demasiado escote ni se me ciña mucho, no quiero parecer un putón. Y que no me obligue a ponerme un corsé. No me siento cómoda con esos bichos.

—Me encargaré yo mismo de que tu vestido sea el más cómodo y el «menos de putón» que haya en todo el mercado —dijo con un tono en exceso solemne y pomposo que hizo a Ana estallar de risa. Leo se unió a ella y, con sus carcajadas, ambos volvieron a superar los niveles permitidos de ruido.

Días después, al llegar a la puerta de su casa, cansada tras otra jornada de entrega de currículum por toda la ciudad, Ana se encontró a su compañera de piso en actitud acaramelada con un hombre muy bien proporcionado. En vista de que no iban a moverse, carraspeó y se apoyó en la pared sin saber quién estaba más avergonzado, si ella, su amiga o su ligue, que con un: «Nos vemos mañana», se apresuró escaleras abajo.

—Un momento, Tam. ¿Ese no es Médico Pibón? —preguntó Ana.

—Bueno, ¿y qué si lo es? —respondió Tam, avergonzada—. Ya no soy paciente suya...

—¿Y cuánto tiempo lleváis así?

—Desde que pedí el alta voluntaria para poder volver al trabajo —dijo su amiga, como si de eso no hubieran pasado más que un par de días.

—¿Y no me habías dicho nada? —la reprochó Ana con la boca abierta—. ¿Lo sabe Tom?

—No, Tom tampoco lo sabe. —Tam la llevó dentro y se explicó—: Quería esperar a ver qué pasa, no quería que os rierais de mí.

—¡Oh, cielos! ¡Vas en serio con él! ¡Enhorabuena, Tam! Pensé que este día nunca llegaría —la felicitó Ana. Luego la abrazó y marcó el número de Tom, que ya se había marchado de viaje, para contárselo—. Vaya, no lo coge. Estará en el trabajo o de parranda con los americanos.

—O en la cama, con esa diferencia horaria nunca se sabe —dijo Tam, y le arrebató el teléfono—. A propósito, creo que ese paquete que llegó esta mañana es tu vestido.

—Menos mal, ya pensaba que tendría que ir a esa cena de etiqueta en vaqueros... Pero no te vas a librar tan fácilmente, amiga mía, el vestido puede esperar. Cuéntamelo todo.

—No, no puede esperar, ¡quiero verlo ya! —Tam cogió un cúter, cortó el embalaje y se lo tendió a Ana—. Ábrelo de una vez, y te lo cuento mientras te lo pruebas y te ayudo a arreglarte, que al final llegas tarde.

Ana abrió el paquete y apartó el papel para desvelar el vestido más bonito que había visto en su vida.

—Venga, venga. ¡Tienes que ponértelo ya! —le urgió Tam.

—¿No ves que estoy en ello? Tú no me agobies y empieza a hablar —se hizo la dura Ana, aunque estaba deseando tenerlo sobre su piel.

—Bueno, lo primero, se llama Don, acostúmbrate a llamarle así. No más Médico Pibón... —Mientras Ana se desvestía, Tam comenzó a contarle cómo su inocente coqueteo con el doctor había subido de temperatura cada vez que se veían y cómo él le había pedido que salieran junto a la máquina de café. Solo se detuvo para subirle la cremallera a su amiga y decirle, cuando se giró —: Vaya, estás preciosa.

—Venga ya, Tam. Tampoco es para tanto —respondió Ana. Pero luego se miró al espejo y admiró el precioso vestido de alta costura que Leo había comprado para ella. Con él puesto estaba espectacular. Era negro, discreto pero de corte elegante y, como estaba arreglado con sus medidas exactas, se ajustaba a sus curvas a la perfección.

—Y una leche. Mataría por un vestido así, y mira que a mí lo de ir tan peripuesta no me va nada. Venga, tú empieza a maquillarte y yo te sigo contando mientras te peino —dijo su amiga, y siguió narrándole cómo había sido su primera cita con el médico—. Desde entonces nos hemos visto varias veces, pero no nos hemos besado hasta hoy —finalizó, a la par que comenzaba a echar mucha laca para fijar el peinado.

—Venga, no me racanees los detalles —protestó Ana.

—Como si tú no racanearas los tuyos. —Tam dio unos pasos atrás para apreciar su obra—. Guau, estás despampanante. Es definitivo. Adoro a Leo. Tiene buen gusto, el puñetero.

—Creía que al único al que adorabas era a Médico Pibón —la chinchó Ana.

—Habíamos quedado en que a partir de ahora le llamabas Don.

—Perdona, es que se me olvida. No me acostumbro. Y me hace gracia, hasta abreviado. ¿Qué les pasaba a los padres de nuestra generación? Leónidas, Donatello, Tomana... Seguro que tuvieron que hacer chanchullos por todas partes para que les dejaran registrar semejantes nombres —dijo Ana con una sonrisa.

—El abuelo de Don era italiano y por aquel entonces no existían las Tortugas Ninja, ¿quieres dejarlo de una vez? —Entonces vio cómo su amiga, que había acabado de maquillarse, retorció con sus dedos un mechón de pelo que le caía con gracia—. No hagas eso, mala persona. ¿Tienes idea de lo que cuesta convertir en un peinado elegante esos pelos de loca que llevas siempre? Cada vez que te pones nerviosa te da por toquetearte el pelo.

—Volvamos a Don, ¿cuándo me lo presentarás de forma oficial? —Ana juntó las manos para evitar destrozarse el peinado.

—Cuando tú presentes oficialmente a Leo y Tom.

—No es justo. Falta mucho para que vuelva Tom —ñoñeó Ana. Antes de que Tam pudiera responder, sonó el timbre—. Debe de ser Leo. ¡Qué nervios!

—Tú pasa de todo —le aconsejó Tam, con unos últimos retoques—. Si no les caes bien es que son idiotas.

—Sí, pero preferiría ir yo sola hasta esa fiesta...

—Para que, si quieres irte antes que él, no tenga que llevarte —acabó su amiga por ella—. Sí, lo sé. Pero por desgracia no tienes carnet de conducir y no vas a ir en *scooter* con ese vestido, y menos con ese maravilloso peinado que he inventado.

—No lo has inventado —replicó Ana—. Sacaste el vídeo tutorial de internet, que te he pillado. Además, no has tardado tanto en hacerlo.

—Es cierto, pero aun así he tenido que echarle imaginación. Además, ¿por qué sigues aquí? No irás a hacer esperar a tu acompañante, como si esto fuera una cita de verdad, ¿a que no?

Ana asintió con la cabeza, cogió el mini bolso de imitación que había comprado para la ocasión en un todo a cien y salió a la carrera.

Leo observó anonadado cómo Ana salía del portal, incapaz de creer que la chica de las camisetas anchas y las deportivas se hubiera transformado en una auténtica beldad con semejante rapidez. Ella sonrió en cuanto le vio apoyado en un lujoso coche. Esta vez su parche era del todo negro, a juego con su vestido.

—¿En limusina? ¿No te has pasado un poco, Leo? —Ana percibió su incomodidad y se le quedó mirando—. ¿Qué?

—No parece tú —explicó él.

—Lo que hace un poco de maquillaje, ¿verdad? Tú tampoco estás nada mal con traje, aunque te prefiero con el *look* pirata. —Leo reaccionó con una sonrisa ante el comentario de su amiga, abrió la puerta con galantería y la

invitó a entrar con un gesto—. No te flipes tanto, que podría llegar a acostumbrarme a esto. —Nada más entrar, añadió—: Oh, esto mola más de lo que parece en las películas. Yo pensaba que estos trastos eran menos espaciosos ¿Eso de ahí es una tele?

Con una carcajada, Leo entró también e hizo un gesto al conductor para que arrancara, se acomodó junto a Ana y le ofreció una copa de champán.

—¿Nerviosa?

—Todo lo nerviosa que podría estar cualquiera que va a conocer a los amigos de su amigo. ¿Se puede abrir el techo y sacar la cabeza? Siempre he querido hacer eso —dijo. Leo pulsó el botón, pero antes de que pudiera abrirla del todo, le detuvo—. ¡Ay, no, espera! ¡Me despeinaré! Déjalo para la vuelta. ¿No me he desarreglado?

—Estás perfecta —respondió él, con sinceridad.

—Pues menos mal, porque si después de toda una tarde de sesión de belleza me estropeo antes de llegar, o yo me suicido o Tam me mata. Odio arreglarme —suspiró la joven.

—Así que por eso no lo haces —concluyó Leo, sin preocuparse por ofenderla con el comentario.

—Hombre, tampoco es eso. Es que, para donde voy casi siempre, no me merece la pena.

—Pues deberías hacerlo más a menudo, porque estás preciosa.

—Y tú estás muy adulator. Al final, vas a hacer que se me suba a la cabeza.

Leo soltó una carcajada y bromeó un poco a su costa:

—Es que parece que te has tomado muchas molestias. No querrás seducir a Charles o a David, ¿verdad?

—¡Bobo! —protestó Ana, y le dio un puñetazo en el hombro—. Te recuerdo que el vestido lo compraste tú. Por cierto, tienes muy buen gusto. ¿O lo tiene tu ayudante?

—Mi ayudante no sabe cómo eres, así que no podría haber comprado el vestido —dijo Leo. Sabía que Ana valoraría que él se hubiera molestado en hacerlo.

—Vaya, parece que te has tomado muy a pecho eso que te dije de hacer que una chica se sienta especial.

—Solo porque tú lo eres. Para algo eres mi amiga.

Ambos sonrieron mientras la limusina comenzaba a frenar y Leo, al percibir el nerviosismo de Ana, le apretó la mano un poco antes de salir del

vehículo.

Entraron en el fastuoso vestíbulo y recibieron una cálida bienvenida de los anfitriones, que intentaron integrarles en una aburrida conversación sobre arte moderno. No obstante, Leo se disculpó con cortesía y condujo a Ana hasta sus amigos, que la observaban desde hacía rato. Ella no necesitó que se los presentaran para saber que se trataba de los otros dos ángeles del grupo, así que tomó la iniciativa.

—Hola, soy Ana —dijo, con una sonrisa, y les saludó con dos besos a cada uno. Acostumbrados al rígido protocolo de la alta sociedad, Charles y David tardaron un poco en reaccionar y se hizo un pequeño silencio que Ana decidió seguir llenando—. Leo me ha hablado un montón de vosotros, pero la verdad es que ¡no sé cómo trataros!

David soltó una carcajada.

—Creo que nosotros estamos en la misma situación —respondió con un guiño—. Trátanos como le tratas a él. Pero antes permíteme presentarte a... —dudó por un instante y señaló con un gesto a la mujer que tenía a su derecha, a todas luces ofendida porque no recordara su nombre al instante— Elena.

La mujer dirigió una sonrisa cortés de lo más falsa a Ana e hizo como si le diera dos besos, pero sin llegar a tocar mejilla con mejilla en ningún momento, aunque para ello tuviera que retorcerse un poco con el objetivo de evitar la piel de Ana.

—Y ella es Cintia —intervino Charles, dando un golpecito en la cintura a su acompañante para que se adelantara.

Ella siguió el mismo ritual que la otra y después, al ver por encima del hombro de Ana a algún conocido, saludó con la mano y anunció que les dejaba un momento. Elena, sin deseos de quedarse y aún ofendida por el olvido momentáneo de David, la acompañó.

—En la vida me habían hecho la cobra de esa forma —dijo para sí Ana, al mirarlas marchar entre cuchicheos y risitas por lo bajo que sin duda iban acompañadas de comentarios ofensivos hacia su persona.

—No es eso, mujer. Aquí todas las mujeres se saludan así. —Leo le quitó hierro al asunto para consolarla, aunque no le había hecho mucha gracia el comportamiento de esas mujeres con Ana.

—¿En serio?

—Es para no estropearse el maquillaje —las justificó Charles, con un asentimiento. Le habían parecido de lo más descorteses, pero no quería que

Ana se sintiera incómoda.

—Seamos sinceros: el saludo de rigor no implica contacto físico, pero te han hecho una cobra descarada y, por lo menos en mi caso, eso significa que a... ¿Estela? no la volveré a llamar nunca —dijo David, a pesar de las miradas de advertencia de sus amigos.

—En fin, al menos no han intentado fingir que son muy amigas mías —suspiró Ana.

De pronto, Charles se tensó.

—Dama de Hielo en la puerta del fondo —susurró.

—¿Dama de Hielo? —preguntó Ana.

—Digamos solo que es una mujer mil veces peor que las que se han marchado y que Charles tiene que esconderse con urgencia —explicó David.

—Ahí hay una columna y una planta frondosa. —Ana señaló a una esquina cercana—. Si se pone entre las hojas de la planta con la columna en medio y nos ponemos delante, no se le verá.

—¡Me gustas! Piensas rápido, Ana —exclamó David. Charles ya estaba en camino hacia la planta, al ritmo más rápido posible sin renunciar a su dignidad, así que le siguieron y se colocaron de forma que no se le viera desde ningún ángulo.

—¿Puedo preguntar por qué te escondes de esa mujer de esa forma? —se atrevió a inquirir Ana.

—Porque es una mujer odiosa y acosadora con la que mis padres pretenden obligarme a casarme —afirmó Charles.

—¿Pretenden obligarte a casarte? ¿Es que hemos vuelto a la Edad Media? —se extrañó Ana.

—Sus padres no le van a obligar a casarse con ella. Le quieren demasiado como para hacerle eso —dijo David—. Como mucho, se decepcionarán un poco si elige a otra mujer, pero respetarán su decisión y se alegrarán por él.

—Lo cual no implica que no vayan a insistir en emparejarme con esa psicópata hasta el día del juicio final.

—Estaré atenta para evitarla en la medida de lo posible..., y para que no te pille a ti desprevenido —le prometió Ana a Charles.

—Leo, esta chica sí que vale —dijo él, con una sonrisa.

Un rato después, Ana se excusó para ir al baño antes de sentarse a la mesa y Leo aprovechó para preguntar a sus amigos sobre sus primeras impresiones.

—¿Y bien?

—Me cae bien, aunque estaba un poco tensa al principio —respondió

Charles.

—Y es atractiva, no como esperaba —añadió David—. Después de ver la foto de la revista y de lo que dijiste..., pensé que era más del montón. A todo esto, ¿le estabas mirando el culo hace un momento?

—¿Y desde cuándo compras tú esas revistas? —quiso saber Leo, con los ojos entrecerrados.

—No suelo, pero en vista de tu falta de entusiasmo a la hora de presentarnos a tu amiga misteriosa, quise verla con mis propios ojos —explicó, sin dejarse engañar—. Pero no cambies de tema. No has contestado a mi pregunta. ¿Desde cuándo los amigos miran el culo a sus amigas?

—No le miraba el culo —repuso Leo. Sus amigos pusieron caras de divertida incredulidad y admitió—: Bueno, sí, eso hacía. Pero es que ella no suele ser tan..., tan mujer.

—Me parece que a partir de este momento vas a tener un problema serio, Leo —dijo David con tono socarrón.

—¡No digas tonterías! Solo está más guapa de lo habitual, eso es todo. Mañana volverá a ponerse su ropa antiatractiva y todo arreglado.

—Ya, pero no podrás olvidar que ella es en realidad una auténtica preciosidad —insistió David—. Hasta hoy has conseguido pensar en ella como amiga, no como mujer. Hoy has descubierto ese último aspecto y ya no podrás dejarlo a un lado. Y tampoco te ayudará la abstinencia voluntaria en la que estás sumido.

—Eso es cierto —estuvo de acuerdo Charles.

—Pues no veo cómo puede eso ser un problema.

—Venga ya, Leo. Nunca has podido resistirte a una mujer como esa durante mucho tiempo.

—Pues ella se ha sentido atraída por mí desde el principio y eso no ha entorpecido en ningún momento nuestra amistad —dijo Leo, que miró en dirección a los aseos, para ver si ella aparecía por fin y se acababa la conversación.

—Apuesto a que está más acostumbrada a la abstinencia que tú. —David siguió en sus trece—. ¿Cuánto hace que no estás con una mujer?

Leo hizo una mueca ante la pregunta de su amigo. Los tres sabían que desde el ataque de Emma no había estado con nadie. Entonces Ana salió de los servicios y los tres se quedaron en silencio.

—Hay que ver, menudos tíos. No me extraña que los llamen los Tres Ángeles —pensó ella en voz alta, y luego exclamó, esta vez de forma

consciente—: ¡Ya estoy de vuelta!

—Vaya, gracias. Eres la primera mujer que nos lo dice a la cara —se rió David.

Ana enrojeció al darse cuenta de que sus pensamientos habían sido escuchados una vez más, pero contestó:

—Bueno, pues es cierto. Hasta que conocí a Leo, pensaba que los tíos como vosotros solo existían en las portadas de novela romántica y en las revistas, y siempre después de una sesión de tratamiento de imagen. Verlos a los tres juntos en vivo y en directo es un *shock*.

El comentario hizo reír incluso a Charles y contribuyó a terminar de romper el hielo. Hablaron un rato más de tonterías y, cuando las acompañantes de Charles y David se unieron a ellos, se dirigieron a la mesa principal, que compartían con el anfitrión. Este era un hombre delgaducho y sin gracia, con el que las familias de los Tres Ángeles tenían trato comercial desde hacía años. Debido a compromisos internacionales importantes que les impedían asistir, pero sin deseo de romper relaciones, habían mandado a sus hijos al evento en su lugar, a pesar de la falta de entusiasmo de los mismos.

—Tenéis que probar este vino —dijo el hombre con mucha pompa—, es de mi cosecha particular y ha sido aprobado con nota por los mejores catadores del mundo.

—Oh, no, gracias. Prefiero beber agua —se apresuró a decir Ana.

Leo hizo un gesto a uno de los camareros porque sabía de su aversión a esa bebida, pero la acompañante de David se apresuró a decir, con los asentimientos del resto de los presentes salvo los tres amigos:

—Vamos, querida. Es una descortesía rechazar semejante maravilla.

—También es una descortesía obligar a alguien a beber lo que no le gusta —gruñó Ana, sin darse cuenta de que reflejaba sus pensamientos en voz alta. Sin embargo, insistieron y se sintió obligada a dar un sorbo para no discutir.

—¿Y bien? —preguntó su anfitrión, decidido a ignorar el comentario de Ana y confiado por la calidad de su caldo.

—¿Quiere que le sea sincera?

—Por supuesto.

—No me gusta el vino, así que esto me parece tan asqueroso como el de tetra brik que venden en el súper de debajo de mi casa —soltó ella, bastante cabreada.

Leo, Charles y David no pudieron sino reírse al ver las miradas horrorizadas de todos los comensales, que se sintieron ofendidos y

comenzaron a hacer el vacío a Ana. Semejante actitud contrastaba con la excesiva cortesía, que lindaba con el peloteo, con que trataban a los Tres Ángeles, así que los amigos empezaron a tratar a los demás de la misma forma que trataban a Ana. Esto enrareció cada vez más el ambiente y Ana fue blanco de una hostilidad creciente que finalizó con un airado comentario de la anfitriona cuando ella rechazó un postre de aspecto muy moderno que, lejos de despertar su apetito, le daba la sensación de que acabaría por vomitar si se veía obligada a metérselo en la boca:

—De veras, querida. Si eres incapaz de apreciar una *delicatessen*, no sé qué haces aquí. Nuestra comida no es la de cualquier antro.

La mujer se tapó la boca en cuanto finalizó la última frase, consciente de lo inapropiado de la misma, pero el daño ya estaba hecho y los jóvenes, ofendidos por el desaire, abandonaron la fiesta de inmediato a pesar de las reiteradas disculpas de la mujer y de su esposo.

—Buena se ha montado ahí dentro —observó Charles.

—Lo siento mucho. Ha sido culpa mía —se disculpó, avergonzada, Ana—. Espero que eso no os cause problemas.

—Tonterías —le quitó importancia David—. Son ellos quienes te ofendieron y, si nos hacemos los ofendidos, incluso podremos sacar ventaja en algún acuerdo comercial como disculpa por su parte. ¿Verdad, chicos?

Leo y Charles estuvieron de acuerdo.

—Qué alivio —suspiró Ana. De pronto, notó cómo le sonaban las tripas. Con la esperanza de que ninguno de los tres lo hubiera oído, dijo—: Jo, qué hambre.

—¿No te parecieron suficientes los ocho platos? —preguntó Leo.

—¿Esas bandejas con una cagarruta que se supone que es comestible en el centro? Lo siento, mi paladar no es tan fino —bromeó ella—. Donde esté una pizza, que se quite la alta cocina.

—¡Tomemos una pizza, pues! Yo nunca he probado una —sugirió David, risueño.

—Están buenas —afirmó Charles.

—¿Es que tú lo has probado todo ya? —preguntó Leo a su amigo, que se encogió de hombros y buscó en su teléfono la localización de la pizzería más cercana.

Apenas unos minutos después, se metieron en una pizzería de barrio, donde llamaron la atención de todo el mundo por sus vestimentas de fiesta. Algunos comensales, incluso, pensaron que los cuatro eran actores y

quisieron hacerse fotos con ellos, pero pasado el revuelo inicial y tras asegurar que no eran nadie con quien mereciera la pena hacerse fotos, pudieron disfrutar de una deliciosa comida y conversar con toda confianza.

A lo largo de las horas siguientes, el local se vació y solo quedaban ellos cuando el dueño les dijo que quería cerrar, así que dieron la velada por finalizada con la promesa de repetirla pronto. Leo volvió a llamar a la limusina para acompañar a Ana a casa, incapaz de dejar de mirar a la joven. A pesar de lo que había asegurado a sus amigos, esa noche se sentía muy atraído hacia Ana y, lejos de acostumbrarse a ese cambio conforme avanzaba la velada, había notado cómo crecía su magnetismo hasta un punto en el que le resultaba difícil contener sus impulsos.

—Creo que les gusto —dijo ella.

Ya no tenía que preocuparse por estropear el peinado, así que decidió sucumbir a la tentación que sentía desde que vio la limusina. Pulsó el botón para abrir el techo solar y sacó la cabeza tal y como había deseado hacer en el viaje de ida. Leo se unió a ella y, muy juntos y en silencio, disfrutaron del aire de la noche y de las luces de la ciudad. Sin embargo, Leo pronto dejó de centrarse en las luces y observó a Ana que, al percibir su mirada, dijo:

—Por cierto, ¿sabías que está prohibido asomarse por la ventana de arriba de las limusinas si están en marcha?

Incapaz de resistirse ni un segundo más, Leo la besó. No fue un beso suave, sino intenso, profundo y muy erótico. Ana se tensó en un primer instante, pero luego se dejó llevar y se agarró a él con fuerza. Leo, al notar su actitud receptiva, profundizó más el beso y enterró las manos en su cabello.

Los gritos de una pandilla de borrachos les interrumpieron y ella, sonrojada, se metió de nuevo dentro del vehículo, pero Leo no deseaba que eso acabara de forma tan brusca, de modo que la siguió al interior, enmarcó la cara de Ana entre sus manos y la besó con pasión, tanteando su boca con la lengua. Mientras, ella acarició su espalda y se deleitó al recorrer con los dedos sus fuertes músculos. Leo no quería detener su exploración ni un instante, pero se obligó a separarse unos segundos, los suficientes para indicarle al chófer que se dirigiera hacia su piso, en vez de al de Ana. Una vez se aseguró de que irían directos a la casa más cercana, que tenía la ventaja añadida de que no existía el riesgo de una compañera de piso que les interrumpiera, volvió a centrarse en los labios de su acompañante.

Leo, consciente de que estaban en una limusina y de que tenían que salir de ella para llegar al piso, intentó contenerse en la medida de lo posible para

no comenzar a quitarle la ropa a Ana, pero ella no tenía tantos reparos y pronto comenzó a desabrocharle el cinturón, ansiosa por acariciar su duro trasero sin el obstáculo de la tela. Estaba a punto de lograrlo cuando la limusina se detuvo frente al edificio de Leo.

—Vamos arriba —dijo Leo. Abrió la puerta, ayudó a Ana a salir del vehículo, la atrajo hacia sí y volvió a besarla, cada vez más excitado.

Poco a poco se acercaron a la entrada, sin separarse más que para que Leo abriera el portal. Una pequeña parte de él se sintió un poco preocupado por la posibilidad de que el portero, o alguno de los vecinos, pudiera verles en esa actitud. Por fortuna, a esas horas de la noche era difícil que hubiera alguien en las zonas comunes, así que pudieron continuar con sus caricias sin vergonzosas interrupciones hasta llegar al apartamento de Leo.

Una vez allí, todo atisbo de contención desapareció por completo. Incapaces de tomárselo con calma, comenzaron a acariciarse mientras aumentaba la excitación de ambos. Ana se encontró de pronto sin su vestido, que se esparció en el suelo como una flor, y las habilidosas manos de Leo buscaron sin éxito el cierre del sujetador.

Ella liberó su boca de la de él un segundo, para indicarle:

—El cierre está delante.

Leo se lo desabrochó con calma y se lo quitó poco a poco, admirando la anatomía de Ana.

—Eres preciosa —dijo él una vez que se deshizo de la prenda y pudo acariciar sus pechos con reverencia.

Ella, de inmediato, empezó a desabrochar la camisa de Leo, pasó los dedos por su abdomen y al comprobar que era tan magnífico como lo que había intuido por encima de la ropa, sintió su cuerpo arder de necesidad, momento que Leo eligió para lamer sus pechos.

Ana gimió con el contacto, le arrancó la camisa y comenzó a luchar contra el botón del pantalón. Leo gruñó de excitación cuando los dedos de Ana rozaron su pene a través de los calzones. Incapaz de resistirse por más tiempo, él apartó las medias y el resto de prendas de Ana con un solo movimiento y comenzó a acariciar sus piernas con una mano a la par que estimulaba sus pezones con la otra.

Suspirando, ella consiguió por fin liberarle de los pantalones y los calzones. Acarició con suavidad su hinchado miembro mientras él exploraba su cuerpo con las manos y con la boca. Cuando ya no pudo más, ella se puso a horcajadas sobre él y le besó con pasión. Solo se interrumpió para rebuscar

con torpeza en su bolso, pero era incapaz de encontrar los preservativos que siempre llevaba consigo y ambos comenzaron a desesperarse. Tras volcar todo el contenido del bolso logró localizar uno, lo abrió y se lo colocó a Leo con delicadeza. Después empezó a mover las manos a cámara lenta por toda su longitud mientras Leo se dedicaba a jugar con su clítoris y a atormentarla a su vez con movimientos expertos.

Incapaz de resistirse por más tiempo, él la penetró y ambos dieron al unísono un gemido de satisfacción. Ana empezó a moverse, primero con lentitud y luego con movimientos más rápidos. No dejaron de acariciarse y besarse el uno al otro, cada vez más intensamente conforme se acercaban poco a poco al clímax, que llegó como una explosión simultánea. En un intento por prolongar el placer, siguieron acariciándose y así estuvieron largo rato, hasta que el sueño les venció.

Casi al amanecer, el hambre despertó a Ana, que se despertó como una gatita satisfecha. No obstante, su satisfacción solo duró los segundos que tardó en darse cuenta de dónde estaba..., y con quién.

—¡Ay, no! —susurró para sí. Leo se removió y Ana, sobresaltada, se dio cuenta de lo embarazosa que sería la situación si se despertaba—. Mejor nos lo ahorramos.

Decidida, se bajó de la cama sin hacer movimientos bruscos y se vistió en silencio. Dudó un momento sobre si dejar una nota, pero no se le ocurría nada que no fuera tan incómodo como enfrentarse a él cara a cara. Así pues, se marchó a hurtadillas del piso sin dejar de preguntarse cómo iban a salir de ese lío en el que se habían metido por dejarse llevar por la pasión.

Entró en su casa con la esperanza de que Tam estuviera ya allí, pero no tuvo suerte. Tampoco pudo localizar a Tom por teléfono, así que se preparó el desayuno y se sentó en el sofá, con la mirada perdida y sin dejar de darle vueltas a lo ocurrido la noche anterior.

—¡Maldita sea, Tam! ¿Dónde te habías metido? —gruñó en cuanto su amiga entró en casa, casi a mediodía—. He pasado toda la mañana maldiciéndote por irte a dormir con Médico Pibón y dejarte el móvil apagado justo cuando estoy en plena crisis.

—¿Qué pasa? ¿No fue bien la noche? —preguntó Tam, con algo de preocupación y una cara que decía a las claras que todavía no estaba muy despierta.

—Nos hemos acostado juntos.

Tam se quedó atónita unos instantes antes de decir:

—A ver, a ver, con acostarnos juntos..., ¿te refieres a dormir la mona inocentemente en el sofá o a sexo? —La mirada elocuente de Ana fue la única respuesta que necesitaba—.¿Cuándo?

—Después de despedirnos de sus amigos; sacamos la cabeza por el techo de la limusina y...

—¡Qué bueno! —se entusiasmó su amiga—. ¿De veras hiciste eso? Siempre he querido probarlo...

—Tam, céntrate, por favor —dijo Ana, mosqueada.

—De acuerdo, de acuerdo. Supongo que ahora toca preguntar: ¿estabas borracha?

—Ni una pizca. Y, antes de que lo preguntes, él tampoco.

—¡Ay, madre! —rió Tam. Arrastró a su compañera de piso al sofá y le ordenó—: Empieza a hablar. Quiero saberlo todo.

Le contó todo lo que había pasado desde que salió por la puerta la noche anterior, y Tam no pudo dejar de advertir su mirada soñadora cuando rememoró el beso y todo lo que ocurrió después.

—¿Cómo es el sexo con ese semental? —preguntó.

—Increíble —respondió Ana con los ojos iluminados.

—Quiero detalles.

—Pues peor para ti, porque me los reservo. Pero sí que diré que fue el sexo más erótico y devastador que he tenido en toda mi vida —confesó Ana.

—La pregunta del millón es, ¿qué haces ahora aquí en lugar de seguir en la cama con él?

—No sé. Me entró el pánico...

—Y saliste corriendo como un corderillo asustado —finalizó Tam—. No es una reacción muy adulta por tu parte.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que me quedara allí y lo enmarañara aún más?

—Lo que me extraña es que no te haya llamado.

—Bueno, no sé si lo ha hecho. Quería hablar con vosotras antes, para ver si se me aclaraban las ideas, así que he apagué el móvil. No me atreví a arriesgarme a hablar con él, si decidía telefonarme —explicó Ana.

—Date prisa y enciéndelo ya. ¡Cobarde! —dijo Tam.

La joven activo su teléfono, metió el pin y esperó a que cargara. Nada más hacerlo saltaron una infinidad de notificaciones.

—¡Cielos! ¡Veintisiete llamadas perdidas de Leo!

—Deberías llamar tú y hablar con él —le aconsejó Tam.

—Ni de coña. Al menos, no hasta que sepa qué hacer.

—¿Y qué has pensado? ¡No puedes ignorarle para siempre!

—No lo sé, tengo la mente un poco embotada. —Se tumbó en el sofá, se tapó la boca con el cojín para no montar mucho escándalo y gritó. Algo más calmada, añadió—: No creo que sea buena idea ser su pareja, no funcionaría.

—¿Por qué no? —preguntó su amiga.

—Oh, venga ya, Tam. Lo sabes de sobra.

—Claro. ¿Lo sabes tú?

—Somos demasiado diferentes y a ninguno de los dos nos va eso de comprometernos —empezó a enumerar—. Además, me gusta demasiado como amigo como para arriesgarme a nada con él. Pero no creo que sea posible sacar adelante una relación de amistad con un calentón como el que tengo ahora mismo, y si él está la mitad de mal que yo... Aunque claro, él nunca ha dado muestras de sentirse atraído por mí hasta ayer.

—Pues hay que pensar en algo. ¿Y si salimos de marcha esta noche? Quizás encuentres un hombre con el que desfogarte un poco —propuso Tam.

—No quiero un hombre con el que desfogarme —respondió Ana. Justo entonces su teléfono empezó a sonar; era Leo. Ella colgó, pero luego suspiró, se armó de valor y decidió mandarle un mensaje:

«Necesito pensar.

Dame tiempo, por favor».

En la otra punta de la ciudad, Leo miró el mensaje de Ana y sintió deseos de estampar el aparato contra el suelo. Necesitaba hablar con ella de lo ocurrido, pero ahora parecía demasiado tarde para insistir, tanto más cuando le pedía tiempo. Además, no se le ocurría ningún escenario en el que hubiera podido evitar que eso pasara tarde o temprano. Ahora estaba en la peor situación posible: su amistad con Ana, a la que había llegado a apreciar tanto como a Charles y a David, pendía de un hilo por un momento de descontrol. Y, lo que era peor, ella le había pedido tiempo para pensar, sin precisar cuánto. Eso significaba que estaba tan confusa como él y, como la conocía, sabía que podía tomar una decisión irrevocable sin darle opción a explicarse antes y decirle cuánto la valoraba.

Lo que más temía era que esa decisión implicara no volver a verle más y cortara toda comunicación con él. Eso sí que no podría soportarlo, así que decidió arriesgarse y mandarle otro mensaje:

«Te comprendo y voy a respetar tus deseos por hoy... Pero sabes que no te hubiera dejado marchar de haber estado despierto y que estoy preocupado, así que necesito que mañana hablemos sin falta. Tenemos que aclarar las cosas cuanto antes».

Ella respondió con un simple «Veremos» que le sonó demasiado a «quiero ganar tiempo, ya encontraré la forma de darte largas», pero si algo tenía claro Leo era que no iba a esperar ni un minuto más para aclarar las cosas.

## Capítulo 6

### Derecho a roce

Al día siguiente, Ana se vistió y se preparó para salir de casa a primera hora, con la intención de no volver en lo que restaba de día y así evitar un posible encuentro con Leo. No obstante, sus planes se frustraron con el sonido del telefonillo.

—¿Diga? —preguntó Tam, que estaba más cerca de la puerta porque estaba a punto de salir al trabajo—. Ah, hola, Leo. —Ana abrió mucho los ojos e hizo gestos a su amiga para que negara su presencia en la casa, pero Tam la ignoró—: Claro que está, ¡sube!

—Traidora —gruñó Ana cuando su amiga pulsó el botón para abrir.

—Él tiene razón: tenéis que hablar. Y no me digas que ibas a hacerlo. Está claro que pretendías evitarle hasta que se te acabaran las excusas —la regañó Tam. Abrió la puerta y esperó a que Leo entrara en el piso—. Cuánto me alegra que hayas sido previsor y vinieras tan pronto —le saludó. Después bajó la voz, se acercó, y añadió en tono confidencial—: Has conseguido acorralarla, pero ten cuidado con ella, que a la mínima desvía la conversación y se te escaquea.

—No temas. Vengo preparado —contestó Leo, sin apartar la mirada de Ana. Se alegró de no haberse puesto el parche, así no se perdería detalle de sus reacciones.

—¡Me gusta este hombre! —exclamó Tam—. Bueno, me encantaría quedarme a escuchar tras la puerta, pero me temo que debo irme a trabajar. Cuéntamelo todo al volver del trabajo —ordenó a Ana. Dicho esto, les dejó solos y ambos se quedaron mirándose, en silencio, un poco cortados.

—Siento haberme presentado así, sin avisar —dijo Leo, que de pronto no sabía cómo empezar la conversación, a pesar de que la había ensayado en su mente mil veces. Se rascó la cicatriz, nervioso, y continuó—: Aunque, por lo que veo, de no haberlo hecho no te hubiera localizado en todo el día.

—Te dije que necesitaba tiempo —respondió Ana, algo molesta. Sin embargo, reconoció para sí misma que tampoco hubiera logrado aclararse de haber logrado esquivarle, así que decidió afrontar la situación y preguntó, sin esperar a que él comenzara—: ¿Qué diablos se nos pasó por la cabeza, Leo? Todo iba como la espuma y de repente me despertó en tu cama después de una noche de sexo.

—¿Qué puedo responder a eso? —gruñó Leo—. Perdí el dominio sobre mí mismo por un instante, te deseaba demasiado. Tú respondiste al beso y ya solo pude dejarme llevar.

—Pero es que se supone que tú no me deseas, Leo —afirmó ella. Esa era la cuestión a la que llevaba dando vueltas desde que todo pasó—. Nunca te has sentido demasiado atraído por mí...

—Creo que fue el vestido.

—¿El vestido? —repitió, desconcertada.

—Reconócelo, Ana. Nunca, en todas nuestras citas, has ido demasiado arreglada, sino todo lo contrario. Y verte así, como una mujer sexy y despampanante, fue demasiado para mí.

—¿Entonces ya está? ¿Con que vaya siempre hecha un adefesio volverá todo a la normalidad?

—Difícilmente —sonrió Leo—, porque ahora no puedo dejar de pensar en lo que hay debajo de todas esas capas de ropa ancha que llevas..., y en lo sexy y apasionada que eres en la cama.

Ana se sonrojó y tuvo que reconocer ante sí misma que ella tampoco volvería a mirar a Leo sin pensar en todo lo que habían hecho la noche anterior. Desde luego, no podía dejar de desear repetirlo, aunque en ese momento, en que su cerebro mandaba más que sus hormonas, se daba cuenta de que semejante deseo podía destrozar su relación si no lo gestionaban de forma adecuada.

—¿Y en qué situación nos deja eso?

—No tengo ni idea. Nunca me había sentido atraído por mi mejor amiga...

—¡Es que soy tu única mejor amiga!

—...pero sí que tengo muy claro que no quiero que nuestra amistad se pierda solo por eso.

—Coincido. —Ambos se quedaron en silencio y se miraron incómodos, hasta que Ana se animó a poner sobre el tapete la idea que llevaba rondándole desde el día anterior—: He pensado mucho... ¿Por qué no tenerlo todo?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que lo único que dificulta nuestra amistad es la atracción sexual, pero somos dos solteros sin compromiso y ¿quién ha dicho que el sexo y la amistad no son compatibles? —preguntó entusiasmada—. No es algo habitual, pero muchas personas hacen esta clase de arreglos.

—Creo que nunca funciona —dijo Leo, dudoso.

—También decían que no funcionaría sin sexo, y aquí nos tienes — contestó ella. Seguía sin parecer convencido, así que añadió—: ¿Se te ocurre algo mejor? Reconoce que tu autocontrol no es muy bueno. Ahora que te has dado cuenta de que soy una mujer, y no un ser asexuado, no vas a pensar en otra cosa cuando estemos en la misma habitación. Y, como has podido comprobar, yo no soy de piedra... Pero si no ponemos ciertos límites esto acabará mal. Así que, una de dos, o nos decantamos por mi propuesta o te buscas una amante para desfogarte un poco.

Leo se echó a reír, incrédulo, pero meditó la sugerencia de Ana.

—Hay que reconocer que la idea tiene su mérito. Nos sentimos atraídos el uno por el otro y ambos renunciamos hace tiempo a la idea del sexo solo por amor.

—Y, lo que es mejor: nos ahorramos las citas horribles para encontrar a una pareja sexual adecuada...

—Habla por ti, mis citas nunca fueron horribles.

—...y, sobre todo, de confianza.

—Ahí me has pillado: nunca he podido confiar en ninguna de ellas.

—Y mucho menos en la última —apuntó Ana.

—...pero tampoco hay que echar leña al fuego con ese asunto. —Volvió a rascarse la cicatriz y cambió de tema—: Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Amigos..., con derecho a roce?

—No se me ocurre una idea más estupenda que esa.

—¿Y a qué esperamos para sellar el trato? —preguntó Leo, con voz sugerente. Se acercó a su boca con lentitud, con objeto de tentarla, pero Ana le detuvo al poner los dedos en sus labios.

—Siento aguarle la fiesta, seductor, pero a las once y media tengo una dinámica de grupo..., y antes de eso me gustaría echar unos cuantos currículum.

—Esto es mucho más divertido —rió él.

—Apuesto a que sí, pero no me va a pagar las facturas. Aunque claro, de todas formas, no es que duraras mucho...

—Te deseaba demasiado para alargarlo, y tampoco es que no lo disfrutáramos, ¿no? —respondió Leo, con un poco de su orgullo herido—. Pero no temas, la próxima vez me lo tomaré con mucha calma.

—No sé por qué, pero me da que vas en serio... —Ana sonrió. Esperaba que así fuera, pero ese día no pensaba poner a prueba su afirmación. No

quería perder la noción del tiempo y llegar tarde o desarreglada a la entrevista, así que le acompañó hasta el portal y, una vez allí, cada uno tomó su propio camino, no sin antes darse un caliente y sugerente beso que anticipaba muchas noches de placer compartido.

Varias horas después, Leo se reunió con sus amigos en casa de Charles y les contó lo que había hablado con Ana. Ellos, que ya se habían entusiasmado al confesarles Leo que se había acostado con la joven, escucharon su nueva relación con Ana con puntos de vista totalmente opuestos.

—O sea, que ahora no sois amigos, sino que os acostáis juntos —dijo David divertido.

—No, somos ambas cosas.

—No es una actitud demasiado inteligente, si es que te gusta tu estado de soltería.

—Te equivocas, Charles. —David parecía bastante interesado en la idea—. Tiene lo mejor de ambos mundos. Con ese acuerdo, después de que se cansen el uno del otro, se ahorrarán los ataques de celos sin sentido y no perderán esa amistad tan extraña que tienen. Es perfecto.

—No creo que se cansen el uno del otro —insistió Charles.

—Oh, venga ya. La monogamia y las almas gemelas son un mito. Tarde o temprano, pasará. Y además, ¿por qué te ha salido ahora la vena romántica? Hacía tiempo que no se dignaba a aparecer y creí haberme librado de ella para siempre tras tu último desengaño —preguntó David a su amigo, que se encogió de hombros. En el fondo, y a pesar de su estilo de vida y su actitud distante, los dos sabían que Charles creía en el amor y disfrutaban bromeando a su costa.

—Aunque puede que tenga parte de razón. Creo que no me cansaré de ella hasta dentro de mucho tiempo —suspiró Leo.

—Vaya, ¿tan buena es? —bromeó David.

—No pienso hablar de eso.

—Siempre hablas de eso.

—Hablo de mis amantes, no de mi amiga —lo zanjó Leo.

—Pues vaya. Al final, nosotros seremos los que tendremos lo peor de ambos mundos, si no vas a dar ningún detalle jugoso —refunfuñó David.

—Lo que pase con Ana es privado y punto. Nunca me había sentido tan a gusto con alguien y no tengo por qué contarte mis intimidades con ella solo para amenizarte las veladas —le advirtió Leo, con seriedad—. Ana se merece un poco más de respeto que las mujeres con las que he salido hasta el

momento, por si no te has dado cuenta.

—Definitivamente, nunca te cansarás de ella —profetizó Charles—. Os he visto juntos y, digáis lo que digáis, vosotros dos estáis hechos el uno para el otro.

Leo y David cruzaron una mirada divertida y lo dejaron pasar.

Días después, cuando Tom regresó de su viaje y se encontró con que la situación sentimental de sus mejores amigas había cambiado tan de repente, casi le dio un síncope.

—¡Pero seréis asquerosas! ¿Por qué no contactasteis conmigo? —les gritó, fuera de sí.

—¿Cómo, por telepatía? —preguntó Tam, con sarcasmo—. No había manera de que respondieses al móvil.

—El móvil lo perdí en algún momento de la quinta noche de viaje. Salimos a celebrar lo bien que iban las negociaciones y, mientras estaba en la pista de baile, el teléfono se volatilizó. ¡Pero podríais habérmelo contado por mail!

—¡Si nunca miras el correo! —exclamaron las dos amigas al unísono.

—Pues..., ¡haber publicado un post en mi muro o... por privado!

—¿En serio, Tom? Si te hubiéramos escrito por redes sociales que Tam tiene pareja formal y que estoy enrollada con Leo en plan amigos con derecho a roce, ¿qué habrías pensado?

—¡Que me estabais tomando el pelo! —Ana y Tam se echaron a reír y Tom acabó por unírseles—. No, ahora en serio. Es broma, ¿verdad?

—Lo siento, Tom. Es todo cierto y te lo has perdido —se burló Tam.

—¡No me vuelvo a ir si no os arrastro conmigo!

—Si nos arrastraras a tus viajes de negocios creo que tus jefes dejarían de fiarse. Pero no te niego que deberíamos irnos de vacaciones las tres juntas, como en los viejos tiempos. En cuanto vuelva a tener ingresos y nos den días libres a todas, claro.

—Pero ¿no te había dicho Leo que iba a conseguir que te indemnizaran por lo de la revista?

—Sí, pero he decidido no utilizar ese dinero para nada, a no ser que haya una emergencia de las gordas. Sería como si me estuviera aprovechando de la relación que tengo con él.

—No creo que Leo piense eso —dijo Tam, aunque era inútil, porque la decisión de Ana era irrevocable.

—Lo pensaría yo, que soy la que importa —zanjó ella, tal y como Tam

esperaba—. Pero dejemos lo de las vacaciones para más adelante. Lo que sí podemos hacer ahora es conocer oficialmente a Médico Pibón. Quedamos con él y arrastro a Leo también para que Tom le conozca y deje de darme la tabarra. ¿Qué os parece? —preguntó Ana. Las caras entusiasmadas de Tam y Tom hablaban por sí mismas—. Y a todo esto..., ¿cuáles son esas noticias frescas de las que hablabas en cuanto nos has visto? Que al final nos hemos puesto a contarte lo nuestro ¡y no nos hemos enterado!

—Me he enamorado locamente —dijo Tom, solemne. Ana y Tam se miraron, extrañadas. Su amiga no era de las que se enamoraran, y mucho menos locamente.

—¿De quién? —preguntó Ana. Tam, que se había quedado muda de la sorpresa, hizo un ruidito que sin duda significaba lo mismo.

—Se llama Marina. El destino quiso que se sentara conmigo a la vuelta, en el avión. No paramos de hablar en todo el trayecto.

—¿Y te dio su número? —preguntó Tam, entusiasmada.

—Mejor. Sé dónde trabaja. Va a pasar el resto de sus vacaciones de visita en el pueblo de sus padres, pero en cuanto vuelva le haremos una visita.

—¿Le haremos? ¿No será mejor que le hagamos la visita tú sola? —preguntó Tam.

—Bueno, así aprovecho el reencuentro para presentárosla y que me deis una opinión sincera... Y os tendré como excusa si algo sale mal.

—No sé yo, Tom... No es por desanimarte, pero... —Ana no supo cómo continuar. No quería quitarle esperanzas a su amiga, pero no creía que fuera a salir bien.

—Pero nada —afirmó Tam. Tampoco estaba del todo convencida, pero una mujer que moviera semejantes sentimientos en su amiga sin duda era excepcional, así que estaba dispuesta a apostar por ella—. Te acompañaremos encantadas, pero antes, ¡tenemos que organizar el encuentro con Leo y con Don!

De inmediato comenzaron a debatir sobre dónde era el lugar más apropiado y cuándo sería el mejor momento para verse. Llegaron a un acuerdo horas después, pero hubo una cosa que no tuvieron en cuenta: que Leo tenía una agenda de lo más apretada por sus negocios y que los horarios de Don en el hospital hacían difícil que todos quedaran en el momento en que a ellas les viniera en gana.

Días después, tras muchos quebraderos de cabeza, por fin lograron fijar un día para que Tom conociera a las parejas de sus amigas. La joven

se pasó la tarde del sábado en cuestión con ellas, revolucionándolo todo y moviéndose con nerviosismo de un lado a otro. Tam y Ana la miraban entre divertidas y molestas.

—Tom, me estás haciendo perder la paciencia, estate quieta de una vez —le ordenó Tam desde el sofá—. Ni que fuera el acontecimiento del año.

—Es el acontecimiento del año. Por fin me vais a presentar formalmente a vuestros novios. Es un día trascendental —afirmó Tom. Ante la dura mirada de Ana, que se negaba de forma tajante a que calificaran a Leo como su novio, añadió—: Bueno. A los novios..., o lo que diablos sean.

—Eso está mejor. —Ana asintió, satisfecha.

De pronto, en la cara de Tom apareció un destello de pánico:

—Pase lo que pase, por favor, no quiero ser un sujetavelas.

—¡No vas a ser un sujetavelas! —exclamaron las dos al unísono.

—Ah, no, claro. Vamos a ser cinco, una cifra que implica un sujetavelas, por si no os habíais dado cuenta. Dos parejas de tortolitos y la eterna solitaria.

—En primer lugar, Tom. Leo y yo no somos una pareja de tortolitos. Además, no eres la eterna solitaria. Eres la eterna soltera, en todo caso; no he conocido un periodo de tu vida en que hayas tenido carencia de pretendientes.

—Lo que te pasa es que estás colgada de la tal Marina y has entrado en la fase de «Si algo sale mal cuando la vuelva a ver y no me quiere, habré perdido al amor de mi vida y me convertiré en una vieja solterona», pero deja de comerte el tarro. Iremos a ese garito y caerá a tus pies. Si no, peor para ella, porque no te merece: un par de noches locas y te olvidarás —añadió Tam.

—Necesito que salga bien, Tam. Estoy harta de noches locas, quiero lo vuestro.

—¿Un amigo con derecho a roce o un Médico Pibón? —bromeó Ana.

Tam puso una mueca de enfado, porque no paraba de corregirlas cuando hablaban de Don con ese mote.

—¡Al final vais a llamarle Médico Pibón en persona y vais a hacerle sentir incómodo!

—No te preocupes, que no meteremos la pata —la tranquilizó Ana—. Y aunque fuera así, no tendría que avergonzarse. Es médico y está muy bueno, ¿no?

—Exacto. Es un mote que se ajusta a la realidad —añadió Tom.

—Aun así. Os lo pido como favor de los favores. Quiero que con él salga bien la cosa y solo faltaba que os cogiera manía por no llamarle por su

nombre.

—Ohhhhh... —suspiró Ana—. Nuestra Tam, caída en la trampa del amor...

—Y tú también, puñetera, aunque no quieras reconocerlo.

—Lo que yo decía. Voy a ser un sujetavelas.

—¡Que no, pesada! De entrada, toda esta cita-quedaada extraña está motivada por ti, o sea que tú serás la protagonista indiscutible de la velada. Y además, ellos te tienen más miedo a ti que tú a ellos. Saben que eres importante en nuestras vidas, así que te aseguro que estarán aterrados por si no te caen bien.

—Pero...

Justo entonces sonó el timbre y Tom se lanzó a abrir la puerta. Don se quedó helado cuando vio frente a él a una joven con evidentes síntomas de nerviosismo, que no sabía si limitarse a saludar, darle dos besos o darle la mano. Al final, Tom acabó haciendo las tres cosas. Poco después, Leo tuvo que soportar un apretón de manos demasiado largo y un crítico escrutinio:

—Madre mía, ¡era verdad! De no ser por la cicatriz, sería tan guapo como cualquier mujer. Y el parche pirata le da mucho morbo.

—Parece que aquí todo el mundo piensa en voz alta —dijo Leo.

Tom enrojeció, pero la risa del joven fue suficiente para descargar parte de su tensión acumulada.

—Bueno, tú tienes que estar ya acostumbrado, porque Ana tiene un serio problema con eso —respondió Tom.

De inmediato, comenzó a detallar, ayudada por Tam, muchas situaciones en las que la faceta metepatas de Ana la metía en líos o la llevaba a protagonizar momentos vergonzosos. Para desgracia de la joven, que se puso cada vez más roja conforme se prolongaba la interminable oleada de historias hilarantes sobre su persona, estas se prolongaron hasta que llegaron al restaurante, donde a Tom se le acabaron las anécdotas. No obstante, ahí no se acabó la cosa porque Leo, deleitado con aquellas antiheroicas hazañas, procedió a contar algunas de cosecha propia:

—Ana es la única persona capaz de comparar un vino de crianza con uno de tetrabrik —se rió Tam al conocer lo ocurrido en la cena en la que Leo le presentó a Charles y a David.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de tu historia con el caviar? —contraatacó Ana, dispuesta a que las risas se dirigieran a su amiga.

—Ah, no. Eso sí que no puedes contarlo —Rogó Tam.

—¿Por qué, amor? —preguntó Don—. Ana, has despertado mi curiosidad...

—Veréis —empezó Tom—, todo empezó cuando Tam decidió dar una fiesta de Navidad para inaugurar el piso. Como quería quedar bien y parecer muy *chic*, decidió comprar caviar, pero es caro de narices, así que hizo un trapicheo con uno de esos chavales del barrio, que te consiguen lo que quieras por medios más que dudosos pero a mitad de precio.

—Tom... —susurró Tam.

—En vez de probarlo antes de servirlo, esperó a que estuvieran todos los invitados para coger una buena cucharada y metérsela en la boca —la ignoró Tom—. Y claro, según se posó en su lengua ese «manjar tan exquisito» empezó a boquear en un intento de tragar, pero al final no pudo más y llenó de huevas de pescado a su padrastro y a su madre, que estaban hablando con ella en ese momento. Después cogió una de las servilletas que había en la mesa y se empezó a restregar la boca con ella.

Todos se echaron a reír, incluso Tam, que se había puesto roja.

—Esa asquerosidad debía de estar caducada o algo. No puede ser que algo tan caro sepa tan mal.

—En realidad, no está muy claro si el caviar era malo o si simplemente no le gustó el sabor —aclaró Ana—. Nosotros no lo llegamos a probar, aunque muchos de los asistentes sí, y no notaron nada raro.

—A mí no me gusta demasiado el sabor, la verdad —confesó Leo—. Por suerte, los criados de casa de mis padres y de mi hermana, cuando lo hay en alguna fiesta, saben que tienen que dejar un par de canapés aparte para mí. Lo que no saben los invitados es que no son de caviar, sino de drupas de moras con gelatina por encima. A simple vista no se nota la diferencia y yo no quedo como un bicho raro ni tengo que comer algo que no me gusta.

—¿Lo veis? ¡Ni a los ricos les gusta esa guarrada!

—Él es la excepción que confirma la regla. No puedes fiarte de los gustos culinarios de alguien que no había probado la comida basura hasta hace unas pocas semanas —dijo Ana, que procedió a hacer una lista de todos los alimentos comunes que había hecho probar a Leo en los últimos tiempos—. Es un bicho raro —finalizó.

—Bueno, ¿y qué hay de ti, Don? —preguntó Tom, que ya se sentía cómoda y lo estaba pasando muy bien. Era consciente de que el novio de Tam estaba algo cortado y no había participado mucho en la conversación, así que decidió que tenían que centrar la atención en él y hacer que se abriera

—. Ya conocemos algunos trapos sucios de Ana, de Tam y de Leo, pero tú te has librado de momento.

—Pues... —dudó él. De pronto, se le encendió una bombilla y comenzó a contar su anécdota culinaria—: Acababa de empezar la carrera cuando unos amigos decidieron llevarme a un local de citas rápidas. Allí conocí a una mujer explosiva que comenzó a hablarme de lo mucho que le gustaba el sushi. Yo le seguí el juego y le dije que a mí también me encantaba, aunque lo cierto era que no había probado el sushi en mi vida y que no me llamaba nada la atención eso de comer pescado crudo. Pero quería llevármela a la cama y la cosa funcionó, así que nos fuimos a un japonés cuando acabó el evento.

»Era como una especie de autoservicio y todo me daba bastante repelús, así que cogí lo primero que pillé y decidí cubrirlo de salsas para no tener que sentir el sabor. El problema era que las salsas también tenían una pinta extraña y comencé a desesperarme hasta que vi un tarro de lo que parecía salsa barbacoa y otro repleto de guacamole. Me extrañó que tuvieran ese tipo de salsas, claro, pero pensé que lo habían colocado ahí para que los pardillos como yo tuvieran algún sabor reconocible con el que mojar el sushi. Y como no me gusta mucho la salsa barbacoa vi mi salvación en el guacamole.

—Ay, madre. Lo estoy viendo, lo estoy viendo... —rió Tom, la única de las tres amigas aficionada a la comida japonesa.

Don asintió.

—Cubrí bien todas las piezas de sushi con la salsa y le dije a mi acompañante que me gustaba mucho cómo potenciaba el sabor. Ella me miró raro, pero aun así me lo metí en la boca..., ¡y casi salgo ardiendo!

—¡Confundiste el wasabi con guacamole! —se partió de risa Tom—. ¡Es súper picante!

Los demás rieron también y Don continuó:

—¡Casi me muero ahí mismo! Escupí rápido y comencé a beber agua como un loco, pero no funcionó. Entonces me levanté en busca de cualquier otra cosa que beber, tan bruscamente que tiré la mesa. Por fin un japonés se apiadó de mi y me dio un botellín de sake que me bebí de un trago y con eso logré calmar mi sed. Sobra decir que, para entonces, la mujer que había provocado todo ese lío se había marchado abochornada del local, que el sake me dejó de lo más mareado y que me tocó pagar todos los destrozos.

El grupo votó la anécdota como la más bochornosa hasta el momento y Tam prometió a Don que nunca irían a comer sushi, cosa que él agradeció

con un amago de reverencia. Luego intentaron que Tom contara alguna historia suya, pero declaró no tener ninguna que llegara al nivel de las de los demás y en su lugar contó un chiste muy malo que, aun así, les hizo soltar una carcajada a todos. El resto de la velada fue sobre ruedas y todos salieron encantados del restaurante, despidiéndose poco después para irse cada uno por su cuenta.

—Son estupendos —dijo Leo cuando se quedaron solos.

—¿Verdad que sí? Al principio pensé que Tom iba a liarla, porque estaba histérica, pero luego se ha relajado y todo ha ido bien.

—La verdad es que estaba de los nervios. Cuando me ha dado la mano tenía tembleque, la pobre.

—No está acostumbrada a este tipo de situaciones. Bueno, ni nosotras —se explicó Ana, encogiéndose de hombros—. Hasta hace poco, éramos un trío de solitarias y ninguna nos preocupábamos por tener pareja o hacer amigos nuevos, así que estamos en terreno desconocido. Creo que Tom se siente un poco excluida ahora que todo ha cambiado tanto y por eso se ha obsesionado con el tema de su misteriosa compañera de asiento en el avión.

—Bueno, creo que todos estábamos igual. Charles, David y yo no solemos quedar en grupo con otras personas a no ser que nos veamos obligados por algún acto social. Y parece que Don, con sus horarios en el hospital, tampoco tiene mucho tiempo libre para hacer esta clase de cosas, aunque durante la segunda parte de la velada no lo pareciera.

—Sí, parece un poco sosete, pero en cuanto se suelta un poco... La verdad es que me extrañaba un poco que Tam se enamorara de un tío aburrido, pero no lo es en absoluto. Un poco tímido, quizás, pero no aburrido —sonrió Ana.

—Por cierto, ¿hacia dónde estamos caminando? ¿Algún plan para el resto de la noche? —preguntó Leo con una mirada insinuante.

—Bueno, mi casa esta cerca y Tam pasará la noche en el apartamento de Don... —respondió ella, pícara.

Leo no necesitó escuchar más: la besó con pasión, la cogió de la mano y aceleró el paso para llegar al piso lo antes posible.

## Capítulo 7

### Una lista

Horas después, al amanecer, el teléfono de Leo sonó con insistencia, lo que despertó a Ana y la puso de muy mal humor.

—¿Qué diablos pasa, Leo?

—Nada, nada. Es mi alarma, tengo que estar en mi casa para una videoconferencia dentro de una hora y me la puse por si me dormía.

—¿En domingo? ¿Y si pensabas madrugar por qué no te has ido a tu casa, hombre? —gruñó Ana—. ¿Era necesario que me despertaras también a mí?

—Eh..., no, claro que no. Lo siento mucho, Ana, yo...

—Deja de sentirlo tanto y déjame dormir —bufó ella, poniendo la almohada sobre su cabeza para no oírle.

Leo, desconcertado, se vistió con cuidado de no hacer ruido y se dirigió a la puerta de la entrada.

—¿Leo? —oyó decir a Ana, justo detrás de él. Se giró—. Siento haber sido tan borde. Es que tengo mal despertar.

—Ya veo... —se rascó la cicatriz—, aunque en realidad ha sido fallo mío. Tienes razón, debí pensar que a ti no te haría ninguna gracia madrugar por mi culpa —volvió a disculparse Leo. Justo entonces, alguien metió la llave en la cerradura y apareció Tam, con cara de sueño.

—¿Y tú qué haces aquí tan pronto? —le preguntó Ana.

—Don tenía que ir al trabajo y no quería quedarme sola en su casa. ¿Qué hacéis vosotros despiertos a estas horas?

—Leo tiene una videoconferencia —explicó Ana—, y me ha desvelado.

Él interpretó el tono molesto de la joven como una invitación a irse cuanto antes, así que se despidió de ambas y le recordó a Ana que volvería a última hora de la tarde para acompañarla a una exposición que había cerca de allí.

—Que sí, pesado. ¡Vete ya a la dichosa conferencia, que quiero volver a la cama! —le respondió Ana, y él se apresuró a seguir su orden.

—Chica, como no dejes de convertirte en una Furia cuando te despiertas, le vas a espantar y al final te dejará —la regañó Tam, que había sufrido demasiadas veces el mal humor mañanero de su amiga y sabía de primera mano lo difícil que se hacía soportarlo.

—No puede dejarme porque no estamos juntos —replicó Ana. Acto seguido, se metió en su habitación, cerró con un portazo y volvió a meterse

en la cama.

Cuando despertó, cuatro horas más tarde, Ana se encontró con sus dos amigas charlando en el sofá. Les dedicó un gruñido como saludo, que ellas ignoraron, y acto seguido se fue a la cocina a desayunar un café bien cargado con un bollo de lo más apetitoso. Luego, tras lavarse los dientes, darse una ducha rápida y vestirse, se unió a ellas en el salón.

—¿Qué? ¿Ya se ha ido el demonio de los malos despertares? —preguntó Tom. Aunque no tan acostumbrada como Tam, por no vivir con ella, también se había hecho a la idea de que era mejor no decirle a Ana ni palabra cuando se levantaba con el pie izquierdo—. Ahora que estás con Leo, deberías empezar a aprender a domarlo si no quieres que salga huyendo.

—¿Tú también vas a empezar? No estoy con él, solo somos amigos.

—Eso es lo que decís. Pero cualquiera que os haya visto juntos coincidirá con nosotras en que sois mucho más que amigos —dijo Tom.

—Claro. Amigos con derecho a roce.

—Venga ya, Ana, déjate de tonterías. Sois prácticamente una pareja. Salís juntos, os llamáis constantemente, saltan chispas entre vosotros... —empezó a enumerar Tam.

—Pero hay límites que no traspasamos...

—¿Como no quedaros a dormir en casa del otro? —preguntó Tam, burlona—. No se me ocurre nada que sea más de parejas que eso.

—¿Qué tendrá que ver quedarse a dormir con ser una pareja? ¿Acaso Tom no se ha quedado muchas veces en nuestra casa y no es más que nuestra amiga?

—Aun así, es un límite y lo habéis traspasado. Al igual que iréis traspasando todos los demás. Si no lo sois ya, no tardaréis en convertirlos en una pareja con todas las de la ley —afirmó Tom.

—De eso nada. Solo hay que asegurarse de que esos límites están claros... —respondió Ana, pensativa.

—Ay, madre, ¿qué estás trajinando? —preguntó Tam, que conocía demasiado bien esa cara.

—Nada, nada —mintió Ana—. Pero cambiemos de tema. Ayer fue todo un éxito, ¿verdad?

Sus amigas cruzaron una mirada, pero decidieron seguirle el juego. Fuera lo que fuera lo que Ana tenía en la cabeza, no tardarían en enterarse.

Horas después, cuando Leo acudió a su cita, fue directa al grano:

—Tenemos que hablar —le dijo.

—De nuevo vuelvo a disculparme por lo...

—Nada, nada —le interrumpió Ana—. Eso está perdonado, siempre que tú perdones mi mal humor mañanero. Hasta que no me tomo mi café y me visto, no soy persona. —Leo asintió, conforme, y ella continuó—: Pero eso me ha servido para darme cuenta de algo que puede convertirse en un problema. Como no pongamos ciertos límites, acabaremos convirtiéndonos en una pareja, y no queremos eso. Así que he decidido que hagamos una lista.

—¿Una lista?

—Sí, una lista de cosas que hacer o que no hacer para no traspasar la fina línea entre la amistad y la relación amorosa —explicó Ana—. Lo hemos estado haciendo muy bien sin darnos cuenta, Leo. Hay muchas parejas que no se acuestan juntas hasta que se casan, por ejemplo, pero aun así la relación que hemos mantenido tú y yo no tiene nada que ver con eso.

—Una lista de cosas que no hacer... —reflexionó Leo: la idea le parecía divertida—. ¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, ¿te acuerdas la primera vez que salimos y quedamos en que el paseo marítimo no era una idea muy inteligente? —preguntó Ana cogiendo un blog de notas y un bolígrafo que había junto al teléfono. Leo, que sabía a dónde quería llegar, asintió con una sonrisa—. Pues regla número uno: el paseo marítimo solo sirve para comer hamburguesas en el banco, no para dar paseos acaramelados.

—Me parece bien, y se me ocurre que quizás deberíamos limitar también las cenas románticas, las comedias románticas y en general cualquier otra cosa con connotaciones románticas —propuso él—. Y otra regla: nada de caer en la rutina.

—Tienes razón. El sexo cuando nos apetezca, sin presiones. Pero está totalmente prohibido en momentos de bajón emocional. Si estoy de bajón y tenemos sexo, soy más vulnerable a un posible enamoramiento, ¿no crees?

—Vale. Apunta eso también.

—Y deberíamos limitar en la medida de lo posible lo de dormir en casa del otro...

—Sabía que acabarías por mencionarlo.

—Eso sí, con excepciones. Por ejemplo, no lo veo mal si estamos demasiado borrachos, perezosos o cansados como para marcharnos. Pero si al día siguiente hay que madrugar o si molestará al otro de alguna manera, queda prohibido, ¿de acuerdo? —Leo asintió—. Y debería estar

terminantemente prohibido llevar el desayuno a la cama a la mañana siguiente. Además, si nos vamos a quedar a dormir en casa del otro, deberíamos hacer un control de las cosas que no debemos hacer.

—¿Como por ejemplo...?

—Traer cepillos de dientes y demás —aclaró ella.

—¿Cepillos de dientes?

—Es muy simbólico que haya dos cepillos de dientes en el baño, ¿no? Es una bobada, pero creo que deberíamos dejar las casas del otro como están, sin traer objetos de higiene personal o ropa, ni cambiar cosas de sitio ni hacer nada que pueda alterar nuestros paraísos de soltería particulares. ¿Te parece bien?

—Sí, creo que tienes razón. En cualquier caso, siempre podemos pedir prestado el secador o una toalla, sin invadir con nuestros trastos la intimidad del otro. Aunque por lo de compartir cepillo de dientes sí que no paso.

—Ugh, no. —Ana hizo una mueca de asco—. Por una vez que no nos lavemos los dientes no se va a acabar el mundo, te recuerdo que vamos a evitar quedarnos a dormir en casa del otro en la medida de lo posible.

—¿Y qué más? —preguntó Leo, divertido, una vez aclarado ese punto.

—Los regalos. Si nos hacemos un regalo, no tiene que tener connotaciones románticas, y eso incluye rosas, joyas, osos de peluche y demás.

—¿Y qué se puede regalar entonces?

—Cúrratelo un poco, Leo. De todas formas, esas cosas no van con mi estilo, ni mucho menos.

—Supongo que tienes razón. Nunca he hecho un regalo a una mujer sin seguir los tópicos..., ni siquiera a mi hermana y a mi madre.

—¿Y a tus amigos?

—A mis amigos les regalo cosas que sé que les van a gustar.

—Pues conmigo aplícate el cuento también... —le ordenó Ana. Leo soltó una carcajada e hizo un gesto de asentimiento para que lo apuntara en la lista—. Además, por descontado, debemos eliminar todas las fiestas románticas estilo San Valentín.

—¿Es que hay alguna otra fiesta romántica aparte de esa?

—No, pero nunca se sabe. Los grandes almacenes siempre están inventándose algo nuevo, así que ya no me fío.

—Vale, tienes razón. —Ambos rieron. El sonido del reloj de los vecinos marcando la hora en punto atravesó las paredes de la casa y Leo preguntó—.

A todo eso, la exposición que querías ver, ¿a qué hora cierra?

—¡Dentro de treinta minutos! —exclamó Ana. Soltó el bloc de notas en el sofá y se puso el bolso—. Vamos, ¡que no llegamos!

—Tranquila, mujer —intentó calmarla Leo—. Podemos ir otro día.

—No podemos ir otro día. Para variar, lo he dejado para el último momento y mañana lo desmantelan todo.

Ana le empujó hasta la puerta, cerró con llave y tiró de él para arrastrarle, corriendo, hasta la exposición, que estaba a un par de manzanas de allí. Apenas tuvieron tiempo de hacer un breve recorrido, a toda prisa, antes de que avisaran por megafonía de que era la hora del cierre.

—¿Sabes? —dijo Leo, algo agotado, al salir y comenzar a andar de regreso a casa de la joven—. El arte debe verse con tranquilidad, no a la carrera.

—Bah —replicó Ana—, el que requiere técnica sí, pero en este, que son cuatro garabatos, no merece la pena detenerse.

—Y entonces, ¿para qué tanta necesidad de verlo?

—Es que el artista es el hijo de una amiga de mi madre con la que coincido a veces cuando voy a hacer la compra —explicó ella—. Y así, la próxima vez que nos veamos, no tendré que mentirle y decirle que vi la exposición de su hijo.

—Cierto. Lo malo es que ahora te arriesgas a empezar a pensar en voz alta y a que se entere de que lo viste en menos de media hora pero que, como son cuatro garabatos, tampoco merecía la pena detenerse —bromeó él.

—Ups. No había pensado en eso. Gracias por el aviso, así estaré en guardia y no se me soltará la lengua. —De pronto, vio un restaurante turco que habían abierto recientemente y que deseaba visitar—. Oye, Leo. ¿Has probado alguna vez un kebab?

Él negó con la cabeza y se dirigió hacia el local: sabía que Ana acabaría por convencerle de que lo probara aunque le dijera que no le apetecía lo más mínimo, así que ni siquiera se molestó en discutir.

Pidieron un par de menús para llevar y subieron al piso, donde se los comieron con tranquilidad y Leo tuvo que reconocer, una vez más, que no sabía nada mal. Luego se dieron cuenta de que no habían pedido postre, pero Ana lo solucionó con un helado de chocolate belga que sacó del congelador.

Como siempre que probaba ese delicioso postre, ella se llevó la cuchara a la boca y la saboreó con los ojos cerrados. Leo, al ver su cara de placer, sintió cómo el deseo crecía en su interior, llenó su cuchara y dejó caer algunas

gotitas a lo largo del brazo de Ana, que luego lamió con calma. Ella abrió los ojos, sorprendida y excitada, volvió a cargar su cuchara y se dispuso a saborear su postre favorito... sobre el cuerpo de Leo.

A la mañana siguiente, Ana se despertó enredada en los brazos de Leo y le miró desconcertada por un momento. Salió de la cama con cuidado para no despertarlo y fue a la cocina a prepararse el desayuno.

—Estupendo. Menos mal que íbamos a limitar lo de dormir juntos —refunfuñó—. Aunque, por lo menos, hoy me ha dejado dormir y no me he levantado de tan mala leche.

Se preparó un café bien cargado y cogió los ingredientes para hacer tortitas de uno de los armarios.

—Buenos días —dijo Leo a su espalda, despeinado y con cara de sueño. Se estiró y se tiró en el sofá.

—Buenos días —le respondió Ana con una media sonrisa.

—¿Qué hay de desayunar?

—Habíamos quedado en que nada de llevar el desayuno a la cama.

—Pero yo no estoy en la cama, sino en el sofá —bromeó Leo, sin hacer amago de dirigirse a la cocina.

—Es lo mismo, pedazo de vago —le respondió ella, molesta.

—Venga, Ana. Yo no sé hacerme el desayuno —suplicó él.

—¿Y cómo diablos te las apañas en tu casa, si vives solo?

—Tengo un arreglo con la cafetería de la acera de enfrente para que me lo traigan todas las mañanas en las que estoy en casa.

—Pues ya es hora de que aprendas a hacer las cosas por ti mismo —dijo Ana. Le cogió de la mano y le arrastró hacia la cocina—. Además, con estas cafeteras tan modernas no es tan complicado, así que solo tienes que aprender a hacer tortitas.

Le tendió un batidor de mano y Leo lo miró con cara extraña. Ella se rió por su expresión y comenzó a explicarle lo que debía hacer.

—No sé por qué te molestas. Ya te he demostrado en varias ocasiones que soy bastante torpe en la cocina —dijo Leo mientras intentaba seguir las instrucciones—, pero debo reconocer que es divertido intentarlo, siempre y cuando seas tú quien me dé instrucciones y se ría de mis desastres.

Como las tortitas no tenían demasiada complicación, pronto las disfrutaron allí mismo con un buen café instantáneo.

—¿A que saben mejor cuando las haces tú mismo?

—Bueno, al menos no están secas —dijo Leo con una sonrisa. Se acabó el

café, se desperezó y se dispuso a salir de la cocina.

—¿A dónde crees que vas? Aún hay que fregar los platos.

—¡Bromeas!

—Quien lo ensucia lo limpia, y hemos ensuciado entre los dos. ¿O tú qué te crees, que soy tu chacha? Tú a fregar, que yo recojo —ordenó Ana.

—Se me ocurren muchas cosas que hacer por la mañana, todas mejores que fregar los platos. Versionar ciertas escenas en la cocina, de algunas películas emblemáticas, por ejemplo —susurró Leo al oído de Ana, en un intento de librarse.

—Seguro que sí —le respondió ella. Se acercó hasta casi rozarle con los labios—. Pero pueden esperar hasta después de fregar este estropicio.

—En la película la cocina no estaba impoluta.

—No. Pero mira cómo quedó todo —siguió en sus trece Ana—. Serían más cosas que fregar al final. Dejarías de limpiar unos pocos cacharros y barrer un poco el suelo para tener que fregar los mismos cacharros un rato más tarde, pero añadiendo la limpieza de toda una cocina llena de mierda.

—Sí, aunque seguro que lo haría de mejor humor —se rió Leo.

—Es posible —sonrió Ana. Le rodeó el cuello con los brazos y dijo, en tono meloso—: Pero también te pondría de buen humor una buena ducha calentita los dos juntos..., después de limpiar todo esto.

—¡Tocado y hundido! —exclamó él, alzó las manos y se dispuso a fregar mientras ella recogía un poco el salón. Entre dos cojines, Ana encontró el bloc de notas, que había quedado olvidado allí la noche anterior.

—Vaya, nos quedamos con la lista a medias.

—¿Es que hay algo que quieras añadir? A mí no se me ocurre nada más.

—Solo un par de cosillas —dijo Ana—. Aparte de que el sexo siempre con precaución, como hasta ahora...

—Mujer, eso por descontado. ¿Por quién me has tomado?

—...que los ricos tenéis tendencia a ser familias numerosas y por algo será...

—Vale, voy a dejar pasar ese último comentario.

—...deberíamos tener siempre claro que, cuando tengamos una relación con otra persona, no debemos ocultárselo al otro. Y esas otras personas también deberían tener las cosas claras desde el principio, a no ser que decidamos que vamos en serio con ellas, en cuyo caso...

—Un momento, un momento —la detuvo Leo—. ¿Cómo que cuando tengamos una relación con otra persona?

—Bueno, ¡no esperarás que tengamos una relación en exclusiva! Eso nos convertiría en una pareja con todas las de la ley y además, ¿cómo vamos a encontrar el amor si no?

—¿Y quién ha hablado de encontrar el amor? —preguntó él, alzando el tono de voz—. Yo no busco tal cosa.

—Pero yo sí.

—Así que pretendes utilizarme y acostarte conmigo hasta que «encuentres el amor».

—¡Tampoco hay que plantearlo así! —le gritó Ana.

—¿Y cómo quieres que lo plantee? ¡Solo te falta decir que salgamos juntos a ayudarnos mutuamente a conseguir ligues!

—¿Y por qué no? ¿Acaso eso no lo hacen los buenos amigos? ¿O es que ahora solo me quieres por el sexo?

—Dice la que quiere acostarse conmigo solo mientras no haya algo mejor en perspectiva —dijo Leo con sarcasmo.

—¡Yo no he dicho eso!

—Lo has dado a entender, que es lo mismo.

—Pues no sé de qué te quejas. Si tenemos en cuenta el pasado sexual de cada uno, tú serías el que saldría ganando con todo esto.

—¿Que yo saldría...? —Leo estaba cada vez más cabreado. No podía creer que Ana pensara siquiera que él iba a dedicarse a salir con mujeres mientras estaban juntos y le enervaba que eso fuera lo que pretendía hacer ella. Hizo un esfuerzo por calmarse, pero no lo logró y decidió que lo mejor era poner un poco de distancia antes de que la discusión fuera a mayores—. Mira, no quiero seguir escuchándote.

Sin decir una palabra más, cogió sus cosas y salió del piso con un sonoro portazo. Se dirigió hacia las oficinas de David, que estaba en una reunión y le pidió que esperara en su despacho hasta que acabara. Eso dio tiempo a que Charles llegara y, cuando David se quedó libre, Leo se desgañitó a gusto al contarles lo que había ocurrido.

—Bueno, ¿y cuál es el problema? —preguntó David.

—¿Que cuál es el problema? David, por favor. ¿Es que no me has escuchado? Quiere utilizarme para el sexo hasta que encuentre a un tío con el que emparejarse.

—Te he escuchado, y no lo entiendo. Has repetido como un millón de veces que sois amigos con derecho a roce. Eso es lo que hacen los amigos con derecho a roce: se utilizan para el sexo mutuamente y, cuando encuentran

a alguien, dejan el sexo y siguen siendo amigos.

—David tiene razón —apuntó Charles—. El único problema aquí es que tú dices que sois amigos con derecho a roce, pero en el fondo deseas que seáis una pareja porque estás enamorado de ella...

—¡No estoy enamorado de Ana!

—Si no lo estuvieras, no te habrías puesto como te has puesto —afirmó Charles.

Leo iba a protestar, pero David intervino:

—Siento tener que darle la razón a Charles en este asunto, pero yo pienso lo mismo. Si fueras su amigo de verdad y no quisieras algo más con ella, no te habrías puesto como un loco por una cosa tan tonta.

Leo se dejó caer en uno de los sillones y puso la cabeza entre las manos.

—Supongo que siento por ella algo un poco más intenso que una simple amistad —reconoció por fin—. Maldita sea, ¿cómo he podido llegar a esto? ¿Y ahora qué voy a hacer?

—Desde luego, gritarle y marcharte de su casa con un sonoro portazo no es la mejor idea —bromeó David. La cara de enfado de Leo se profundizó y el joven alzó las manos—. Vale, vale. ¿Qué tal si empiezas por una disculpa?

—Pero no te sinceres tan pronto. —Ese consejo sorprendió a David y a Leo, que no esperaban algo así de Charles y se vio obligado a explicarse—: Está claro que, o ella no siente lo mismo, o lo siente pero ve tantos impedimentos en una posible relación de pareja contigo que ha puesto cientos de barreras a su alrededor para evitar que le hagas daño. En el primer caso, la asustarás y lo único que lograrás será que se aleje. En el segundo, ella levantará todavía más barreras a su alrededor por miedo a que algo salga mal. En ambos, la solución es que aceptes las reglas del juego actuales y las intentes cambiar desde dentro, ganándote su corazón..., o su confianza, según qué caso.

—Caray, Charles. Cualquiera diría que eres todo un experto —dijo David, con sarcasmo.

—Tiene razón. Ana no reaccionó muy bien cuando nos acostamos juntos: salió huyendo y llegué a temer que cortara toda relación conmigo. Si yo ahora llego y le digo que quiero algo más...

—Que la quieres —matizó Charles.

—...eso será, precisamente, lo que hará.

—Pues todo solucionado. En vez de presionarla, le sigues el juego y la conquistas sin que se dé cuenta. ¡Será interesante ver cómo evoluciona este asunto! —exclamó David, divertido.

—¡No tiene gracia! —le reprochó Leo.

—Sí que la tiene —le contradijo Charles—. Tanto reiros de mí por creer en el amor, y tú has sido el primero en caer en sus fauces. Ahora solo falta que David se enamore también para que la situación sea perfecta.

—No caerá esa breva —afirmó el aludido.

—Eso decía yo, y ahí me tienes.

—¿Así que lo reconoces? —preguntó con satisfacción Charles.

—Sí, lo reconozco. ¿Para qué negarlo? No me afectaría tanto si no lo estuviera. Ahora solo falta que sea correspondido..., y que lo admita, lo que sin duda no será fácil.

Ya más calmado y con un plan de acción, se dirigió a casa de Ana, con la esperanza de que estuviera allí y no se hubiera marchado a entregar varios currículum más. Por fortuna, la discusión la había puesto de muy mal humor y había decidido tomarse la mañana libre, así que le abrió la puerta y se apoyó en el marco con los brazos cruzados, impidiéndole pasar.

—¿Qué? ¿Vienes a continuar con los gritos y las estupideces? —le preguntó cuando llegó a su piso.

—No. A disculparme. —Leo titubeó, se rascó la cicatriz y continuó—. No sé qué me pasó. Reaccioné como...

—Como un imbécil posesivo.

—¿Qué puedo decir? —se tragó su orgullo y continuó—: No estoy acostumbrado a que me utilicen...

—¡No te utilizo más de lo que me utilizas tú a mí!

—...y por un momento me olvidé de que nuestra relación es mucho más que solo sexo.

—¡Será mucho menos que eso si no cambias tu actitud y te dejas de gilipolleces!

—Ana, por favor. Sé que he reaccionado de forma desmesurada y que no tengo excusa..., pero te aseguro que no volverá a pasar. —Al notar que ella se ablandaba, avanzó un poco más y la obligó a mirarle—. ¿No podemos hacer como si esto no hubiera ocurrido?

—Bueno... Supongo... —se apartó y le dejó pasar, aunque lo único que deseaba era estar sola. Sin embargo, al haber acudido él con esa actitud tan poco combativa, se hubiera sentido cruel por no aceptar sus disculpas y, tras hacer eso, pedirle que se fuera resultaba un tanto incoherente.

Él también se quedó un poco cortado, sin saber cómo dar el siguiente paso. Se daba cuenta de que Ana no estaba cómoda, pero no podía marcharse

así, sin más, y tampoco podía quedarse frente a ella sin hacer ningún movimiento, así que la besó. Nada más hacerlo se dio cuenta de que era un error: no tenía ganas de sexo y ella no reaccionó con el apasionamiento habitual, sino con algo de desgana. Sin embargo, una vez empezaron ninguno sabía cómo detenerse sin que eso provocara una situación aún más incómoda, así que siguieron adelante.

—Tenemos una ducha pendiente... —susurró Ana. Pensó que quizás, añadiendo el estímulo extra de la fantasía de tener sexo en la ducha, compensaría un poco la falta de emoción.

—Buena idea —dijo Leo, convencido de que a lo mejor el chorro de agua ayudaba a quitarles algo de tensión. Le dio otro beso, y empezó a desvestirla mientras se dirigían al baño, a lo que ella respondió haciendo lo mismo, sin mucha energía. De pronto, a él se le ocurrió la excusa perfecta para detenerse —. ¡Olvidé los condones!

—Vaya..., pues creo que yo no tengo ninguno por aquí —contestó Ana, aliviada, aunque hizo amago de buscar en el armario del baño, que no se utilizaba nunca y donde se suponía que no había ninguno. No obstante, para desgracia de ambos, Tam se había aprovisionado bien desde que salía con Don y esa misma semana había dejado allí un par de cajas para «emergencias».

—¡Eureka! —exclamó sin entusiasmo, y sacó la protección con dedos temblorosos mientras Leo abría el grifo. Él, que aún no estaba listo, le indicó que lo dejara en el lavabo y ambos se metieron en la ducha, cuyo agua todavía estaba fría.

—Ains —dijeron al unísono, aunque ambos agradecieron la excusa. Salieron de la bañera y esperaron a que se calentara, lo que no tardó mucho en ocurrir, tras lo cual se dispusieron a entrar de nuevo.

—¡¡Ana!! ¡Estoy en casa! —gritó entonces Tam, desde la puerta.

—Oh, no —susurró Ana, que interiormente agradecía que su amiga hubiera aparecido justo en ese momento.

—¡Ana! ¡Tengo noticias, así que sal del baño cagando leches! Tom está de camino y... ¡Oh, Dios! Estás con Leo, ¿verdad?

—No, si te parece estoy con una pareja de argentinos que me encontré de camino a casa anoche —respondió su amiga, como si estuviera enfadada por la interrupción.

—¡Te recuerdo que el baño es terreno común! ¡Luego lo limpias tú! —gritó Tam

Eso hizo reír a Leo, que también se sentía más aliviado de lo que le gustaría reconocer, y de alguna forma redujo la tensión que había entre la pareja. Leo se secó con una toalla y esperó, paciente, a que Ana saliera del baño en albornoz y recogiera la ropa que había ido quedando desparramada, como un camino delator, desde el baño al salón.

Ana hizo una pelota con las prendas, le lanzó una mueca a Tam y corrió de vuelta al baño. Su amiga la siguió, sin duda con la intención de asomarse y curiosear, así que Ana abrió la puerta apenas lo suficiente para pasar y la cerró con rapidez.

—¡Casi me pillas la nariz!

—¡Te estaría bien empleado, por cotilla y por inoportuna!

—¡Mala persona! ¡Os tendría que haber dejado allí dentro desnudos, a ver cómo os las apañabais!

Leo se reía mientras se vestía y las oía gruñirse la una a la otra. Una vez estuvo presentable, dio un beso en la mejilla a Ana y le susurró:

—¿Vienes a comer mañana conmigo?

—Claro —respondió ella. Omitió decir que se marcharía en cuanto acabaran de comer, con el objetivo de evitar una situación como la de ese día.

Leo asintió, con los mismos pensamientos en la cabeza, y salió del baño en busca de sus cosas para marcharse.

—Madre mía. Ese hombre está aún más sexy mojado —le dijo Tam a Ana en cuanto Leo salió del piso.

—Yo te mato.

—Deduzco que soy la causante de un *coitus interruptus*.

—No, estábamos los dos solos en la ducha porque queríamos quitarnos la mugre, ¡no te fastidia! —exclamó Ana, con el tono forzado para simular un ligero enfado, a la par que se hacía una especie de turbante con la toalla para secarse el pelo.

—Ay, chica, ¡lo siento! —se rió Tam.

En ese momento llegó Tom, que abrió con su llave y las miró a las dos un poco desconcertada.

—¿Qué ha pasado? Me he cruzado con Leo y parecía tener bastante prisa...

—Pues que les he pillado en la ducha.

—Es que tiene el don de la oportunidad, como siempre. Y en vez de avergonzarse, intenta verlo desnudo —explicó Ana, y se volvió hacia Tam—. En cualquier caso, ¿qué es eso tan importante?

—Bueno, anoche pasó algo... —dijo la joven, con voz misteriosa—. Pero, lo primero es lo primero. ¿Qué os parece Don?

—¿Y a qué viene eso ahora? ¡Quiero las noticias! —exclamó Tom.

—Necesito que me digáis lo que pensáis ahora porque, si no, lo que os voy a contar puede condicionar lo que pensáis de él.

—Pues..., al principio pensé que era un soso, pero ahora debo decirte que no se te ocurra dejar a este porque es el tío más encantador e interesante con el que has salido nunca —afirmó Tom. Dado que ninguno de los novios de Tam hasta el momento había contado con la aprobación de su amiga, era muy meritorio.

—¿Y tú, Ana? ¿Qué piensas?

—¿La verdad? Estoy de acuerdo con Tom. Si es siempre como fue durante la segunda mitad de la cena del otro día, creo que es tu alma gemela y que podría convertirse en un buen amigo nuestro con muy poco esfuerzo. Para ser franca, creo que es el único que me has presentado nunca que no me parece un cretino. Aunque claro, yo no soy quién para hablar, porque también os he presentado a cada uno...

—Pues Leo es el tío más perfecto para ti que he conocido nunca —dijo Tom, que tampoco había aprobado nunca a los novios de Ana que había conocido—. Así que más te vale dejarte de tonterías y echarle el lazo.

—¡No pienso hacer tal cosa! ¡Nuestra relación es perfecta precisamente porque solo somos amigos! De hecho, hoy mismo, después del desayuno, hemos acabado de redactar una lista que fija los límites de nuestra relación. — Ana enseñó a sus amigas el papel donde lo había anotado todo, aunque decidió no contarles la discusión que había ocasionado ni lo incómoda que había sido la reconciliación.

—Parece consistente —dijo Tam después de leerla—. Pero eso no os va a salvar, porque algo me dice que estáis los dos enamorados hasta las trancas.

—¡No digas bobadas! Solo somos amigos.

—Amigos que se acuestan juntos. ¡Si ya sin sexo erais casi una pareja!

—Ni de lejos —se reafirmó Ana.

—Para ti la china. Pero te diré algo. Esto —agitó el folio— no es más que un trozo de papel racional. Y los sentimientos no lo son. Nadie mejor que yo para saberlo. Hasta hace poco, pensaba que el amor no existía y ahora tengo un novio maravilloso del que estoy enamorada.

—Y por eso pretendes que los demás lo estemos también.

—El tiempo me dará la razón —se encogió de hombros su amiga—.

Además, has dicho que habéis desayunado juntos, lo que significa que ya os habéis saltado esa estúpida lista de todas formas —apuntó Tam.

—En algunas circunstancias se permite que se quede a dormir siempre que no haya desayuno en la cama.

—Pues no me imagino yo a ese hombre preparándose el desayuno él solito —dijo Tom, burlona. Tam rió e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Para vuestra información, no solo le he obligado a hacerse el desayuno él solito, como tú dices, sino que además ha fregado los platos. —Omitió que había dejado la tarea a medias debido a la discusión y a su rápida salida de la casa.

—Eso es que él también está enamorado de ti. ¡Ningún tío como él fregaría los platos por una cualquiera!

—Tú estás tonta, Tam. —Ana bufó—. ¿Dónde se ha oído que el que un hombre friegue los platos sea sinónimo de amor verdadero? Leo no está enamorado de mí.

—Tienes que reconocer que ese hombre ha cambiado todos sus hábitos por ti —reflexionó Tom—. Estoy segura de que has puesto su mundo patas arriba, y está claro que él ha puesto patas arriba el tuyo.

—No es...

—Bueno, ¿vais a dejarme dar mis noticias o no? —se quejó Tam.

—Lo siento, cielo. Ana está ciega en todo este asunto, no sé para qué me molesto con ella. —Ignoró la cara de enfado de su amiga—. Adelante.

—¡Don me ha propuesto matrimonio! —Ana y Tom la miraron estupefactas, con la boca abierta e incapaces de decir palabra—. ¿Es que no vais a decir nada?

—Es coña —fue lo único que se le ocurrió decir a Ana.

—¿Alguna otra cosa que manifestar, aparte de incredulidad?

—¿No es un poco pronto para hablar de matrimonio? ¿Cuánto lleváis juntos, diez minutos? —preguntó Tom, aún sin recuperarse del todo de la sorpresa.

—Ya lo sé, y eso le contesté al principio, pero él me ha dicho que quiere que vayamos despacio.

—Eso es una contradicción. ¿Cómo vais a ir despacio y casaros? —preguntó Ana.

—Supongo que porque el hecho de aceptar casarme con él no implica que lo hagamos en un futuro próximo.

—Pero no deja de ser un nivel de compromiso muy alto para conoceros desde hace diez minutos.

—¡Deja de decir eso ya, Tom! —le pidió Tam.

—Bueno, vale. Pero creo que es de lo más precipitado. ¿Cuánto tiempo se debe esperar para pedir matrimonio?

—No sé, nunca se me ha ocurrido preguntármelo. Jamás pensé que llegaría a recibir una oferta de ese tipo. —Se levantó y se puso a dar vueltas por el salón—. ¿Tú qué piensas, Ana?

—Ya sabes lo que pienso sobre el matrimonio. Demasiadas complicaciones para decir al mundo que quieres a alguien.

—Ya. Y aparte de tus prejuicios contra el matrimonio, que yo también comparto hasta cierto punto, ¿qué piensas? —insistió su amiga.

—¿Qué quieres que te diga, Tam? En principio él me cae bien, pero eso de decidir casaros después de tan poco tiempo... ¿Cuánto vais a esperar para el gran día? ¿Vais a probar a vivir juntos antes o vais a ir a la aventura? Y sobre todo, ¿qué espera de ti después de que os caséis?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo que sé, Tam. No le conozco lo suficiente. ¿Pretenderá que dejes tu trabajo y que te conviertas en una especie de ama de casa o te dejará seguir con ello? ¿Compartiréis bienes o haréis un contrato prematrimonial? ¿Quiere tener críos?

—Oh, por favor, Ana. Ni siquiera le he dicho que sí y ya estás incordiando sobre detalles prácticos. ¿Y qué si quiero dejar mi mierda de trabajo, compartir mis escasos bienes o tener críos con él y hacer de niñera de ellos y no de los mocosos de otras personas? —gritó Tam, aunque a la vez se le pasaba por la cabeza que si la oyera su yo de hacía unos meses no daría crédito, igual que no parecían dar crédito sus amigas—. Lo siento, no quería gritar. Es que es todo tan extraño... Estoy muy confusa.

—Solo decimos que eso de casarse no es una decisión que deba tomarse a la ligera —la tranquilizó Tom—. Queremos que te lo pienses con tranquilidad antes de darle tu respuesta. Pero, oye, ¿no se supone que debería haber un anillo o algo? ¡Quiero verlo!

—Bueno, es que fue una petición espontánea —confesó Tam, un poco ruborizada.

—¿Después del sexo? —preguntó Tom. Su amiga asintió. —Entonces es mejor que lo vayas pensando y que esperes a que te lo vuelva a pedir en frío. Después del orgasmo, algunas personas tienden a decir cosas a sus parejas de

las que luego se arrepienten.

—Todo era mucho, pero que mucho más fácil cuando era soltera y sin compromiso —suspiró Tam. Abandonó su recorrido de un lado a otro de la habitación y se tiró en el sofá.

Las tres se quedaron en silencio, cada una perdida en sus pensamientos, hasta que Tom dijo:

—¿Sabéis? Con tanto lío sentimental, hace un montón que no tenemos una noche loca..., ¡y no se me ocurre mejor momento que este para salir de fiesta y divertirnos sin pensar en el mañana! Así —señaló a Ana—, tú te olvidarás de Leo por una noche. ¿Como vas a ver las cosas con perspectiva si siempre estáis juntos o chateando? En cuanto a ti —se dirigió a Tam—, dejarás de darle vueltas por un rato a la propuesta de matrimonio postcoital de Don.

—Me encanta la idea —dijo Tam—. Además, hoy Don tiene turno de noche, así que mi plan era quedarme en casa acordándome de él. Así de patética me he vuelto —bromeó.

—¿Qué demonios? Una noche de fiesta me vendría genial —estuvo de acuerdo Ana. «Así, con un poco de suerte, descargaré la tensión de este día horrible y mañana a la hora de comer podré enfrentarme a Leo con mejor talante», pensó, con mucho cuidado de que no se le escapara el comentario en voz alta.

—¡Genial! —exclamó Tom—. Voy a casa un momento a cambiarme.

—¡Pero si vas bien así! —protestó Ana.

—De eso nada, monada. Va a ser una noche memorable y tenemos que ir divinas. —Se giró y compartió una mirada perversa con Tam—. Asegúrate de que no se pone cualquier trapo, que la conozco.

—¿Qué tal algo de lo que sacaste de tu armario para ella? —le siguió el juego Tam.

—Ah, no. De eso nada —dijo Ana.

—Ah, sí, amiga. De esta no te libras —afirmó Tam, empujándola hacia su habitación.

Tom rió y gritó, antes de salir:

—¡Dadme solo una hora! ¡Vamos a quemar la noche!

Horas después, tras quedarse hasta el cierre de varias discotecas, las tres amigas siguieron su ruta en busca de más sitios donde divertirse hasta que se toparon con un pub de lesbianas.

—¡Mirad! ¡Ahí es donde trabaja Marina! —exclamó Tom, un poco

achispada—. ¡Vamos a entrar!

—¿Para qué? ¡Si según tú aún no ha vuelto de vacaciones! —dijo Ana mientras intentaba estirar, como venía haciendo desde el inicio de la velada, la incómoda y ajustada ropa que sus amigas la habían obligado a ponerse. No tenía nada en contra de los bares de lesbianas, pero esa noche le apetecía tontear con otros hombres que no fueran Leo y allí sería imposible hacer tal cosa.

—Para explorar el terreno, por supuesto. Además, así, en el momento de nuestro reencuentro, podré decir que sentí curiosidad por lo que me contó del local y que me he aficionado al sitio. ¡Sería de lo más humillante si algo saliera mal y ella supiera que he ido allí solo para verla!

—¡Para adentro, entonces! —aceptó Tam, que no tenía ganas de lidiar con hombres solteros ahora que tenía a Don.

Ana se resignó y las acompañó al interior, donde intentaron encontrar un hueco en la abarrotada barra.

—Pedid por mí, por favor, que tengo que ir al baño —suplicó Tom. Las dos asintieron, aunque lo más probable era que su amiga volviera antes de que alguna de las camareras les prestara atención y les pusiera sus copas. Y así fue, porque todavía no habían pedido cuando Tom volvió, ruborizada y con cara de pocos amigos. Sin decir palabra, agarró a Tam y a Ana de la mano y las arrastró lejos del local.

—¡Vámonos!

—Pero, ¿por qué?

—¡Porque tiene pareja! —exclamó Tom, sin bajar el ritmo.

—¿Cómo? ¿Quién, Marina? ¿No se suponía que estaba fuera? —preguntó Ana, desconcertada.

—Se suponía, pero allí estaba, en la cola del baño. Me la encontré cuando salía y..., ¡y tiene novia! —gimió.

—Bueno, Tom. Esa tampoco es razón para salir huyendo.

—¡Es que le he pegado un morreo cuando nos hemos saludado! Menos mal que no he metido la lengua, porque su novia seguro que me habría pegado un puñetazo.

—¿La novia estaba delante? ¡El mejor final posible para la noche! —exclamó Tam, entre carcajadas.

—¡No es divertido, Tam! La próxima vez que hagas el ridículo, te vas a enterar —dijo su amiga, a punto de llorar.

—No le hagas caso, Tom, está un poco borracha y ya sabes cómo se

pone... —Ana la abrazó y preguntó—: ¿Vamos a casa?

—¡No quiero ir a casa!

—¿Dónde quieres que vayamos, entonces? —preguntó Tam, recuperada ya de su ataque de risa, que se había evaporado en cuanto había visto lo mal que estaba su amiga.

—¡Donde siempre!

—Cielo, es un poco tarde para que las tiendas de *cupcakes* estén abiertas. ¿Qué te parece ese pub de enfrente? —propuso Ana.

—¡Demasiado cerca! ¿Qué quieres, que me vea y sea todo aún más humillante?

—De acuerdo, lo más lejos posible de Marina y de su novia, entonces. —Tom puso cara de dolor y Tam se disculpó—. ¡Lo siento, no las volveré a mencionar!

—Vamos a ese pub que hay en vuestra calle, seguro que está abierto —les pidió Tom.

—¿El de los *heavies*? —preguntó Ana—. No creo que sea el mejor...

—Es perfecto. Un antro, acorde con mi estado de ánimo —dijo Tom.

Ana y Tam cruzaron una mirada de preocupación, pero llamaron un taxi y acompañaron a su amiga al local, donde los *heavies*, una vez se dieron cuenta de que esas tres mujeres tan extrañas no estaban allí para ligar y que una de ellas estaba al borde del llanto, se mantuvieron a una prudente distancia.

—¡Soy un desastre! —exclamó Tom—. ¿Cómo habéis podido dejarme hacer una cosa así?

—A ver, a ver. Espera un momento —la detuvo Tam—. El plan era encontrarte con ella cuando volviera de vacaciones, como si fuera un encuentro casual. Luego empezarías una conversación y acabarías por pedirle salir. ¡No hablamos nunca de morrearla nada más encontrarte con ella! Además, no es culpa nuestra, ni tuya, sino de ella, que es un zorrón. ¿No te había dicho que estaba soltera?

—No me había dicho nada. —Tom comenzó a tirarse de los pelos—. ¡Soy idiota! Ni siquiera se me insinuó, pero cuando me dijo que trabajaba aquí di por supuesto que estaba disponible y que me estaba lanzando una indirecta. ¡Y yo estaba tan empeñada en dejar de ser la única soltera del grupo que me aferré a eso como un clavo ardiendo! —suspiró Tom. Se acabó de un trago el cubata que el camarero había puesto frente a ella y le hizo un gesto para que le pusiera otro.

—¡Qué tontería! Yo sigo soltera —dijo Ana—. Leo solo es un compañero

de cama esporádico.

—Ya, ya. ¿Con cuántos tíos que no son Leo te has acostado últimamente? —preguntó Tom.

—Voy más allá. ¿Con cuántos tíos que no son Leo te has acostado? —bromeó Tam.

—Pues eso. Como me cuesta encontrarlos, hasta que pille a uno por banda que merezca la pena le tengo a él.

—Pobre ilusa. Todavía está convencida de que no está enamorada...

—¿Y tú desde cuándo crees en el amor y esas cosas?

—Desde que entré en ese avión —afirmó Tom—. Esa mujer es mi media naranja.

—Ay, no. ¿No acabas de decir que en realidad te aferrabas a ella como un clavo ardiendo porque tenías la esperanza de dejar la soltería? —preguntó Tam.

—Eso no descarta que ella sea mi media naranja. ¡Realmente pensé que nos compenetrábamos a la perfección! La vida es injusta —volvió a deprimirse Tom—. ¿Qué diablos nos ha pasado? El trío de solteras ya no existe. Tú estás con Médico Pibón, Ana está con Leo y yo estoy deseando que la tierra me trague porque me he enamorado de una tía comprometida.

—Hace nada no sabías ni que existía, mujer. Lo mismo se te pasa —la consoló Tam.

—¡Que me digas eso precisamente tú! En cuanto viste a Médico Pibón supiste que era para ti.

—¿En serio? Creo recordar que lo único que pensé cuando le vi era que tenía un polvazo. El amor llegó más tarde.

—Pero llegó —finalizó Tom y buscó al camarero con la mirada para pedir otro cubata.

—Bueno, entonces quedan claras unas cuantas cosas —dijo Ana, evitando que Tom hiciera señas al camarero—. La primera es que desde hoy te prohíbo los cubatas de garrafón, Tom. Te deprimen. La segunda, que Tam, la eterna soltera, está enamorada. La tercera que tú estás dispuesta a enamorarte, lo cual es otro asombroso cambio. Y la cuarta, que yo llevo predispuesta toda la vida, pero hasta que encuentre a mi hombre tengo a Leo, que es mi amigo y solo mi amigo, que para algo tengo esta lista. —Agitó en el aire el papel.

—¡Tienes la lista en el bolso! —exclamó Tam—. Si eso no es señal de enamoramiento, no sé qué será.

—La llevo en el bolso precisamente para recordarme a mí misma que esto

va en serio.

—¿Y tú crees que si fuerais realmente amigos tendrías que recordarte a ti misma que esto va en serio? —preguntó Tom.

Le arrebató la lista y ella y Tam comenzaron a pasársela, impidiendo que Ana pudiera recuperarla. Al final, en el forcejeo, acabaron las tres en el suelo, con el trasero dolorido pero riendo a carcajadas. Sin embargo, Tom no tardó en volver a caer en su estado depresivo y las dos amigas ya no consiguieron levantarle el ánimo, aunque no pararon de intentarlo hasta que cerró el bar de *heavies*. Después de eso, Tom insistió en irse a casa porque tenía que madrugar y Ana insistió a su vez en acompañarla a su casa. Sin embargo, Tom se negó tantas veces como la joven se lo propuso y al final se marchó sola, en un taxi, dejando a las dos amigas de lo más preocupadas.

## Capítulo 8

### Como una mujer florero

Al día siguiente, tal y como prometió a Leo, Ana fue a comer con él a un coqueto restaurante del club de campo. Aunque a la joven no le hacía ninguna gracia que Leo la invitara a comer, él le había asegurado que una parte del negocio era de su familia y que no tenían que preocuparse por la cuenta.

Se saludaron en la entrada, algo incómodos, pero no mencionaron nada sobre lo ocurrido el día anterior y, de algún modo, acordaron sin palabras comportarse como amigos y nada más, así que la tensión disminuyó un poco mientras Leo, que ese día llevaba un parche bastante discreto, la conducía hasta la mesa. Una vez allí, pidieron su comida, Ana se dispuso a contarle lo que había ocurrido la noche anterior, pero apenas había empezado cuando fue interrumpida.

—¡Leónidas, qué sorpresa verte por aquí! —exclamó un hombre de mediana edad, con aspecto de hombre de negocios. Tres hombres más, casi idénticos a él, saludaron a Leo con el mismo entusiasmo.

—La sorpresa es mutua, ¿cómo es que estáis aquí? —respondió Leo. Hacía meses que se temía una traición de esos cuatro en unos asuntos que le concernían y no se fiaba un pelo, así que añadió—: ¿No estaréis empezando las negociaciones sin mí?

—¡Qué tontería! —exclamó otro de los hombres, aunque sus gestos y los de sus compañeros denotaban nerviosismo—. Solo hemos venido a disfrutar de un buen almuerzo pero ¡qué descortés por nuestra parte! ¿Quién es tu amiga? —Leo les presentó a Ana rápidamente, sin abandonar su mirada de desconfianza—. Bueno, será mejor que os dejemos solos aunque, si no te fías de nosotros, podemos unirnos a vuestra mesa.

—¿Por qué no? Así podremos sentar algunas bases y dejar claro lo que esperamos de este acuerdo... No te importa que nos acompañen, ¿verdad, Ana?

—Claro que no —mintió ella, aunque en un tono que no ocultaba lo molesta que se sentía. No obstante, Leo, cegado por el hecho de haber pillado a los otros cuatro *in fraganti*, no se percató de ello y lo arregló todo para que les trasladaran a una mesa más grande.

A partir de ese momento, la conversación giró en torno al negocio que

tenían en común, del que Ana no sabía nada. Leo intentó que se integrara haciéndole alguna que otra pregunta, pero ella no estaba de humor para contestar más que con monosílabos y, de todas formas, cada vez que intervenía con más de un par de frases, los hombres con los que negociaba Leo se limitaban a mirarla con indulgencia y a redirigir el tema a donde les interesaba.

Aun así, aguantó con estoicismo pues, aunque no sabía con exactitud de qué iba el tema, las cifras de las que estaban hablando eran tan altas que le daba vértigo pensar que Leo pudiera perder tanto dinero si ella no se comportaba de forma apropiada. En cualquier caso, él parecía llevar la voz cantante y los hombres tuvieron que ceder en muchas de sus propuestas e indicaciones hasta que, por fin, parecieron llegar a un acuerdo.

—Me alegro de que hayamos podido avanzar tanto —dijo uno de los hombres, con cara de no estar nada contento, cuando se acabó el postre. Cruzó una mirada conspiradora con sus compañeros, se levantó de la silla y añadió—: ¿Qué te parece si nos vamos a tomar algo a nuestras oficinas y rematamos el tema?

Ana suspiró, aliviada, con el convencimiento de que Leo se negaría y por fin podrían hablar. No obstante, él parecía haberse olvidado de ella y de por qué estaban en el restaurante, ya que se incorporó y contestó:

—Estupendo.

—Bueno, caballeros —dijo Ana entonces, agotada su paciencia e incapaz de ocultar del todo su malestar—. Lamento tener que dejarles, pero tengo muchas cosas que hacer y, como parece que el asunto se va a alargar, creo que es el momento idóneo para marcharme.

Sin esperar respuesta, agarró su bolso con furia y se dirigió a la puerta con paso apresurado.

Solo entonces se dio cuenta Leo de lo molesta que estaba, así que se disculpó con sus acompañantes y la siguió.

—¡Ana! —gritó. Ella continuó su camino sin girarse y Leo tuvo que correr para alcanzarla—. ¿Se puede saber qué pasa?

—¿Que qué pasa? —respondió ella, furiosa, sin reducir el ritmo de su caminata—. ¡Si no lo sabes, es que no puedes ser más imbécil!

—Dijiste que no te importaba que ellos se unieran a nosotros...

—¿Y acaso he protestado en algún momento, a pesar de que me has ignorado durante toda la comida y de que ellos hayan sido tan horribles conmigo?

—Vamos, Ana, no se han comportado de forma desagradable contigo.

—No, solo se han limitado a ignorarme...

—Son negocios, nada más.

—...y a tratarme como a una mujer florero que no sabía de qué estaba hablando.

—Lo siento, Ana —dijo Leo, con la mano en la cicatriz. Sentía que su enfado estaba más que justificado y siguió excusándose—: Es un negocio importante y estaban a punto de traicionarme.

—Y yo te he seguido el juego hasta que lo has evitado, ¿o no? Pero no tengo por qué aguantar que me dejéis en la mesa sola y desde luego no pienso ir a «sus oficinas». Puedo aceptar que les hayas invitado a nuestra mesa aunque tuviéramos que hablar. Puedo pasar por alto que hayas adoptado su actitud condescendiente conmigo para llevarles por donde tú querías. Pero que, cuando ya está todo dicho y les tienes donde a ti te interesa, aceptes ir a tomarte algo con ellos, aunque no puede ser más obvio que solo te han invitado para ver si pueden recuperar el terreno perdido y tú solo has aceptado para seguir regodeándote con lo que has ganado..., ¡ya me parece el colmo! Ni siquiera has tenido la delicadeza de pensar que yo he aguantado con paciencia todo esto por ti, y porque quería hablar contigo de cosas importantes. Pero nada, ¡que se os dé bien! Ahora, eso sí, no pienses ni por un segundo que yo voy a volver a salir contigo nunca —zanjó Ana. Habían llegado al aparcamiento y, sin dejar de caminar, comenzó a rebuscar en el bolso las llaves de la moto—. ¡Menos mal que siempre voy por mis medios a todos los sitios! Anda, que si ahora tuviera que llevarme a casa este capullo... —susurró para sí.

—Ana, por favor, no te vayas así —suplicó Leo, que por supuesto había escuchado ese último comentario—. Hablemos.

—¡Leónidas! ¿Cómo es que estás por aquí? Hacía tiempo que no visitabas el club —les interrumpió una voz, esta vez de mujer, desde el otro lado del aparcamiento.

Ana se giró y vio a un hombre y una mujer que rondaban los sesenta, vestidos de forma impecable, dirigiéndose hacia ellos.

—Estupendo. Te dejo con estos, que seguro que también tenéis negocios impor...

—Son mis padres —le aclaró Leo.

Aunque Ana deseaba seguir con su huida hasta la moto, se detuvo en seco, lo que dio a la pareja la oportunidad de alcanzarles.

—No sabía que habíais vuelto al país —les dijo el joven.

—Es que queríamos que fuera una sorpresa. ¡Hemos llegado esta misma mañana! —explicó la mujer, que saludó a su hijo con dos besos enérgicos, pero que no llegaron a rozarle siquiera, para evitar estropearse el maquillaje. El hombre, por su parte, le dio un par de palmadas en la espalda y miró a Ana, a la que tendió la mano.

—Tú debes de ser la señorita Aguado, ¿no es así? Hemos oído hablar de ti. Yo soy Alexandre. —Ana, por no ser grosera, le estrechó la mano—. Y ella es mi encantadora esposa, Miranda.

La joven imitó el saludo de la mujer, con cuidado de no rozarla para evitar una situación como la de la fiesta en que conoció a Charles y David. Luego, miró de reojo a Leo, tensa.

—¿Interrumpíamos algo? —preguntó Miranda, con una mirada extraña que Ana no supo interpretar.

—No, no... —empezó Leo.

—Es que yo ya me iba —afirmó Ana.

—¿Que te ibas ya? ¡Eso no es posible! ¿Por qué no vienes a tomar algo?

—Tengo un compromiso en otra parte —se excusó.

—¡Pues espero que ese compromiso no se alargue hasta la noche! —exclamó la madre de Leo—. Es muy afortunado que os hayamos encontrado. ¡Llevamos desde que hemos vuelto intentando localizarte, Leónidas! Vamos a organizar una pequeña fiesta por nuestro regreso. Es algo improvisado, con pocos invitados, pero tenéis que venir los dos. De etiqueta, eso sí, ¡no podía ser de otro modo!

—Lo siento, señora Donovan, pero no tengo nada apropiado para la ocasión —improvisó Ana, en un intento por rechazar la invitación pero sin ser descortés.

—Tonterías, querida. Pásate un poco antes y te encontraré algo en mi armario, ¡estarás fabulosa!

—De veras que no me va a ser posible yo...

—Nada, nada, ¡no hay excusas! —dijo Alexandre—. Sin duda podrás pasarte, lo lamentaríamos mucho si no vinieras. No sabes cuántas ganas teníamos de conocerte. ¡Mi hijo estaba tardando en sentar la cabeza!

—Su hijo y yo no estamos saliendo —le cortó Ana. De pronto se sentía aún más enfadada con Leo, por no ayudarla a excusarse de forma elegante con sus padres, así que le dirigió una mirada de lo más significativa.

—Desde luego que no, solo somos buenos amigos...

—Es posible que ni eso —susurró Ana, sin darse cuenta.

Los padres de Leo no parecieron entender muy bien lo que decía, así que Leo distrajo su atención:

—¿Cómo habéis llegado a esa conclusión? No será por ese estúpido artículo en la revista de cotilleos...

—Cielos, no, ¿acaso crees que daríamos crédito a esa bazofia? —Miranda hizo un gesto despectivo—. Pero como nos ha llegado el rumor de que estáis prometidos en secreto...

—¿Prometidos? —bufó Ana, con una dura mirada a Leo—. Hemos ido juntos a un par de eventos y nunca nos hemos besado, tocado, abrazado..., ni hemos hecho nada que pueda llevar a alguien a pensar que tenemos una relación. ¿Cómo se ha llegado a la conclusión de que estamos prometidos en secreto?

—¿Qué sé yo? Ya sabes cómo son los rumores. Alguna mala lengua empezaría a formular hipótesis que alguna otra mala lengua repitió asegurando que eran ciertas..., y así sucesivamente —le dijo Leo a la joven, jugueteando con el parche, tras lo cual se giró hacia sus padres—. Lo que me extraña es que vosotros les hayáis dado crédito.

—Bueno, querido. Este mundillo es muy pequeño, y nos ha llegado la información desde varias fuentes. Ya sabes que, cuando el río suena, agua lleva, así que aquí estamos, para asegurarnos de que la dama no quiere apropiarse de tu fortuna. —Miranda se rió de su propia broma, coreada por su marido—. Ahora en serio, aunque no estéis prometidos, querida, ¡tienes que venir a la fiesta para que podamos conocerte mejor! Leónidas nunca ha tenido facilidad para hacer amigos, y desde que esa horrible mujer le atacó...

—Bueno, bueno —la interrumpió Leo, sin dejar de rascarse la cicatriz—. Tampoco hay que hablar de eso aquí, en medio de un aparcamiento. Además, Ana ya se marchaba. ¿Qué os parece si me esperáis en la barra mientras yo intento convencerla de que venga esta noche? —Sus padres, algo desconcertados, se despidieron de Ana «hasta esa noche» y se dirigieron al edificio.

—No pienso ir —le gruñó Ana, en cuanto se hubieron alejado lo suficiente.

—¿Puedo pedirte que lo reconsideres? —le pidió Leo—. Admito que no debí aceptar continuar con la reunión y entiendo que estés molesta por mi comportamiento de antes...

—Molesta es poco.

—...pero mis padres son personas muy orgullosas. Ya es un pequeño milagro que se hayan tomado a bien tu existencia; sin duda lo que ocurrió con Emma les ha hecho ver a las parejas que ellos consideraban aceptables de otra forma...

—¡No soy tu pareja!

—Claro que no, pero tienes que reconocer que, para dos personas que han intentado controlar incluso mis amistades hasta hace bien poco, que les hayas gustado a pesar de tu origen humilde...

—¿Mi origen humilde? ¡Lo estás arreglando, Leo!

—¡Sabes que no lo he dicho con intención de ofender! —Leo se metió la mano en los bolsillos. Si seguía rascándose la cicatriz, acabaría por hacerse sangre. Luego suspiró y dijo—: Maldición, Ana, cuando estás enfadada es muy difícil hablar contigo.

—¡Pues deja de hablarme y solucionado!

—Mira, haz lo que quieras. Solo puedo decirte que es importante para mí...

—También era importante para mí que hoy conversáramos de forma civilizada.

—...pero tampoco voy a obligarte...

—Lo que faltaba para rematar el día, que pretendieras obligarme ir a esa fiesta de esnobs.

—...a pesar de que mis padres se sentirán decepcionados y puede que dejes de caerles bien si ignoras su invitación.

—¡Como si no les fuera a acabar por caer mal, de todas formas, en cuanto se me escapara alguna inconveniencia! —exclamó Ana, afectada por el último comentario de Leo. Aunque seguía muy enfadada con él, no dejaba de ser su amigo y la idea de ganarse la antipatía de sus padres no le gustaba.

Leo, percibiendo sus pensamientos, decidió intentarlo de nuevo, con mirada suplicante:

—Estaré atento para que eso no ocurra, te lo prometo.

Ana siguió mirándole, enfadada, pero al final cedió:

—Está bien, iré un ratito...

—¡Muchísimas gracias, Ana! —La abrazó, pero ella se puso tensa y se zafó de su apretón.

—...¡pero que conste que, ahora mismo, no eres mi persona favorita en el mundo!

—Te aseguro que lo sé, y que haré todo lo posible para compensarte.

—Más te vale —gruñó Ana. Se puso el casco, arrancó la moto y dijo, antes de marcharse—: Mándame la dirección por privado. Nos vemos luego.

Como Tam seguiría trabajando, se fue directa a casa de Tom, que siempre salía un poco antes, con la intención de contárselo todo y desahogarse. Sin embargo, cuando le abrió la puerta, ojerosa y hecha polvo por la resaca y el llanto, decidió dejar sus problemas a un lado y centrarse en los de su amiga.

—¿Es que no has ido a trabajar? Tom, de verdad que tienes que superar esto.

—¿Cómo quieres que lo supere? —respondió ella, con voz pastosa—. ¡Solo ha pasado un día!

—Exacto. ¿Cuántas veces has repetido eso de que uno tarda en superar una relación la mitad del tiempo que esta dura? Fueron doce horas de avión, y ni siquiera estuvisteis juntas en realidad, *ergo* estás obligada a superarlo en seis horas —bromeó Ana. Tom soltó una risita.

—Bueno, fueron doce horas de tiempo real, pero en mi cabeza la relación continuó hasta el momento en que todas las fantasías se desmoronaron, así que en realidad me quedan unos cuantos días más de duelo —dijo, más animada.

—Vale, acepto tu argumento. Oye, he conocido a los padres de Leo y me han invitado a una horrible fiesta. ¿Qué te parece si vamos a tu habitación, me peinas y me embadurnas con tus potingues?

—Mierda, ¿tan mal estoy, que te sacrificas para animarme?

—Pareces el inicio de un apocalipsis zombie —se burló Ana, que conocía de sobra el punto débil de su amiga y sabía que no soportaba tener mal aspecto. Tal y como imaginaba, eso fue suficiente para que Tom se pusiera en marcha.

—Voy a darme una ducha rápida y me pongo contigo. Tú vete sacando mi maletín y las planchas para el pelo. —Se detuvo un momento y miró a Ana de arriba a abajo—. ¿Qué piensas ponerte, a todo esto?

—La madre de Leo ha dicho que me prestará un vestido apropiado.

—Vaya, no saber el corte ni el color de lo que llevarás puesto complica un poco las cosas pero ¡no te preocupes! Estás ante las manos de una experta.

Tom no tardó mucho en quedar presentable y comenzó el suplicio de Ana, aunque lo aceptó de buen grado pues para su amiga era una distracción perfecta. Evitó contar el encuentro con los padres de Leo hasta que apareció Tam, momento en que hizo una versión resumida de lo que había pasado. Omitió, por supuesto, la discusión previa y posterior con Leo. De no hacerlo,

hubiera tenido que hablarles también de la pelea por la lista el día anterior, lo que llevaría a que intentaran profundizar en asuntos que quería mantener bien enterrados. «Después de todo, solo es una mala racha», pensó para autoconvencerse de que era lo mejor.

Por suerte, para cuando acabó su narración y sus amigas empezaron a hacerle preguntas, la parte en la que más riesgo corría de que se le escapara algo, se generó una crisis porque se enteraron de que iría a la fiesta en su moto. A partir de entonces, se centraron en regañar a Ana por no haber avisado antes y en deliberar sobre cuál sería el peinado más adecuado para que el casco no lo estropeará demasiado. Se esmeraron en hacerle un recogido apretado y elegante que, gracias a un bote de laca y a decenas de horquillas, se mantendría firme. Luego, pasada la crisis, quisieron volver a las preguntas, pero Ana se escabulló con la excusa de que tenía que estar antes para elegir un vestido.

Leo la esperaba a la puerta de la enorme mansión de sus padres, vestido con un elegante traje formal y el mismo parche de la noche que le presentó a Charles y David.

—Menos mal que has venido, ¡mis padres no paran de hablar de lo ilusionados que están por conocerte!

—Ya, bueno, te dije que lo haría, ¿verdad? —contestó ella, algo borde.

Leo decidió dejarlo pasar. El enfado de Ana no se arreglaría con facilidad y, si no lo manejaba con tiento, podía ir a más justo antes de la fiesta. Por lo tanto, la acompañó hasta el interior, donde Miranda la recibió con mucho entusiasmo y la llevó hasta una habitación donde había dejado unos cuantos vestidos que se había comprado pero nunca había llegado a usar. No paró de parlotear, según se los mostraba, sobre la ocasión para la que los había adquirido y por qué había elegido ponerse otros al final.

—Aunque nunca me los he puesto, son tan bonitos que no quería tirarlos y ahora ¡no me vale ninguno de ellos! No podría desprenderme de los que llevé, ni prestarlos, porque me traen buenos recuerdos, ¡pero contigo estos encontrarán un nuevo hogar! —finalizó.

—¡No puedo aceptarlos! Con que me preste uno para la ocasión será suficiente...

—Pero, querida, si ya te he dicho que no me valen. Insisto en que tienes que quedártelos, ¡me haría tanta ilusión que tú los estrenaras!

—Bueno, si insiste —los aceptó a regañadientes.

No obstante, según se los iba probando, para consternación de ambas,

hubo que descartar uno tras otro. Las curvas de Ana eran demasiado pronunciadas y ninguno le quedaba bien. Solo lograron cerrar la cremallera del último, gracias a que tenía que llevarse junto a un corsé con el que apenas podía respirar.

—Ay, madre, seguro que parezco una salchicha embutida, ¡y encima rojo! —murmuró antes de enfrentarse a su imagen en el espejo. Al mirarse, Ana contuvo un gemido de pesar—. Ay, no, señora Donovan. ¡No puedo ir con esto! Parezco un putón.

—No digas eso, querida, tampoco te queda tan mal. Además, con algunos complementos no se notará tanto que te queda un poco justo... —la consoló Miranda.

—Un poco justo no, esto va a reventar en cualquier momento y voy a hacer un ridículo espantoso.

—Anda, anda. ¡Bobadas! Si estás preciosa. Solo tienes que evitar hacer movimientos bruscos y comportarte como si hubieras elegido esa talla a propósito. ¡Nadie se atreverá a criticarte! Y si lo hacen, ya me encargaré yo de ellos... —le aseguró la mujer. Antes de que pudiera replicar, añadió—: Venga, vamos a buscarte unos zapatos. Aunque parezca mentira, ¡también tengo docenas que nunca me he puesto y que no pegan con nada! Creo que alguno de ellos los compré para este modelo.

Ana, sin opción a réplica, se vio obligada a ponerse tres pares de zapatos de color rojo, todos de un número inferior al que calzaba, y al final Miranda se decantó por los más altos «para que la ayudaran a caminar más recta».

—De veras, señora Donovan, no creo que sea buena idea. Será mejor que me vaya.

—¡Qué tontería! No puedes irte, ya le he dicho a todo el mundo que venías, querida. Estás preciosa, vas a ser el centro de atención de la fiesta —le aseguró Miranda, lo que, lejos de consolarla, le hizo desear con más fervor escapar de allí.

Sin embargo, las protestas de Ana no sirvieron de nada y la mujer, aprovechando que era su punto de apoyo, la condujo directa al salón, donde ya había algunos invitados, entre ellos una preciosa y elegante mujer que estaba colgada como una lapa de Leo, al que no parecía importarle lo más mínimo.

Avanzaron unos cuantos pasos hasta que Alexandre se acercó y se llevó a Miranda, que se disculpó con Ana y fue junto a su marido a saludar a los invitados. La joven, en precario equilibrio en el centro de la habitación,

intentó llamar la atención de Leo para que fuera a socorrerla, pero no tuvo éxito porque seguía centrado en su conversación con la mujer. Ana sintió un ramalazo de algo parecido a los celos, pero se dijo a sí misma que no era más que indignación porque él estaba coqueteando mientras ella sufría las miradas burlonas del resto de los invitados. Ese molesto pensamiento, unido al enfado previo, fue lo que le dio fuerzas para avanzar tambaleante hacia ellos y llamarle la atención clavando el dedo índice en su hombro con saña.

—Oh, Ana, ya estás aquí —dijo él, sonriente. La miró de arriba a abajo y un ramalazo de deseo le recorrió—. Estás espectacular.

—¿Qué espectacular ni qué demonios? —dijo Ana para sí, sin percatarse de que lo decía en voz alta—. ¡Si parece que me han metido a presión en este armatoste!

—¿Es que has cogido peso desde que lo compraste? —preguntó la mujer, con tono inocente pero mirada de víbora, sin soltar a Leo.

—Perdón, ¿tú eres...?

—Permíteme que te presente a Graciela, la vecina de mis padres —reaccionó Leo, y las dos comenzaron el ritual de los dos besos, con la salvedad de que esta vez Ana se aseguró de darle dos buenos mofletazos para estropearle en la medida de lo posible el maquillaje. Leo se dio cuenta al instante de la hostilidad reinante entre las dos mujeres y por un momento se planteó la posibilidad de usar a la seductora vecina para darle celos a Ana, pero luego se lo pensó mejor y añadió—: ¿Sabes, Ana? Conozco a Graciela desde que íbamos en pañales, solía jugar a esconder sus cosas para hacerla rabiar.

—Todavía podemos jugar al escondite, si tú quieres —fue la descarada respuesta de la aludida. Ana apretó mucho los puños y sus dientes rechinaron, pero se contuvo porque no quería montar una escena en la fiesta de los padres de Leo.

—Estoy un poco mayor para esos juegos —respondió Leo, con diplomacia, y decidió alejar a Ana de allí antes de que fuera demasiado tarde. Le tendió el brazo, con un guiño—. Creo que hoy no está fuera de lugar este gesto tan anticuado.

El comentario pareció calmar un poco a Ana, que se agarró a su brazo con tanta fuerza que casi le hizo daño, y la condujo hasta la otra punta de la habitación.

—Menuda golfa de tres al cuarto —gruñó la joven, entre dientes. Leo soltó una risita y ella se puso en tensión—. Como estés pensando que la que

parece una golfa soy yo, la tenemos.

—Ya te he dicho que estás espectacular, Ana. No pareces una golfa —le aseguró él, aunque tuvo que reconocer, en su fuero interno, que, de no conocerla, eso hubiera sido precisamente lo que hubiera pensado de ella al verla con un atuendo tan provocativo y ajustado.

—Claro que parezco una golfa —se lamentó ella—. Debí haber venido con el vestido que me regalaste la otra vez, pero ya le había dicho a tu madre que no tenía ninguno. Ella ha sido tan amable... ¡Hasta quería regalarme todos esos vestidos de cuando era joven, pero ninguno me servía y sin duda ha pensado que soy una vaca!

—No eres ninguna vaca, Ana. Tienes el peso perfecto. Era mi madre la que, de joven, estaba demasiado delgada. No sé cómo ha podido pensar que te servirían sus vestidos de esa época —dijo Leo, tras lo cual le susurró—: Y creo que estás muy sexy con eso puesto. Desde que te he visto he tenido ganas de quitártelo.

—Que es la intención que tendría cualquier golfa que se pusiera este vestido tan apretado por voluntad propia: que todos los hombres tengan ganas de quitárselo. —Observó a lo lejos dos caras conocidas y saludó a Charles y David, que se dirigieron hacia ellos.

—¿Quién te ha ayudado a escoger ese vestido? —preguntó Charles nada más llegar hasta ellos, incapaz de contener su lengua cuando veía un atuendo que le desagradaba—. No te ofendas, pero no te pega nada. Pareces una buscona.

—Lo siento, pero no puedo estar más de acuerdo —dijo David, ignorando la mirada de advertencia de Leo.

—La señora Donovan no calculó bien mi talla —explicó Ana, avergonzada, y lanzó una mirada a Leo que era a todas luces un «Te lo dije».

—Así que la señora Donovan... —repitió David, pensativo, cruzando una mirada con Charles.

Justo en ese momento, se anunció que la cena estaba servida y un camarero explicó a los comensales que debían buscar las tarjetas en las que se indicaba a cada cuál dónde sentarse.

—¿No nos sentamos juntos? —preguntó Ana a los Tres Ángeles.

—Ay, querida, qué cosas tienes —dijo Miranda a su espalda—. Nosotros siempre distribuimos a los invitados de forma que socialicen entre sí. Las parejas y los amigos más cercanos nunca se sientan juntos a la mesa. Pero no temas, ¡te hemos buscado unos compañeros de mesa encantadores!

Charles y David saludaron a los padres de Leo con un poco de tirantez y se dirigieron al comedor, donde los invitados ya estaban buscando sus tarjetas en la larga mesa. Para desgracia de Ana, ninguno de los tres estaba cerca de ella, de modo que se vería obligada a conversar con un joven que acababa de cumplir la mayoría de edad y un viejecito medio sordo que no se enteraba de nada y que tenía fijación por su escote.

—Bueno, al menos se han asegurado de que no me sirvan vino —dijo para sí, sorprendida de que los padres de Leo hubieran tenido el detalle de enterarse de su aversión a esa bebida.

El joven se tomó el comentario como el inicio de una conversación, que en realidad fue un monólogo porque su tema favorito era él mismo, hasta el punto en que la joven agradecía las constantes peticiones del viejo lujurioso de que hablaran más alto. Lanzó varias miradas hacia Leo, con la esperanza de poder al menos recibir un gesto de solidaridad por su parte, pero él parecía absorto con lo que le contaba Graciela y ni siquiera se percató.

Quienes sí intercambiaron con ella miradas y gestos divertidos fueron Charles y David, los cuales conocían a sus compañeros de mesa por otras fiestas similares y se compadecían de su situación. A pesar de ello, a la llegada del segundo plato, Ana estaba más aburrida que en la comida de ese mismo día, y su compañero de mesa, un poco achispado, empeoró más la situación al empezar a insinuarse. La joven reaccionó ignorándole en la medida de lo posible, pero cuando el tipo le planto la mano en el muslo, su paciencia llegó al límite: le dio un codazo y derramó su copa sobre sus pantalones con un gesto de descuido.

—Qué pena que sea agua, y no vino —habló en voz alta.

—¡Pero serás zorra! —gritó él, indignado—. ¿Tú qué te has creído?

—¡Alfredo Calascañas! ¡No te permito que hables así en mi mesa! Te ruego que la abandones y que no vuelvas hasta que no hayas aprendido algo de modales —intervino Miranda, con un tono que helaba la sangre. El joven, indignado, se marchó sin dejar de mascullar improperios y la madre de Leo se deshizo en disculpas con Ana—: No sabes cuánto lo lamento. De haber sabido que ese jovencito iba a ser tan maleducado, nunca le hubiera permitido asistir a mi fiesta.

La joven le quitó importancia y continuó con su cena, deseosa de marcharse cuanto antes. No obstante, todas las miradas parecían fijas en ella, lo que hacía más difícil escabullirse, así que se centró en intentar mantener una conversación con el viejo lujurioso que, para su sorpresa, dejó de mirarle

el escote y murmuró entre dientes cada dos por tres:

—Muy bien hecho, sí señor. ¿Qué se han creído los mozalbetes de hoy en día? ¡Se mira, pero no se toca!

Nada más acabar los postres y empezar a volver la gente al salón, Ana se levantó y se encaminó a la salida, con cuidado de no caerse. No pudo evitar varias muecas de dolor por los apretados zapatos. Debió haberse quitado los tacones durante la cena, pero le hubiera avergonzado mucho que alguien lo descubriera. David, que era el que tenía más cerca, se levantó para ayudarla en cuanto pasó por su lado y le ofreció su brazo.

—Parece que la señora Donovan te la ha jugado bien —le susurró.

—Oh, pobre mujer. Se está esforzando por ponérmelo fácil, pero parece que todo se tuerce. Espero que no se haya tomado a mal mi reacción al acoso de ese imbécil —suspiró Ana, que comenzaba a cojear. Charles apareció entonces y le ofreció su otro brazo—. Gracias —le dijo, y miró alrededor—. ¿Dónde está Leo?

—Ha tenido que acompañar al botiquín a la vecinita coqueta. Se ha torcido el tobillo y no podía caminar —explicó Charles.

—Yo tampoco puedo caminar y no veo que se preocupe en lo más mínimo por mí —gruñó Ana. Al percatarse de que los dos lo habían oído, añadió, con una sonrisa—: Menos mal que os tengo a vosotros. ¿Podéis acompañarme a donde están Miranda y Alexandre? Quiero despedirme, recoger mis cosas y marcharme cuanto antes.

—Leo no tardará en llegar.

—Francamente, David, me importa un ardite. Es más, hoy vuestro amigo se ha lucido tanto conmigo que preferiría no verle en una temporada.

—¿Es que ha pasado algo en la fiesta antes de que llegáramos? —preguntó Charles.

—El problema viene desde mediodía. Bueno, para qué engañarnos, viene de antes y hoy ha sido la gota que colma el vaso. —Al ver que los dos iban a continuar con las preguntas, añadió—: Prefiero no hablar de ello, y menos con este insoportable dolor de pies. ¿Me acompañáis hasta los padres de Leo para despedirme, por favor?

Los jóvenes cruzaron una mirada preocupada, pero hicieron lo que les pedía. Ana se despidió de Miranda y Alexandre, con la excusa de que algo le había sentado mal, y les indicó que se marcharía discretamente por la puerta de atrás en cuanto se hubiera puesto su ropa de calle.

—¿Seguro que no puedes quedarte más? —preguntó Miranda. Ana negó

con la cabeza—. Qué pena, querida, pero muchas gracias por venir. Le he pedido a una criada que te haga una bolsa con los vestidos. Estoy segura de que, si los arreglas o pierdes un par de kilos, te quedarán estupendos. Los zapatos seguirán quedándote un poco justos, pero ya sabes que ¡para presumir hay que sufrir! —Ana intentó protestar, pero la mujer la detuvo en el acto—. Nada de negarse. Además, aunque no te lo creas, porque mis armarios son gigantescos, ¡no entra nada más en ellos! Así que me viene bien desprenderme de algunas prendas, y más si sé que les darás un buen uso. —Alguien le hizo señas desde la otra punta del salón—. Discúlpame, querida.

—Pero... —Miranda se alejó antes de que pudiera decir más—. ¿Cómo quiere que les dé un buen uso, si no me valen? Además, no podré llevar todos esos vestidos en mi *scooter*.

—Me los llevaré yo —le dijo Charles—, e intentaré que te los arreglen. Con los zapatos no puedo hacer gran cosa pero...

—No te molestes —le cortó Ana—. No pienso volver a asistir a una fiesta de pijos en la vida. Sin ánimo de ofender.

—No ofendes. Si nosotros tuviéramos esa opción, también la escogeríamos —rió David.

—Anda, ayudadme a subir esas escaleras. ¡Qué ganas tengo de quitarme esta ropa!

La acompañaron hasta la habitación donde había dejado sus cosas, en las que se encontraron a Leo agarrando el pie de Graciela, que estaba tumbada en la cama de la forma más sensual.

—¿Molestamos? —preguntó Ana, furiosa.

—Por supuesto que no —dijo Leo. La hostilidad de Ana era evidente, pero sin duda se trataba de un malentendido—. Graciela se ha torcido un tobillo...

—Y, claro, como tú eres médico se lo estabas arreglando —finalizó la joven. Se apoyó en Charles y David para bajarse de los zapatos, a los que dio una patada, y rebuscó en la enorme bolsa donde Miranda había hecho que metieran, al descuido, tanto la ropa de Ana como los vestidos de los que quería deshacerse—. Voy a cambiarme —dijo en cuanto recuperó sus deportivas y el resto de sus prendas.

Salió de la habitación con un portazo y se metió en la contigua, donde se desprendió del vestido y del corsé. Leo entró en el momento en que comenzaba a subirse los pantalones y Ana, enfadada, le ladró:

—¡Pero no ves que me estoy cambiando!

—No es como si no te hubiera visto desnuda antes... —intentó quitarle hierro al asunto Leo, pero de inmediato se dio cuenta de que era lo peor que podía decir.

—¡Que te largues de una vez!

—Ana, no entiendo por qué te pones así. La chica se había torcido el tobillo y yo, como su compañero de mesa, estaba obligado...

—¿Qué me importa a mí eso? —le cortó Ana. Acabó de abrocharse los pantalones y le dio la vuelta a la camiseta—. Lo que me importa es que, por segunda vez en un día, y esta vez sin excusas, me has ignorado mientras comíamos...

—¡Estabas en la otra punta de la mesa!

—...y luego te has ido con esa golfilla sin decir nada. Ni siquiera te has molestado en preguntarme qué pasó con ese imbécil.

—Si se ha propasado contigo yo...

—¿Tú qué? ¿Le retarás a un duelo? No necesito que te pongas ahora gallito, lo que necesitaba era tu apoyo cuando me levanté de la mesa. —Se calzó las zapatillas con rabia y anudó los cordones con tanta furia que le hicieron falta varios intentos para hacerlo bien—. Si no es por Charles y David, ya habría hecho aún más el ridículo, porque sin duda me habría dado un leñazo. ¡Y eso duele mucho más que un supuesto tobillo torcido!

—Ana, estás sacando las cosas de quicio...

—¡Así que eso piensas!

—...pero, si te ha molestado, lo siento en el alma.

—Estoy harta de tus disculpas, Leo. No son sinceras y ¿sabes lo peor? Que tú el otro día te quejabas de que solo quería usarte para el sexo, pero hoy tú solo me has usado para tenerme de florero ¡y yo no estoy dispuesta a ejercer ese papel nunca más!

—Eso no es así, Ana.

—No, no es así porque no pienso volver a acompañarte a ningún sitio jamás —le gritó, y acto seguido salió de la habitación con un sonoro portazo. Charles y David estaban en el pasillo, así que, tras lanzar el vestido a la habitación vacía donde se habían quedado el resto de las cosas de Miranda, se despidió de ellos—: Siempre es un placer veros, chicos, aunque me temo que hoy no es un buen día para tenerme como compañía.

Dicho esto, se apresuró escaleras abajo. Había dos hombres conversando en el rellano, así que tuvo que esperar a que lo abandonaran para marcharse de la casa sin ser vista y, con el mayor sigilo, se dirigió hacia su moto.

—¡Señorita Aguado, señorita Aguado! —le gritó una criada justo cuando se disponía a arrancar. Llegó hasta su altura jadeante y le tendió la enorme bolsa con los vestidos y los zapatos—. La señora Donovan me pidió que me asegurara de que usted no se olvidaba esto.

—Oh, quédatelos, no los quiero —dijo Ana, frustrada.

—Ay, señorita, no podría hacer eso. ¿Es que quiere que la señora me despida?

La joven suspiró y no tuvo más remedio que aceptar la bolsa, que ató como pudo para evitar que se cayera. Luego, arrancó por fin y volvió a casa lo más rápido que pudo.

Leo, por su parte, se quedó mirando la puerta de la habitación que había abandonado Ana, incapaz de reaccionar hasta que entraron sus amigos.

—La he fastidiado —afirmó.

—Me quitas la palabra de la boca —dijo David—. ¿Se puede saber qué has hecho para cabrearla tanto?

Leo les contó al detalle lo que había ocurrido ese mediodía, lo mal que le había sentado a Ana y la discusión que habían tenido.

—Pero Leo, ¿cómo se te ocurre hacer algo así?

—Dijo que no le importaba y ni se me ocurrió sospechar que no lo decía en serio. Pensé que comprendía la importancia que tenía para mí no perder ese negocio. Es lo que hubierais hecho vosotros: acompañarme a tomar unas copas con ellos y, aprovechando sus ridículas esperanzas de recuperar el terreno perdido, ayudarme a dejarles tan hundidos en el fango que nunca se les volviera a ocurrir la idea de intentar traicionarme.

—De verdad, Leo, parece que a veces eres duro de entendederas. De entrada, ella no puede actuar como nosotros, porque nunca se ha enfrentado a este tipo de situaciones en las que una comida puede significar ganar o perder unos cuantos millones y una sobremesa te puede ayudar a afianzar una situación de poder... —comenzó Charles.

—...por no hablar de que el objetivo principal tras tu amistad con Ana no es que se comporte como nosotros, sino conquistarla. Y para conquistar a una mujer hay que estar pendiente de ella, no ignorarla —finalizó David—. Además, después de eso, ¿cómo se te ocurre hacer que venga a una fiesta?

Leo les contó entonces cómo habían aparecido sus padres, que se las habían arreglado para que rechazar la invitación fuera casi imposible.

—El resto, ya lo habéis visto vosotros mismos —acabó Leo—. Debí encontrar un modo de librarme de Graciela y volver a su lado cuanto antes,

pero no quería ser descortés y tampoco esperaba demorarme tanto. Solo tenía que acompañarla hasta que la criada volviera con el relajante muscular y la ayudara a ponerse una venda.

—Pero la criada no apareció, sino que lo hicimos nosotros, porque justo era la habitación donde Ana había dejado sus cosas... —concluyó David—. Oye, Leo, sé que no te va a gustar nada lo que voy a decirte pero, ¿no crees que todo esto puede estar orquestado por tus padres?

—Qué tonterías dices, hombre. Han sido encantadores con Ana y me han asegurado varias veces que les ha caído muy bien.

—Yo creo que David podría tener razón. Siempre quieres pensar lo mejor de ellos, pero todos sabemos cómo son. ¿O acaso no recuerdas lo mal que se portaron con Samantha cuando se divorció para casarse con Daniel?

—Eso fue hace mucho, y creo que se arrepienten de lo que pasó.

—¿Y por qué aún no se han disculpado, entonces? —Leo intentó justificarles, pero David le cortó—: ¿Y qué pasa cuando intentaste abrir tu propia empresa en vez de seguir sus pasos en el negocio familiar? ¡Te hicieron la vida imposible!

—Para que comprendiera que las cosas no eran fáciles y aprendiera a triunfar sin su respaldo.

—Sí, eso te dijeron. Pero qué casualidad, solo lo hicieron cuando les pusiste en jaque y se encontraron con la amenaza de que dejaras de ser su principal heredero —insistió David.

—Escuchad, sé que tenéis un serio problema con mis padres y que no os han gustado nunca. Pero hace años que abandonaron su actitud controladora conmigo, saben que ya no soy un niño y respetan mis decisiones —dijo Leo—. Además, ellos nunca han intentado intervenir en mis relaciones con otras mujeres y, como ya os he dicho, no han parado de decirme lo mucho que les gusta Ana. ¡Mi madre incluso ha insinuado que debo hacer todo lo posible para que seamos algo más que amigos!

—Bueno, tú les conoces mejor que nosotros —se rindió Charles—. Solo queríamos que estuvieras al tanto de esa posibilidad... Después de todo, las circunstancias de ese torcimiento de tobillo eran sospechosas. La vecinita coqueta, en cuanto saliste de la habitación, dijo que ya se encontraba mejor y salió sin mostrar el más mínimo signo de cojera...

—Graciela siempre ha sido así, ya lo sabes. Hace años que desea que me una a la larga lista de hombres que han pasado por su cama. Hasta se ha atrevido a insinuarse delante de Ana. Si ha habido alguna manipulación, sin

duda ha sido cosa suya, no de mis padres —afirmó Leo—. Y ahora, si me disculpáis, debería volver a la fiesta. El hijo de los anfitriones no debería ausentarse durante tanto tiempo.

—Nosotros mejor nos vamos —dijo David—. Si vas a estar ejerciendo de anfitrión, no tiene sentido que nos quedemos y nos arriesguemos a que el resto de los invitados nos comprometan en una aburrida conversación que no nos interesa en absoluto.

Acompañaron a Leo abajo y se despidieron de Alexandre y Miranda, tras lo cual se dirigieron a sus coches.

—¿Operación blindaje? —preguntó David.

—Operación blindaje. Por si acaso —asintió Charles, y ambos se dirigieron a la casa de este último para empezar a trabajar en su estrategia.

## Capítulo 9

### Un empleo digno

A la mañana siguiente, Ana se despertó a media mañana de muy mal humor y se encontró con una sorpresa en la cocina. Una caja negra sobre la que había un post-it de Tam, en el que decía:

«Lo han traído esta mañana para ti.

P.D: No he podido evitar echar un vistazo a la bolsa con los vestidos. ¡Esta tarde queremos verte con ellos puestos!».

Ana abrió la caja con recelo y se topó con una docena de *brownies* de chocolate coronados por una nota de Leo:

«Por favor, acepta esta ofrenda como disculpa por mi comportamiento de ayer. Has de saber que los he cocinado yo en base a tus enseñanzas. Espero que este pequeño sacrificio sirva para que te des cuenta de la extensión de mi arrepentimiento y que no me odies más si tienen un sabor horrible».

A pesar de su enfado, Ana no pudo evitar sonreír y se llevó uno a la boca. Aunque estaba un poco duro, el sabor del chocolate mejoró su humor y decidió aceptar la ofrenda, aunque no tenía ganas de hablar con él, así que le mandó un mensaje:

«Los *brownies* estaban aceptables. Si practicas un poco te convertirás en todo un repostero. Aunque espero que no tengas que volver a ponerte en los fogones como penitencia por tu horrible comportamiento. El chocolate ayuda a mitigar los enfados, pero no hace milagros y solo es efectivo hasta cierto punto».

Hecho esto, se dispuso a vestirse, pero no se había puesto los zapatos aún cuando recibió la primera llamada ofreciéndole un empleo. Ana se extrañó, porque no había echado su currículum en esa empresa, pero en cierto momento surgió el nombre de los Donovan y, al darle la descripción del puesto, que no tenía nada que ver con sus habilidades, se vio obligada a rechazar la oferta. Al poco rato recibió otra llamada, de otro asistente a la fiesta del día anterior, diciendo que tenía a su disposición un puesto como relaciones públicas en su compañía. A esa empresa sí que había mandado su currículum, aunque para otra posición que nada tenía que ver con las relaciones públicas, así que, nuevamente, Ana rechazó con amabilidad la oferta y colgó, preocupada.

—Ay, madre. No me gusta nada cómo pinta esto —dijo para sí.

La siguiente llamada era para invitarla a una fiesta y, como no conocía de nada a quien la contactaba, no tuvo reparos en decir que no de una forma un tanto borde. Fue entonces cuando se le ocurrió consultar su correo electrónico, donde se encontró con unos cuantos mensajes nuevos de remitentes desconocidos, todos ellos invitándola a formar parte de diversas empresas cuyos dueños estaban, en mayor o menor medida, relacionados con los Donovan. Al borde de un ataque de nervios, imprimió todos los documentos y se dirigió a casa de Leo. Sin embargo, no pasó del portal porque el portero le indicó que se había marchado a su despacho, así que le llamó.

—Ana, qué alegría —dijo Leo, nada más responder. No se había atrevido a llamarla, porque el mensaje que le había mandado, aunque esperanzador, dejaba traslucir que no le había perdonado del todo—. Justo ahora...

—Necesito hablar contigo. Con urgencia.

—¿Es que ha pasado algo?

—Claro que ha pasado algo, Leo. Si no, ¿por qué te iba a decir que necesito hablar contigo con urgencia? ¿Puedo ir a tu despacho?

Leo tenía una mañana ajetreada, de no ser así, nunca visitaba su despacho. No obstante, después del día anterior había decidido que Ana tenía prioridad sobre cualquier otra cosa, así que no se lo pensó dos veces.

—Por supuesto, te mando la ubicación y doy orden para que te dejen pasar —respondió mientras escribía en un papel que la siguiente reunión se retrasaba hasta nuevo aviso y se lo mostraba a su ayudante.

Pocos minutos después, Ana entró en su oficina y le plantó delante un pequeño taco de papeles impresos.

—¿Qué es esto? —preguntó Leo con curiosidad. Ese día no se había puesto parche para no cansar demasiado su vista, pues pretendía pasar la mañana de reunión en reunión y revisar muchos documentos importantes.

—Esto son correos de gente que está interesada en contratarme —explicó ella, muy enfadada.

—¿Y eso te pone de mal humor porque...?

—Porque esto ya pasa de castaño oscuro. No he solicitado un puesto en la mayoría de esas empresas. Ni siquiera me ofrecen un trabajo para el que yo esté cualificada. Y todos mencionan en algún momento a tu familia.

—Entiendo —se limitó a responder Leo.

—¿No vas a decir nada más?

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. ¿A lo mejor cómo se ha enterado esa gente de que busco trabajo, o cómo han conseguido mi contacto?

—Supongo que mis padres les comentaron algo en la fiesta, en un intento por echarte un cable...

—¡Pues esto no me ayuda nada!

—...y si has subido tu perfil a tantas webs de búsqueda de empleo como dices, no les habrá resultado complicado conseguir tus datos.

—Estupendo. Así que a todos los interesados del mundo les resultará sencillo encontrar mi *e-mail* o mi teléfono para asediarme con ofertas que ni me van ni me vienen.

—Si no te interesa, no les hagas caso y punto.

—¡Fácil para ti decirlo! —se enfadó Ana—. A ver, ¿ahora cómo sé, si es que me quieren contratar donde he solicitado un puesto, que no me contratan por interés y mi jefe no será uno de esos payasos que solo me quieren cerca porque tengo alguna relación contigo?

—No puede haber muchos que puedan ofrecer los trabajos que quieres llevar a cabo, Ana, y no creo que esos decidan recurrir a una táctica tan burda —dijo él, con una sonrisa. No obstante, al ver que eso no consolaba a la joven, cedió—: De acuerdo. Dame una lista de los sitios en los que has solicitado un puesto y veremos.

Ana cogió lápiz y papel y comenzó a escribir, hasta casi rellenar dos folios y se la tendió.

—Estos son todos los que todavía no me han contestado.

—¿En serio? ¿Tantos?

Ella pareció a punto de echar humo por el comentario, así que él hizo como que no se enteraba y empezó a tachar algunas de las compañías.

—Oh, venga ya. Ahora no puedo trabajar en casi ninguna de las empresas que más me interesan —se lamentó la joven cuando vio los que había eliminado Leo del papel.

—Tampoco he tachado tantas.

—No, solo has dejado las empresas a las que dejé mi currículum por si no me cogían en las buenas y un par más en las que no tengo esperanzas.

—Lo siento. Mis padres son un poco entrometidos...

—Ya veo.

—...pero seguro que lo hicieron con la mejor intención. Aun así, no veo por qué tienes que rechazar esas ofertas, si alguna te interesa...

—¿Que por qué no? ¿Es que te crees que no tengo principios?

—...de hecho, yo podría hacer algunas llamadas y...

—¡Ni se te ocurra! Prefiero trabajar por cuenta propia, aunque mis ingresos sean menos estables, antes que aceptar que me ayudes con esto.

—¿Por qué te cuesta tanto aceptar mi ayuda? —preguntó Leo, molesto, rascando su cicatriz—. Somos amigos, Ana. ¡Deberías dejar que te eche un cable! ¿O acaso también rechazas la ayuda de Tam, o de Tom, cuando te la ofrecen?

—Con ellas es distinto.

—¿Por qué? ¿Porque yo soy rico y ellas no? ¿O porque soy un hombre y eres incapaz de reconocer que me necesitas para algunas cosas? —dijo Leo con tono de enfado.

—¿Por qué eres tan duro de mollera? Piensa un poco, Leo, no tiene nada que ver con que seas hombre. Tiene que ver con que quiero un trabajo estable que dependa únicamente de mis méritos y ¡lo único que vas a hacer si intentas ayudarme es estropear las cosas aún más! Además, ¿por qué estás tan obsesionado con que necesito tu ayuda? ¿Por quién me has tomado, por una tontaina como la vecinita de ayer y como todas las que han salido contigo hasta el momento, que no pueden ni sonarse los mocos sin que les eches un cable? Pues siento decepcionarte. Soy perfectamente capaz de arreglar mis problemas yo solita, ¡y más si tenemos en cuenta que todos empezaron por tu culpa!

—¡Si empezaron por mi culpa, es lo justo que yo intente reparar el daño!  
—Leo levantó la voz.

—Ains, no se puede hablar contigo. ¿Por qué te cuesta tanto ver que solo puedes empeorar las cosas para mí si sigues con esa actitud? Prométeme que te mantendrás al margen en este asunto.

—No puedo prometerte eso.

—Si no lo haces, puedes dar nuestra amistad por finalizada en este mismo instante —le lanzó Ana como ultimátum.

Se miraron en silencio, furiosos, hasta que por fin Leo cedió:

—De acuerdo.

—Bien —dijo Ana—. Te dejo. Tengo mucho que hacer.

Leo asintió y, en cuanto ella abandonó su despacho, enterró el rostro en las manos y contuvo las ganas de gritar. En los últimos días, su amistad con Ana iba de mal en peor y, por desgracia, cada vez veía más difícil devolver esa relación al buen camino.

Horas después, tras buscar trabajo en todo tipo de empresas con

probabilidades escasas de tener relaciones con la familia Donovan, Ana llegó a casa agotada. La encontró invadida por sus amigas y por Don, al que Tam había arrastrado porque quería pasar tiempo con él pero no quería perderse nada de lo que había pasado en aquella fiesta de la que Ana había vuelto cargada de ropa elegante.

—No me vale nada —suspiró Ana, al ver las miradas expectantes de sus amigas—, pero los zapatos son de tu número, Tom, y, como Tam es la más delgada de las tres, casi seguro que podrá cerrar la cremallera de esos vestidos sin problema.

Las dos lanzaron un gritito al unísono y se lanzaron a la par a por la bolsa.

—Háblanos de esa fiesta —dijo Tom, acariciando con reverencia la tela de uno de los vestidos—. No me fío de ti, Ana, seguro que este me vale. Por cierto, ¿qué te pusiste tú?

—El vestido rojo de furcia y los zapatos más altos. Parecía una salchicha, pero en realidad me gustaría que dejáramos la fiesta a un lado y hablemos de otra cosa. Leo y yo no paramos de discutir.

—Ya será menos —le quitó importancia Tam. A pesar de tener un número más que Ana, se puso a la fuerza un par de tacones y se paseó con un contoneo exagerado enfrente de Don, que fue lo bastante rápido como para agarrarla en cuanto tropezó. Decepcionada, tendió los zapatos a Tom, a la que le quedaban perfectos, y se centró en los vestidos.

—No, no lo es —negó Ana.

Les hizo un breve resumen de lo ocurrido en la comida del día anterior y de la fiesta, pero sus amigas, más centradas en rebuscar en la bolsa que en sus quejas, no interpretaron nada de lo que les contó de la misma forma que ella.

—A ver, en primer lugar —dijo Tom, en equilibrio sobre unos preciosos zapatos con un tacón de vértigo mientras intentaba medir el contorno de un vestido para estimar bien si Ana tenía razón con lo de que era demasiado estrecho para ella o no—, lo de la comida estuvo un poco feo, no lo voy a negar. Pero, después de trabajar en una oficina en la que todos intentan darme puñaladas traperas de todo tipo cada dos por tres, te puedo decir una cosa: si quiso continuar con la conversación después de comer, sin duda tenía motivos poderosos. Además, no le darías tanta importancia si luego fuiste a esa fiesta. Lo que pasa es que hoy lo estás magnificando.

—Sí, y en cuanto a lo de la vecina guarrilla esa... ¿No será que simplemente estás celosa y has visto más de lo que había?

—¡Qué voy a estar celosa! Me molestó que me ignorara y me tratara

como un florero, eso es todo.

—Cielo —dijo Tam—, no te podía ignorar porque estaba en la otra punta de la mesa. Estar pendiente de ti en esa situación hubiera sido bastante complicado.

—No tan complicado. Pero bueno, lo que vosotras digáis. La verdad, a mí me preocupa más lo de hoy. —Cogió la caja de los *brownies* y, mientras se atiborraba, les contó cómo sus perspectivas de encontrar un empleo digno se habían visto reducidas y cómo eso había llevado a otra discusión con Leo.

—¿Y cuál es tu profesión, si no es indiscreción? —preguntó Don, cuando acabó.

—Ana es la mejor correctora de la ciudad —respondió Tom por ella, orgullosa.

—Soy correctora.

—La mejor —dijo Tam.

—Lo de «la mejor» está por ver. Nunca me han encargado nada digno de mención y no he podido demostrar lo que valgo más que en un periódico pequeño con cada vez menos lectores.

—Visto así, casi fue mejor que te despidieras —bromeó Tom. Ana la miró indignada y levantó las manos como disculpa.

—Mi prima montó una editorial hace un tiempo —dijo Don—. A lo mejor necesita personal. Si quieres hablo con ella y le doy tu número.

—¿Qué clase de editorial?

—Pues no me hagas mucho caso, pero creo que de literatura para mujeres o un rollo de esos.

—¿Cómo que un rollo de esos? —preguntó Tam, dándole un puñetazo en el hombro.

—¡Eso suena estupendo, Don! —exclamó Ana.

—Eh, espera, espera, espera. Si te he entendido bien, tu bronca con Leo esta mañana ha sido porque no quieres aceptar su ayuda. ¿Por qué permites que Don lo haga y Leo no? —preguntó Tom—. Don es un hombre y es amigo, igual que Leo. La única diferencia es que Leo te hace tilín, y como siempre fuiste de las de «no voy a depender de ningún hombre para mantenerme»...

—Dices las mismas bobadas que Leo. No sé cómo no lo ves —se indignó Ana—. No tiene nada que ver con el hecho de que yo nunca haya tolerado la posibilidad de que nadie, sea hombre o mujer, me mantenga. Y sí que hay una diferencia crucial: Don me presentará a su prima y ella decidirá,

currículum en mano, si le intereso o no, mientras que, si acepto cualquiera de los empleos que me ofrecen solo por ser amiga de Leo, no tendrán en cuenta mis méritos, lo cual ya es bastante malo de por sí. Pero, lo que es peor, mi puesto de trabajo no dependerá de mí, sino de lo mucho o poco que les convenga tener contento a Leo. Y, para colmo, si me contratan por oscuros motivos, de alguna forma me convertiré en rehén de esas personas, que intentarán usarme como moneda de cambio cada vez que negocien con Leo.

—Vale, ahí me has pillado —reconoció Tom—. ¿Y le has dicho a Leo esto tal y como nos lo has explicado a nosotras?

—Lo he intentado, pero es un cabezón y no quiere escucharme. Se ha puesto como una fiera —suspiró Ana.

—Cielo, es lógico. ¿Te imaginas lo impotente que se debe de sentir, sabiendo que la culpa de que estés en esta situación es suya? Estoy segura de que ya ha pensado en lo que supondrá para él pedir un favor de ese calibre a esa gente odiosa y, aun así, está dispuesto a sacrificarse para ayudarte —dijo Tom.

—¡Pero yo no estoy dispuesta a aceptar ese sacrificio! Y no solo por él, sino también por mí. ¿Acaso vosotros podríais soportar trabajar así, sin que valoren vuestros méritos y con la certeza de que vuestro puesto depende de los favores de otra persona, por muy amiga que esta sea?

—Yo, desde luego, no —intervino Don—. De hecho, hace unos años rechacé un puesto muy jugoso en una clínica privada precisamente porque me lo ofrecieron gracias a mi novia de entonces, que era la hija del dueño. Por supuesto, ella no podía soportar salir con un médico de sueldo mediocre, así que me dejó.

—¡De buena te libraste! —exclamó Tam, y le dio un beso—. Yo también estoy de acuerdo contigo, Ana. Por muy buenas intenciones que tenga Leo, aceptar su ayuda en este caso es un terrible error. Pero no temas, en cuanto reflexione un poco, se dará cuenta de que no podías decir sí sin dejar de ser tú misma.

—Sí, aunque deberías intentar aclarar con él el tema en cuanto se os calmen un poco los ánimos —dijo Tom.

—Exacto —estuvo de acuerdo Tam, y su rostro se iluminó al ocurrírsele una idea—. Me muero por probarme los modelitos, así que este es el plan: primero vemos cómo nos quedan y luego salimos por ahí, a tomar algo. ¿Qué te parece si invitamos también a Leo y hacéis las paces?

—Ya hemos hecho las paces. Más o menos.

—Darle un ultimátum no puede considerarse hacer las paces. Llámale y que se venga también —insistió Tam.

—No quiero llamarle, necesito un descanso de Leo ahora mismo. Y, la verdad, tampoco me apetece salir. Además, mañana hay que madrugar —apuntó Ana.

—Anda, aguafiestas. ¿Y a ti qué más te da? Eres la única que no trabaja.

—Vaya, gracias, Tom.

—Venga, mujer, ánimo —dijo Don—. Para una noche que tengo libre, me gustaría pasarlo bien con mi chica y sus amigas.

—Ay, qué mono eres. —Tam le achuchó y le dio un sonoro beso en la mejilla—. Vamos a probarnos esas preciosidades, Tom. Mientras, Don, ocúpate de convencer a Ana.

Don asintió y las dos amigas se fueron a la habitación de Tam. No obstante, Tom pronto volvió al salón, un poco amargada porque, tal y como había dicho Ana, no le valía ningún vestido, y se unió a las súplicas de Don.

—Venga, Ana, salgamos esta noche, hazlo por mí —suplicó Tom—. Aún no me he recuperado de lo de Marina y ya sabes que, si estoy de bajón, siempre me consuela ir de compras y salir de parranda.

—Acabo de regalarte un montón de zapatos preciosos y carísimos, ¿no es suficiente consuelo?

—Pero los vestidos no me valen y me da mucha rabia. Si también fuéramos de fiesta me sentiría mucho mejor.

—Bueno, vale —cedió al fin Ana—, supongo que no me hará mal despejarme un poco y salir un rato.

—¡Estupendo! ¿Y llamamos a Leo, también?

—De eso nada —zanjó Ana, y se mantuvo firme en esa decisión a pesar de que sus amigas y Don insistieron en que era un error.

Un rato después, Tam se había probado ya todos los vestidos y se había dado un par de vueltas por el salón para lucirlos y que los viera su entregado público. Casi todos le quedaban un poco largos, pero por lo demás le iban perfectos, lo que provocó miradas de envidia por parte de Tom y, en parte, también de Ana, en especial cuando vio lo bien que le sentaba a su amiga el vestido rojo que a ella le había hecho sentirse como una buscona.

Acabada la diversión de los vestidos, fueron a un bar de tapeo cercano. No era la idea de parranda que tenía Tom, pero como había dicho Ana, al día siguiente había que madrugar y, de todos modos, era demasiado pronto para que estuvieran abiertos los pubs y discotecas que merecían la pena.

—Pedidme una cañita, porfa. Tengo que ir al baño —les pidió Tam, nada más entrar.

—¿No la acompañáis ninguna? —preguntó Don, extrañado.

—¿Por qué?

—Creí que las mujeres ibais siempre juntas al baño —dijo, y se encogió de hombros.

—Ah, claro, es que como esto es tan grande se va a perder. O no va a ser capaz de sentarse en la taza sola. O a lo mejor tenemos que ir juntas para luchar contra el caimán que saldrá de las tuberías —dijo Ana, con aspecto de enfadada. Al ver la cara que puso el novio de Tam, tanto ella como Tom se echaron a reír a carcajadas—. Es broma, hombre. Me encanta la cara que has puesto.

—Pero vamos a aprovechar, ahora que estamos solos y que Tam no puede escucharnos por detrás de las paredes de cartón del piso —soltó Tom, una vez que se sentaron en una de las mesas más retiradas—, ¿al final os casáis o qué?

Él se quedó en blanco y Ana pegó una patada a su amiga bajo la mesa.

—Pero bueno, mujer, ¿cómo se te ocurre soltarlo así de golpe?

—Sí —respondió Don.

—¿En serio? —preguntaron las dos al unísono.

—Por supuesto.

—¿Le vas a comprar un anillo? —se interesó Tom—. Tengo obsesión por las joyas. Si no le das un anillo que encaje con su personalidad no permitiré que haya boda.

—De hecho, ya se lo he comprado —le susurró Don, en tono confidencial.

—¿Sí? ¿Lo llevas encima? ¡Quiero verlo!

—¿Qué quieres ver? —preguntó Tam, con curiosidad, ya de regreso.

—Nada, no quiere ver nada —se apresuró a decir Don, un poco rojo.

—¿Ah, sí? Pues «nada» está haciéndote enrojecer a una velocidad alarmante —dijo ella, con los brazos en jarra.

—Qué va, es que estaba pensando en lo sexy que estabas con esos vestidos y..., ya sabes.

—No, no sé. ¿Qué querías ver, Tom?

—Nada, nada —repitió la aludida—. Verás, nos estaba hablando del hospital..., de las operaciones..., y le he dicho que me gustaría ver una.

—Es la invención más absurda que he escuchado nunca. ¿Tú quieres ver

una operación? ¡Si ves un cortecito y te desmayas! Venga, sea lo que sea decídmelo ya, que no me gusta que se hagan cosas a mis espaldas.

Don suspiró, rebuscó en sus bolsillos y sacó la cajita de terciopelo rojo que había reservado para más tarde, cuando se quedaran solos. Luego se arrodilló en el suelo y le dijo:

—¿Quieres casarte conmigo?

Por unos segundos se hizo el silencio entre los presentes, hasta que Tam se lanzó a los brazos de Don. El movimiento fue tan brusco que la cajita salió disparada y fue a parar a un charquito de cerveza mezclada con algo aceitoso. Riendo, él cogió unas cuantas servilletas de una mesa cercana y la secó lo mejor que pudo, tras lo cual la abrió y todos pudieron apreciar un intrincado anillo de plata con pedrería.

—No es un anillo de compromiso al uso, pero era el único de la joyería que me recordaba a ti y en su momento me pareció buena idea —se explicó él, algo avergonzado, y más tras el comentario de Tom sobre el anillo—, pero si quieres algo más convencional yo...

—Es perfecto —le cortó ella, y le dio un beso profundo y apasionado.

—Oh, demonios —le dijo Tom a Ana, con lágrimas en los ojos. El anillo era ideal para su amiga, así que todos sus recelos se evaporaron del todo—. Tendría que haber sacado el móvil antes. Solo he podido grabar la última parte.

Un par de horas más tarde, los amigos seguían la celebración del compromiso en otro local cercano, menos mugriento que el anterior.

—Está claro que declararme no es lo mío —se autoflageló Don, y olfateó una vez más la cajita de terciopelo que, aunque llevaban un rato intentando limpiar, seguía desprendiendo olor a sardinas y cerveza—. Primero en la cama y luego en un bar cochambroso —añadió. Volvió a sumergir la caja en el vaso de agua con gotitas de quitagrasas que el amable camarero le había entregado, pero había perdido ya toda esperanza—. Lo siento, cariño, sé que la quieres conservar, pero me temo que por mucho que lo intentemos seguirá apestando. Y cada vez está más destrozada.

—Yo me preocuparía más por tus pantalones. La mancha que te ha quedado después de arrodillarte en el suelo tiene una pinta horrible —dijo Ana—. Además, eso de que declararte no es lo tuyo es relativo, después de todo, te ha dicho que sí las dos veces —bromeó Ana—, así que no lo has hecho tan mal.

—Ha sido una declaración perfecta por su imperfección —asintió Tam,

con otro beso—. Qué más da si no salvas la cajita, de todas formas iba a acabar guardada y llena de polvo.

—Quiero organizarlo todo —dijo Tom—, ya sabéis que hice mis prácticas en una empresa de organización de eventos y que se me dan muy bien estas... —Justo entonces, Tom se interrumpió y empalideció muchísimo—. ¡Oh, cielos! —exclamó con la voz entrecortada.

—¿Qué pasa?

—Marina está en la puerta —explicó, y se refugió detrás de Tam.

—¿Marina, tu no-ligue? ¿La que tenía novia?

—¿Quién si no, Ana? ¡Demonios, céntrate y piensa en cómo sacarme de aquí sin que me vea!

—Demasiado tarde. Viene hacia aquí. Creo que es buen momento para que salgas de tu escondite. Estás haciendo el ridículo. ¿Cómo se te ocurre usar a Tam de escudo, si es la más pequeñita de todos?

—Hola —dijo Marina a Tom, que para salvar la situación fingió colocarle la ropa a Tam. Tanto esta como Ana miraron a la recién llegada fijamente, pero Tom estaba tan nerviosa que ni siquiera les hizo un gesto para que dejaran de hacerlo.

—Vaya, Marina. Qué casualidad —saludó con tono alegre pero falso. Los demás siguieron atentos a la escena, sin saber muy bien cómo actuar.

—No tanto. Te buscaba.

—¿A mí? ¿Y cómo me has encontrado aquí? —se sorprendió Tom.

—Te encontré en internet. Y en un post decías que estabas aquí, de celebración —explicó la otra. Pareció algo cortada y miró al resto—. ¿Te importa que hablemos un segundo a solas?

Tom asintió en silencio y la condujo a la salida, tan atónita como sus amigos. Poco después, ambas volvieron a entrar en el local con una sonrisa de felicidad absoluta.

—No era su novia, ¡sino una exnovia celosa! —anunció Tom.

—Pero, si era así, ¿por qué no se lo dijiste en ese momento? —preguntó Ana, desconfiada, a Marina.

—No me dio opción. Salió disparada —explicó Marina—. Intenté ir tras ella y aclararlo todo, pero mi ex me retuvo. Me libré de ella como pude y salí corriendo del local, pero no logré encontrarla por ningún sitio.

—¿Te puedes creer, Ana? ¡Y yo insistiendo en que nos fuéramos lo más lejos posible por miedo a volvernos a encontrar! —dijo Tom, a punto de reventar de la emoción—. Por cierto, no os he presentado de manera

apropiada. Marina, ellos son Tam, su recién estrenado prometido Don, y Ana. Gente, esta es Marina. ¡Marina!

—Y dime, Marina. Por curiosidad. ¿Cómo te las has arreglado para dar con Tom? —preguntó Tam, interesada.

—Bueno, primero recorrí todos los bares de ambiente, pero no tuve ningún éxito.

—No estaba de humor para eso —anotó Tom.

—¡No hace falta que lo jures! —bromeó Ana—. ¿Y qué hiciste entonces?

—Pues casi me había rendido, pero hoy me puse a perder el tiempo en redes sociales y, en el muro de una amiga, encontré un comentario en el que se mencionaba a una tal Tomana. ¿Cuántas mujeres en este país pueden llamarse Tomana? No estaba etiquetada, claro, pero rebusqué en la lista de sus amigos y, ¡eureka! Allí estaba su foto...

—Y, como Tom no puede evitar comentar de forma pública cada movimiento que hace, no tardaste en encontrarla —finalizó Tam, feliz por su amiga.

Todos apreciaban la química entre las dos, así que añadieron la celebración del reencuentro a la celebración del compromiso.

—¿Qué os parece? —les preguntó en voz baja a Tam y Ana en cuanto las pilló solas, ya que Marina había ido al baño y Don a por otra ronda.

—Es muy maja —sonrió Tam—. Y hay que reconocer que le gustas de verdad. Nadie inicia una búsqueda tan metódica por alguien que no le interesa.

—Sí, eso tiene mucho mérito —añadió Ana—. Hasta a mí me costó encontrar tu perfil, y eso que sabía qué buscar.

—¡Ha sido el destino! —se entusiasmó Tom—. ¿No os parece increíble que me haya encontrado con tan pocos datos? ¿No es fantástico? ¡Ahora todos estamos emparejados!

—Me niego a volver a entrar en una discusión absurda otra vez —replicó Ana.

—Ana, en serio. ¿No crees que estás dramatizando un poco?

—Chicas, todo este asunto de Leo se me está yendo de las manos. He salido en revistas, he perdido mi empleo, me he visto envuelta en situaciones estresantes, me veo abandonada y obligada a moverme en ambientes donde no podría sentirme más incómoda..., y para colmo las cosas no van bien entre nosotros. Por mucho que aprecie a Leo, no puedo evitar preguntarme si merece la pena seguir con esta amistad.

—¿Pero qué estás diciendo? Claro que merece la pena seguir con esta amistad. De hecho, deberíais dar de una vez un paso más y dejaros de derechos a roce y listas estúpidas. ¡Él es lo mejor que te ha pasado! — exclamó Tom.

—Exacto. Sois perfectos el uno para el otro —estuvo de acuerdo Tam.

—Escuchad, ya sé que os gusta y que pensáis que yo estoy sacando todo de quicio pero, ¿no podéis intentar comprenderme y apoyarme un poco? Os intento decir que las cosas, en estos últimos días, ya no son como antes...

—Estáis pasando por una mala racha. A todas las parejas —Tom se corrigió en cuanto vio la mirada de Ana—, a todos los amigos, les pasa. ¿Vas a rendirte a las primeras de cambio?

—Supongo que no —suspiró la joven.

—Lo que tenéis que hacer es hablarlo, aclarar la situación entre los dos. Todos los problemas han empezado en cuanto os fuisteis a la cama —dijo Tam.

—Eso no es cierto. Ya habíamos tenido nuestros piques antes.

—¡Pero nunca les habías dado tanta importancia como ahora! Y seguro que a él le pasa igual, Ana —insistió Tam, con el acuerdo total de Tom.

—Si vosotras lo decís...

—Claro que sí —Tam hizo una mueca cuando miró a la barra—. Disculpadme, chicas. Ese camarero borde está pasando de Don y, mi prometido —paladeó la palabra y sonrió—, es demasiado tímido para llamarle la atención.

Justo entonces, Marina regresó y le dio un apasionado beso a Tom, tras lo cual empezaron a hacerse carantoñas. Ana se escabulló hasta la barra solo para encontrarse con que Tam y Don estaban haciendo lo mismo así que, sintiéndose sola de repente, decidió irse a casa.

A la mañana siguiente, el teléfono sacó a Ana de un duermevela poco profundo al que había conseguido llegar tras una larga noche de insomnio. Antes de irse a la cama, agotada, había mandado un mensaje tranquilizador a sus amigas, que se habían preocupado porque no la encontraban, pero su intención de dormir se vio truncada por sus propios pensamientos, que no dejaron de perturbar su descanso.

Cansada, hizo lo que pudo por ignorar el ruido del teléfono y por taparse los oídos, pero fuera quien fuera no paraba de insistir y al final no tuvo más remedio que salir de su refugio, aunque solo fuera para hacer que dejara de sonar. Aturdida por la falta de sueño, descolgó, pero el ruido seguía sonando.

Aún tardó unos segundos más en darse cuenta de que lo que montaba escándalo era el timbre, hacia el que se dirigió con paso cansino.

—¿Quién? —gruñó más que preguntó.

—Soy Leo.

—Sube —suspiró ella.

—Hola —sonrió él, al entrar. Ana respondió con un gruñido y Leo se retiró el parche, para observarla con detenimiento—. Escucha, he recibido una llamada un tanto extraña de Tom. Decía que está un poco preocupada por ti, que te marchaste ayer sin avisar y que viniera a hablar contigo.

—Oh, Tom es una agonías. Estaba cansada y no quería salir, pero me convencieron para que les acompañara a tomar un par de cañas —explicó—. Luego Don se declaró y fuimos a otro sitio a celebrarlo, apareció el amor truncado de Tom...

—¿El amor truncado de Tom?

—Sí, el amor truncado de Tom, Marina. Sabrías quién es, o estarías al tanto de la historia, si el otro día hubiéramos podido hablar con tranquilidad a la hora de la comida.

—Ya te he dicho que lo siento.

—No te lo estoy reprochando, solo intento hacerte entender lo que pasó anoche —mintió Ana, y le explicó brevemente la historia de Tom y Marina—. La cosa se alargó todavía más y yo me caía de sueño —finalizó—. Además, estaban tan acaramelados que me empezaba a resultar empalagoso, así que, como no me apetecía que empezaran a decirme que me quedara para tomar la última, me marché sin decir palabra. ¡Ya ves que no hay de qué preocuparse!

—Pues yo creo que sí que hay que hacerlo, Ana. ¿Te encuentras bien?

—¿Aparte de la resaca? —bromeó la joven.

—Aparte de la resaca.

—Estoy perfectamente —mintió ella.

—Ana, sabes que puedes contármelo, ¿verdad? Somos amigos. Si es por el trabajo ya te he dicho que...

—Ni se te ocurra mencionar el tema trabajo, Leo —le volvió a cortar Ana, con una clara advertencia en su tono de voz—. No es por eso, ni por nada en especial. Soy una persona que no se adapta bien a los cambios y en cuestión de poco tiempo ha habido muchos en mi vida. No solo estoy en el paro. Mi compañera se va a casar. Mi otra amiga tiene novia y algo me dice que irá en serio, aunque ese no es su estilo para nada. Y yo necesito un poco de tiempo

para readaptarme. Eso es todo.

—¿Seguro?

—Al cien por cien —le aseguró ella. Por supuesto, no le dijo que buena parte del empeoramiento de su estado de ánimo se debía a la creciente sensación de que su amistad con él era peor a cada momento que pasaban juntos.

—De acuerdo —suspiró, algo más aliviado, Leo—. Solo quiero que sepas que, si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

—Ya lo sé, Leo, eso no hace falta que me lo digas. Además, ya te he dicho que no necesito nada.

—Sí, ya me lo dejaste claro —dijo él, rascándose la cicatriz. Prefirió no seguir insistiendo y cambió de tema—. Oye, ¿quieres que vayamos a algún sitio?

—¿Ahora mismo? Pensaba pasar el día a la caza de un empleo, ya sabes, cuantos más sitios visite, más probabilidad hay de que me llamen. —Notó la decepción de Leo y recordó la conversación de la noche anterior con sus amigas, que insistían en que solo estaban pasando por una mala racha y tenía que esforzarse por recuperar lo que tenían, así que añadió—: Pero esta tarde tengo un hueco. Podemos ir a tomar una hamburguesa, si te apetece.

Leo suspiró aliviado y aceptó de inmediato la propuesta de Ana. Luego, cuando la joven insinuó que la estaba entreteniéndolo, se despidió y se marchó, más decidido que nunca a recuperar su amistad y, a través de ella, conquistar su corazón.

No obstante, a pesar de que se vieron varias veces a lo largo de esa semana, seguía presente entre los dos una tirantez que no acababa de diluirse. Leo estaba seguro de que debían hablar de ello y lo intentó en numerosas ocasiones, pero Ana siempre eludía las conversaciones importantes y se comportaba como si nada fuera mal. Lo que era peor, en cuanto él hacía amago de abordar alguna de las cuestiones que tenían pendientes, la joven parecía alejarse todavía más y alzaba barreras a su alrededor que cada vez le costaba más derribar. Así pues, optó por una estrategia en la que primaba la paciencia, por miedo a que algo más directo la alejara de forma definitiva de él.

Todo siguió con esa calma tensa hasta que, el miércoles siguiente, el teléfono de Ana sonó mientras estaban juntos en una charla cultural. La joven salió para responder y al rato le hizo señas, con una sonrisa de oreja a oreja, para que saliera él también.

—Tengo una entrevista —exclamó ella, cuando estuvieron lo bastante lejos como para no molestar a los asistentes—. Y no es de una empresa de las que tachaste.

—¿En serio? ¿Dónde? —se alegró él.

—En la editorial de la prima de Don. Es de novela romántica, Leo. ¡Romántica! ¿Te imaginas? Con lo que me encantan esos libros, trabajar ahí, aunque el sueldo no sea muy alto, sería como un sueño.

—Espera, espera. ¿De la prima de Don? ¿Por qué has aceptado su ayuda y no la mía?

—Ya intenté explicarte mis motivos, Leo. Tienes que entender que aceptar la ayuda de Don no implica ningún riesgo para...

—¿Y aceptar la mía sí es un riesgo? —preguntó, molesto.

—Leo, no empecemos.

Él percibió el peligro en su tono de voz y decidió no seguir por ese camino. A la larga tenía que resolver ese tema con ella, pero, tal y como estaban las cosas, era mejor andarse con pies de plomo y evitar una discusión.

—Seguro que va todo bien —dijo, tras contar hasta tres—. ¿Cuándo tienes que ir?

—Mañana por la mañana.

—Pero llegarás a la comida, ¿no?

—¿Qué comida? —se extrañó Ana.

—La comida benéfica. Quedaste en acompañarme.

—Sí, pero eso fue antes de que te dijera que no pensaba volver a ejercer de mujer florero nunca más.

—¡No quiero que vengas conmigo para ejercer de mujer florero! —protestó Leo, llevando la mano a la cicatriz.

—Pues lo siento, pero así es como me siento cada vez que te acompaño a uno de esos estúpidos eventos...

—No me has acompañado a tantos.

—...y además, no importa, porque aunque quisiera no podría ir. Esa entrevista es mucho más importante que pasearme entre toda esa gente horrible, ¿o no crees lo mismo?

—Claro que es más importante pero, ¿no podrías hacer un esfuerzo por llegar?

—No, ni puedo, ni me apetecería si pudiera, para ser sincera —afirmó ella. Por alguna razón, se sentía un poco culpable. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que él siguiera contando con ella para esa comida

después de lo que había pasado. Sin embargo, por otra parte le molestaba precisamente eso, que hubiera seguido convencido de que iría, a pesar de que había sido muy clara al respecto.

—Tu sitio ya está pagado, pero bueno, no pasa nada. Lo importante es que consigas ese trabajo. Ya pensaré algo para disculparte delante de todos —cedió Leo, y apuntó a su larga lista de cosas que quería hablar con Ana en profundidad, en cuanto ella bajara un poco la guardia y se lo permitiera, su obsesión por creer que la trataba como a un florero.

—No hace falta que me disculpes. No tengo intención de volver a ver a ninguna de esas personas, así que poco importa lo que piensen de mí —dijo ella, cada vez más incómoda—. Será mejor que me vaya a preparar la entrevista. Tú vuelve dentro, ya me contarás si cuentan algo interesante.

Una vez más, Leo contuvo su necesidad de pedirle que hablaran y se despidió de ella con el corazón en un puño. Volvió a la charla y se sentó, pero no prestó ninguna atención a lo que decían. En cambio, sí que comenzó a pensar que quizás era mejor arriesgarse y cambiar de estrategia. Si seguían así, lo poco que mantenía su amistad a flote se minaría y al final no quedaría nada a lo que agarrarse. Por tanto, decidió esperar a que pasara la entrevista de Ana, con la esperanza de que con ello se resolviera su inestabilidad laboral y se relajara un poco. Luego, todo era cuestión de encontrar una forma de acorralarla y no permitir que se le escapara hasta que hubieran tenido una charla larga y profunda sobre sus problemas.

A la mañana siguiente, Ana madrugó y, preocupada por no llegar tarde, salió temprano de casa. Calculó demasiado tiempo para imprevistos porque, a pesar de que se perdió y tuvo que gastar casi toda la batería de su teléfono en la búsqueda por gps del lugar de la entrevista, llegó al local casi tres cuartos de hora antes de la hora acordada. No quería parecer demasiado impaciente, así que buscó un banco y se puso a leer, pero no había avanzado mucho cuando sonó su teléfono.

—Mierda, seguro que es otro idiota que quiere contratarme para pelotear a los Donovan —murmuró para sí, al ver que llamaban desde un número oculto. No podía estar más equivocada.

—Ay, querida, cómo me alegro de haber dado con tu número y de poder hablar contigo —dijo una voz inconfundible.

—¿Señora Donovan?

—¿Quién si no?

—¿Le ha pasado algo a Leo? —preguntó Ana, preocupada. Sonó un

pitido en el teléfono. La batería se estaba agotando.

—No, querida. Bueno, en realidad sí. Esta mañana me ha comentado que tienes una entrevista de trabajo y que no podrás asistir a la comida de hoy.

—En efecto.

—¡Pero eso es inaceptable! Tienes que venir, esa comida...

—Señora Donovan, ¿le ha pedido Leo que me llame para convencerme de que asista? —quiso saber Ana, extrañada. No era nada propio de él, pero ya no sabía qué pensar.

—¿Leónidas? Oh, no, por supuesto que no. Está dispuesto a presentarse allí, solo, pero yo no puedo permitir que se exponga a semejante humillación —gimió Miranda.

—Estoy segura de que no será para tanto.

—Y yo estoy segura de que tú no comprendes las consecuencias catastróficas que puede tener eso para Leónidas. Esas comidas lo son todo para mucha gente muy poderosa, Ana. Y la condición básica e indispensable para asistir es que, si pagas un asiento, lo ocupes. ¡Sin excusas! He visto a muchos que han quedado marginados de la sociedad por no cumplir este tipo de cosas. Si tú pudieras...

—Señora Donovan, estoy segura de que Leo puede encontrar a otra acompañante...

—¿Cómo iba a encontrar a alguien con tan poco tiempo? No, querida, no, no puedes hacerle eso a mi hijo. No te pido que llegues puntual, si es que tienes esa entrevista tan importante, pero tienes que presentarte.

—¡Si ni siquiera voy vestida de forma apropiada!

—No temas, querida, seguro que te has puesto guapa para la entrevista. No hay que ir demasiado formal. ¿Significa eso que vendrás?

El pitido, más insistente todavía, indicó a Ana que su batería estaba a punto de agotarse, de modo que no tuvo más remedio que tomar una decisión rápida. Si su falta de asistencia era la mitad de perjudicial para él de lo que Miranda decía, no podía hacerle eso.

—Está bien, intentaré llegar lo antes posible. ¿Puede decirle a Leo que he cambiado de opinión? Apenas me queda batería y no sé si podré avisarle yo.

—Por supuesto, querida, por supuesto. Cuánto me alegra...

El teléfono se apagó sin que Ana pudiera acabar de escuchar su frase y la joven suspiró. No le apetecía nada, pero tendría que tragar una vez más. Consultó su reloj. Aún quedaba un cuarto de hora para que empezara la entrevista, pero decidió entrar ya, por si había la posibilidad de empezar

antes.

La prima de Don, Esther, la recibió con amabilidad y la hizo pasar a un pequeño despacho donde había varios libros amontonados para que esperara unos minutos. Ana, aunque estaba un poco cohibida y había respondido a las pocas preguntas que le había hecho la editora con demasiada timidez, no pudo evitar la curiosidad y echó un vistazo a los títulos, en inglés.

—Son un proyecto de futuro —explicó Esther, a su espalda—. De momento no podemos permitirnos publicar libros extranjeros, y menos de esas autoras, pero nos gustaría hacerlo si la cosa sale bien.

—Este es una maravilla —dijo Ana, señalando a uno de ellos—. Me tocó en un sorteo al que me apunté por internet y lo devoré. Luego, claro, tuve que seguir con los siguientes y ¡ya me he leído todos los que han salido hasta el momento!

A partir de ahí, la charla fue fluida y no tardaron en conectar.

—¿Sabes? —dijo Esther—. No estaba muy convencida de que esto fuera a funcionar, pero me parece que tienes potencial. Como ya te dijo Don, aún estamos empezando, así que en principio habrá mucho trabajo y el sueldo no será alto...

—Bueno, para empezar, lo que propones me parece bastante aceptable. Solo tengo experiencia como correctora, pero he adquirido conocimientos suficientes para encargarme de todo lo demás —respondió Ana, que sabía que en su situación no encontraría nada mejor. No obstante, no estaba dispuesta a ser la chica para todo de la editorial por una miseria durante demasiado tiempo y añadió—: Siempre y cuando mis condiciones mejoren con el tiempo.

—Esperemos que sí —suspiró Esther—. No quiero engañarte, la cosa no está para tirar cohetes, pero la verdad es que hemos llegado a un punto en que la carga de trabajo es más de lo que podemos soportar y necesitamos a alguien que nos eche un cable o no llegamos a las fechas previstas... ¡Oh, narices! —exclamó de repente. Ana la miró un poco estupefacta—. ¡Ya sé por qué me suena tanto tu cara! ¡Tú saliste en una revista con ese tío tan bueno del parche en el ojo!

«Oh, demonios», pensó la joven.

—Sí, cierto, pero eso es un asunto privado que nada tiene que ver con el trabajo. ¿No te parece?

—Claro, sí —dijo la editora al momento—. Mientras no afecte a tu trabajo y no se nos plante delante del local la prensa del corazón, no habrá

ningún problema. No es que nos viniera mal la publicidad, pero no quiero que nuestras lectoras se lleven la impresión de que necesitamos artificios para que compren nuestras novelas.

«Menos mal», pensó Ana, «por un momento, pensé que tendría que rechazar el empleo».

Minutos después, la joven salió contenta de la editorial. El lunes siguiente empezaría de nuevo a trabajar. No obstante, su alegría se truncó cuando recordó a dónde tenía que ir después. Miró la hora. Llegaría un poco tarde, pero al menos no dejaría a Leo en una situación tan comprometida como había dicho su madre. Sin embargo, seguramente la mujer estaría histérica, así que miró a su alrededor, a la busca de algún locutorio. No había ninguno y el único bar cercano no tenía teléfono para llamar, de modo que subió a la moto y condujo hasta una zona donde sabía que quedaban algunas cabinas públicas. Por fortuna, una de ellas aún estaba operativa y pudo llamar a casa de Tom, que era el único número que se sabía de memoria porque el teléfono de su casa, a imitación de los antiguos, no tenía marcación rápida y era más barato llamar de fijo a fijo.

—¿Sí? —preguntó una voz somnolienta cuando lo cogió.

—¡Tom! ¡Necesito el teléfono de Leo ya!

—No soy Tom, soy Marina. ¿Qué tal tu entrevista, guapísima?

—Genial, Marina, pero se me acaban las monedas. ¡Dile a Tom que se ponga, porfa!

Casi todas sus monedas después, Tom seguía sin encontrar el teléfono de Leo por ninguna parte.

—Lo tenía apuntado en algún lado, pero no aparece.

—Tom, lo necesito ya.

—Chica, pues qué quieres que te diga. Lo busco y te llamo cuando lo encuentre.

—No tengo batería, Tom. ¿Si no a santo de qué te voy a llamar desde una cabina?

—Ay, hija, yo qué sé. Lo mismo te quedaste sin saldo o...

La llamada se cortó en ese mismo instante y Ana colgó el teléfono, derrotada.

—Bueno, de todos modos, ya estaban avisados de que llegaría tarde —se dijo, mientras se ponía el casco. Arrancó y se dirigió hacia el lugar todo lo deprisa que se lo permitían los límites de velocidad de la carretera.

Llegó con poco más de media hora de retraso, lo que significaba que la

comida acababa de empezar, porque siempre se dejaban unos minutos de cortesía. Aun así, Ana, algo despeinada y bastante sofocada, no se detuvo a arreglarse y se dirigió a toda prisa al gran salón, a la puerta del cuál un tipo enorme le cortó el paso.

—Su invitación, señorita, por favor.

—¿Invitación? No tengo invitación, la lleva mi acompañante. Leo... Leónidas Donovan.

El hombre la analizó de arriba a abajo nada convencido, consultó una lista y la miró con ferocidad:

—El señor Donovan y su acompañante ya están dentro, señorita.

—¿Cómo que su acompañante? —preguntó Ana. Se puso de puntillas y se asomó como pudo, a pesar de que el hombre maniobró para no dejar que viera nada en el interior. Pero Ana no se rindió, hizo un quiebro y esquivó al hombre. El tiempo que este tardó en reaccionar fue suficiente para ver a Leo, con su inconfundible parche de diseño, besando a la también inconfundible vecina coqueta de sus padres.

Leo, por su parte, no podía dejar de arrepentirse por haberse dejado convencer para ir a la comida con Graciela, que estaba de lo más pegajosa con él. Al parecer, se había creído lo que no era, pues llevaba desde que entraron sin parar de esquivar sus insinuaciones. Cuando sirvieron las bebidas, bebió un trago de vino e intentó hacer que conversaran de forma civilizada:

—Está delicioso, ¿no crees?

—A ver, a ver... —respondió ella, y se dispuso a probarlo directamente en sus labios.

Leo, por supuesto, vio su intención y giró la cabeza, justo a tiempo para ver a Ana, con los ojos muy abiertos. Su estupefacción duró poco, no obstante, y antes de que el guardia de seguridad la agarrara para echarla, ella ya estaba yendo hacia la salida. Leo se levantó con brusquedad, tirando su silla al suelo, y la siguió corriendo.

—¡Ana! —gritó. La joven aceleró el paso y él echó a correr tras ella, la agarró y la obligó a girarse—: ¿Qué haces aquí?

—¿Qué voy a hacer aquí? Venir directa de la entrevista para que no quedaras como un panoli delante de esos tipos tan importantes...

—Dijiste que no podías...

—...solo para descubrir —alzó la voz— que ya habías encontrado con quién sustituirme, y que te lo estabas pasando muy bien hasta que he

aparecido. Estoy harta, ¿me oyes? ¡Harta! He intentado que esto funcione, pero tú lo haces imposible.

—¿Que yo lo hago imposible? —estalló Leo—. Eres tú quien se niega a hablar conmigo...

—¿Que me niego a hablar? ¡No paramos de hablar!

—...eres tú quien redacta absurdas listas para evitar que nuestra amistad se convierta en algo más...

—Y bien que tenía razón, porque has sido tú el que se ha liado con la primera pilingui que ha encontrado, ¡a pesar de que hace unos días me gritaste precisamente porque querías la exclusividad sobre mí en ese punto en concreto!

—¿Que yo me he liado...? ¡Pero qué estás...

Un tortazo le interrumpió a mitad de la frase.

—¡No se te ocurra negar lo que he visto con mis propios ojos, Leo!

—Ana, no sé qué demonios es lo que crees haber visto, pero no deja de ser una más de las barreras imaginarias...

—¿Barreras imaginarias? Las barreras son muy reales y estoy cansada de escalarlas. Así que se acabó, ¡que os vaya bien a ti y a la guarrilla! Espero no volver a saber nada de ninguno de vosotros jamás, ¡olvídate de que existo!

Dicho esto, Ana se giró, salió a empujones del corrillo de curiosos que se había formado a su alrededor y corrió hasta su moto. Leo, que en cuanto ella había abandonado el hall se había visto asediado por varias personas que frenaron su avance, llegó hasta ella justo cuando aceleraba y no pudo hacer nada por detenerla, salvo gritar su nombre.

La joven lo oyó, pero, lejos de detenerse, aceleró aún más. Aguantó su furia durante todo el trayecto pero, en cuanto entró por la puerta de su casa, rompió a llorar.

## Capítulo 10

### Una tragedia clásica

—¿Estás segura de que eso es lo que viste? —preguntó Tom, con tono paciente, y le alcanzó a Ana otro bombón de chocolate.

—¿Qué pasa, Tom, es que tú también piensas que es una barrera imaginaria, que estoy loca? —empezó a gritar Ana, con el bombón en la boca.

—No estoy diciendo eso. Pero, ¿no crees que es posible, aunque yo diría que es más que probable, que la golfilla intentara besarle pero que él no se dejara? Después de todo, Leo no tardó en salir tras de ti en cuanto te vio.

—Exacto. Y el hecho de que dejara a esa pelandusca para perseguirte ya es un indicativo de cuáles son sus prioridades —añadió Tam.

—¿Por qué le defendéis? Maldita sea, deberíais estar apoyándome a mí, que soy la parte ofendida, ¡no a él! Después de todo, sois mis amigas.

—Y porque somos tus amigas te decimos que no puede ser, que Leo no haría una cosa así y que reaccionas desmesuradamente porque estás muy, muy celosa —afirmó Tom.

—¡No estoy celosa! ¡Que se acueste con esa golfa si quiere! —Ana volvió a echarse a llorar tras añadir eso.

—No, no estás celosa —dijo con sarcasmo Tam—. Por eso no estás de celebración por haber conseguido el mejor trabajo que has tenido nunca, sino que lloras a mares porque Leo, que es solo tu amigo, puede que haya besado a otra en una comida a la que no te apetecía asistir y a la que le habías dicho que no irías.

—¡Su madre le tenía que dar el aviso de que al final iría!

—Bueno, a lo mejor la mujer no pudo hablar con él o hubo alguna confusión. Como no nos dejas encender el móvil...

—Oh, deja de insistir y hacedlo si tanto lo necesitáis, ¡pero como llame Leo y se lo cojáis os asesino!

—Cielo —dijo Tam, conectando el móvil de su amiga, ya cargado—, si no se lo hemos cogido las tropecientas veces que nos ha llamado a nuestros teléfonos...

—¡Solo porque os he detenido!

—...no se lo cogemos ahora. De todos modos, es imposible arreglar nada contigo cuando estás en modo histérico.

—¡No estoy histérica!

—Vale, aparte de las miles de llamadas y mensajes que te ha mandado Leo, tienes un mensaje de voz de número oculto.

—No se te ocurra activarlo, será de él y no quiero escuchar su voz —ordenó Ana, pero Tam ya había pulsado para que se reprodujera.

—¿Hola? ¿Se graba? Ana, no vengas. —Ana susurró entonces un «A buenas horas», pero el mensaje de la madre de Leo continuaba—: Le iba a decir a Leónidas que te había convencido de que vinieras, ¡pero él se me había adelantado y había invitado ya a nuestra querida Graciela! No sabía que últimamente fueran tan amigos... Aunque el otro día, en el club de campo, coincidimos con ellos y saltaban chispas. ¡No sabes cuánto lamento mi llamada de antes! Suerte en tu entrevista y tranquila, ¡ya no tienes que venir a todo correr!

—Qué cabrón. ¡Así que es verdad que se ha estado viendo con ese pendón! —exclamó Tam, indignada.

—¡No me lo puedo creer! —añadió Tom.

—¡Pues créetelo! Ahora lo entiendo todo. Por eso estaba todo tan tirante entre nosotros, ¡porque estaba con ella y no me lo quería decir! ¡Qué cara! ¡Después de la que me montó por el último punto de la lista!

—Un momento, un momento. Primera noticia. ¿Cómo que te la montó?

Ana, que hasta ese instante había omitido esa parte, no tuvo más remedio que contársela a sus amigas.

—Cualquiera pensaría que reaccionó así porque está enamorado de ti y que quería algo más contigo —dijo Tom.

—¿Por qué te crees que no os hablé de ello antes? Pero está claro que ese puñetero egoísta no siente nada por mí y me estaba utilizando. —Ana lloró aún con más fuerza—. Esto es una mierda. Redacté esa lista precisamente para evitar enamorarme de él, para no sufrir cuando se comportara como el resto de los hombres con los que he salido, ¡y aquí estoy, en la misma situación que quería evitar!

—Así que reconoces que estás enamorada de él —se sorprendió Tam.

—¡No estoy enamorada de él! Enamorada de la idea ilusoria que tenía de él, quizás. Pero sabía que esa idea platónica acabaría por desmoronarse, estaba preparada, ¡no debería dolerme tanto! —exclamó Ana, y el ataque de llanto no la dejó añadir nada más.

El telefonillo sonó entonces y Tam se levantó, cabreada, a descolgarlo.

—No... contestes —hipó Ana.

—¡Ya lo creo que lo voy a coger! —dijo su amiga—. ¿Quién es?

—Soy Leo, Tam, por favor...

—Escúchame, cabrón. Lárgate de aquí cagando leches ¡y no vuelvas! No la llares, no la escribas, no intentes abordarla cuando salga de casa ¡o llamaremos a la policía! ¿Me has entendido? —Colgó con rabia y volvió a sentarse junto a Ana, a la que dio un fuerte abrazo—. Siento mucho haberme puesto tan pesada con el tema de Leo. ¡Estaba tan convencida de que era tu hombre ideal!

—Sí, yo también lo siento —repitió Tom, achuchando a su amiga desde el otro lado—. ¡Si incluso ahora que lo sé todo, sigo sin creérmelo! Toma, otro bombón.

Ana lo aceptó, agradecida, y las tres comenzaron a despotricar contra Leo sin parar de hacer menguar las reservas de chocolate hasta que volvió a sonar el telefonillo. Tam volvió a levantarse y lo descolgó, con actitud combativa.

—¿Quién?

—Somos Miranda y Alexandre, ¿podemos hablar con Ana? —preguntó la voz de la madre de Leo. Ana hizo gestos a Tam para que dijera que no estaba, pero la voz añadió—: No te molestes en abrirnos, ya nos deja pasar un señor que está saliendo.

—Ay, madre —susurró Ana. Se limpió las lágrimas todo lo que pudo mientras Tom recogía un poco la infinidad de envoltorios de bombones que había repartidos por toda la estancia. En el momento en que sonó el timbre, sin embargo, el salón estaba lejos de parecer limpio.

—Señores Donovan, ¿qué están haciendo aquí? —preguntó Ana, con toda la dignidad que pudo reunir.

—Ay, querida. Me he enterado de la escena de esta tarde, ¡qué bochorno! ¿No oíste mi mensaje? Pobrecita mía, ¿mi hijo, jugando a dos bandas? ¡Yo no le eduqué así! Pero como no querías hablar con él y ha insistido tanto...

—Un momento, ¿han venido de su parte? —la detuvo Ana.

—Ay, qué vergüenza...

—Verás, Ana —continuó Alexandre—. Leo teme que estés ofendida y nos ha pedido que te traigamos esto para que te sientas mejor. —Sacó un pequeño maletín y lo abrió. Estaba repleto de billetes—. Son dos millones. Por supuesto, y ahí es donde entra el buen nombre de nuestra familia, que no podemos ver dañado, aceptar este dinero implica que no acudirás a la prensa ni...

—Eh, un momento, un momento. Ya puede cerrar ese maletín, porque no

pienso aceptar ese dinero. ¿Pero qué os habéis creído?

—¿Es que no te parece suficiente?

—¿Que si no me parece suficiente? —repitió Ana, tan indignada que apenas podía articular las palabras—. Esto es el colmo, voy a llamar a Leo, ¡se va a enterar de lo que vale un peine!

—¿Es que quieres más? —preguntó Miranda, con tono inocente—. En el coche tenemos otros tres millones.

—¿Cómo se atreve? —gritó Ana, coreada por sus amigas, tan indignadas como ella.

—¿Que cómo me atrevo? Niñita destrozahogares. —La madre de Leo saltó de su asiento y se acercó a Ana, con su amable y sonriente rostro desfigurado por una mueca salvaje—. Primero te las arreglas para avergonzarnos mediante la prensa, insultas a uno de mis mejores socios comerciales, fanfarroneas por ahí, saliendo en público con mi hijo con los harapos más vulgares, ¡y para colmo difundes rumores sobre que eres la prometida de mi heredero! ¿Qué tengo que hacer para que te alejes de él? Ni siquiera parece afectarte que te avergüencen en público, o que mi hijo prefiera a esa idiota ninfómana a la que animé a colgarse de él antes que a ti, ¡vaca barriobajera!

—Ay, madre. La va a matar —susurró Tom a Tam, y se colocaron a ambos lados de Ana para evitar que se lanzara de uñas a por la madre de Leo.

—¡Pero será...! ¿Cómo se atreve? —explotó Ana por fin. No obstante, lo que hizo fue coger el maletín, abrir la puerta y tirarlo escaleras abajo—. ¡Fuera de mi casa, desgraciados! —exclamó. Como ni Alexandre ni Miranda se movían, cogió un paraguas de los que tenían a la entrada y les amenazó con él. Eso fue suficiente para que abandonaran el piso, momento en el cual cerró con un portazo, soltó el paraguas y lanzó un grito para descargar la furia que había contenido.

—Ana..., ¿te das cuenta de que acabas de tirar dos millones escaleras abajo y de que has amenazado con un paraguas a dos de los magnates del país? —preguntó Tam.

—Ojalá no hubieran salido corriendo, ¡así habría tenido una excusa para atizarles! —exclamó Ana, y las tres soltaron una risita nerviosa.

—Bueno, cielo, míralo por el lado bueno —dijo Tom—. Igual al final Leo no es tan cabrón. Por lo que ha confesado la madre se diría que lo de la pelandusca ha sido un montaje de esos dos.

—¿Has escuchado lo mismo que yo, Tom? —suspiró Ana—. Leo la

prefiere a ella. Puede que sus padres hayan preparado la trampa, pero eso no descarta el hecho de que él ha caído en ella alegremente.

—¿Y te vas a creer lo que esa mujer ha dicho? ¡Esa te ha contado una mentira tras otra desde que la conoces!

—Pero Ana le vio besar a la golfa, no olvidemos eso —intervino Tam.

—¿Seguro? Ana, ¿puedes afirmar al cien por cien que Leo le estaba devolviendo el beso?

—Aunque no fuera así, Tom, ¿qué importancia tiene?

—¿Que qué importancia tiene, Ana? ¡Toda!

—¡Ninguna! Ya no puedo más, no estoy a gusto en ese mundo y lo mío con Leo ha sido un desastre desde hace tiempo. Los Donovan no son omnipotentes, ¡no han podido generar los problemas de la nada! Solo han creado las condiciones para que se hagan evidentes más rápido. Quizás todo este asunto no sea más que una señal para indicarme que ya es suficiente, que deje de luchar de una vez por algo que no va a ningún lado —dijo Ana. No quería seguir con el tema, así que buscó una excusa para dejarlo—: Maldición, ya no queda café en la cafetera. Voy a hacer más.

—No sé... —susurró Tom a Tam.

—Yo sí. Hay una duda razonable, es cierto, pero no volvamos a caer en el error de convertirnos en defensoras de las causas perdidas. Después de todo, Leo nunca ha hablado de amor.

—Pero...

—Pero nada, Tom. Esperaremos a ver cómo se desarrollan los acontecimientos, pero pase lo que pase apoyaremos a Ana en sus decisiones, ¿vale?

—Vale —respondió ella, no muy convencida. No obstante, cuando Ana volvió con el café, las dos amigas se manifestaron de acuerdo con todo lo que dijo, sin una sola protesta más.

Esa misma noche, en el ático de Charles, Leo miraba sin ver las estupendas vistas del parque de enfrente, en silencio. Había acudido a sus amigos tras ser echado de esa forma tan brusca por Tam, que hasta el momento siempre había parecido estar de su parte, lo que indicaba hasta qué punto pintaba mal el asunto.

—No sé qué hacer —repitió por enésima vez—. ¡Ni siquiera sé cómo hemos podido llegar a esta situación!

—Me parece que nosotros sí tenemos respuesta a eso —dijo David, que acababa de recibir un mensaje y se lo estaba mostrando a Charles—, pero no

te va a gustar.

—Si vais a empezar otra vez a hablar de las supuestas conspiraciones de mis padres...

—Ya no son supuestas —le cortó David—. ¿Qué me dirías si te contara que sabemos por fuentes fidedignas que hace un rato han ido al piso de Ana y le han ofrecido dinero para que se mantenga alejada de ti?

—¡Eso es absurdo! Mis padres nunca harían algo así, ¿quién te ha dicho semejante calumnia?

—Digamos solo —sonrió David—, que el chófer de tus padres no tiene inconvenientes en compartir con nosotros la información que escucha cuando los que están en el asiento trasero se olvidan de su presencia.

—No es posible.

—Piensalo, Leo —le ordenó Charles—. ¿Cómo es que Ana ha acudido corriendo a la comida con el convencimiento de que, si no lo hacía, quedarías «como un panoli»? ¿Cómo es que Graciela, que siempre es la primera en encontrar un acompañante, estaba disponible a última hora para salvarte del apuro? ¿Por qué te llevó justo a la habitación en la que iba a cambiarse Ana y, ¡qué casualidad! los criados tardaron tanto en aparecer? ¿Por qué estaba sentada a tu lado en la comida, mientras que Ana tuvo que sufrir a un pervertido y a un viejo verde a cada lado, vestida con un traje demasiado pequeño y atrevido que tu madre jamás habría comprado por voluntad propia? ¿Cómo es posible que tus padres aparecieran en el club de campo el mismo día que volvieron y se mostraran tan entusiasmados desde el primer momento con ella?

—¡Porque querían forzarlo todo para ganarse vuestra confianza y llevaros a un terreno más favorable para que sus planes funcionaran! —finalizó David.

—Malditos sean —gruñó Leo, caída al fin la venda que le cegaba respecto a sus progenitores—. Ahora que Ana ha rechazado el dinero..., porque lo ha rechazado, ¿verdad?

—Oh, ya lo creo. Y también les ha intentado pegar con un paraguas, ¡cómo me hubiera gustado verlo! —rió David.

—Hay que protegerla de ellos.

—Ya nos hemos adelantado. En cuanto empezamos a sospechar, pusimos en marcha una operación de blindaje —le explicó Charles—. Una ventaja era que no podía perder su trabajo, porque está en paro...

—Hoy tenía una entrevista, es posible que eso cambie.

—Bien, estaremos preparados si es así. Su compañera de piso también está protegida, porque trabaja para Samantha. Y su otra amiga, afortunadamente, trabaja para una compañía en la que David y su familia tienen bastantes acciones, así que tus padres poco podrán hacer para perjudicarla.

—En cuanto al resto de la familia de Ana, ya nos hemos encargado de protegerles por todos los frentes posibles —añadió David.

—Ya veo que lo tenéis todo controlado.

—¿Qué querías que hiciéramos? ¿Que dejáramos que movieran los hilos y esperáramos a que te dieras cuenta de lo que pasaba y fuera demasiado tarde?

—No sabéis cuánto os lo agradezco.

—Y más que nos lo vas a agradecer. Tenemos un plan para ponerlos en su sitio. Incluso hemos contratado a un asesor de imagen. Pero lo primero que necesitamos es que te enfrentes a ellos y les digas que lo sabes todo —le pidió Charles.

—Cabréales. Cabréales mucho —añadió David—. Y asegúrate de que hacen pública su oposición a vuestra relación.

—Eso está hecho.

—Luego, por supuesto, intentarán atacar a Ana y su familia, pero se encontrarán con nuestro blindaje —siguió David—. A ti, por supuesto, no pueden atacarte, pero tú puedes hacerles mucho daño. Solo debes dejar caer a todos sus socios comerciales que, si no cambian de actitud, renunciarás a tu herencia. Como tu hermana ya hizo otro tanto, provocarás una desbandada. Nadie quiere invertir a largo plazo en una compañía familiar que no tiene un heredero preparado para asumir el mando.

»Por supuesto, tienes nuestro apoyo y con él el de nuestras familias, que son tan poderosas como la tuya y tienen tantos o más contactos en la alta sociedad. Además, tu cuñado tiene ahora una posición excelente y estoy seguro de que estará encantado de devolverles a tus padres todos los problemas que le dieron. Si nos damos prisa y hacemos presión desde tantos sitios a la vez, no podrán reaccionar a tiempo y no les quedará más remedio que rendirse y aceptar su derrota. Estoy seguro de que no esperaban que se descubriera el pastel y de que no están preparados para lo que se les viene encima.

—El único cabo suelto es Ana. No habíamos contado con que la manipulación de tus padres fuera tan efectiva. —Charles suspiró—. Tal y como

están las cosas, si no te ha llamado ya, después de descubrir que todo es obra suya, debemos asumir que ella no va a querer hablar contigo de buen grado.

—¿Cómo iba a querer? Últimamente, nuestra relación estaba al borde del abismo. Da igual que nos hayamos visto empujados por un engaño, la cuestión es que ya hemos caído y que no será fácil levantarse.

—Pero eso no va a detenerte.

—¡Por supuesto que no! Lucharé por ella hasta mi último aliento.

—Entonces, pensemos un poco —dijo David—. No podemos plantarnos frente a ella y convencerla de forma directa. Si algo sabemos de Ana, es que es tan cabezona como tú. Pero al menos tenemos que hacer que se predisponga a volver a verte. Necesitamos un gancho.

—¿Qué gancho?

—Una propuesta que no podrá rechazar, de alguien que no se espera —respondió, misterioso, David.

A la mañana siguiente, Ana no madrugó. Después de todo, era su último viernes de libertad antes de empezar el trabajo y, como sus amigas sí que tenían que acudir a sus respectivos empleos, no tenía nada más interesante que hacer que sentarse en el sofá, ver películas de llorar e inflarse a chocolate. No estaba, por tanto, presentable cuando sonó el timbre, pero pensó que sería alguna vecina para pedirle que bajara la televisión y estaba demasiado deprimida para que le importara que la vieran con mal aspecto, así que abrió la puerta y se encontró cara a cara con la hermana de Leo, Samantha.

—¿Qué? ¿Vienes a ofrecerme dinero tú también? —preguntó, sin pensar siquiera en tratarla con algo de cortesía, a pesar de que era la jefa de Tam.

—¿Es que te he dado alguna vez la impresión de que soy como mis padres?

—¿Te ha mandado Leo, entonces? —gruñó Ana, como si esa posibilidad fuera aún peor.

—He venido por mi cuenta. ¿Te importa si paso? —No esperó respuesta y se internó en la casa—. Lo primero, me gustaría pedirte que reconsideres tu actitud hacia mi hermano. Nunca le había visto tan hundido como cuando esa mujer le atacó, ni tan contento y abierto como desde que te conoce. Has sido su tabla de salvación y te agradeceré siempre que le sacaras de su aislamiento. Sé lo que han hecho mis padres, y estoy convencida de que no puedes pensar que Leo haya sido tan tonto como para tener algo con esa odiosa...

—Le vi besándola —la interrumpió Ana.

—¿Cuándo? Porque te aseguro que yo estaba en la misma mesa que Leo y lo único que vi, desde que nos sentamos, fue a mi hermano intentando despegarse de esa lapa sin parecer descortés. Sea lo que sea lo que creíste ver, te equivocaste.

—¿Y qué si me equivoqué? —saltó la joven—. Eso fue solo la gota que colmó el vaso, y el resto de gotas nada tenían que ver con esa buscona, ni con vuestros padres y..., ¡y no sé por qué te doy explicaciones! No quiero hablar de eso, y menos contigo.

—De acuerdo, lo respeto. Solo te pido que no tomes decisiones de las que luego podáis arrepentiros.

—No lo haré —dijo Ana, perdiendo la paciencia—. Y ahora, ¿te importaría dejarme, por favor? Tengo muchas cosas que hacer.

—Ya veo. —Samantha miró hacia el sofá rodeado de dulces frente a la tele a todo volumen—. Pero me temo que mi hermano no era el único motivo de mi visita. También estoy aquí por mí, para pedirte un favor.

—¿Un favor? —no pudo evitar preguntar Ana.

—Verás, hay algo que quizás no sepas, y que necesitas entender antes de saber de qué va ese favor. —Samantha se sentó con gracia en una silla e invitó a Ana a hacer lo mismo, cosa que la joven hizo con un suspiro. No se veía con fuerzas de llevarle la contraria—. Me casé nada más cumplir dieciocho, con un chico elegido por mis padres. No sentía nada especial por él, fue más un matrimonio de conveniencia que otra cosa, pero era un joven bien parecido y, de alguna forma, ellos me convencieron de que acabaría por ser feliz con él y de que era lo que más me convenía. Son unos grandes manipuladores. Por supuesto, no necesité muchos meses para darme cuenta de que era un error. Además de ser un mujeriego, tenía un problema con el alcohol que todos me habían ocultado. Me esforcé por arreglarlo, por miedo al qué dirán, pero en cuanto me levantó la mano la primera vez hice las maletas y me marché.

»A mis padres les molestó, pero la separación no afectó a los negocios entre las familias y, aunque me lo pusieron difícil, acabaron por aceptarlo. El problema vino cuando me enamoré de Daniel, mi actual esposo, y decidí divorciarme. Entonces tuve una fuerte discusión con mis padres y me dijeron, literalmente, que me preparara si seguía adelante. Yo no les tomé en serio, pero de inmediato empezaron los ataques. Daniel no era nadie, solo un empresario que había montado su negocio de la nada, y de repente comenzó a perder clientes porque mis padres anunciaron que todo el que tuviera

negocios con nosotros entraría en su lista negra. Aparte de eso, vinieron infinidad de problemas desde todos los frentes: inspecciones constantes, trabas administrativas, sabotajes... De no haber sido por la ayuda de Leo, hubiéramos acabado en la ruina. ¿Entiendes que yo desee, más que nada, evitar que tengan éxito en sus planes y darles donde más les duele?

—Lo comprendo, Samantha —dijo Ana, un poco preocupada. «Si hicieron eso a su propia hija, ¿qué no intentarán conmigo?», pensó, y añadió —: Pero ya te he dicho que mis problemas con Leo no se debían solo a tus padres.

—Pero sus manipulaciones han creado el escenario perfecto para darles una lección, Ana. Leo se ha enfrentado a ellos y ha amenazado con renunciar a su apellido. El pronto de mi madre hizo el resto. Ha anunciado que, como vuelvas a aparecer en escena, será ella quien le desherede. Por supuesto, no han pensado bien en un pequeño detalle: no tiene más hijos a los que legar sus empresas. En cuanto caigan en eso, intentarán ir a por ti para que Leo renuncie a su ultimátum para protegerte.

—¿A por mí? —gimió Ana.

—No te preocupes, te tenemos cubierta —le quitó importancia Samantha—. Lo fundamental es que si intentan volver a contactar contigo, sea con amenazas o sea con más dinero, les digas que irás a la prensa si no te dejan en paz.

—¡Ay, madre!

—Entonces —siguió la hermana de Leo— se quedarán sin opciones y empezarán a ver cómo sus inversores abandonan su barco por culpa de la situación de incertidumbre. Por supuesto, la caída será mayor porque tanto mi hermano como mi marido, además de Charles y David, les harán unas cuantas jugarretas. Y entonces, cuando vean que pueden acabar arrastrándose por el fango —se entusiasmó Samantha—, les ofreceremos una salida. Solo tendrán que humillarse, públicamente, ante ti y mi marido..., y dejar claro, ante todo el mundo, que contáis con su completa aprobación. ¿Qué te parece?

—Que pueden hacer eso solo con tu marido. Yo no quiero meterme en ese berenjenal —se apresuró a decir Ana. El plan parecía sólido, pero el enemigo era poderoso y ella quería apartarse lo máximo posible de las consecuencias de su ira.

—Ya estás metida en él. Y no pueden hacer eso solo con Daniel, ¡tú eres el centro de todo esto!

—Yo no quiero ser el centro de nada, ¡solo quiero que me dejéis vivir en

paz! —protestó Ana.

—Escucha, no te pediría que hicieras esto de haber otra posibilidad. Y, si no lo haces por mí, ¡hazlo por ti misma! —exclamó Samantha, apasionada—. Te han manipulado, te han tratado como si fueras basura y te han insultado. ¿Acaso no tienes agallas para devolverles el golpe? —Ana abrió la boca, pero estaba demasiado paralizada para responder. La hermana de Leo se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Piénsatelo. Aún quedan unos cuantos días hasta que descarten todas las opciones que no sean claudicar. Pero no lo demores mucho, porque si se ven acorralados y no se les ofrece a tiempo una salida digna, ninguno somos capaces de prever qué es lo que harán —finalizó, y la dejó sola.

Horas después, Ana acabó de contárselo todo a sus amigas, que habían acudido al piso directas desde el trabajo al recibir la llamada histérica de la joven.

—En serio, ya es lo último. ¡Esto cada vez se parece más a un asunto de mafias! —dijo Tom, estupefacta.

—Eso es exactamente lo mismo que he pensado yo —suspiró Ana, aún incrédula.

—Y yo. Ya era bastante lo de los padres manipuladores y chantajistas, pero todo este asunto de los matrimonios de conveniencia, de las familias todopoderosas capaces de arruinar la vida a cualquiera y de las venganzas que se sirven frías me parece aterrador.

—Tendrías que haberle visto la cara, Tam. Los Donovan tuvieron que hacérselo pasar realmente mal, porque se la veía disfrutar de lo lindo al hablar de lo que tienen pensado para ellos.

—Y tú estás en medio —dijo Tam—. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé —suspiró Ana—. Por un lado, no te imaginas las ganas que tengo de fastidiar a esa bruja y a su esposo. Pero por otro, estoy asustada.

—La hermana de Leo te dijo que te tienen cubierta —apuntó Tom.

—Pero, ¿y si no van a por mí y van a por mi familia, o a por vosotras? ¿Y si no se limitan a intentar arruinarme y hacen algo más radical como..., como contratar a unos matones?

—No creo que sean tan tontos como para mandarte unos matones y menos ahora que todo el mundo sabe que te odian —le aseguró Tam, aunque en el fondo temía esa posibilidad tanto como su amiga.

—Bueno, acabamos de decirlo. Esto cada vez se parece más a una tragedia clásica. Y en las tragedias clásicas siempre hay algún muerto. Tu

novio es médico, ¡pregúntale cuántas formas hay de matar a alguien y que parezca un accidente!

—No creo que les enseñen eso en la facultad de medicina —bromeó Tam, más por tranquilizarse a sí misma que por tranquilizar a Ana.

—Tam, por favor, esto no es divertido, ¡céntrate! —le gritó Ana, con un punto de histeria en su voz.

—Te diré cómo lo veo yo —dijo Tom, pensativa—. Ellos tienen bien calados a los Donovan y han elaborado una estrategia. Te protegerán incluso en el caso de que no participes, sí, pero lo han planificado todo acorde a esa estrategia. Nadie sabe qué es lo que puede pasar si no la ejecutan en los tiempos precisos, y esa incertidumbre sobre dos personas que no tienen inconveniente en sobornar, amenazar y arruinar a todo el que se interponga en su camino, es lo que me da más miedo. Así que te recomiendo que te apuntes a lo que te pidan.

—Demonios, tienes razón —gimió Ana.

—Claro que la tengo. ¿A qué esperas para llamar a Samantha? Cuanto antes te pongas en contacto con ella y te informe a tiempo real de lo que está pasando y de lo que tienes que hacer, mejor.

Ana, con dedos temblorosos, cogió el teléfono y buscó el número de la hermana de Leo entre sus contactos.

—De acuerdo. Lo haré —dijo, en cuanto Samantha descolgó.

—Estupendo —respondió ella—. Precisamente íbamos a reunirnos dentro de un rato para ver cómo va el asunto y para repasar los pasos a seguir. ¿Te parece bien pasarte?

Ana aceptó y, por supuesto, arrastró a sus amigas a la mansión de Samantha, donde ya estaban su marido, al que ni Ana ni Tam habían conocido hasta la fecha a pesar de trabajar para él, y Leo.

—Charles y David no tardarán en llegar —dijo Leo, sin dejar de mirar a Ana—. ¿Te importa si hablamos antes un momento?

La joven, tan preocupada hasta ese instante que ni siquiera había caído en que uno de los conspiradores sería Leo, miró a sus amigas en busca de ayuda, pero ellas le hicieron un gesto para que le acompañara. Él la condujo hasta el jardín y, allí, le dijo:

—Lo siento. No debí dejarme engañar por ellos, de haberlo sospechado...

—Oh, no es culpa tuya, maldita sea —le cortó Ana—. Son tus padres, y tampoco es que yo les viese venir. Nos dejamos engañar los dos, no te culpo por eso.

—Y, sin embargo, ni me has llamado ni has cogido mis llamadas.

—Sabes que nuestros problemas, al menos una parte importante de ellos, no fueron causados por tus padres y ese pendón.

—Por supuesto que lo sé. Intenté hablarlo contigo en numerosas ocasiones, ¡pero tú nunca me permitiste hacerlo! —se le escapó a Leo. No obstante, para su sorpresa, Ana no reaccionó con una actitud combativa.

—Quizás no estaba preparada para afrontar ciertas cosas —dijo ella, con tristeza.

—Pues ahora no queda más remedio que hacerlo —le cogió de las manos—. Creo que ambos sabemos cuál fue el inicio del conflicto. Aunque no quisiéramos admitirlo, nuestra amistad no estaba preparada para añadir el sexo a la ecuación. El sexo destrozó ese equilibrio perfecto que habíamos alcanzado, nos condujo a un nivel de intimidad que no sabíamos manejar y nos llevó a poner unos límites en los que ninguno de los dos estaba cómodo. ¿Es que no lo ves?

—Sí, claro que lo veo. Pero ya es un poco tarde para volverse atrás, ¿no te parece?

—Claro que no. Lo que intento es que partamos de cero y miremos hacia delante sin repetir otra vez los mismos errores.

—Es que no lo entiendes, Leo. —Ana se desprendió de sus manos y dio un par de pasos atrás—. Yo no quiero partir de cero. Quiero abandonar el barco. Porque uno de los problemas fue el sexo, no lo niego, pero hay otro mucho peor, y es que, aunque me gusta viajar contigo, no me siento cómoda con tu equipaje. —Estas palabras fueron como una bofetada para Leo, que se llevó una mano a la cicatriz y la otra al corazón—. No me siento cómoda en los ambientes en los que te mueves, ni con la mayoría de la gente con la que te relacionas. No me siento cómoda con el hecho de que muchas personas me vean como un simple medio para llegar hasta ti e intenten aprovecharse de mí y, desde luego, no me siento cómoda sabiendo que muchos intentarán apuñalarme por la espalda a las primeras de cambio. Yo no estoy preparada para esto, no soy capaz de gestionarlo. Así que será mejor que se acabe aquí.

—Ana...

—Creo que he escuchado un ruido dentro, seguro que Charles y David ya han llegado —le interrumpió ella. No quería escuchar lo que tuviera que decirle, pues no sabía si tendría fuerzas para mantener su decisión. Todo lo que le había dicho era cierto, pero tenía que reconocer ante sí misma que estaba enamorada de él y que, si Leo intentaba convencerla de que siguiera a

su lado, cedería a sus argumentos y eso acabaría con ella.

—Ana —repitió él.

—Por favor, Leo —dijo la joven, pasando de largo.

Tal y como ella había dicho, David y Charles estaban ya dentro. Se habían presentado a Tam y a Tom y se habían sentado a la mesa, donde hablaban de cosas sin importancia, a la espera de que Ana y Leo acabaran su conversación. No obstante, al ver las caras de ambos, que demostraban a las claras que no habían arreglado las cosas, todos evitaron mostrar su decepción y entraron directamente en materia.

En primer lugar, David y Charles tranquilizaron a Ana y a sus amigas sobre algunos de sus temores, como la posibilidad de que los padres de Samantha y Leo fueran a por sus seres queridos o de que recurrieran a matones u otras tácticas ilegales. Luego, pasaron el resto de la tarde debatiendo hasta la más absurda de las posibles reacciones de los Donovan.

Leo no logró hablar con Ana otra vez a solas ese día, ni el lunes siguiente, donde solo pudo entrar en lo personal al preguntarle por su primer día en el trabajo. Se vieron unas cuantas veces más a lo largo de esa semana, pero fueron reuniones breves, para informar a Ana del estado de la cuestión, y ella siempre se las arregló para llevarse a Tom, a Tam o incluso a Don para no volver a quedarse a solas con él.

Finalmente, dos semanas después de que iniciaran su ofensiva contra los padres de Leo, David les convocó a todos y comunicó la buena nueva:

—Hoy he tenido un encuentro de todo menos casual con Alexandre. Me ha comentado que estarán en la fiesta de los Lupin este sábado y que esperan con mucha ilusión encontrarse con Ana y con Leo.

—Ya verás qué felices les hace encontrarse también con nosotros, cariño —dijo Daniel a Samantha, que esbozó una media sonrisa.

—Seguro que sí, pero no nos relajemos tan pronto. Todavía son capaces de intentar cualquier cosa —advirtió Leo. Desde que se había tenido que enfrentar a la verdad sobre sus padres, era el más desconfiado y el más precavido de todos—. Será mejor que repasemos el plan.

Se quedaron hasta entrada la noche ultimando los preparativos y se encontraron el sábado, tres horas antes de la fiesta, en casa de Samantha, donde esta prestó a Ana uno de sus muchos vestidos. Tam y Tom insistieron en estar presentes para ayudar en el ritual de belleza de su amiga, pero la hermana de Leo estaba tan nerviosa que había contratado a una peluquera y una maquilladora que trabajaron en ella y en Ana por turnos. Las dos amigas,

sin embargo, se quedaron para dar su apoyo moral y entretener a las gemelas que, si bien no eran conscientes del porqué, entendían que esa era una noche muy importante para su madre, así que no paraban de revolotear de un lado para otro y de generar el caos propio de su edad.

Finalmente, Ana y Samantha, radiantes, bajaron hasta donde las esperaban Leo, con un parche de diseño intrincado, y Daniel, que las miraron embobados y las llevaron, del brazo, hasta la limusina. Durante el trayecto, no pararon de repasar lo que tenían que hacer y decir en función de las reacciones de los Donovan y llegaron al lugar de la fiesta a la hora prevista.

—Sonríe —le susurró Leo a Ana al oído, cuando salieron de la limusina.

—Qué fácil para ti decirlo —le respondió ella entre dientes, con una sonrisa a todas luces falsa en el rostro.

—Olvídalo —rió Samantha—. Eres muy mala actriz. No sabes fingir.

—Creí que eso había quedado claro hace mucho.

Justo entonces, entraron en el enorme vestíbulo donde sus anfitriones, enterados de las tensiones entre la familia Donovan, que acudiría al completo a su fiesta, les saludaron con excesiva efusividad.

—¿Han llegado ya? —preguntó Leo a David en cuanto se acercó.

—No, pero no llegarán tarde, ya han salido de su casa —respondió él—. No te preocupes, su chófer me tiene al tanto de sus movimientos.

—¿Y Charles? —preguntó Leo.

—Difundiendo el rumor de que va a producirse un entrañable reencuentro familiar. Queremos tener mucho público y nos interesa que no se enteren de que también estarán Samantha y Daniel cuando ya les tengan delante. Si tu madre tiene un punto débil que puede estropearlo todo, son sus ataques de furia. Por cierto, vamos a la otra parte de la casa, así le dará tiempo a tragársela antes de llegar hasta nuestro lado. Puede que ellos hayan elegido el campo de batalla, pero nosotros elegiremos el terreno más apropiado.

Se encaminaron hacia el lugar elegido por David, en el que Charles apareció justo cuando los móviles de todos los conspiradores empezaron a sonar.

—Ya han llegado —dijo Daniel, con una sonrisa de anticipación.

Para estupefacción de Ana, la sala comenzó a llenarse de gente poco a poco, hasta que estuvo segura de que todos los invitados estaban allí hacinados. Muchos de ellos ni siquiera se molestaban en disimular y miraban fijamente hacia el grupo, lo que la puso más nerviosa.

—Panda de cotorras —gruñó. Los demás rieron.

—De veras eres incapaz de contener tu lengua, ¿eh? —preguntó David, divertido, y le aconsejó—: No te equivoques, me encanta tu manera de ser, pero mantén la boca cerrada cuando haya cerca gente desconocida o podrías estropearlo todo.

Ana le dedicó una falsa sonrisa inocente y provocó una nueva carcajada por parte del grupo.

—Anda, tú tranquila, que tu parte es cortita y, como has repetido tantas veces que no quieres regodearte, lo arreglaremos para que no tengas que aguantarlo mucho rato —le guiñó un ojo Daniel.

—¡Leo, Ana! ¡Queridos! ¡No esperaba veros aquí! —exclamó la madre de Leo con voz aguda, desde el otro lado de la sala, y se acercó a ellos con los brazos extendidos en un gesto cariñoso.

—Sonríe —le dijo Leo entre dientes a Ana antes de girarse con fingida alegría—. Nosotros tampoco esperábamos veros por aquí, hace días que no sé nada de vosotros y empezaba a preocuparme —les saludó en voz alta.

—¿Preocuparte? Pero, querido, ¿de qué tendrías que preocuparte? ¿No habrás dado crédito a todos esos rumores de que no queremos que te relaciones con Ana, verdad? ¡Con lo encantadora que es mi niña, si la adoro!

Su madre abrazó a Ana como si fuera su hija predilecta y nunca hubiera habido ni el más mínimo problema entre ambas. Luego, la mujer se fijó en el resto del grupo, pero al estar sobre aviso controló su expresión, que solo mostró irritación durante una fracción de segundo, y añadió:

—¡Pero qué ven mis ojos! ¡Si son Samantha y Daniel! ¡No sabía que estuvierais invitados!

—No lo estábamos, suegra. Por lo general no solemos asistir a esta clase de acontecimientos —dijo el último con malicia—. Pero sabíamos que estaríais por aquí, así que decidimos hacer una excepción y nuestro anfitrión estuvo encantado de participar en esta sorpresa.

—¡Y qué grata! —exclamó Alexandre, con la expresión más falsa de todos en la cara—. Espero que os quedéis hasta el final de la velada, para que podamos hablar con calma.

—Lo siento mucho, padre —intervino Leo—. Ana y yo tenemos un compromiso en otra parte al que no podemos dejar de asistir. De hecho, hablábamos de marcharnos justo en el momento que habéis llegado, ¿verdad?

—Por supuesto —se apresuró a asentir ella. Estaba tan tensa que apenas

podía hablar, y ese diálogo rimbombante tampoco le hacía mucha gracia.

—No os preocupéis, suegros. Samantha y yo os haremos compañía.

—Qué detalle, Daniel —respondió la madre de Leo, cuyo rostro, por unos segundos, volvió a transformarse en el de una arpía, antes de que lograra controlarlo.

Después de unas cuantas frases más, tan corteses como vacías, Leo se despidió y condujo a Ana hasta sus anfitriones.

—Hipócritas —susurró ella en cuanto salieron por la puerta.

—Te ha costado contenerte, ¿a que sí?

—No te haces una idea —respondió Ana, con una risita. Por un momento, se había olvidado de su tirantez con Leo, pero esta no tardó en reaparecer y decidió seguir con la charla no peligrosa—: Tu cuñado les va a hacer la noche imposible, ¿verdad?

—Oh, ya lo creo. Pero te aseguro que se lo merecen.

—No me atrevería a dudar de ello. Pero llego a estar allí cinco minutos más y no respondo. ¡Sácame de aquí, haz el favor!

—Claro —dijo Leo, y la llevó hasta la limusina. Esperó a que estuvieran dentro para sacar el tema que llevaba esperando hablar con ella desde la primera reunión estratégica—. Ahora que estamos solos, me gustaría que habláramos de una cosa...

—Leo, por favor, no —le cortó Ana, en guardia.

—No, escúchame, por favor. Solo quiero plantearte una cosa, y si no te gusta lo que propongo no insistiré más. —Se quitó el parche y la miró suplicante hasta que ella hizo un gesto de asentimiento—. Renuncio a llevarte a mi terreno.

—¿Que re...? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que se acabó lo de llevarte a mi terreno. No te arrastraré a más fiestas, comidas, reuniones o cenas. Nada de presentarte a gente de mis círculos, ni siquiera saldremos a ningún sitio donde haya la más mínima posibilidad de que me encuentre con alguien y nos moleste. Solo seremos tú y yo. Quizás, alguna vez, Charles, David, mi hermana y mi cuñado, pero nadie más. ¿Qué crees? ¿Así será más fácil para ti que continuemos nuestra amistad?

—No sé, Leo. No creo que funcione —respondió Ana, dudosa. Una parte de ella seguía diciéndole que no volviera a caer en la trampa, que intentara alejarse de él e intentar olvidarle antes de que fuera demasiado tarde, pero la otra le decía que ya era tarde, que estaba enamorada de él y que poner

distancia no la ayudaría nada.

—Haremos que funcione.

—Si algo ha demostrado todo esto es que decir esa frase no es sinónimo de cumplirla.

—Como seguro que no se cumple es si no lo intentamos siquiera — insistió Leo—. No quiero perderte, Ana. ¿Qué me dices? ¿Nos damos otra oportunidad?

Ana fue a negarse, pero cuando abrió la boca para responder, de esta salió:

—Nos la damos.

—No te arrepentirás, de verdad —dijo él, con un suspiro. Por un momento, se planteó pedirle que salieran al día siguiente, pero la notó un poco agobiada y decidió ir más despacio, así que volvió a hablar de lo que había pasado en la fiesta y ella, visiblemente aliviada, se prestó animada al cambio de tema hasta que la dejó en su casa, donde sin duda sus amigas estaban aún levantadas, a la espera de noticias. Por supuesto, Leo también tenía cubierto ese frente. Esa misma tarde había hablado con ellas de su intención de recuperar la amistad de Ana y, aunque no habían dicho en firme que le ayudarían, sabía que estaban de su parte.

## Capítulo 11

### El escritor imaginario

Pasaron un par de semanas y, aunque Leo consiguió que Ana y él retomaran sus conversaciones por teléfono y mensajería instantánea, esta se mostraba de lo más reacia a verle en persona. No obstante, Leo era persistente y a la joven se le comenzaron a acabar las excusas. Tam y Tom, que habían vuelto a tomar partido por Leo y además pasaban cada vez más tiempo con sus respectivas parejas, tampoco la ayudaban mucho. No obstante, Ana, confusa, no se sentía nada preparada para enfrentarse a él cara a cara así que, cuando Leo la lió para confesar que sus amigas estaban ocupadas antes de pedirle que salieran a tomar algo, tuvo que improvisar:

—Es que... no puedo, ya he quedado.

—¿Pero no has dicho que Tam se ha ido de minivacaciones con Don y que Tom pasará el día en el pueblo de Marina para conocer a sus padres?

—Bueno, ¿y qué? ¿Es que solo puedo salir con ellas, eh?

—No, claro... ¿Con quién vas a salir, si no es indiscreción? —preguntó Leo, con la sospecha de que se lo estaba inventando.

—Con un escritor novel de novela romántica que he conocido en el trabajo —improvisó Ana—. Nos hemos ido a comer juntos más de una vez y, bueno, ya sabes.

—No, no sé.

—Pues que me ha invitado a salir y he aceptado.

—¿Y cómo se llama esa promesa de la novela romántica? —se interesó Leo, en un intento de pillarla.

—Alessio —se apresuró a decir ella. El nombre era el del autor del libro que estaba leyendo Tam en esos instantes.

—¿Qué clase de nombre es Alessio?

—¿Y qué clase de nombre es Leónidas? No empecemos con esa discusión, que no puedes ganarla —desvió la atención ella.

—Vale, vale —rió él, aunque no le hacía ninguna gracia. No tenía ni idea de si el tal Alessio era real o de si era una invención de Ana para no verle, pero ninguna de las dos opciones le agradaba en exceso. Así pues, decidió sacar su as en la manga—. Pero será mejor que te reserves la noche del miércoles...

—Lo intentaré, pero nunca se...

—...porque he conseguido entradas para ese musical que llevas tanto tiempo deseando ver.

—¡No! ¡Pero si estaban agotadas hasta el final de la temporada! — exclamó Ana, ilusionada.

—Bueno, alguna ventaja tenía que haber en tener un amigo con muchos enchufes —bromeó Leo—. ¿Deduzco entonces que estás disponible?

—¡Por supuesto que sí! —respondió Ana.

Hacía mucho que Ana quería ir, pero perdió su última oportunidad cuando dejó su trabajo en el periódico y se dio cuenta de que tenía que economizar al máximo. Así pues, no era de extrañar que, durante su euforia, se olvidara de todas las barreras que había alzado para mantener a Leo a distancia. No pensó en ellas hasta que colgó y estuvo un poco más calmada, pero se obligó a no darle vueltas. Por el contrario, tuvo que centrarse en algunas cosas más acuciantes como, por ejemplo, avisar a sus amigas de que ahora tenía un novio imaginario para que, si se daba la casualidad de que tenían algún contacto con Leo, estuvieran preparadas.

—Ah, no, bonita. De eso nada —dijo Tom en cuanto Ana le pidió que le siguiera el juego si era necesario—. Siempre lo mismo cuando no quieres hacer algo. Empiezas a contar mentirijillas que cada vez se hacen más grandes y, lo que es peor, nos enredas a Tam y a mí. ¡Pues esta vez no cuentes con mi participación! Lo que tienes que hacer es dejar de huir de Leo y sincerarte con él de una vez, no inventarte novios escritores.

—Tom, es demasiado pronto para...

—¿Para qué? ¿Para verle cara a cara? Maldita sea, Ana, hace dos semanas que habéis arreglado vuestros asuntos y habláis todos los días a todas horas como en los viejos tiempos. ¿Por qué buscas excusas para no quedar con él?

—Porque... —Ana dudó—. Porque cara a cara me resultará más difícil ocultarle lo que siento.

—Eso es justo lo contrario a lo que te estoy diciendo que debes hacer, ¡sincerarte de una vez y dejarte de tonterías!

—No puedo hacer eso, Tom —protestó Ana—. ¿No lo entiendes? Él no me corresponde y ya viste lo mal que lo gestionamos cuando nos acostamos juntos. Lo único que conseguiría si me sincerara sería volver a enturbiar nuestra amistad.

—Ah, y un novio falso para evitar quedar con él en persona no la enturbiará —bufó Tom. Ana oyó de fondo a alguien que llamaba a su amiga—. ¡Ya voy, señora! —gritó Tom—. La madre de Marina me llama, te dejo.

¡Y no pienso mentirle a Leo, quítatelo de la cabeza!

En cuanto colgó Tom, Ana probó con Tam, pero recibió más o menos la misma respuesta por su parte.

—Escucha, seré breve porque estamos a punto de entrar al *spa* y no nos dejan llevar el teléfono encima —dijo su amiga nada más explicarle Ana lo que quería que hiciera por ella—. No pienso seguirte el juego con lo del novio imaginario. Habla con Leo de una vez. Sé que te preocupa que eso estropee vuestra amistad pero seguir haciendo el tonto no es la solución. Y, digas lo que digas, lo que lo estropeó todo fue que evitaras hablar con él de las cosas importantes, ¡no el sexo o que la gente con la que se relaciona sea horrible!

Por más que Ana protestó y suplicó, Tam no cedió ni un ápice y al final no logró que le prometiera ayudarla. No obstante, Ana no se rindió y volvió a sacar el tema el lunes, a la vuelta de sus dos amigas. Como ambas hicieron piña en ese asunto, no tuvo más remedio que acudir al chantaje emocional y tirar de favores pasados para que accedieran, de mala gana, a confirmar su mentira en caso necesario.

—De acuerdo —claudicó al final Tam, con el asentimiento reacio de Tom—, no negaremos la existencia de ese tal Alessio, pero debe desaparecer cuanto antes.

—No puede desaparecer de forma tan repentina —dijo Ana, contenta por haberlas convencido.

—Pues no has tenido inconveniente en hacerlo aparecer de forma repentina —anotó Tam.

—Bueno, se lo ha tragado, ¿no? Pero si Alessio desaparece así por las buenas no será creíble, sospechará y quedaremos fatal.

—¿Quedaremos? Quedarás tú, listilla —gruñó Tom.

—Bueno, yo, lo mismo da. La cuestión es que hay que prolongarlo un poco antes de hacerlo desaparecer y, mientras tanto, me ayudará a mantener las distancias con Leo un poco más de tiempo.

—¿Hasta que te aclares? —Ana asintió a la pregunta de Tom—. Cielo, no te vas a aclarar nunca si no te enfrentas a la realidad.

—Ya me enfrento a la realidad, pero lo hago a mi manera.

—Los novios imaginarios no se pueden considerar una forma de enfrentarse a la realidad, Ana —dijo Tam—. Habla con Leo, estoy convencida de que él también te quiere y que todo irá bien.

—Leo solo me quiere como amiga. Si me quisiera de otra forma, ¿por qué no ha dado ninguna pista?

—¿Cómo te va a dar ninguna pista si no le dejas ni verte en persona? — preguntó Tam, exasperada.

—Mira, Ana. Es muy sencillo —intentó hacerla razonar Tom—. Si lo hablas con él y no te corresponde, lo superaréis. Pero si siente lo mismo por ti, no te sinceras y encima aparece un tercero en discordia, lo estropearás todo.

—Se estropearía todo aún más si descubriera que me he inventado a un novio imaginario para no verle. Así que no hay más que hablar. Fingiré una relación superficial que se romperá por cualquier tontería pasado un tiempo y se acabará el peligro. No os preocupéis, no dejaré que lo de Alessio se me vaya de las manos. —Sus amigas intercambiaron sin disimulo una mirada poco convencida y eso molestó un poco a Ana—. Vosotras solo confiad en mí y hacedme este favor, no os pido más.

—Después de todo, si colaboramos con ella podremos ayudarla a paliar los daños en la medida de lo posible —le susurró Tam a Tom. Ana la oyó y le lanzó un cojín—. Anda, que sí, que te apoyaremos en esta tontería. ¡Pero luego no digas que no te lo advertimos! —exclamó, tras lo cual le tiró el cojín de vuelta y comenzaron una guerra de proyectiles que zanjó la conversación.

El miércoles llegó por fin la tan temida como esperada cita con Leo en el teatro donde representaban el musical. Ana, todavía no muy convencida de que verle en persona fuera una buena idea pero incapaz de resistirse a la invitación, se las arregló para llegar apenas unos minutos antes de que empezara el espectáculo, con la esperanza de que no tuvieran mucho tiempo de hablar. El rato de después del musical no le preocupaba tanto, porque tendrían oportunidad de comentar la obra sin entrar en terreno peligroso.

Así pues, le saludó con total naturalidad y le agradeció una y otra vez el haber conseguido las entradas hasta que comenzó la obra, que resultó tan mágica como había esperado. No obstante, sus planes se truncaron cuando finalizó y Leo, tras dejar que se desfagara un poco con comentarios entusiastas sobre el espectáculo, cambió de tema de improviso.

—Y dime, ¿qué tal te va con Alessio? —preguntó él, apartando su parche. Desde que Ana le habló de ese hombre misterioso por primera vez, había evitado mostrar interés por él incluso cuando la joven lo mencionaba de cuando en cuando. Así, pudo pillarla desprevenida y estudiar su reacción para averiguar si era una farsa o si realmente existía y sentía algo por él.

—¿Con Alessio? —casi se atragantó Ana—. Bien, bien. Despacio, no sé.

—¿No sabes? —preguntó él, con un tono que dejaba traslucir que cada

vez estaba más convencido de que era una invención.

—Bueno, es pronto para decir nada —improvisó Ana. La expresión de Leo, que parecía decirle «Te he pillado en plena mentira», la animó a ir un paso más allá—. Aunque a Tam y Tom les cae bien.

—Así que ellas ya le conocen —susurró Leo. Todo su convencimiento de que Ana se lo había inventado se desplomó de inmediato. Si se lo había presentado a sus amigas no solo existía, sino que para su desgracia iba en serio con él. «Maldita sea», pensó. «No ha evitado verme por miedo a que nuestra relación no prospere, ¡simplemente estaba más interesada en quedar con ese imbécil que conmigo! Y yo, en vez de reaccionar a tiempo, ¡me quedé de brazos cruzados con el convencimiento de que no era real!».

—Sí —siguió improvisando Ana—. El otro día me acompañó a casa. No se quedó mucho rato, es tímido, pero...

—Yo también quiero conocerle —la interrumpió Leo. No era demasiado tarde; encontrarse cara a cara con su oponente le permitiría calibrar el peso de la amenaza y trazar un plan de actuación en consecuencia.

—¿Cómo dices?

—Que quiero conocerle. Cuanto antes.

—Creo que sería mejor que esperáramos un poco... —se puso nerviosa, Ana—. No quiero presionarle ni que se asuste, y tú impones bastante. ¡Ni siquiera sé cómo hablarle de ti!

—¿Que todavía no le has hablado de mí? —preguntó Leo. No sabía si interpretarlo como una buena señal, porque eso significaba que el tal Alessio no tenía lo que tenía que tener, o como una mala señal, porque Ana no sabía, o no quería, encajarle en el puzzle de su nueva relación. En cualquier caso, decidió aprovechar esa circunstancia en su beneficio—. Pues mejor que mejor. Preséntanos. Fingiré que soy gay para que no se sienta amenazado. ¿Qué tal mañana? ¿Os viene bien?

—¿Qué te parece si lo dejamos para más adelante?

—Mala idea —respondió Leo—. Malísima.

—Oye, él trabaja mucho y está muy ocupado.

—Pero no estará tan ocupado como para no poder conocer a tu mejor amigo, ¿no?

—Si se lo pidiera lo haría, pero no me da la gana—replicó Ana—. Además, yo estoy agotada. Después de ocho horas metida en la editorial, lo que menos me apetece es salir. Lo de hoy ha sido una excepción, pero te aseguro que me pasará factura y mañana pareceré un oso panda por falta de

sueño.

—Vale, hagamos una cosa. Quedamos mañana en tu casa y nos vamos prontito —propuso Leo.

—De eso nada. Yo paso de cocinar.

—Contrataré un servicio de catering —insistió él.

—Ni hablar —respondió ella cortante.

—¿El viernes, entonces?

—El viernes también me gustaría descansar, Leo.

—Pues el sábado, o el domingo como muy tarde —propuso Leo, tras lo cual le cogió la mano a Ana y la miró suplicante—. Quiero conocerle cuanto antes para comprobar que estás en buenas manos.

—Esto... le preguntaré si tiene planes —cedió Ana, bloqueada e incapaz de encontrar una buena excusa para negarse. Nada más aceptar se le ocurrieron un montón, pero ya era demasiado tarde.

—Estupendo. Seguro que, si es por ti y tiene planes, los cancela. Estoy deseando conocerle —dijo él. «Y quitarle de en medio», añadió para sí antes de volver al tema de lo brillante que había sido el musical.

No obstante, Ana ya no podía centrarse en otra cosa que no fuera en salir del lío en que se había metido ella sola, así que se despidió pronto y, en cuanto llegó a casa, a pesar de que era tarde, convocó a sus amigas y a sus respectivas parejas a una reunión de emergencia.

—Y ahora pretende hacerse pasar por mi amigo gay para conocer a mi novio imaginario —suspiró Ana, al acabar de contárselo todo al grupo.

—La madre que te parió, ¿no te dijimos que ese rollo de Alessio no conduciría a nada bueno? —preguntó Tam.

—¿Y cómo iba yo a prever que querría conocerle tan pronto, eh? —Tam y Tom comenzaron a responder y a regañarla a la vez, pero Ana las cortó—. Quedamos en que lo mejor era que Alessio no desapareciera de escena tan pronto, ¿recordáis?

—Quedaste tú solita, nosotras...

—Vosotras, Tom, aceptásteis echarme un cable con esto y Tam dijo, textualmente, que así podríais ayudarme «a paliar los daños en la medida de lo posible». Pues bien, ha llegado el momento de paliar los daños. Necesito a alguien de confianza pero que no vaya a coincidir con él en ningún momento y que esté dispuesto a fingir un par de veces por una buena causa.

—Muy bien, di que sí, en tu línea. Arregla la mentira con una mentira todavía más grande —gruñó Tom.

—Oh, por favor. ¿Quieres dejar de protestar y ayudarme un poco? —preguntó Ana, molesta.

—No puedo ayudarte, no conozco a nadie que se vaya a prestar a esta estupidez —replicó Tom, enfadada.

—A mí no me mires —dijo Tam, cuando Ana se dirigió a ella y a Don en busca de ideas—. Como no contrates a un *gigoló*...

—Oh, ya sé quién —exclamó Marina entonces, dando palmadas. Tom le dio un codazo, pero el daño estaba hecho—. Tengo un compañero en el curso de teatro al que seguro que le encanta la idea.

—¿Y crees que dará el pego? Mira que Leo le hará un interrogatorio exhaustivo...

—Aunque le hagan un interrogatorio, yo creo que es la persona perfecta. Quiere ser actor, actor en serio, no como yo, que me lo tomo como un hobby —explicó Marina.

—¿Y crees que lo hará bien? —preguntó Ana, cada vez más interesada.

—El tío es un poco borde, pero se le da muy bien meterse en sus personajes. Por cincuenta euros, lo clavará.

—Pues no hay más que hablar. ¿Crees que podrá quedar el domingo? Leo quiere que sea este viernes, pero necesitaremos tiempo para prepararlo todo.

—No tiene trabajo, el pobre, así que está disponible todos los días a todas horas. Con tal de sacarse unas perras trabajando de lo suyo... —le aseguró ella, aunque sacó el teléfono para mandarle un mensaje al actor y confirmarlo.

—Genial, muchas gracias, Marina. —Ana le dio un achuchón rápido y se relajó por fin—. Tom, no la dejes escapar.

—Créeme, no lo haré —dijo la aludida—. Aunque sea un poco bocazas y no haga caso de las indirectas.

—Oh, venga ya, tontina —rió Marina, dando un beso a Tom—. Hubieras acabado por ayudarla de todos modos, ¿para qué hacerla sufrir por no tener una solución cuando en realidad yo sí que la tengo?

—Porque se lo merece —contestó ella, muy digna. No obstante, las carantoñas de su chica pronto tuvieron su efecto y Tom, pasado su cabreo con Ana, fue la que más se entusiasmó con el «proyecto Alessio», tanto más cuando tuvieron confirmada la contratación del actor, que respondió al mensaje de Marina con la propuesta casi de inmediato, con un «sí» que olía un poco a desesperación.

Mientras, Leo acudió a casa de David, donde este y Charles jugaban una

partida a la videoconsola, sin muchas ganas de salir de fiesta.

—El tal Alessio es real, está saliendo con Ana y es un imbécil —gruñó Leo en cuanto entró en el salón de su amigo.

—¿Ah, sí? —preguntó David, risueño—. ¿Le has conocido?

—Le conoceré esta misma semana, se lo he hecho prometer a Ana. Pero no hace falta esperar hasta entonces para saber que es un imbécil.

—Ya. Pues ella no me parece de las que salen con imbéciles.

—Supongo que no lo es. —Leo se desplomó en el sofá pequeño, ya que el grande estaba ocupado en toda su extensión por Charles, que seguía la conversación con interés—. No soporto que salga con otro. Solo de pensar en ese tipo con ella me vuelvo loco.

—Leo, ya sé que te dije que tuvieras paciencia y siguieras las reglas del juego pero, en vista de cómo han evolucionado las circunstancias, creo que deberías decirle de una vez lo que sientes —le aconsejó Charles.

—¿No te acabo de decir que está con otro, Charles? No puedo declararme así por las buenas. Lo mejor es tantear al enemigo...

—¿Y hacer lo posible por sabotear su relación? ¿Cómo crees que se lo tomará ella? —insistió Charles.

—En otras circunstancias, te diría que lo de tantear al enemigo es una buena idea, Leo —intervino David—, pero solo eres un buen estratega cuando tienes la mente fría y me temo que tus celos te jueguen una mala pasada.

—No lo harán. Esto es demasiado importante, no pienso permitir que nada salga mal —les aseguró Leo.

—Bueno, si así lo crees... —dijo David, no muy convencido—. Anda, cuéntanos todo lo que sepas sobre ese tipo, a ver qué se puede hacer.

Apenas habían empezado a entrar en materia cuando Leo recibió un mensaje de Ana para confirmarle que el domingo sería el encuentro y que tendría lugar en un restaurante italiano del centro.

—Es el peor sitio del mundo para conocer a ese cretino —gruñó Leo—. Y justo un domingo a mediodía, cuando más gente y menos intimidad habrá. ¿Creéis que lo habrá elegido así adrede? Reservaré todas las mesas del restaurante para que podamos estar a solas.

—Por supuesto que lo ha hecho adrede y no harás tal cosa —respondió David sin dudar—. ¿Es que no has aprendido nada de tus padres? Tienes que ganarte su confianza e ir de buenas mientras metes cizaña por la espalda, así que no amedrentarás a nadie haciendo alarde de tu posición y te

comportarás como un señor.

—Que pretendas que me comporte como mis padres, David, es de lo más ofensivo.

—Pero es lo que estás haciendo, Leo —intervino Charles—. Tú mismo lo has dicho: quieres tantear al enemigo y sabotearle desde dentro. ¿A qué se parece eso, sino a lo que tus padres hicieron con Ana?

—Es distinto...

—Es lo mismo —le cortó Charles—. Hazme caso, dile lo que sientes. Seguro que Ana tontea con ese Alessio porque quiere dejar de pensar en ti, pero es tanto o más cabezona que tú, así que, como sigas con esta estrategia y ella se percate, estoy convencido de que pondrá todo su empeño en que ese tonto se convierta en algo más y solo lograrás perderla.

—No dejaré que eso llegue a tanto.

—Tú mismo, haz lo que te dé la gana —se rindió Charles—. Yo, desde luego, no pienso participar en esto para ayudarte a cavar tu propia tumba. —Dicho esto, se levantó del sofá y se marchó del piso de David, airado.

—¿Qué le pasa a este? —preguntó Leo, confuso.

—Esta mañana ha coincidido con Dama de Hielo en una comida, se ha visto obligado a sentarse con ella y, como siempre, sus padres han insistido en lo buena pareja que hacen. Ya sabes el mal humor que le da siempre que tiene que soportar a esa mujer —explicó su amigo—. Pero ya se le pasará, y tenemos solo cuatro días para trazar un plan de acción. Venga, hágame de ese Alessio.

Leo procedió a contarle entonces lo poco que sabía del misterioso escritor y pasaron el resto de la noche debatiendo cuál sería la mejor forma de abordar el encuentro con él, así como varias horas durante los días siguientes.

El domingo, una hora antes de la cita oficial con Leo, Ana y sus amigas pudieron poner cara, por fin, a su Alessio falso. Se trataba de un joven bastante atractivo pero con aires de creído que cayó mal a Ana desde el primer momento. Sin embargo, se sabía su papel al dedillo y, en cuanto se metía en el personaje, tal y como había asegurado Marina, cambiaba por completo y se convertía, como por arte de magia, en el hombre perfecto, algo inseguro, pero encantador, atento y educado.

—¡Contratado! —exclamó Ana por fin, tras hacer él un pequeño ejercicio en el que fingía presentarse como el tímido escritor aficionado que se suponía que era.

—Ya lo imaginaba —dijo el falso Alessio, de vuelta a su yo real—. Pero

que queden claras mis reglas: tengo novia, así que nada de besos con lengua ni de toqueteos extraños.

—Se supone que empezamos a salir y que tú estás un poco cortado, así que no creo que haya problema, y más si Leo se pone a hacerte un interrogatorio —respondió Ana.

Aclaradas las cosas, se dedicaron a repasar todos los detalles juntos, para que no se les escapara nada, e hicieron un pequeño ejercicio de improvisación con Marina en el papel de Leo antes de marcharse hacia el restaurante.

—¿Y él qué es? —preguntó el actor, una vez estuvieron sentados en una de las mesas del local, a la espera de que llegara Leo—. ¿Tu ex?

—No es de tu incumbencia.

—Sí que lo es. Yo quiero vivir de mi aspecto, no puedo permitirme una nariz rota, chiquilla.

—Solo es mi mejor amigo —explicó ella, con los ojos en blanco—, y no solo no es violento, sino que se va a hacer pasar por gay para que no te sientas demasiado intimidado.

—Encantador —dijo él con tono despectivo.

—Pues sí. Y más te vale cambiar tu actitud, porque se supone que mi novio es una monada y tú te comportas como un imbécil ahora mismo.

—No te preocupes, reina. Yo sé hacer mi trabajo, ya me has visto en el ensayo de antes. Cuando ese tipo cruce esa puerta, seré lo que necesitas que sea.

—Pues entonces cambia el chip ya, porque acaba de entrar. —Ana le señaló a Leo.

—¿Que ese tío es solo tu amigo? No te lo crees ni tú —dijo entre dientes el actor—. Y para colmo parece peligroso —añadió al ver su parche negro en el ojo, que en esta ocasión carecía de cuentas, bordados o diseños especiales.

—Calla y haz tu papel, ya te he dicho que estás a salvo —respondió Ana, que se obligó a sonreír. No obstante, no tuvo motivos para preocuparse por el actor, porque por arte de magia volvió a transformarse en Alessio.

Leo, por su parte, sí que tenía de qué preocuparse. Había imaginado a un hombrecillo poco reseñable, delgaducho y con aires de ratón de biblioteca. En cambio, se encontraba con un hombre que rivalizaba en atractivo con él y con cualquiera de sus amigos, que presentaba un aspecto de lo más saludable y tenía pinta de hombre de mundo. Por supuesto, esa disonancia se tradujo en que todo lo que había planeado con David —comportarse con

un aire de superioridad amistosa, tratarle con ligera condescendencia...— se quedara en agua de borrajas. Por el contrario, todos sus instintos le indujeron a pasar a la ofensiva en cuanto le vio y se dejó llevar por ellos.

—Dime, Alessio, ¿tienes un trabajo o solo escribes? —preguntó nada más sentarse en la mesa.

—Sí, por supuesto que trabajo. La escritura no da para vivir a nadie —respondió el falso Alessio algo cohibido.

—¿En qué trabajas?

—Soy creativo publicitario —respondió el actor, tal y como habían acordado.

—Ah, así que no tienes mucho tiempo libre.

—Bueno..., sí, pero el que tengo pienso dedicarlo a hacer feliz a Ana —respondió él, y dio un buen trago a su copa de vino.

Leo frunció el ceño.

—¿Bebes mucho?

—¡Leo! —exclamó Ana, indignada.

—¿Qué? Es una pregunta lógica. Se ha bebido casi toda la copa de un trago. ¡No me gustaría que mi mejor amiga saliera con un alcohólico!

—No soy alcohólico —respondió el actor con calma—. No me drogo, como sano, hago ejercicio y adoro a Ana.

—¿Cómo vas a adorarla? Apenas la conoces todavía.

—¿Acaso no es digna de adoración?

—Claro que lo es, pero dudo que un tipo como tú sepa apreciar...

—¡Leo! —le cortó ella—. ¿Podemos hablar un segundo a solas? —preguntó, y sin esperar respuesta le agarró de la manga y le condujo hasta la salida—. ¿Pero a ti qué demonios te pasa?

—¿Que qué me pasa? ¡No le soporto!

—¡Ni siquiera le has dejado hablar! ¿Cómo vas a saber si le soportas o no?

—Por favor, Ana. Ese tío no te llega ni a la suela de los zapatos, no sé qué ves en él.

—Escucha, Leo. Alessio es un buen tío, de veras —intentó hacerle razonar Ana—. Eres un buen amigo y no quieres que me hagan daño pero...

—No es un buen tío —la cortó Leo—. Se le ve venir, Ana. Un creativo publicitario reconvertido en escritor de novela romántica para parecer un tipo sensible y atraer a las mujeres. ¡No te mereces eso!

—No digas tonterías, Leo. ¿Cómo puedes pensar en algo tan retorcido? Alessio es listo, divertido y responsable. Tiene dinero propio y es bastante atractivo. ¡No encontraré otro igual!

—¡Lo tienes delante! —exclamó Leo.

—Bueno, pero como tú no eres una opción...

—¿Que no soy una opción?

—...y solo somos amigos...

—Claro que soy una opción. Tengo todas las cualidades que acabas de mencionar y, a diferencia de ese cretino, yo te quiero.

—...y tú no estás... Un momento, ¿qué has dicho?

—¡Maldición! ¿Cómo se me ocurre soltarlo así? —se reprendió Leo.

—¿Que me quieres? ¿Me quieres en plan... amor? —insistió Ana.

—Sí, ¿en qué otro plan iba a quererte? Quiero que seas tú siempre. Quiero acostarme contigo, despertarme contigo y pasar todas las malditas horas del día a tu lado. Lo quiero todo.

—Pero... nuestra amistad..., ya viste qué pasó cuando nos acostamos —susurró ella, en *shock* e incapaz de creerse que esa declaración que había creído imposible estuviera ocurriendo en ese momento.

—Hemos aprendido de ese error, Ana —respondió él, esperanzado. Ella no dudaría tanto si no sintiera algo—. No digo que llevar nuestra relación a otro nivel pueda ser fácil, siempre es posible que no funcione, pero si tú sientes lo mismo, o crees que podrías llegar a sentirlo, quiero que lo intentemos. Podremos superar cualquier cosa siempre que no tengamos miedo de hablar y de ser sinceros el uno con el otro.

—¡Ay, madre! —gimió Ana, que no había sido precisamente sincera y temía que confesarse ahora torciera las cosas. No obstante, halló el valor para hacerlo—. Ahora que hablas de sinceridad, Alessio..., verás...

—Maldita sea, me había olvidado de ese imbécil.

—...estaba un poco confusa, ¿sabes? y...

—¿De veras estás segura de que sientes algo por él? Porque, si es así...

—...y me lo inventé, pero insististe en conocerle y al final me lié...

—...olvida lo que te... Un momento, ¿te lo inventaste?

—...y contraté a ese actor.

—¿Que el imbécil ese es un actor? —preguntó Leo, incrédulo, antes de soltar una carcajada.

—Bueno, sí. Estaba confusa y no me veía con fuerzas para verte en persona sin traicionarme, así que...

Leo la interrumpió con un beso profundo y prolongado, que Ana le devolvió sin dudarlo.

—Sientes algo por mí —le susurró Leo, dándole pequeños besos a lo largo del cuello—. No hubieras inventado una tontería como esta si no sintieras nada por mí y no hubieras tenido miedo de estropear nuestra amistad. Confiésalo.

—Lo confieso —dijo a regañadientes Ana—. Te quiero, sí...

—Me encanta que lo hayas dicho por fin.

—...pero, ¿y si sale mal?

—No tenemos nada que perder.

—Claro que sí. Puedo estropearlo todo otra vez y perderte a ti —le miró a los ojos—, y eso es mucho perder. Lo he experimentado ya y no me gusta nada.

—Nunca me perdiste, Ana. Hiciste todo lo posible por alejarte, pero yo no te lo permití, ni te lo permitiré a menos que me digas con sinceridad y sin atisbo de duda que lo que de veras quieres es que todo acabe entre nosotros. Hasta entonces, lucharé para que lo nuestro funcione y no me rendiré.

Ana rió y le miró con intensidad. La verdad que sentía en las palabras de Leo despejaba el resto de sus temores, aunque todavía se preguntaba, algo incrédula, cómo era posible que un hombre como él quisiera compartir su vida con ella. No obstante, decidió dejar de atormentarse por el miedo al futuro y mirarlo con confianza. Habría problemas, por supuesto, pero sabía, sin lugar a dudas, que los superarían juntos.

—Qué demonios. Haremos que funcione —dijo, tras lo cual le atrajo aún más hacia sí y sellaron su nueva relación con un largo y apasionado beso.

FIN

Puedes seguir a Déborah F. Muñoz y Divalentis Editorial  
en

[www.facebook.com/amigosoalgomas.divalentisromantica](http://www.facebook.com/amigosoalgomas.divalentisromantica)

[www.facebook.com/deborah.f.munoz](http://www.facebook.com/deborah.f.munoz)

[www.facebook.com/divalentis/](http://www.facebook.com/divalentis/)

o en el blog de Déborah F. Muñoz

<http://escribole.blogspot.com.es/>